
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00014770349

Federico Gamboa
C. de la Real Academia Española



Metamorfosis

"La plupart des femmes n'ont
guére de principes, elles se
conduisent par le cour."

La Bruyére.

Nueva Edición



LA EDITORIAL HISPANO-MEXICANA
1a. de Bolívar, 15,
MEXICO

METAMORFOSIS

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural, Esbozos Contemporáneos, E. Gómez de la Puente, editor, 3a. edición, México, 1915, (6,000)........................ 1 volumen
Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892, (2,000) .... agotada
Impresiones y Recuerdos, A. Moen, editor, Buenos Aires, 1893, (2,000)............. agotada
Suprema Ley, Nueva edición (15,000), E. Gómez de la Puente, editor, México, 1920. 1 volumen
Metamorfosis, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición (10,000) México, 1921. 1 volumen
Santa, E. Gómez de la Puente, editor, 5a. edición, México, 1919, (30,000).......... 1 volumen
Reconquista, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1908, (2,000)........... 1 volumen
La Llaga, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1913, (4,000)............... 1 volumen
Mi Diario, E. Gómez de la Puente, editor, México 1920 (5,000), primera serie....... 3 volúmenes
La Novela Mexicana, Conferencia, E. Gómez de la Puente, editor, México, 1914, (1,000) .... 1 folleto

TRADUCIDA AL INGLES:

La Llaga, E. P. Dutton & Co., editores, 618 Fifth Ave., New York, E. U. de A., 1921, (5,000) .... 1 volumen

TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta "Mamz'lle Nitouche", México, 1888 .... agotada
La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville "Le Fiacre 117", Guatemala, 1889....... agotada
La Ultima Campaña, comedia original en tres actos y en prosa, México, 1894, 2a. edición, Guatemala, 1900............... agotada
Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894 .... agotada
La Venganza de la Gleba, drama original en tres actos y en prosa, Wáshington, D. C. (E. U. de A.) 1904...................... agotada
A Buena Cuenta, drama original en tres actos y en prosa. San Salvador, C. A., 1907 1 volumen

EN PRENSA:

Impresiones y Recuerdos, E. Gómez de la Puente, editor, nueva edición (5,000), México, 1921 .... 1 volumen

PROXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario, 1er. tomo de la segunda serie... 1 volumen

EN PREPARACION:

La Confesión de un Palacio, Ensayo sobre Historia Nacional......................... 3 volúmenes

FEDERICO GAMBOA
C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

METAMORFOSIS

"La plupart des femmes n'ont guére de principes, elles se conduisent par le coeur"
La Bruyére.

Nueva Edicion



E. GOMEZ DE LA PUENTE, Editor
Apartado Postal No. 59 Bis
MEXICO
1921

A

Justo Sierra,

Maestro y amigo,

F. G.

METAMORFOSIS

PRIMERA PARTE

I

—*Dépêchez vous, ma sœur, dépêchez vous*....

Y la apacible figura de la superiora, asomó a una de las ventanas tapizadas de enredaderas, que caen al primer jardín del establecimiento.

Año por año eran estas primeras comuniones lo que más alborotaba al silencioso y aristocrático colegio del Santo Espíritu; cuando las buenas madres echaban el resto y cambiaban la faz del edificio, desde la puerta de entrada, que barnizaban y sacudían unos días antes, hasta los confines del inmenso jardín interior, en el que penetraban dos o tres jardineros inteligentes, — el de casa estaba demasiado viejo, — carretadas de heno y de arena, tijeras, podadoras y rastrillos. Y resultaba una semana de ansias y de carreras, aunque sin descuidar por un instante las prácticas piadosas ni las educativas.

Sobre todo, los tres días de *retiro* reglamentario sacaban de quicio a las madres, a las educandas mayores y algo a las *medianas;* pues las *pequeñas*, apenas si se daban cuenta de la solemnidad del acto que iban a consumar. Si acaso, las más nerviosillas, en las que se palpaba un marcado atavismo histérico, rompían repentinamente a llorar, pedían perdón a sus compañeras por travesuras inocentísimas y por hurtos infinitesimales: un pizarrín roto, una manzana mordida, un carrete de hilo; prometían a las religiosas una enmienda radical, una obediencia y una aplicación imposibles; besaban desesperadamente las estampas de los santos y las cuentas de sus rosarios, cual empedernidas pecadoras en sincera crisis de arrepentimiento. Las otras, el grueso de futuras comulgantes, se la pasaban alborozadas, pero alborozadas como verdaderas mujeres, vale decir, alborozadas por dentro y disimulando el alborozo. Las pláticas sacerdotales no eran bastantes a conmoverlas, y cuenta que en ternísimas parábolas, versaban sobre asuntos solemnes: "¿qué es la vida sin la pureza?," "la santa eucaristía es el único alimento que conviene al alma," "la muerte, cuando el espíritu va limpio, es una transfiguración, un viaje alado a las regiones celestiales, en compañía de querubines y de nubes de oro, con orquestas extrahumanas y delicadísimas." En respuesta a discursos tales, muchas cabezas rubias y negras, de enmarañados y sedosos rizos, caían dobladas por el sueño, frente al sacerdote que las acariciaba y sonreía; que variaba el rumbo de sus charlas, para concluir con asuntos profanos que mantuvieran atento al auditorio: cuentos de ovejas desobedientes y pastorcitos descuidados, de lobos sin entrañas y de perros exageradamente filántropos y valerosos.

Las madres tenían que ser un poco más severas —sobre que iba de por medio el crédito del colegio y el de la orden!—no toleraban cabeceos ni permitían risas; a cada rato hacían sonar las *señas*, que, con su estridente ruido, recordaban a las educandas sus deberes, y las ponían tiesas y atentísimas. En su media lengua, de extranjeras que nunca dominarán el español, recomendaban a las "pequeñas" mayor compostura, más recogimiento, más exactitud en los movimientos semi-militares en que las adestraban con una paciencia infinita. La superiora misma, con sus años y todo, no desdeñaba corregir tal o cual ademán, aquella genuflexión y esta reverencia. Su actividad era prodigiosa; vigilaba jardineros, aseo de la capilla y colocación de cubiertos; despierta, lacónica, ni triste ni alegre, siempre igual; con sabe Dios cuántos viejos padecimientos que, entre las arrugas de la frente, corrían a ocultarse en las profundidades de la toca blanca. Aunque poca expansiva, las alumnas la amaban, quizá más que las madres; pero quienes sobre todos por ella se perecían, eran las familias de las educandas; las mamás encopetadas que llegaban en sus carruajes a recoger a sus señoritas, y las que iban a visitarlas una vez por semana, en los dos salones que quedan a un lado y otro de la entrada, los de piso encerado y brillante, de ventanas con vidrios apagados, de muebles en consonancia con la santidad del recinto; unos salones silenciosos, algo fríos, que huelen a claustro, mas a claustro moderno y europeo, de los que describen en sus historias contemporáneas los novelistas parisienses. Salían conmovidas, encareciendo a sus hijas:

—Procure usted que la imiten, madre, que se parezcan a usted.

Aquella tarde,—víspera del gran día,—la cosa andaba ya muy estricta, completamente apegada al programa fijado de antemano. Antes de la merienda, sor Noeline, la bella monja recién llegada, leyó una media hora la vida de santa Luisa, la alumna con que se honra la orden, la que por sus virtudes alcanzó la canonización y es el perpetuo ejemplo de madres y educandas. Leía la monja torpemente, muy marcado su acento francés, tratando de disimular con guiños de ojos,—a la manera de los miopes—con pausas prolongadas para deletrear las sílabas en su mente y soltar después las palabras desfiguradas; su voz harmoniosa y calmada, embelesando a las chiquillas.

Al concluir la merienda, toda salpicada de risas y charlas que se escapaban por las abiertas ventanas del refectorio, como murmullo de pajarera, vino el último ensayo de la procesión, en pleno jardín, el sol besando ya las copas de los árboles y los cristales de los dormitorios altos, el aire oliente a rosas y a tierra húmeda, la atmósfera tibia, deliciosa, de tarde de mayo. Resultó la marcha con leves defectos, ligeras distracciones de las pequeñas ante la hermosura de los altares que servirían de paradas al día siguiente, cuando la solemne procesión se llevara a cabo. Hasta los jardineros suspendieron su tarea, los últimos toques a enramadas y arcos, para contemplar el desfile aquel de niñas sonrosadas y mudas que caminaban de dos en dos, con ritmo de tropa, cruzadas de brazos y vestidas de luto; unas, con la mirada baja, pensando sin duda en las primeras y hondas impresiones que el confesonario origina; las más, sonriendo a la tarde y a su infancia.

La superiora misma, desde donde presenciaba la maniobra, las felicitó:

—*Très bien, mes enfants, je vous en félicite; rentrez vous réposer.*

Y en tanto que el jardín se ennegrecía, el batallón celeste de comulgantes se precipitó en tumulto a la sala "*Mater admirabilis,*" a rezar el sexto rosario de la jornada; las legas encendían tránsitos y estancias, y del "mundo" llegaron al colegio ecos desvanecidos del toque de Oraciones en la lejana basílica.

La cena terminó poco antes de las ocho; siguió un cuarto de hora de ejercicio meditativo, las alumnas separadas, cada cual por su lado, y vino después el ensayo de la comunión, con hostias sin consagrar; las comulgantes de rodillas, las madres reiterándoles lo sublime de la eucaristía, la merced inmensa que Dios nos otorga al permitírnosla.

Después, a la cama, en una de las salas de la comunidad, habilitada de dormitorio accidental, para evitar que las que van a comulgar por vez primera, se distraigan en los dormitorios de las internas. Una madre vigila, y cuando las niñas están ya arrebujadas bajo las sábanas, reparte agua bendita a una por una. Sor Noeline,—a quien encomendaron tal vigilancia,—cumplió su cometido a maravilla; arrulló a las que dormían; compuso algunos embozos; acarició a las despabiladas, las que con sus ojos abiertos en la media luz de la habitación, pensaban, pensaban a su modo, en el misterio ése que se aproximaba, que se realizaría dentro de unas cuantas horas.

—Duérmete, Nona,—dijo sor Noeline en voz baja, a una criatura rubia que al recibir el agua bendita, oprimió nerviosamente la mano suave de la religiosa.

—Si no tengo sueño, madre; vea usted, cierro los ojos y no me duermo; me acuerdo de mi mamá!

Recuerdos muy vagos; romanticismos de chiqui-

lla que conforme crece, se entera de que tuvo mamá porque en su casa le muestran fotografías, el retrato al óleo que cuelga en el salón; le dicen que está en el Cielo, rogando por ella; nostalgias de sér débil que instintivamente lamenta el prematuro y eterno abandono.

¡Pobrecita Leonor! ¡pobrecita Nona! —como la llamaban todos—contando ocho años de edad y de huérfana......; interna en el Santo Espíritu hacía dos; mirando a su padre sólo en los días de visita y durante las vacaciones, un mes a lo sumo, allá, en la "hacienda," que se llenaba de amigos cazadores, de tiros de escopeta y de comilonas que a ella la aburrían, que la derribaban muerta de sueño en un extremo del mantel, al lado de su papá y de su niñera.

Sor Noeline, amaba a esta niña con toda la fuerza de que puede ser capaz una joven consagrada a la Iglesia, y que tiene acerca del amor equivocada noción. Sentía hacia ella hondas ternuras casi maternales; cuestión de su sexo, nacido más para la maternidad fisiológica que religiosa, para la maternidad que hiere y premia, la que se compra a costa de grandes dolores y trae, en cambio, dichas más elevadas que la oración y que el ayuno. Apenas si se daba cuenta de su afecto, apenas si sospechaba su causa originaria; diríase, al verla, que era una mamá ignorante y púdica, ajena a las manifestaciones ruidosas: los grandes besos y los estrechos abrazos que sólo una madre de veras sabe dar. La orfandad de Nona la interesaba, y como casualmente la tenía en el dormitorio por ella guardado, intimaron pronto; una intimidad hechicera, formada de candores y de inacabables charlas a propósito de fruslerías: "¿qué pensarán los pájaros?" "¿cuánto dinero cabría en el

jardín del colegio?" "¿es malo tratar de parecerse a la Virgen?;" formada también de recuerdos mutuos, que se cambiaban a la hora del recreo, sor Noeline explicando cómo era Burdeos, su tierra, y Nona contando lo que es una "hacienda," hablando de los caballos que su papá montaba y de la cabrita que ella prefería. En ocasiones, sobrevenían preguntas tremendas de parte de la educanda, con las que metía en aprietos a la religiosa:

—Sor *Noelina* ¿por qué no se casa usted?

Y la pobre monja, entre rubores y balbuceos, respondíale que no era posible, sin más argumentos:

—¡Nosotras no podemos casarnos!

—¿Ustedes no pueden casarse?—repetía Nona mirándole los hábitos, cual si adivinara que en ellos se escondía la clave del enigma,—¿y por qué?......

—Pues, porque no podemos, nos está prohibido—replicábale turbada sor Noeline.

—¡Ah!—finalizaba Nona muy convencida, y seguía su plática sobre la "hacienda."

En las mañanas temprano, pero muy temprano, iba su papá a despertarla a su cama, abriendo antes las ventanas por las que se entraban escasa luz, claridades de luna y estrellas, y rumores que en un principio la asustaban, inexplicables, confusos, de perros que ladraban, de cantar de gallos, balar de ovejas y mugir de toros. Confesaba miedo y su papá se reía:

—¡Qué linda eres mi Nona! Si no es nada, es el ganado que se va al monte; anda, levántate a verlo, ven!......Muy envuelta en sus sábanas, en brazos se la llevaba hasta los balcones del comedor,—que dominan los interiores de la casa,—y en ellos, tras de los vidrios y tras de la bruma gris del amanecer, contemplaba el cuadro, todo el despertar de una

finca de campo: aquí la ordeña, allá el humear de la ranchería; los capataces a caballo, recontando yuntas y peones, frente a la puerta grande; en inmenso tropel, las vacas, los toros y los recentales, arreados a silbidos y latigazas en el aire, por unos chicuelos descalzos, que saltaban las trancas caídas del corral; y del lado de la sierra, entre dos picachos, de repente, una bola de fuego que incendiaba nubes y crestas de montañas, que crecía en un instante y en un instante doraba los árboles y la única campana de la torre de la iglesia, para luego recostarse a lo largo del camino real, y dar a bestias y caminantes enormes proyecciones.

—¡Mira mi Nona, mira el sol!

Y en los gallineros, en las caballerizas, en el monte y en los sembrados, hombres y animales poníanse contentos de saludarlo, los campos y la hacienda se alegraban. Anunciaban el desayuno, y los huéspedes de su papá comenzaban a salir, a cargar a Nona y hacerla cariños; su *nana*, la cogía para ir a asearla...

—¿Tu qué?....la interrumpía sor Noeline.

—Mi nana, Manuela, la que viene a visitarme.

—Esa es tu aya.

—No, sor *Noelina*, qué aya ni qué aya, mi na-na, —apoyaba Leonor riendo. Y como no se ponían de acuerdo, reanudaban la conversación, continuaba la pintura de la existencia rural de la huérfana. Su papá y sus invitados se marchaban vestidos de cazadores, con escopetas y morrales....

—Y unas polainas de cuero, así de grandes, sor *Noelina*.... —decía Nona, llevándose la mano a las rodillas. Marchábanse a caballo o en los carruajes de la hacienda, provistos de botellas, de fiambres, con cauda de perros y de criados, armando un estruendo formidable. Ella se asomaba con su nana a

verlos partir; en ocasiones, llevábanselas hasta el puente, hasta la ranchería, y allí las dejaban, allí se despedían de nuevo, los caballos alborotados, jadeantes los perros, y en los rostros de todos, retratada una alegría de salud y de fuerza. Allí venían los últimos cariños, las monedas de plata que le arrojaban los huéspedes:

—"Hasta la noche, mi Nona, haz lo que quieras; come, juega, rompe; ya sabes que tú mandas, que eres la princesita......"

Arrancaban a galope, cubiertos de sol, desvanecidos por el polvo, entre gritos y carreras; dominando el tumulto, escuchábase la voz del papá, semivuelto en la montura:

—"Manuela! mucho cuidado con mi hija, no la deje usted sola!...."

El ruido moría; las nubes de polvo se enroscaban en el aire, y de la ladera del monte, en algún peñasco, los pastores se descubrían con religiosos respetos al pasar del amo, que mandaba la cabalgata enloquecida.

Después, una vagancia completa de Leonor y su nana, solas en el caserón, en la huerta, en el jardín y en los corrales. En la sala, poníanse a manotear en el viejo piano, un piano cuadrado, comido por la polilla, y que sonaba a guitarra destemplada. Manuela la enseñaba canciones de su pueblo, muy tristes, de celos, abandonos y cementerios, y Nona la acompañaba según su leal saber y entender, que no era mucho, por lo que resultaban cantos y acompañamientos en perpetua y descomunal batalla, una maraña de notas y de voces, imposible de desenredar. Algunos chicos, en su mayoría indios, apiñábanse en la vidriera del corredor a escuchar el concierto, y Nona entonces, adquiría gravedades de

maestro *al cembalo*, corregía a Manuela y aun la hacía repetir tal o cual romanza, defectuosilla en su concepto.

—¡Nana, esto no está bueno, vamos otra vez!

Si el estudio éste se efectuaba al concluir de comer, en la hora pesada de las tres de la tarde, cuando el sol abrasa campos y casa, y las chicharras cantan en los pajonales, y los peones se tiran a descansar bajo los árboles aislados que, a manera de islotes, se ven en medio de las sementeras; cuando los bueyes de labor, desuncidos del yugo, échanse a rumiar la pastura comida en la mañana, y a contemplar el horizonte con sus ojazos melancólicos y casi humanos; cuando todo era calor y silencio, también la maestra y la discípula dormían su siesta, Nona, clavada encima del teclado, y Manuela, sentada a sus pies, sobre la alfombra, rodeando el banquillo con un brazo, para defender a su criatura.

Otras ocasiones, se pasaban el día en la biblioteca, un cuarto espacioso que olía a humedad y a vejez; con muebles antiguos, de monasterio; librerías alambradas, una mesa de pies retorcidos; dos sillones desfondados y semejantes a los de las sacristías de los templos, y un aparato grande, de madera, con cuatro atriles que giraban.....

—Eso se llama facistol—exclamaba sor Noeline.

—Bueno, pues facistol—repetía Nona indiferente.

También allí pasábanse las horas muertas, rodeadas de libros enormes, en pergamino; construyéndose con ellos escaleras, camas, almohadas y escondrijos; fabricando torres que luego derribaban entre las dos, y que caían deshojadas, las pastas abiertas, como heridos que tendieran los brazos para minorar

su caída. A veces, cuando las interesaba una estampa, un grabado cualquiera, Manuela pedía la lectura del texto, y Leonor deletreaba el asunto, que casi siempre les resultaba incomprensible o insulso. Las divertía más un nido de golondrinas, en el coronamiento de una de las librerías altas, en donde se desgañitaban los polluelos mientras duraba la ausencia de los padres, quienes se entraban por un vidrio roto, con volteos confianzudos de dueños de casa.

Comían solas en el gran comedor, en charla tendida con los criados, que poco a poco iban apareciendo hasta reunirse todos, grandes y chicos, seguidos de perros y de gallinas con cría, graves, que no alzaban una pata sino después de maduras reflexiones, el cuello enarcado y la cabeza doblada. De las muchas cosas que Nona aprendió entonces, aunque sin entenderlas mayormente, —tales como preñeces de yeguas, pestes porcinas y amoríos de gañanes, —ocupó lugar prominente, un terror pánico hacia lo sobrenatural: duendes, resucitados y aparecidos!......Terror que aún ahora, en el sereno dormitorio del convento, la despertaba con pesadillas y sudores.

Y era comprensible. Aquellas buenas gentes, su nana inclusive, creían firmemente en historias tales; temían la obscuridad, prestaban lenguaje a las descargas eléctricas, significado al triste canto de las aves nocturnas, maléfica influencia a los gatos negros, y en cuanto a que los muertos vuelven, lo que es éso sí que nadie se lo sacaba de la cabeza. Testigos había que lo aseguraban, que tuvieron sus pláticas con difuntos de verdad, sacándose ataques y dolencias por su osadía. El cementerio de la hacienda, el rústico cementerio ubicado rumbo a la presa,

al que pedían la hospitalidad suprema los pobres muertos de los villorrios vecinos, era un sitio vedado hasta para los más valerosos de la finca. Ni los guapos de oficio, los que desbravaban potros brutos y los que le metían una bala a los leopardos del monte, nadie se aventuraba después del toque de ánimas, en ese recinto de la muerte. Sólo la luna se atrevía con él e iba y plateaba con dulce melancolía las toscas cruces, y las coronas marchitas que adornaban sus sepulcros.

De ahí los miedos de Manuela y Nona,—cuando la cacería se prolongaba o don Rafael Bello pernoctaba en las haciendas amigas—ante el silencio y desamparo de la casa en las altas horas. Despiertas y muy juntas, prestaban oído a los infinitos rumores errantes que ofrecen los campos y la noche; juntas oraban por las almas en pena,—que no otras podían causar los ruidos fatídicos,—y juntas mal dormían en la misma cama, dejando, por precaución, una vela encendida, amén de la veladora de aceite. Y al día siguiente, narrándole a su papá los sustos, éste se ponía meditabundo, como se ponen los hombres que no se conforman con la existencia que llevan, si se remueven ciertas cosas. Miraba mucho a Nona, acariciábala el cabello, y murmuraba:

—No creas en los disparates de estos imbéciles; los muertos no vuelven, y es lástima que no vuelvan. Volvería tu madre, que buena falta nos hace a tí y a mí......a mí, especialmente!

—¿Y aquí, en la ciudad, tampoco te acompaña tu papá?—inquiría sor Noeline.

—¡Uy!—exclamaba Nona—aquí menos, hasta tres y cuatro días me he pasado sin verlo.

—Pero ¿por qué?

—Pues quién sabe, sor *Noelina*, será porque todavía soy chica.... Oiga usted, sor *Noelina*, ¿no quisiera usted irse conmigo a la hacienda?....

—*¡Quelle idée, mon enfant!* Ya sabes que las religiosas no vamos a ninguna parte.

Y al concluir el asueto se separaban, para recomenzar sus diálogos en la oportunidad más próxima, en la que, o continuaba divagando sobre la hacienda de Nona, o la interesante monja hablaba de su país, de su inolvidable Burdeos, más bien con el objeto de embriagarse en sus propios recuerdos, que con el de saciar la natural curiosidad de su amiguita.

—Sor *Noelina*, pero ¿de veras es tan bonito su Burdeos de usted?....

Entrecerraba sor Noeline los ojos, sin abandonar las manos de Nona, y con su voz cristalinamente harmoniosa, su voz casi celeste con que embelesaba a las alumnas, evocaba su ciudad natal.

—Es más que bonito, Nona, mucho más, es encantador. Imagínate......

Y la ciudad meridional nacía palmo a palmo, se ensanchaba, crecía, cobraba vida y movimiento; una vida fantástica, de lugar lejano que un amoroso recuerdo resucita y una ausencia hermosea; un movimiento exagerado, con el que engañándonos a nosotros mismos, regalamos en el destierro al rincón que meció nuestra cuna. Paseos y monumentos, calles y plazas surgían de los labios de sor Noeline, cual si ella fuera un arquitecto sobrehumano. Sus años infantiles reaparecerían trayéndole un mundo de empolvadas reminiscencias, que ahora puntualizaba en sus menores detalles. Recordaba, por ejemplo, una muñeca que duró asomada más de una semana en la vidriera de una

tienda del *Cours de l'Intendance*, y que al fin no fué suya; recordaba el jardín *des Quinconces*, donde jugaba al aro en las espléndidas tardes otoñales de su tierra, mirando de un lado árboles, césped y flores, y del otro los buques, los regueros de barriles y fardos, la febril actividad del puerto y su río, su Garona, que se deslizaba mansamente, retratando la ciudad y el crepúsculo en las diminutas y rizadas crestas de sus ondas azules.

La familia de sor Noeline vivía en la orilla derecha del río, en la Bastide; una casa de campo pequeña y humilde, en la que holgadamente cabían sus padres, su hermano y ella, en medio de las escaseces de dinero que los atormentaban; su padre, achacoso y sin poder trabajar; su madre, realizando prodigios de economía para que el muchacho acabara sus estudios. Con su adorable dulzura hablaba sor Noeline de su pobreza, y Nona, que ni de nombre la conocía, quedábase pensativa, en complicados esfuerzos de comprensividad. Acabó el hermano sus estudios, y se separó de la familia; embarcóse en un transatlántico de las "Mensajerías Marítimas," en calidad de oficial subalterno, y un buen día se despidieron, allá, en Pauillac, frente al paquete monstruo que cabeceaba insensible.

—¿Jamás has visto un buque?

—No, sor *Noelina*, sólo pintado.

—Pues hay que verlos, haz que tu papá te lleve a Veracruz.

De pie en el embarcadero, contemplaron la partida del "*Equateur*," a cuyo bordo se instalaba Honorato por tiempo indefinido. Lo miraba aún, muy guapo dentro de su flamante uniforme; lo miraba saludarlos a ellos, que lloraban en estrecho grupo, que se apartaban los pañuelos para agitarlos en el

aire, en tanto que el novel marino, asomado a la baranda de popa, asido a la asta de bandera, decíales adiós, con su gorra, muchas veces, muchísimas; y que el pabellón francés lo cubría con sus pliegues, cual muda promesa a la madre inconsolable, de que nunca desampararía al hijo viajero, nunca, nunca!...

Y durante un año, a pesar de las congojas que con sus ausencias hacen nacer los marinos en sus hogares, reanimóse la familia, alimentó esperanzas de mejorar con el sueldo de Honorato, principiaron los ahorros para la dote de *ma Noeline bien-aimée*, —como tiernamente la llamaba su hermano, a cada regreso.

¡Qué fiestas las de estos regresos! Después de la comida, en el estrecho comedor de la casita, bajo la simpática luz de la lámpara suspendida sobre la mesa, y alrededor de la chimenea que se incendiaba, cuánta plática dulce, cuánta novedad les narraba Honorato, fumando su pipa, las manos y el rostro quemados por el aire del mar y por los soles tropicales!

Describíales países lejanos, de exóticos nombres: Africa, Brasil, Uruguay, Argentina; mostrábales vistas de monumentos, de personas, de llanuras y bosques, muy distintos de los de Europa; enseñábales objetos raros, amuletos africanos, pájaros brasileños disecados, boleadoras argentinas. Parecía que hubiese cobrado cariño por los *pays chauds*, —según él mismo los denominaba; —hablábales de amistades sinceras, contraídas allende los mares, de lindas americanas, de probabilidades de labrarse una fortuna, *lá bas*, muy lejos, en aquellas tierras hospitalarias y ricas.

Hasta que cierta vez regresó el "*Equateur*," pero regresó sin Honorato; presentóse en su lugar, el

comandante en persona, bastante afligido, dibujando curvas con los brazos y soltando en fragmentos la noticia horrenda: la muerte de Honorato en alta mar, a consecuencia de la fiebre amarilla contraída en Río de Janeiro, una de las ciudades que él alababa más en sus pláticas, el Dorado de sus ambiciones juveniles, la ciudad semioriental de luz reverberante y de vegetación lujuriosa e inverosímil. Y en un segundo, los preparados festejos convirtiéronse en sarcasmo; la mesa puesta, la chimenea encendida, el cuarto del oficial, adornado con sábanas, colgaduras y cortinas blanquísimas, todo sin objeto, todo echando de menos en su implacable lenguaje sin palabras, al sostén de la familia, al infortunado muerto. Ni siquiera el consuelo que cabe a la generalidad de ir a arrodillarse y a llorar en la tumba de una de sus gentes, cupo a sor Noeline y a sus padres; el capitán, al irse, sólo les dejó la copia de un acta, la narración seca y administrativa del fallecimiento, de la botadura al mar de un empleado de una gran compañía que sigue adelante en su empresa, sin preocuparse de los que perecen en su servicio; un papel despiadado, con firmas, sellos, números ininteligibles: 17 grados latitud Sur y 35 longitud Oeste del meridiano de París. A esos números debían dirigir sus preces y sus lágrimas; un punto imaginario en el infinito y movedizo desierto de agua; allí estaba el sepulcro del pobre marino!..

Lloraba sor Noeline al recuerdo de la catástrofe, con la que invariablemente remataba sus confidencias a Nona, y Nona lloraba también, más porque veía llorar, que porque de veras la afectara la trágica defunción de Honorato.

Por fin, aquella noche, el sueño aquietó al dormitorio; las comulgantes dormían, y sor Noeline, arrullada por el suave compás de sus respiraciones, se recogió tras del biombo que, sin alejarla, la separaba de las alumnas.

Poco antes de las 6, sor Noeline estuvo en pie, despertada por la superiora.

—*Êtes vous prête, ma sœur?*

—*Dans un instant, ma mère.* Y en efecto, en un instante se halló lista, lavada, encuadrado su lindo rostro dentro de la almidonada toca.

¡Ah, el delicioso despertar de tanta criatura! Hallábase el dormitorio inundado de luz, una luz matutina y primaveral; por los ventiladores giratorios de las ventanas, mandaba el jardín exquisitas fragancias, un mundo de gorjeos y los repiques de las iglesias próximas, llamando a las primeras misas; en la doble fila de catres, comenzaron a incorporarse las niñas, sonrientes; una porción de labios rojos, de dientes blancos y de mejillas sonrosadas, de cabelleras revueltas y de ceños rugosos; una porción de bustos sin pudores y sin formas femeninas aún, que se esperezaban en todos sentidos; un parloteo confuso, incesante; una casta semidesnudez de infancia, un hombro que otro al descubierto, piernas angulosas todavía y sin morbideces, pugnando por entrar en las medias; muchos piececitos color de rosa, oscilando en el aire, a punto de adueñarse de la alfombra. Las perezosas, subíanse el embozo hasta los ojos, estirábanse a sus anchas bajo las sábanas, prolongando la sabrosa tibieza con que el lecho nos obsequia cuando tenemos que abandonarlo muy de mañana. Sor Noeline, con su hábito de luto, a mitad de la estancia y contagiada por tan-

ta pureza, violentaba a las niñas, con gran ternura en los ademanes y en la palabra:

—Vamos, vamos, de prisa y con juicio.

Y risas, cataratas de agua, choque de palanganas, pies descalzos en fuga; y el dormitorio siempre inundado de luz, una luz matutina y primaveral; por los ventiladores giratorios de las ventanas, el jardín siempre mandando sus exquisitas fragancias, un mundo de gorgeos y los repiques de las iglesias próximas que llamaban a las primeras misas....!

Luego, los trajes de ceremonia primorosamente trabajados—como que estaban hechos por las familias de las comulgantes, con el natural estímulo en cada una de mejorar a los demás. La superiora, asistida de la comunidad, procedió a la colocación respectiva de las prendas; y las buenas monjas, que no por monjas pierden su personalidad de mujeres, supieron hallar entre sus recuerdos femeninos, la suficiente coquetería para que los vestidos adquirieran su debido lucimiento. Resultaba interesante aquel grupo de religiosas, prisioneras dentro de los ingratos hábitos, sin adornarse nunca por cuenta propia en virtud de su renunciamiento absoluto al mundo y a sus pompas,—arreglando aquella brigada de inocentes; haciendo nudos de listones; cogiendo con alfileres las caídas de los velos; dando a las coronas su inclinación precisa. Hacíanlo sin envidias. Simulaban costureras atareadas de una gran casa de modas, y la verdad es que demostraron bastante pericia, que las niñas quedaron de comérselas a besos.

A las siete y media bajaron a las galerías de grandes arcadas que rodean el jardín y conducen a la capilla. Y mientras entonaban por ellas los últimos cantos previos a la comunión, acentuábase del lado

de la calle un rumor de multitud. Carruajes y carruajes depositaban familias en la puerta del colegio, que eran recibidas por tres madres e instaladas en los salones que se hallan a uno y otro lado del ingreso; las mamás muy conmovidas, formando pequeños grupos inquietos; los señores, silenciosos, con el encogimiento propio del sexo en las reuniones en que la mujer domina. De cuando en cuando, venían del fondo del colegio bocanadas de sacras harmonías, que las comulgantes cantaban en los jardines.

De pronto, apareció la superiora y saludó, a los hombres con inclinaciones de cabeza, que los otros devolvían con reverencias profundas, y a las señoras, con distinguido abandono, muy rodeada de todas ellas, sus dos manos descansando en infinidad de manos enguantadas que la acariciaban.

—*Ça va commencer; vite, vite, à la chapelle, mesdames.*

La concurrencia, compuesta de padres y parientes, pasó a la capilla; ocupó totalmente la sillería pegada a sus muros, la igual a las de los coros de los templos: amplios sitiales, de alto respaldar y anchos brazos. En la nave, sólo había bancos para las alumnas, y a los pies del altar—muy dorado y resplandeciente de cirios,—tres bancos más, y tres comulgatorios con manteles bordados.

A las ocho en punto y por la puerta principal de la capilla, se presentaron las alumnas; primero las comulgantes, pequeñitas, de dos en dos, baja la vista y los brazos cruzados sobre el pecho. A media iglesia, sonó la "seña" y con una precisión militar, cayeron todas de rodillas; volvió a sonar la "seña," dos veces, y se levantaron, siguieron su desfile hasta los comulgatorios. Después, por estaturas, penetraron las "medianas," luego las "grandes," ejecutan-

do idénticas maniobras. Cuando la incansable y estridente "seña" sonó de nuevo tres veces, el colegio entero se sentó,—pequeñas, medianas y grandes,—rompió a tocar el órgano, y las madres cantoras comenzaron una aleluya.

Siguió la misa, una misa rezada que celebró el arzobispo, ayudado de sus familiares, y que los concurrentes oyeron con gran devoción y recogimiento. La superiora, de tiempo en tiempo, se alzaba desde el presbiterio, con ojeada rapidísima recorría el blanco rebaño, y satisfecha ante su aspecto, volvíase a continuar atenta el santo sacrificio.

En la calle central de la capilla y en las laterales, unas manchas negras que se prosternan y al prosternarse mueven blandamente sus tocas: son las hermanas, las monjas que tienen a su cargo determinadas secciones.

Conforme se aproxima el solemne instante de la comunión, nótase en todos los semblantes honda ansiedad: miradas amantes que van a posarse en las niñas, ensimismadas y trémulas. Su Ilustrísima se vuelve, abre los brazos, y la inmensa cruz de oro de su casulla, parece que despidiera rayos divinos. Avanza con el copón en una mano, mientras que con dos dedos de su diestra ha cogido respetuosamente la sacrosanta Forma que se divisa apenas. El órgano ha enmudecido, no hay nadie que no esté de rodillas.

De súbito, un sollozo materno y dos o tres saltaparedes que cantan en un friso.

Detiénese el príncipe de la iglesia frente a la primera comulgante, y con voz reposada y llena de unción, rasga el silencio:

—"*Corpus Domini Nostri Jesu-Christi....*"

Y aquel puñado de espíritus puros, aquel puñado de serafines, recibe a Dios en sus boquitas inmacu-

ladas de ocho y nueve años; doblan después la cabeza, sobre el comulgatorio, temblando de emoción y de gratitud, en tanto que en el coro resuenan nuevamente el órgano y las voces de las monjas vírgenes, en tanto que las nubes de incienso y los llantos maternales se escapan por puertas y ventanas, y suben, suben en la límpida atmósfera de la inolvidable mañana de mayo.

II

—Señores, la banca está a remate!

De pie, apoyado en la silla del banquero, el administrador del *Sport Club*, remataba la primera banca de las siete de la noche, la más concurrida, en el salón del *baccara*. Y los socios todos, como llamados con campanilla, fueron apareciendo por las diversas puertas de la estancia; por la del corredor, los que subían del patio, de ver el desfile de los carruajes, en su retorno del paseo; por la de la sala, los que habían estado manoteando en el piano, cambiándose confidencias en los amplios sitiales que adornan a aquélla, o presenciando la instalación de los luchadores de *poker*, cuatro valientes que noche a noche y con *lotes* de a quinientos pesos, se maltrataban la cartera; y por la del billar, los que para *hacer tiempo* emprendían una *guerra de piña* que nunca tuvo fin, pues la interrumpían en cuanto el *baccara* comenzaba.

Ni duda que era aquel el momento más animado del club. El soberbio palacio de azulejos, iluminábase eléctricamente; los camareros alistaban barajas, sillas, abrigos; en la cantina se iniciaba el servicio activo; y los socios se agrupaban en derredor de la mesa verde muy cepillada, resaltando el número

de los *cajones* y el de los asientos, la bandeja central en donde se arrojan las cartas, y los montones de fichas de nácar, apiladas según los valores que cada una lleva grabado. Las pujas subieron hasta dos mil pesos, oyéndose de nuevo la voz del administrador.

—La banca tiene dos mil pesos por el señor Aneiros, y está pagada la casa—agregó, introduciendo una ficha en una hendedura de resorte, que a la derecha del puesto del banquero se veía en la mesa. Aneiros era un banquero muy adinerado.

Fué la instalación lenta; los socios se sentaban poco a poco, como si aquello no los interesara, como si mutuamente trataran de demostrarse que no jugaban por vicio, sino por divertirse y por matar el tiempo. El pagador probaba la elasticidad de las paletas, recontaba fichas, y Aneiros, el banquero, líaba un cigarrillo después de haber formulado las preguntas de rigor, el grueso paquete de cartas en la mano:

—¿Baraja el 1?....¿Baraja el 2?....

Entrambos cajones barajaron, algunos socios con destrezas de prestidigitador; dió Aneiros al asendereado paquete una repasada concienzuda, lo colocó en seguida contra la cuña, echó un vistazo a los socios, y todavía sonriente, exclamó:

—Vaya, hagan su juego caballeros....Nadie va más!

Y con todas las reglas, cortésmente, entregó las primeras cartas, en propia mano, a sus dos vecinos de asiento. ¡Qué elocuente silencio el que siguió a esta maniobra! Ni quien fingiera ya indiferencia, al contrario; suspensos y mudos, aguardaban a que el banquero hablara, en tanto que los depositarios de la *mano*, muy dignos con su alto encargo, no presta-

ban atención a los codazos, señas y carraspeos de los jugadores, nerviosos, que ansiaban conocer el punto.

—Doy!—dijo Aneiros.

Cual si le quitaran un peso de encima, con la esperanza de ganar, de los dos cajones partió la misma exclamación, aunque en diverso tono:

—Carta!....Carta....!

Con alternativas en los "puntos," y con cambio de banqueros, pasábanse las veladas en el club. Rafael Bello, el papá de Nona, también *banqueaba* con frecuencia y con aplauso, por sus liberalidades, y aquella noche, a pesar de tener anunciado su regreso de la hacienda, no daba señales de vida. A las diez, comenzaron las deserciones; levantábanse los que habían ganado, con repentinos recuerdos de quehaceres urgentes, consultando desesperados su reloj propio y el impasible reloj del salón, el de carátula clara, que enseña desde lejos el nombre de los fabricantes: "*Negretti & Zambra, London*," el de péndulo dorado que oscila dentro de su armario de madera y cristales. Los que perdían, no miraban sino al banquero, ansiosos de adivinar si permanecería en su silla, pues mientras permaneciera, era posible el desquite. Y en la rejilla del rincón, apiñados, cambiaban los victoriosos sus fichas por billetes. Otros, con más filosofía, leían despacio la carta y ordenaban su cena, poniendo avinagrado el gesto ante los sablazos de los desplumados:

—Préstame cien pesos, tú, a ver si me desquito; me han dejado limpio.

Ya muy tarde, cuando en vez de jugadores no se veía en torno de la mesa sino a unos cuantos pacíficos en desmayada charla, aguardando pacientemente que a la salida de los teatros llegase tropa de

refresco al club y se armara un *baccara turnado*, apareció Rafael Bello, aún en traje de campo, y en compañía de dos íntimos, invitados por él a su hacienda; mal humorado Bello, sus íntimos satisfechos, pintado en el rostro el beato cansancio que nos causa una temporada de vida buena.

—Hombre, gracias a Dios, creímos que ibas a eternizarte en el terruño. Pónnos una banca....

—¡Qué banca ni qué.....demonios! Como para bancas anda el horno....¿No está Chinto?

¡Chinto a esas horas! Habíase retirado temprano, en cuanto sacó sus veinte pesos ¿no lo conocía acaso? Notábase en las palabras de esos cuatro o cinco desplumados, una rabia latente contra aquel Chinto,—Jacinto de nombre,—que perdía rara ocasión, que con su exasperante suerte vivía a costillas del club, tenía resuelto el problema de exprimir su jugo al *baccara*, y se embolsaba de quince a veinte duros diarios e infalibles, sin ruidos ni aspavientos, contantes y sonantes; haciendo gala de una extraordinaria fuerza de carácter para abandonar la mesa al realizar su modesta ganancia, y con ella írsela pasando tan ricamente. Nunca ganaba más de veinte ni perdía más de diez. Solía decir,—cuando le pedían la receta de su calma,—que él era un hombre de principios fijos. Y no era tal; era un hombre lleno de necesidades y de gastos, sin otra fuente de recursos que el maldecido juego. Bello lo quería con debilidad, con uno de esos afectos incomprensibles de rico que se encariña, por afán de encariñarse con alguien, y así le cueste dinero el tal cariño.

Después de convidar a unos *grogs*, Bello se encaminó solo a su casa, una casona enorme y vieja, en la calle de Cadena; con su zaguán claveteado, recias

rejas en las ventanas del piso bajo, balcón corrido en el principal, y almenas y cruz en la azotea; la casa de sus padres y de sus abuelos, que ahora ocupaba él nada más, en medio de un ejército de criados, de recuerdos y de tristezas.

Con el tono cariñosamente gruñón que adoptan los criados que encanecen al lado de una familia, lo recibió el portero:

—Buenas noches, José.

—Buenas noches, niño.

En el corredor le salió al encuentro Manuela, el aya de Leonor, y ama de llaves general:

—¿Cena usted, señor?

—No Manuela, voy a acostarme ¿no me ha escrito la Nona?

Ante la afirmativa respuesta del aya, Bello apresuró el paso, renunció a los oficios de su ayuda de cámara, —un tunante inglés, importado cuando su último viaje a Europa, —y se coló en su dormitorio, precedido siempre de Manuela, que con una palmatoria en la mano, alumbraba el trayecto. Una vez solo, desnudóse a la diablo, tirando aquí una prenda y allá otra, con grandes zancadas en la estancia y porrazos a los muebles, murmurando reproches en alta voz, mal encarado y nervioso.

—¡Canalla!....Es claro, clarísimo ¿qué otra cosa puede dar una mujer así?....

Hasta que ya en camisa de dormir, se tumbó en la cama y cogió de sobre la mesa de noche, la carta de la Nona, que lo calmó en seguida, que lo hizo sonreir y retardar la apertura, para prolongarse el alborozo de leerla. Aproximó la vela, se acomodó en las almohadas, y leyó:

"Papacito lindo:...."

Lo de siempre, una deliciosa sarta de disparates,

lo mismo en sintaxis que en ortografía; una serie de monerías y de candores, de indiscretas observaciones y de concordancias gallegas. Que lo extrañaba mucho, que en el colegio rezaba por él, que cómo había dejado a su cabrita, y que no se olvidara su nana de recoger en la hojalatería las vidrieras soldadas de su casa de muñecas. Y firmaba "tu Nona," con un borrón al lado, tan mayúsculo, que simulaba un apellido japonés.

En la crisis por que Bello atravesaba, la carta de su hija antojósele más sabrosa que las mil y mil que le llevaba escritas desde que supo hacerlo. La veía por todos lados; aspiraba su perfume, una aura ligerísima de incienso, de cosas santas, y se imaginaba a su hija escribiéndola, después de la clase, vigilada por la maestra de escritura. Conforme evocaba a Nona, caía su cólera, la excitación nerviosa de su regreso, y nubes de dulcísimas reminiscencias le orearon el espíritu. Con los ojos entrecerrados, la veía de más pequeña aun, la veía nacer, y fatalmente entonces veía a su esposa, tan abandonada de su corazón mientras vivió, y tan amada ahora, ahora que yacía bajo de tierra, ahora que sus defectos parecían virtudes, sus virtudes santidad y su distinguida belleza de camelia, una belleza quimérica de santa medieval. En el silencio de la casa que dormía, y de su abrigada estancia, Bello revivía muy lentamente su pálido idilio de amor, su boda y su viudez. Veíase recién llegado de París, muy joven, muy ignorantón y muy presuntuoso, llamando la atención en esta buena ciudad de México, por la elegancia de su ropa y por las fantásticas leyendas que espetaba a sus amigos, a cargo de su reciente residencia europea. Veíase olvidadizo para sus antiguos afectos, los condiscípulos sin dinero que terminaban su carrera

entre privaciones, ideales y zapatos rotos. Veíase luego, de calavera a la moda, incorporado a los perdidos de cartel, los que hacen gala de sus defectos y sus vicios; y en fantasmagórico desfile, contemplaba ahora sus juveniles orgías: zambras de toreros, comilonas en las afueras, fugaces amoríos con mujerzuelas de tarifa, riñas con individuos del bajo pueblo, ruidosas ebriedades en teatros y cafés; su apellido, respetado y respetable, haciendo que la alta sociedad sonriera benévola ante los *devaneos de un muchacho.* De pronto, como un rayo de luz en las negruras de sus vagancias de rico, el aparecimiento de la que debía ser su esposa, en medio de una gran fiesta de beneficencia, organizada por la aristocracia relativa a que su misma familia pertenecía, ¡Cómo lo entusiasmó aquella jovencita delicada y bella, que le ofrecía en venta unas flores! Se llegó a su madre, la altiva señorona que conocía a "todo el mundo," y tomó informes con alguna vehemencia.

—¿Conque te gusta, eh? .... Pues ven, te presentaré......

Y en el centro del salón detuvieron a la vendedora, muy parlera y satisfecha del éxito de su venta.

—Lupe, criatura, oye. Mi hijo Rafael ¿no lo recuerdas?......—y volviéndose a éste, agregó sonriente—vaya, aquí la tienes, dila lo que me decías a mí, que como hombre de buen gusto, te ha encantado.......

Y se marchó tan tranquila, saludando aquí y allá, hasta ganar su sitio entre las señoras mayores, sus iguales en edad, en antecedentes y en fortuna. Lupe y Rafael, permanecieron juntos estorbando el tránsito, diciéndola él sus mejores cumplimientos, y ella, ruborizada, mirando su cesto, sin hallar res-

puesta, inquieto el corazón, cual si lo amenazara un peligro; sus mejillas, sonrosadas ténuemente.

—Cómpreme usted más flores, el dinero es para los pobres—fué lo único que atinó a contestar.

Compró Rafael el canasto entero, obsequiando con las flores a sus amistades todas, regándolas en el suelo, para que Lupe las pisara. La acompañó a hacer provisión nueva, y de antemano se la compró, sin pararse en el precio, a pesar de las protestas de la vendedora, excitado por su delicada belleza y por ese reguero de flores que, más felices que él, morían después de haber besado las plantas de una doncella.

—Póngamelas usted más caras, mejor para los pobres; pero que sólo yo las compre.

La gente principió a fijarse en aquella rara manera de cortejar; un afán de ostentación de la parte de Rafael, que resultaba distinguida muestra de caballeresco vasallaje. Sonreían las personas mayores, los jóvenes se daban de codo, y una repentina corriente de simpatía se estableció en la *kermesse* hacia aquella pareja tan elegante, tan apuesta: dos lindos ejemplares de una buena raza, que se enamoraban sin cuidarse de curiosos ni comentarios, y que triunfaban en toda la línea, por ser los representantes de la belleza, de la juventud y del amor. Ni quien pensara en los vicios del galán, en sus inmundas y públicas correrías nocturnas; ni quien pensara en que para asistir a esa misma fiesta, había abandonado la cama a las cinco de la tarde, después de una recia tormenta. Ante la lluvia de flores, que continuaba siempre; ante el rubor de la doncella, y esa muda caricia de él, se olvidaba todo, los vicios y los peligros, y cual alado ritornelo, sólo se escuchaba la súplica de Rafael:

—Por los pobres, señorita, tome usted por los pobres! ......

A partir de la noche aquella, vínole a Rafael un entusiasmo parecido al enamoramiento, que en Lupe sí fué sincero. Diríase que el "aquí la tienes," pronunciado por la madre de Bello, cuando la presentación, había sido una profecía verdadera. Ahí la tuvo, en efecto, toda, completa; como se tiene a una doncella honesta, sin restricciones ni reservas espirituales, cuidando sólo del pudor material, de los apretones de manos que nos enmudecen, y de los besos fugitivos que nos incendian. Las familias no se oponían ¡qué iban a ponerse! pactaron la boda para pronto; cuestión de que llegaran las donas, y de que terminaran la casa y los carruajes. La familia de la novia conocía, como la sociedad entera, toda la tempestuosa juventud del pretendiente, pero confiaba en la santidad del vínculo para curar tales desmanes, comunes, por otra parte, en los jóvenes ociosos y con rentas.

El noviazgo dió principio; un noviazgo gris, sin pequeñas riñas, ni grandes reconciliaciones; sin ese delicioso claro-obscuro de los amantes, que los hace saborear los agridulces dejos del amor. Veíanse por las noches, en la casa de Lupe; juntos iban a teatros y reuniones, y allá, de cuando en cuando, en la lujosa sala de la casa, quedábanse a solas los novios, mudos y encogidos; ella, por mucho querer; y él, por no querer casi nada. Vamos, que hasta de memoria se aprendieron los arabescos de la alfombra, ignorando, en cambio, los puntos débiles de sus mutuos caracteres. Algunas noches, sin embargo, en que el alcohol del club o de las cantinas animaba a Rafael, la solitaria charla salía desmañada y torpe, pero salía, aunque para ir a parar en tal detalle de las

carreras de caballos o cuál enredo del casino. Lupe entonces, aprovechaba la relativa locuacidad de Rafael, y necesitando que le hablara de amor, le abandonaba una mano, y bajo, muy bajito, le decía:

—¿Me quieres mucho?

—¡No he de quererte! —respondía Rafael. Hay veces en que hasta sueño contigo; conque, calcula.

Nada, que no podía pasar de ahí; que sus respuestas eran siempre iguales, vulgares, sin aroma; como que no le salían del corazón, sino de los labios.

—Pues anda, —insistía Lupe— repítemelo, dilo muchas veces, que más has de cansarte tú de decirlo que yo de oirlo......

Y ante el mutismo de su amado o ante sus esfuerzos por contestar algo dulce, sentía Lupe secretos temores por lo futuro, entreveíase abandonada y doliente por el peor de los abandonos, el abandono del corazón, en medio de las comodidades y del lujo. Dos o tres ocasiones pretendió reaccionar, romper el yugo, recuperar su antigua calma, y ofreció misas, peregrinaciones a pie al santuario de Guadalupe, su divina patrona; narró sus miedos a su madre; pensaba en otras cosas; hasta se marchó a una de sus haciendas, quince días; de balde todo, en cuanto junto a Rafael se hallaba, desaparecían los propósitos, las desconfianzas y las iras, dejándole, en cambio, la deliciosa languidez que aquél le producía. Como arma única, contaba Lupe con la muerte, con esa desgarradora certeza que de morir abrigan los jóvenes enfermos. Moriría pronto, lo sabía, pero ¡por Dios santo! que se casara antes; que Rafael, malo y todo, se apiadara de ella, de su cariño inmenso, y la hiciera feliz ¡sería a tan poca costa! A partir de entonces, se operó en

ella el cambio radical, aquel cambio que asombró a su familia y a su prometido. Ya no hubo desesperanzas, ni lamentos, ni melancolías; no hubo ya sino muda y enamorada sumisión de alma pura, que sin restricciones se entrega; de flor sin mancha, que lo mismo perfuma una mano pecadora que una frente de niña. Dicho se está, que nadie dió con la clave del enigma; que nadie se percató del interno combate de la muchacha, de esa su resolución suprema de arrostrar el todo por el todo, y casarse con quién no la amaba, como ella necesitaba y había soñado; de casarse con el elegido de su alma; con el que había estado esperando; el que había perturbado sus sueños, en sus fugaces aparecimientos, produciéndola insomnios poblados de fantasmas y sensaciones misteriosas y desconocidas.

En la especie de revista mental que en esta noche pasaba Rafael Bello a su vida, todo lo veía con precisión admirable; sintiendo casi, lo que sentido había en esas épocas resucitadas mágicamente ahora, por la lectura de la carta de su hija.

Los fugaces arrepentimientos de entonces, cuando ya en las últimas visitas de novio, Lupe lloraba por cualquier cosa y él no podía encontrar en sus interiores de tronera nada que se los calmara, tales arrepentimientos, los experimentaba de nuevo, con idénticas congojas y oleadas tardías de ternura hondísima para la muerta; las que sin duda, y a haber tropezado con ellas en tiempo oportuno, hubieran premiado el inmenso amor de la que fué su esposa. Y revolviéndose en la cama, murmuraba:

—¡Pobre ángel! Cuánto me quería y qué desgraciada la hice......

Miró, luego, las vísperas de su matrimonio: la nerviosa excitación del arribo de trajes y joyas; de

entrar y salir de tapiceros; miró sus propias cobardías de varón que siente cercano el enlace, el miedo ése que despierta el sacramento; miró su cena orgiástica, el adiós a la soltería, entre hembras y amigos; los adornos del templo y el postrer beso que recibió por su dinero; los tapices de la inmaculada recámara nupcial, su Cristo de marfil medio oculto en las colgaduras del lecho, y sus temblores infantiles al arrodillarse delante del viejo sacerdote que le perdonó sus pecados en el sombrío rincón de una sacristía silenciosa y mística.

¡Qué efímera la luna de miel! En la hacienda,—siempre la hacienda—una semana de casi aburrimiento; malamente azotada su lascivia por la delicada belleza de camelia marchita que adornaba a Lupe; inventando paseos a la hora del crepúsculo, muy del brazo y muy serios, por los alrededores de la casa; romanticismos y proyectos, salpicados de repente con besos que la situación exigía y que la soledad disimulaba, los que eran sorprendidos, si acaso, por el blando rumor de alguna ignorada caída de agua, por un rayo de luna o por un retrasado campesino que se alzaba de hombros; besos perdidos en la diafanidad de la atmósfera, como se perdían los aromas de flores, las manchas de esmeralda de las luciérnagas, y el angustioso vagido de alguna res extraviada en el campo.

Luego, un íntimo anhelo de que el destierro acabara pronto para volver a la ciudad, a la existencia acostumbrada, a las comodidades y al trato social.

—"A todo lo que aquí te hace falta y que no puedo proporcionarte"—según decía él, dándoselas de esposo modelo.

Y aunque a Lupe la escocía esto del regreso, por comprender que en la endemoniada ciudad volvería

Rafael a sus arraigados y poco edificantes hábitos, cedió desde luego, por dos razones: por no contrariar abiertamente la autoridad marital, y por la ilusión muy recóndita de que su amor realizara un milagro y su marido se corrigiera. Rafael, en vez de corregirse, lanzóse de nuevo a amigos y clubs, cual si los aires campestres y el breve destierro le hubieran centuplicado fuerza y apetitos.

Dió principio con esto uno de los ignorados calvarios con que tantos matrimonios mal avenidos se martirizan. Siguió Rafael la fatal gradación de indiferencia de todo hombre poco amante; desde no asistir a la comida íntima con la esposa, a quien se avisa con lacónica esquela de última hora, hasta ausentarse del hogar una noche completa, so pretexto del juego, de su pésima suerte al *baccara*, que lo obligaba a buscar el desquite. Por supuesto, que al día siguiente de una de estas borrascas, observaba en el rostro de Lupe huellas de lágrimas y de insomnio, y él se proponía, más por la depresión que los excesos alcohólicos traen consigo, que por cariño, una enmienda repentina, sin límites, dar de mano a gentuza y vicios, y consagrarse a premiar aquella pertinaz y amorosa abnegación de su víctima.

—¿Por qué no pude, Dios mío, por qué no pude? —clamó Rafael a media voz. Y en lugar de respuesta, el panorama aquél continuaba desenvolviéndole su vida muerta.

Vió que la tal enmienda nunca llegó a formalizarse ni pasó de conatos, y que, en cambio, lo que sí se presentó y muy formal fué lo que por fuerza debía de presentarse: el embarazo de Lupe, deliciosamente confesado entre pudores y sonrisas, como confiesan esas cosas las mujeres honradas. Aun miraba

la escena, recién reconciliados de la pelea mil y tantas, después de que comieron silenciosos y hoscos; en una mecedora de su gabinete, Lupe, que contemplaba cortinas y cielo raso con su cabeza sobre el respaldo de la silla que blandamente iba y venía; él, Rafael, desde el divancito con cojines en que fumaba un cigarro, atisbando un momento propicio para contentarla, los codos apoyados en las rodillas. Pugnaba la pobre de Lupe por que no se le saltaran las lágrimas, a diferencia de cuando por excepción dormía con su marido,—partidario de las habitaciones separadas,—en que por lo contrario, daba libre curso a su lloro, a sus hondas tristezas de sentirse tan lejos de Rafael, teniéndolo tan cerca. Entonces sí lloraba y mucho, sin poder contenerse, en cuanto percibía la respiración acompasada de su esposo, hasta que sus sollozos medio despertaban al infiel, quien preguntaba tendiendo un brazo, que de nuevo caía sobre las sábanas, pesadamente, sin haber realizado la caricia:

—"¿Lloras?"....

—"Qué he de llorar, hijo, duerme y no me hagas caso!"....

Y el contraste resultaba cruel. En un mismo lecho, dos seres unidos por leyes divinas y humanas, y sin embargo, tan apartados el uno del otro; los movimientos naturales en los que duermen, gracias a la soberana inconsciencia del sueño, juntaban a los dos cuerpos, ya en inocentes posturas, ya en posturas lascivas; determinaban acercamientos de pasión y alejamientos de odio, y al despertar, cuando las situaciones debieran haberse definido, Lupe, envuelta en la delicada y casta coquetería de la esposa, esperaba, pero en vano, que los acercamientos se repitieran; hasta fingía algo de soñolencia, y vuelta a Rafael, to-

cábalo ella misma con una pierna, con un codo; dejaba resbalar su hermosísima cabeza de virgen por la blancura de las almohadas, que parecían mancharse y desmancharse, maravillosamente, con la catarata de rizos negros de su opulenta y suelta cabellera. Esperaba, pero en vano, pues Rafael, despierto y bien despierto, no experimentaba ya deseos ni ansias, repugnancias tampoco; experimentaba una indiferencia glacial, muy adentro nacida, que apenas si le permitía depositar en la frente o en las mejillas de su esposa un beso insípido, a la carrera, casi igual a la moneda de cobre que de mala gana dejamos caer entre las abiertas manos de un mendigo, para que no nos importune. ¿Cómo, pues, pudo Rafael engendrar a su hija? ¿En virtud de qué fenómeno pudo Lupe concebirla, darle vida de su propia debilidad, convertirse en la mujer, en la madre que todo lo resiste y sacrifica por la criatura que desde antes de nacer la enferma y le desgarra las entrañas?.... Ello fué que el suceso se produjo; que en la tarde aquella de la tormenta mil y tantas, Lupe le confió su secreto, y que él saltó del diván a la mecedora ocupada por su mujer; que se arrodilló junto a ella, y loco de gusto, pidióle perdón por lo pasado, lo presente y lo futuro, le exigió pormenores que Lupe enumeró candorosamente, y que él desconocía en sus crasas ignorancias de rico vicioso.

—"Oye, mujer, hablas en serio? de veras sientes todo eso? de veras todo eso es un anuncio formal?.... pues que venga el médico, que nos saque de dudas, y si resultan ciertos los toros, tú a cuidarte mucho, ¡pobrecita! y yo, ya verás, yo a entrar en juicio para siempre, como debe estar un papá, te lo prometo."

Y levantándose de la alfombra, en la que había

estado de rodillas, retrocedió unos pasos a fin de mirarla mejor, más a sus anchas, radiante de alegría.

—"Eres otra, te digo que eres otra; te veo transfigurada, como más grande y más solemne, qué sé yo...."

Oyéndolo, Lupe creyó morir de dicha, creía soñar; bendijo el incipiente embarazo, a pesar del terror que la inspiraba por ser el primero; dió de barato los padecimientos próximos, y hasta se los habría aumentado en cambio de la reconquista de su esposo. ¿Qué importaba martirizar al cuerpo, si Dios, compadecido sin duda, le premiaba el alma?

En efecto, durante unos días, Rafael declaróse a sí mismo bueno y sano, curado y recurado con el advenimiento al mundo de un hijo suyo, aquel chiquitín monísimo,—pues monísimo había de ser,—que desde ahora, del sitio misterioso que habitaba, sonreíale con dulce sonrisa parecida a la de los ángeles que revolotean por los márgenes con viñetas de los libros de misa.

Y si él se declaró curado, lo que es Lupe casi llegó a pensar que nunca había estado enferma. Era que ni él ni ella sospechaban la verdad de lo que ocurría, el instintivo movimiento de júbilo que asalta a todo varón al hacerse pública su patente de virilidad generadora; la que, en el caso de Rafael, traducíase por un conato de arrepentimiento que mientras duró, tuvo sumidos en un período de espejismo y de encanto a los cónyuges desavenidos. A todo y por todo mezclaban el nene, bautizado ya de modos diversos: "cielo," "él," "tu amigo," "nuestro dueño," "el salvador;" nombres con los que era designado según las circunstancias y las personas presentes. A solas fué siempre "él," pero rodeado de una porción de tonterías, de preguntas y res-

puestas sin sentido: "¿qué pensará de nosotros?," "¿reirá cuando ríes tú?," "¿crees que nos querrá desde ahora?"....Hasta que el chico comenzó a moverse, a dar señales de que vivía, a engendrar en el ánimo de Lupe los secretos y divinos goces de la maternidad, que van comprándose a costa de otros tantos dolores, y van ajando las carnes y las bellezas de la madre, quien, sin embargo, los calla y guarda como dádiva celeste y tesoro preciadísimo a los que recurrirá a la larga, con el rodar de los años y cuando el hijo, por ser hijo, los pague con enormes réditos de ingratitudes y desvíos, y la madre halle en esas economías inagotables de amor y de ternura, caudal bastante con que perdonar de nuevo, sin cesar de idolatrarlo, al que la hizo llorar, aun antes de nacido.

Conforme el fisiológico evento siguió su curso; conforme Lupe perdía salud y colores,—los colores desvanecidos que imprimían a su rostro aquella belleza quimérica de santa medieval,—Rafael volvió a las andadas, a juergas y correrías, a rebelarse contra el yugo, como enfermo incurable que era, de la voluntad y de los nervios. Nada más que entonces Lupe tuvo substituto a que acudir, su hijo, a quien charlaba en las desamparadas soledades de sus noches de espera, cual si el niño por nacer fuera ya una persona muy formal y equilibrada, de clara inteligencia y respuestas consoladoras.

No obstante el holgado bienestar de la pareja, no consintió Lupe en que ajenas manos cosieran las íntimas prendas del primogénito.

—Las modistas que se encarguen de lo exterior, lo de lujo; que lo que es de lo que *él* haya de ponerse a diario, sobre su cuerpecito, de eso me encargo yo, y nadie más que yo.

Por lo que resultó infructuosa la campaña en contrario, emprendida por entrambas familias; la prohibición facultativa del médico; las letanías de que estaba débil y delicaducha, incapaz de dar cima a semejante tarea. Como lo dijo lo hizo; ella y nadie más que ella fabricó el ajuar diminuto, la canastilla íntegra; toda la infinidad de pañales, mantillas, fajas y gorros, que de entre sus dedos salían encarrujados, blanquísimos, simulando a medida que se amontonaban, muchos copos de nieve sin fundirse. ¡Lo que gozó con su labor, que procuraba ejecutar a solas para dar suelta a sus anhelos! Si alguien la hubiese sorprendido, la habría visto besar los gorritos, doblar amorosamente los pañales, como si ya su hijo estuviera dentro de ellos. Y al no tenerlo todavía, ni tener al padre tampoco, si alguien hubiese examinado la costura, habría sentido más de una lágrima escondida en el alba florescencia de encajes y de cintas.

Hasta que a lo último, el acontecimiento se presentó inevitable, después de uno o dos amagos, que obligaron a juntarse a la madre de Rafael con los padres de Lupe, quienes, cual buenos consuegros, no se veían muy a menudo.

Aquella noche, desde temprano, el médico, verdadera celebridad, anunció que el parto era asunto de pocas horas; que él se quedaba para el remoto caso de una complicación que la partera no supiese resolver. Y desde temprano también, la casa se animó con la sorda animación de los grandes sucesos, alerta la servidumbre, encendidas las luces, en el comedor la mesa puesta, en el patio el carruaje con los caballos enganchados; amos y sirvientes hablándose bajo, en morigerado diapasón. En el cuarto de la enferma, velada la luz de la bujía y tres

lámparas de mariposa frente a otras tantas imágenes milagrosas, semi ocultas tras las redomas y botellas que coronaban las cómodas. A un lado de la cama, la madre de Lupe sin chistar, rezando quizá; al otro, la partera, acostumbrada a trances tales, descabezaba a hurtadillas un sueñecico. Lupe, debajo de las sábanas, enmudecida, miraba con sus grandes ojos las sombras de la flama de la vela y lamparillas, que danzaban por el techo. Antes de las ocho, el médico penetró en la estancia, afable y sonriente, hombre de mundo siempre:

—Si usted nos lo permite, Lupita, nos marchamos al comedor, a cenar ¿qué tal anda usted de valor?....

—¡Ay, doctor, malísimamente, tengo un miedo horrible!

En el comedor ya, el médico tranquilizó a los deudos; así son las primerizas. Mas como ellos persistieran en su aflicción y le opusieran sus congojas, él, en compasiva complacencia de sabio que se digna ilustrar al vulgo, descendió a detalles que explicaba pulcramente, entre plato y plato. Había partos y partos, con tales y cuales resultantes, y tales y cuales riesgos; una conferencia que las señoras pudieron oir, rociada de eufemismos, de copas de vino tinto y distinguidos ademanes con la servilleta.

—Por fortuna, —concluyó, —el nuestro viene a las derechas; el muchacho de cabeza, como debe de ser. Trabajaremos un poquillo, y a eso de la media noche, a dormir todo el mundo.

Pero llegó la media noche, y nada, ni alumbramiento ni dolores precursores, cual si el muñeco quisiera poner en ridículo los vaticinios médicos, o se arrepintiese de salir al mundo y prefiriera quedarse en su escondrijo, abrigado y feliz. Por fin a

la una, dió Lupe un gran grito que alborotó la casa; el médico quitóse la levita y recorrió sus instrumentos, por si acaso; la partera se despabiló; acercaron velas sin pantalla a la mesa de noche, y Lupe, convencida de lo inmediato del peligro, revueltas quién sabe qué reminiscencias del viejo amor, llamó a Rafael:

—Dame tu mano, la otra, la derecha, y por la Virgen santísima no me dejes, no te me separes....

¡El horroroso e imborrable cuadro que presenció Rafael, sin soltar la mano de Lupe, y asido con la que le quedaba libre a la cabecera de la cama, para no desmayarse!

Primero, un rumor de catarata, de agua que sale a borbotones de algún estanque que se desborda; luego, el parto con sus lentitudes homicidas, crueles, de portento que se realiza fatalmente, a costa de los más grandes dolores, rompiendo y desgarrando sin misericordia; fuerzas secretas y poderosísimas en contra de una mujer sola, extenuada, que no puede más y gime, grita, agoniza. Rafael apartaba la cara, cerró sus ojos, no quería ver; confundidos en el cerebro una porción de ideas; lleno hasta de remordimiento de ser el autor de éso, una carnicería sin nombre; lleno de remordimientos también, por haber con su mala vida mortificado a Lupe, cuando ésta, generosa y noble, arriesgaba la suya propia concibiendo una nueva....

Y el portento, continuaba.

Ya *aquello*, —según sentir de Rafael,— carecía de humana apariencia; una bola negra, que para salir pugnaba ciega y brutalmente, sin cuidarse de la espantosa herida que causaba. Como en una pesadilla, escuchó la voz del médico:

—Animo, Lupita, ánimo; un último esfuerzo, pero con ganas, así....así....

En las treguas, al callar Lupe, retratábase en su semblante un padecer inmenso, infinito, mientras los demás seguían ansiosos el curso de la crisis. En medio de uno de estos silencios trágicos, se escuchó el relinchar de un caballo, abajo, en el patio; un relincho moderado, de bestia irreflexiva que se regocija de oler la cuadra.

Y de súbito, el parto. Un montón de carne amoratada, sanguinolenta, asquerosa, que el doctor recibió en sus propias manos, y que bruscamente pasó a otras, aconsejando un vapuleo:

—Duro, hasta que chille, está asfixiado....

Después, el mismo doctor, más pálido que la enferma, le tomó el pulso, en tanto que ella oprimía la mano de Rafael, y entornados los ojos, mortal la cara, murmuró:

—Mi hijo, mi hijo! ¿Por qué no grita? quiero verlo.

Y el doctor entraba y salía, ora con un paquete, ora con un frasco, y Rafael no se imaginó nunca de lo que se trataba, hasta que no le oyó recomendar a Lupe:

—Lupita, por favor, mucha calma, que ahora la que peligra es usted; luego vendrá su hijo.

—Me muero ¿verdad?—exclamó Lupe, como inspirada por repentina iluminación.

—¡Qué desatino, señora!—le contestó el médico, mientras respondía con los ojos a la pregunta muda de Rafael que sí moría, que sí...... Para mejor convencerlo, levantó las sábanas con un gesto de impotencia desconsoladora, y Rafael vió, en el colmo del espanto ¡Dios de Dios! un mar, un verdadero océano de sangre roja que brotaba terca, inacaba-

ble, con ruido discreto, cual ignorado y rico venero que surge de improviso, y pacíficamente se pone a manar. Así la sangre de Lupe, manaba, manaba dibujando curvas, bifurcándose, invadiendo el lecho todo; una verdadera inundación lúgubre y sin término. De balde la ergotina, las inyecciones de astringentes; de balde los rezos a voces y los sollozos sofocados, que principiaban a lamentar el desenlace funesto. La hemorragia continuaba terca, pacífica, con discreto ruido; era lo que no puede evitarse, lo que nadie ataja, el aletazo despiadado y fatal de la muerte.

—Esto se concluye,—declaró el médico,—nada hay en el mundo contra ello, ni tengo más qué hacerle....

Tan se acababa, en efecto, que Lupe no hablaba ya, ni oprimía la mano de Rafael; sólo fijaba sus grandes ojos en ese punto invisible para los vivos, y que quizá sea la frontera del más allá. Y cuando advirtió que las señoras reclamaban la presencia de un sacerdote, ella, la desventurada madre, reunió los escasos alientos que le quedaban, y declaró enérgicamente:

—Mi hijo, mi hijo primero!....Después, lo que ustedes manden....

De nada sirvieron las exhortaciones del doctor:

—Lupita, Lupita, no se agite usted así, que el menor movimiento brusco determinaría la... el síncope.

—Mi hijo! mi hijo!.... —decía sin parar la madre enloquecida.

Y a la vez que en busca del sacerdote salía de la casa el coche, con un estruendo de catástrofe, apiadáronse todos, le acercaron a la criatura muy bañada, muy inconsciente, muy vestida de limpio. Con la

rápida convicción que para cuanto acaece a nuestro alrededor nos brinda la muerte al cercarnos, Lupe comprendió que no podría sujetarla, que la empaparía en su sangre, y como el tiempo urgía, como cada minuto le arrebataba fuerzas, vista y oído, en su amor inmenso hacia aquel ángel que al nacer la asesinaba, quiso, antes de emprender el viaje sin regreso, ser madre completa, amamantar a su hijo. Con un ademán de impudor sublime, descubrióse el seno, y con debilísima entonación le susurró a Rafael:

—Tú.... pónmelo tú.... encima del izquierdo... lo más cerca del corazón!....

Al sentirlo sobre sí, intentó abrazarlo, pudiendo apenas distinguirse que suspiraba:

—¡Hijo!.... ¡hijo mío!.... ¡mi vida!....

¡Su vida, y no la tenía ya!

Durante un minuto de imponente mutismo, suspendido el chico en los brazos de Rafael, sobre el exangüe seno de la muerta, percibióse distintamente, en la alfombra, el gotear de la sangre, como obstinado tic-tac de un reloj implacable.

Luego, la velada, la fatídica quietud de la casa mortuoria; y al par que la misteriosa charla de los cirios en su chisporroteo, y que el silencio soberano de la muerte, la impertinencia, puramente animal, de la nueva vida; la huérfana recién nacida, que lloraba allá, lejos, en habitaciones interiores del edificio....

¡Cuántas ocasiones Rafael, a los tantos años de viudo, resucitaba el acontecimiento, y entre recuerdos y remordimientos se le iba el sueño! ¿Por qué no amó a su mujer? ¿por qué no la hizo dichosa, cual lo merecía? él no era malvado.... Y frente al desconsuelo que origina lo que consumamos, Rafael

padecía e imaginaba que estas evocaciones, y los insomnios que las seguían, formaban una especie de desagravio tardío, de sufragio eficaz por la pobre alma de su Lupe mártir....

Al alba vino a dormirse, con pesadeces de sopor y estremecimientos nerviosos, pensando en su hija, en su Nona, resuelto a quererla más y más cada día.

Despertóse a las diez, mal humorado a causa de la ruidosa entrada de su parásito, del inverosímil y nunca bien ponderado Chinto, quien tropezaba con los muebles, y se llegó hasta su cama, canturreando:

"Costas, las de Levante,
"Playas, las de Lloret...."

III

—Qué importuno eres, hombre, calla la boca y déjame dormir! ¿Por qué demonios no preguntaste a los criados si podías entrar?

Chinto, con toda la mansedumbre que le era característica y que tan simpático hacíalo a sus amigos ricos, interrumpió su canto y, a tientas, abandonó la estancia.

—Dispensa, hijo, dispensa; te aguardaré en la biblioteca.

Y conocedor de la topografía de la casa, como su mismo dueño, a la biblioteca se fué, una habitación lindísima con vistas al segundo patio, del que subían a perturbar la indefinida catalepsia de los libros,—muy graves y sucios dentro de sus anaqueles,—acres olores de cuadra inquieta, rumor de caballos y tintineo de frenos y cadenas.

No obstante su incuria, el cuarto revelaba haber llenado su misión de gimnasio de ideas, como que el padre de Rafael, abogadazo de talla con sus ribetes de bibiófilo y literato, formó cuidadosamente la librería, encargando a Europa lo más notable de su tiempo y adquiriendo en México y sus provincias, lo interesante o raro que le caía a las manos. Después, sobrevino la eterna historia de los hombres y las co-

sas; la lenta y desconsoladora decadencia de todo lo viejo que se abandona: destructores festines de polilla; complicados palacios arábigos de arañas; el sol, el polvo y la humedad señoreándose de muebles, cuadros, dorados, tafiletes y títulos. Un desaparecimiento pausado, de gentilhombre incrédulo que prefiere morir sin los últimos auxilios, a que éstos le sean allegados por manos villanas. Así cayó, primero, un estante de madera de rosa, de hondos relieves y cristales de una pieza, relleno con lo mejorcito de la colección. Un buen día ¡pum! el tumulto postrero, y vinieron abajo nombres consagrados de jurisconsultos, sabios y hasta santos; todos revueltos, sin los respetos e indiferencias que ellos en esas mismas obras tenían predicados, sino ordinariamente, al capricho del derrumbe; las pastas de los librepensadores metidas en las portadas de los místicos, un desbarajuste lamentable.

Y el remedio fué peor que la enfermedad. Mientras un carpintero apuntalaba por dentro el apolillado cementerio de tanta inteligencia, Manuela acabó de rematarlos. Con plenos poderes del "niño Rafael," se encaró a los libros, y éste a la hacienda, aquí el otro, el grueso aquél al dormitorio de Nona, que no alcanzaba por su edad a las moderadas altitudes de su lavabo, la biblioteca entera la dispersaron en donde menos debieron de haberla dispersado. Al igual del estante de rosa, tronaron los demás, recargados con los volúmenes que iban quedándose sin sus primitivos alojamientos. Entonces sí que el carpintero hubo de darse prisa en fabricar entrepaños, soportes y remiendos. Resultó un conjunto irregular y triste, a causa de la desatinada colocación de las obras, y de la diversa colora-

ción de los tableros, que patentizaban un desprecio por aquello, que cogía el alma.

También los cuadros se hallaban en las últimas, tanto en los marcos, desconchados y truncos, como en las telas, polvosas y descoloridas. Hasta el orgullo de la familia, muy tieso y de muy mal talante dentro de su marco de media vara, había venido a menos. Ya no era lo que rezaba su biografía, dibujada en caracteres de imprenta en el ángulo inferior de la derecha; iba siendo, con el tropezar de los años implacables, una sombra del ayer, tan brillantemente representado, la verdadera imagen de las vanidades humanas, siempre deleznables y transitorias. Para darse cuenta aproximada de lo que había sido, necesitabánse plumero, paciencia y buena vista; entonces, cual un aparecido, resurgía el abuelo, el antecesor ilustre; un anciano en pie, de fisonomía dura, de peluca empolvada semi encubierta por el tricornio; afeitado el rostro, dándole un aspecto intermedio entre obispo e histrión, a pesar de la casaca bordada, de la chorrera de la camisa, del calzón corto y de los zapatos con aureas hebillas. Armaba su diestra un bastón de borlas, mientras con la izquierda oprimía el par de guantes. Notábase, sin embargo, en la mirada y en el general conjunto, aires de distinción, costumbre de mando y no sé qué de grandeza entristecida, al contemplar con sus ojos de viejo y de pintura borrosa, el lamentable fin de una raza, todo el estéril sacrificio de tanto progenitor que la dieron renombre, quién matando moros, quién gobernando en Nueva España, quién asando judaizantes en las hogueras purificadoras y santas de la Inquisición. ¿Para qué servía el linajudo pasado? Para parar en la degeneración, en el aborto sociológico, un Rafael Bello, el último ejemplar mas-

culino, el adiós del apellido sin ninguna de las virtudes de la progenie, y maculado con los defectos y vicios atávicos. Y parecía que el enhiesto anciano se encolerizara, que protestara con su armada diestra, con el escudo heráldico del ángulo izquierdo superior del cuadro: cuatro cuarteles correspondiendo a los cuatro apellidos de la familia, rematados por un casco de plumero y de visera calada; el escudo entero, sobre una gran cruz de Santiago, parecía protestar especialmente con el cuartel primero, el principal: sobre campo azul, una cruz y una corona guardadas por un caballero armado de punta en blanco, y sobre campo esmeralda, la honrosa y bárbara leyenda:

"En defensa de su Dios
"Y en defensa de su Rey
"Los Bello pueden dar ley."

Y protestaba también con sus apuntes biográficos, los del ángulo inferior de la derecha del cuadro enorme; los pintados en caracteres de imprenta, anticuados, con deplorable ortografía, y que atestiguaban:

—"Don Sebastián Bello y Cruces, de la Torre y "del Pinar; natural de las montañas de Asturias; "Caballero del Orden de Santiago; Alcalde Ordina-"rio y Procurador General de la Ciudad de Ovie-"do, su Patria. Alcalde Ordinario, Cónsul y Prior "del Real Tribunal del Consulado y Comandante del "Regimiento de Infantería Española del Comercio "de esta Corte de Mégico. Después de haber servi-"do los Empleos de Teniente y Capitán del mismo "Cuerpo."

Lo que el buen señor ignoraba, y que a saberlo lo

habría muerto una segunda vez, era que su permanencia en la biblioteca debíase a una casualidad y no a sus veneras y campanillas, pues con ellas y todo, corrió el riesgo de ser enrollado y conducido a la hacienda, para servir de mampara en una de las habitaciones. Pero la Nona, que de más pequeña teníale un miedo cerval, opúsose a ello y por eso se quedó donde siempre estuvo, prestando su muda compañía a los libros que jamás se abrían; escuchando las imbecilidades de los amigos de Rafael, cuando con éste jugaban al *poker* en la estancia; hasta siendo el objeto de alguna burla insubstancial de los concurrentes.

Chinto, nó, al contrario; sentía respeto por el desaparecido aquél, a quien contemplaba horas y horas en mudo recogimiento, idéntico al que en lo antiguo han de haber experimentado los lacayos por su amo. Lejos de burlarse de él, defendíalo con positivo tesón, y aun aseguraba descubrir en Rafael y la Nona marcados rasgos de parecido.

En esta su acostumbrada contemplación se hallaba, cuando le habló un criado desde la puerta:

—El señor lo espera a usted en el comedor.

Era el comedor, a semejanza de la biblioteca y de la casa toda, amplia, alegre y ventilada habitación; con anchos cristaleros empotrados en los muros, sirviendo de cárcel a la arcaica y legítima vajilla chinesca, a los dos servicios de cristal y a la argentería grabada con el ennoblecido monograma de la estirpe. Había, además, dos aparadores de roble macizo, atestados de trastos; unas rinconeras, y suspendidos en las paredes, hasta media docena de cuadros antiguos, bodegones firmados, que en su tiempo representaron subido precio. De muebles modernos mirábanse, la mesa, de extensión; los trin-

chadores, con cubierta de mármol blanco, y la gran lámpara pendiente del techo, una preciosidad de mayólica y bronce. En el fondo, dos vidrieras ojivales de colores, despedían caprichosas claridades de luz, y en medio de ellas, una populosa pajarera, imitando gótico frontis de basílica, suministraba orquesta gratuita desde que Dios echaba su luz hasta el atardecer, en que Manuela corría sobre ella un cortinón de sarga.

Al asomar Chinto la cabeza, encontróse con Rafael instalado ya en un extremo de la mesa, frente al clásico chocolate, un vaso de leche y una fuente de bizcochos. El camarero, tieso detrás de su amo, y Manuela entregada a la limpieza de la tropa de cantores alados, inquietos y bulliciosos, gorjeando un concertante matutino de su invención; tan revueltas las notas como los artistas, en confusión encantadora de harmonías, vuelos y gotas de agua que temblaban en los picos de los canarios, en los alambres y trapecios de la jaula dorada por el sol, del lado de afuera. Las dos ventanas, abiertas de par en par, permitían columbrar un amontonado e irregular horizonte de techos, cúpulas, chimeneas y torres; y a gran distancia, una media copa de árbol que manchaba artísticamente el conjunto.

—Siéntate, y pide lo que apetezcas, —le dijo Rafael afectuoso.

Pidió Chinto un desayuno completo y mientras lo engullía, fué la charla de los dos amigos huera y desmañada, para no enterar de sus asuntos a la servidumbre. Terminados los chocolates, se encaminaron al dormitorio; Rafael declaró a su ayuda de cámara no necesitarlo, asentó su navaja de barba, la blandió después de enjabonarse la cara, y ya delante de su espejito triple, exclamó con fingida dejadez:

—¿Qué sucedió anoche? ¿estuviste en la casa de Amparo?

—Pues, verás,—le repuso Chinto arrellanándose en una butaca,—luego de librada mi campaña en el club, la que por cierto me salió atroz, perdí dieciocho pesos, calculé que tú no volverías de la hacienda y quise ir en persona a ver cómo andaban los ánimos. Llegué a la casa, y la misma Amparo salió a abrir, muy de trapillo, muy....

—Adelante, hombre, adelante ¿qué más?—lo interrumpió Rafael molesto y hundiendo la brocha en la jabonadura.

—Primero,—reanudó Chinto con imperturbable calma,—le conocí sus ganas de hacerse la desentendida y fría, no mencionándote. Que tenía jaqueca, que *Bob* continuaba ladrando ronco, que no había dado lección de piano, y que si sabía yo quién compraría sus muebles, porque iba a marcharse a España en el vapor próximo, el del 12....

—¿Sí, eh? ¡se fastidió México!—dijo Rafael con una mueca, para no cortarse con la navaja.

—Por supuesto que yo,—siguió Chinto,—simulé creerla, hasta que se cansó, y estallando me dice: "¿Y *ése* todavía está en la hacienda?" Claro, ¿dónde ha de estar? "Conmigo, con su Amparo, como él me llama.... Que venga y me mate, pero que no me abandone....ruéguele usted Chinto; dígale que si no, por éstas,—y se besó los manos enclavijadas, habilitándolas de cruces sin duda,—por éstas que me mato...."

—Que reviente!—saltó Rafael, espolvoreándose el rostro.—¿Quién la manda engañarme con canallas iguales a ella? Te juro, Chinto, que si en vez de un picador, se trata de otro hombre cualquiera, voy y tengo un disgusto ¡con él....pero ¿cómo armarle

bronca al caballero....? ¿cómo dices que se llama? Sólo de vista lo conozco.

—"El Pulpo." Nadie lo conoce por otro nombre.

—Pues eso es, con el señor don Pulpo....calcula la plancha.

Y continuó por ahí, excitándose conforme avanzaba, conforme reconstruía la casi flagrante y brutal infidelidad de su querida. No obstante su empeño en ocultar la ira, los dolores de la herida abierta en su vanidad de rico buen mozo y en su vanidad de calavera, traicionábase a sí propio, dejaba al descubierto las raíces hondas del mal, el potente dominio que la mujer ejerce en las pasiones únicamente carnales; dominio curable, apenas con el tiempo y la ausencia, y que a la larga aún, en recuerdo convertido, es recuerdo y es sensación que atormenta, que agrava las nostalgias internas por la carne que aunque manche se adora; que resucita su morbidez y su perfume, y por no tenerla más, extráñanse los pasados rigores, los excesivos celos. Todo lo que nos hace vivir padeciendo, agravábase en Rafael por lo reciente de su quiebra; conservaba frescos y palpitantes los menores ademanes, los hechizos escondidos de su española. No hallaba consuelo desde la ruptura; veíala, la oía, la deseaba; mas la afrenta reciente triunfaba al pronto, dábale fortaleza y ánimos para no caer de nuevo, para no volar al nido de su Amparo, y con frenético e impuro abrazo borrar el sucedido y aturdir a la memoria, suponiendo, infantilmente, que ninguna mujer es infiel, ni amor ninguno acaba, ni ninguna dicha es fantasma, ni ninguna pasión es martirio.

En las noches, sobre todo, y a no mediar cual la víspera, una completa evocación de su matrimonio y su viudez, Rafael reflexionaba en que su cariño

hacia Amparo se concluía, como concluye todo, — nosotros inclusive, — en que al cabo de tantos años gastados con ella, era fuerza que el hastío hubiese ido también acomodándose en el mutuo amor, enmoheciéndolo y descubriéndole sus naturales arrugas y lunares. Ya se conocían sus defectos, los del uno y los de la otra; ya se los echaban en cara cuando los altercados y tormentas, y claro, el pobre amor principiaba a huir de ellos, a tornarse huraño y de pocos amigos; principiaba a guardar por inútiles y menospreciadas sus armas sin filo ya, los besos quemantes que destrozan labios y acarician almas; los juramentos susurrados muy de cerca, con las manos trémulas, los ojos en los ojos, y los alientos en triunfal enlace. Cuando sin preocupaciones poníanse entrambos a contemplar su amor enfermo, a comparar épocas, tenían que convenir en que el tal iba a la muerte que volaba. De ahí, entonces, las furiosas lascivias recíprocas, comunes a toda pasión que agoniza sin deseos de morir, poseyendo aún torrentes de apasionada ternura que de buen grado otorgaría si la indultaran. Mas como los amantes, cansados ya, muéstranse insensibles, el amor se muere abandonado y triste, con desconsoladora y muda desesperación de niño. Lo extraño es que primero muera siempre en uno de los dos, mientras el otro continúa abrazado a su espectro, — a semejanza de los que contemplan embelesados los resplandores maravillosos de algún astro muerto hace siglos, y se ríen de esa muerte que no les estorba seguir en la contemplación de los celestes destellos, los que les llegan y les llegan, vencedores del tiempo, de la distancia y de la muerte misma.

Así el amor, para quien dentro lo lleva, vive después de haber muerto en el que supo inspirarlo; y

aunque nos aseguren que llevamos un cadáver, ese cadáver nos basta para que la realidad no nos torture ni el ensueño se desvanezca. En este caso, era la verdad que Amparo, infiel y todo, amaba a Rafael, en tanto que él sólo se figuraba amarla todavía, por más que en el fondo ni miajas le quedaran de afecto. Y seguramente que si a Amparo no se le atraviesa el pasajero y bestial capricho por su compatriota el picador, Rafael rompe relaciones, le da a ella su pasaporte en dinero, y el enredo se termina. Pero el engaño surtió, ni más ni menos que si Amparo, convertida de súbito en profunda conocedora del corazón humano, hubiera engañado adrede para atraerse al prófugo. Ardía Rafael en rabia y despechos, y la misma hembra que poco há le causaba incipientes ascos y cansancios, ahora lo seducía, cual si la falta le diese picante sabor a su pecadora carne, ya de suyo sabrosa.

De tal suerte, que anhelaba muy en sus adentros propicia coyuntura de hacer las ámistades decorosamente, sin que apareciera su ansia; antes simulando nobleza de sentimientos. Y Chinto, que se lo sabía al palmo; que le conocía vanidades y flaquezas; que lo conducía por la nariz, propúsoselo al cabo de un rato de silencio.

—Yo que tú, tendría una explicación con ella, la última si lo que buscas es acabar, y luego, a separarse tocan; cada cual por su lado y bendito de Dios.

—¿Yo? tener yo una explicación con esa......? —exclamó Rafael, dando embestidas a la abertura de la camisa, por la que al fin asomó la cabeza, —ni te lo imagines, yo no me rebajo.

—Pero, hombre ¡qué rebajo ni qué niño muerto! Si tú la quieres y ella te quiere también ¿por qué demonio se la han de pasar en pleito continuo? Anda

y mírala, pon tus condiciones. ¿Que no las acepta...? pues ahí lo dejas. ¿Que sí...? pues siguen tan contentos. ¿Qué opinas?

—Que no y que no. ¿Crees que es tan fácil olvidar su porquería?.... —Y cual si repitiéndola cobrara Rafael resistencias, mientras concluía de vestirse se la repitió a Chinto. La sorpresa inesperada, cuando Amparo lo suponía en el campo; el delicioso cuadro con que lo recibieron en el comedorcito de la casa que él pagaba: Amparo y el "Pulpo," de sobremesa, contentísimos, medio beodos, apurando sendas cañas de manzanilla; sin chaqueta el "Pulpo," cantando peteneras en una guitarra, y la otra, bailando, batiendo palmas, con ondulaciones de culebra en brama. En seguida, el susto del picador y el cinismo de Amparo, que inventó lo del parentesco entre ambos; que siguió tuteándolo y hasta lo ayudó a ponerse la chaqueta: "Anda, *gachó*, saluda a mi cielo y vuelve a visitarnos. Hala." Y la cómica retirada del "Pulpo," entorpecido por la manzanilla y el sofocón, su guitarra a cuestas, el hongo en la mano libre, sus reverencias, sus tartamudeos..... Por último, el candor de Rafael, su embrutecimiento por Amparo, haciéndole creer farsa tamaña; haciéndolo dormir con ella, y encontrarse a la mañana siguiente, en las mismísimas sábanas, un amuleto gitano, de los que sólo usan los toreros para salir con bien de la lidia. ¿Qué valían, pues, las protestas de Amparo ante tan irrefragable prueba?

Chinto abandonó el terreno, seguro de que Rafael volvería a la carga.

—¿Irás mañana a visitar a la Nona, es jueves?

—Por supuesto que iré.... En fin, Chinto, si puedes lograr que Amparo me busque esta noche, te lo

agradeceré. ¿Lo crees prudente? Le diré cuántas son cinco.

Chinto sonrió, alargó un bastón a Rafael que ya estaba vestido, y se marcharon a la calle; Rafael a ver a su apoderado, Chinto a ver el secreto de su vida, el único lado noble que lo adornaba, justificándolo a sí mismo de su degradante papel de parásito de ricos.

Empezaba Chinto por no ser originario de la ciudad de México, sino del Estado fronterizo de Coahuila, en donde su padre fué por muchos años honrado administrador de un mineral. Creció Jacinto en medio de serranías y de barreteros, con lo que se ganó una envidiable robustez y una ignorancia de carpa; hasta que su padre juzgó oportuno que el chico viniese a estudiar a la metrópoli, recomendado a un antiguo amigo de la familia, notario de profesión. Jacinto, poco asustadizo y de inteligencia despejada, en un santiamén se hizo de confianza con la ciudad, por la que vagaba a su antojo; que es de justicia consignar lo poco que el notario se curó de él. Se limitó a instalarlo en una modestísima casa de huéspedes, del Chapitel de Monserrate, —pues la mesada no daba para lujos, —y a recomendarle mucha aplicación y puntual asistencia a sus clases. Con esto, y con invitarlo a comer una vez que otra, dió por concienzudamente cumplida su misión.

¡Lo que le importó a Jacinto! Sus veinte durillos mensuales; sus rollizos dieciséis años y su natural simpático, riéronse de notarios, universidades y vigilancias. El primer año preparatorio marchó a maravilla, con buena calificación en el examen, y encantadoras vacaciones en la falda de la Sierra Mojada, al lado de su viejo, al lado de los antiguos camaradas, todos los operarios del mineral, desal-

mados, francotes, salvajes; que se asustaban de los progresos del "niño," quien entre cuento y cuento acerca de la capital, soltábales conceptos cabalísticos: "si ustedes tratan a las señoritas ecuaciones" o "¿a que no me explican el binomio de Newton?"

A los cinco años de turbulento vivir, con más *R. R.* que *P. B.*, *P. B.* en sus asignaturas, pisó Jacinto los umbrales de la Escuela de Medicina. Pero a cambio de las *R. R.*, habría podido dar treinta y raya hasta al más entendido auriga respecto a la topografía de la ciudad, que él se sabía al dedillo, con una ventaja estadística: conocer sus más apartados rincones, conociendo también las producciones de éste, sus especialidades, vecinos, fondas, cantinas, muchachas bonitas, focos eléctricos, picos de gas o faroles de aceite, según; tranvías y demás circunstancias. A fuerza de recorrer el monstruo durante seis años, aprendióselo de memoria, mucho mejor que el más fácil de sus textos.

Y en las correrías éstas fué cuando conoció a Piedad Villa, guapa chica más próxima de los veinte que de los quince años; de cuerpo erguido, estatura media, bien acentuadas las caderas, y sin exageraciones; levantada de pecho; limpia, que daba gusto verla; muy arreglada de ropa, mujer de su casa, con unas manos que hacían primores; morena de color; y con unos ojazos, una boquita y un salero, que la vecindad entera se desvivía por ella. Huérfana de padres, vivía con su abuela, una anciana, de anteojos, leyendo novelas de periódicos, fumando cigarrillos del "Antiguo Estanco," idolatrando a su nieta, y casi inmóvil en un sillón, su contemporáneo, a causa de un maldecido reuma. La vivienda que ocupaban, en un caserón de la calle de la Amargura, era reducidísima; la formaban, un trozo de

corredor, con ladrillos movedizos, y desvencijada puerta de madera; una salita con balcón a la calle; dormitorio, comedor, cocina y azotehuela. Mas eso sí, qué rojos los pisos, qué visillos, tejidos de gancho en las vidrieras, qué relucir de muebles, qué florear de macetas y trepadoras; sobre todo, qué colección de palomas en la azotehuela, anidadas dentro de cajas de vino, pero reinas de la casa, de las demás viviendas, de los patios, corredores y canales. Eran el querer de la muchacha, su pasatiempo favorito; llamábalas dos veces al día,—levantado el delantal por las puntas, para no regar el maíz,—con unos chasquidos de la lengua contra el paladar, imposibles de ser transcriptos, y que ellas entendían divinamente. Se las veía acudir al reclamo, en bandadas y por parejas; detenerse en cornisas, gárgolas y barandales, a currucuquear un instante, doblado el cuello, la pluma esponjada, para abatirse, por último, sobre su ama, que las esperaba sonriente, que les decía nombres diversos, que les ocultaba el grano y permitía que se le amontonaran en los brazos, por los pliegues del vestido; aleteando para no caer, en los hombros, en la cabeza misma, mientras las que no alcanzaban sitio, conformábanse con revolotear a su alrededor, riñendo entre sí. Y resultaba un delicioso cuadro de vuelos, caídas y gritos; la belleza de Piedad, envuelta en primoroso marco de mil colores, de alas extendidas y de plumas suspensas en el aire. Aun en sus labios, Piedad les brindaba el sustento codiciado, hasta que algún arañazo poníala seria, sin risas, arrojaba la semilla al suelo, se sacudía de las más tercas, y libre al fin, en jarras los brazos, presidía al banquete:

—¡Oye, Copetón, tunante, deja comer a la Polaca! ......

Los vecinos más cercanos, que escuchaban el tumulto; los alejados, que veían pasar a las palomas; la abuela, que interrumpía su lectura; los granujas del patio, que suspendían sus truhanerías, creo que hasta el caserón, con ser de piedra, todos sonreían. alegrándose al pensar:

—Ya está Piedad dando de comer a sus palomas.

Las tales, habían sido causa de contraer amistades y de sufrir disgustos, conforme andaban de humor los dueños de las viviendas frecuentadas por ellas. Y la vez que el gato de un remendón, inquilino del patio segundo, se engulló a la India, los propios granujas diéronle despiadada muerte.

Chinto fué a habitar la casa, por vivir en ella también un condiscípulo suyo, tan endiantrado como él, a quien la portera tituló "dotor" desde el primer día, gracias a una calavera y a unas tibias que colocó tras de los vidrios de su ventana, convirtiendo así en inviolable a su domicilio; ni quién aventurara las narices, no digamos dentro de la habitación, de par en par abierta a todas horas, ni en el corredor siquiera. No bien conocieron a Piedad, y se enteraron de su inocente pasión por sus palomas, la bautizaron de "Virgen de la Paloma," nombre que a poco tiempo era familiar al resto de los vecinos, Piedad inclusive, a la que sin duda no desagradó, pues se reía a solas cuando muy de mañanita, y peinándose frente a su espejo, oía a los estudiantes cantar a voces, en tanto que en mangas de camisa sacaban lustre a sus zapatos:

"Por ser la Virgen de la Paloma,
Un mantón de la China-na, China-na...."

Y la cosa se inició en broma. Chinto y su compañero, mediante burlesco pacto, propusiéronse enamorar a Piedad, cada cual por su cuenta y sin perfidias ni luchas de mala ley; de antemano convenidos en que el desdeñado no perturbaría la ventura del triunfador, sino que se concretaría a envidiar a éste, y tan amigos como antes.

—Salvo que los dos seamos derrotados,—se dijeron,—en el cual caso, y de pura cólera, haremos responsable al casero y nos mudaremos sin pagarle la renta.

Las hostilidades se rompieron, y en sus comienzos pareció que siempre el casero sería la víctima, pues Piedad, a pesar de su candor y de su carácter alegre, no daba entrada a ninguno de los dos sitiadores. Saludábalos, sí,—tal es la costumbre en las casas de vecindad,—mas sin pasar de un: "buenos días," cuando en la escalera se encontraban, o de un: "estoy bien, muchas gracias," cuando alguno de ellos la sorprendía en el arreglo de sus macetas. A punto de prescindir de la conquista, una tarde en que Chinto, por excepción estudiaba solo en su cuarto, Piedad, acongojadísima, salió a los corredores encareciendo un mandado a la criada:

—Corre, por Dios, no te tardes; el que da las consultas en la botica!

—¿Le ocurre a usted algo, señorita?—le preguntó Chinto asomado a su puerta,—aquí estoy yo para servirla.

En su aturdimiento, recordó Piedad que Chinto y su compañero estudiaban Medicina y podrían auxiliarla; hizo a un lado los galanteos, y desolada exclamó:

—Ay, sí señor! Mi abuelita se ha dado un golpe.

Chinto no necesitó más para colarse en casa de

Piedad y ayudarla a acostar en su cama a la señora, caída por un paso en falso. En el acto reconoció a la anciana, que se quejaba sin descanso; tocó en distintos puntos el brazo adolorido, y como el daño estuviese manifiesto, declaró desde luego:

—Creo que hay fractura.

—¿Cree usted que hay qué....? —inquirió Piedad, más asustada todavía de no entender el término.

—Nada de cuidado, no se alarme usted; pero para la primera cura, es preciso que aguardemos al médico; a los estudiantes nos han prohibido adelantarnos el título.

El doctor titulado llegó a poco, un galeno de barrio pobre, sin reloj de oro ni ínfulas, joven aun, de aspecto inteligente. Ratificó el diagnóstico de Chinto; en efecto, había fractura, y doble, en el cúbito y en el radio, por lo que procedió a intentar la soldadura, ayudado del estudiante y de Piedad, que se bebía las lágrimas al observar los sufrimientos de su abuelita. Después de la operación, Chinto interrogó al doctor ¿había peligro? ....

—¡No había de haberlo! ¿Ignoraba acaso, que un golpe en viejo, es por lo común mortal?

Chinto, prudentemente, no comunicó el pronóstico, limitóse a ofrecer sus servicios, de buena fe, interesado a lo formal por la chica; nada de cumplimientos, con toda confianza y para lo que fuese útil, a cualquier hora.

—Me manda usted despertar con su criada, y listos ¿lo hará usted?

Al par avanzaron la enfermedad de la anciana y la mutua simpatía de Piedad y Jacinto, dueño absoluto del terreno, después de una explicación semiagria con su compañero que se resistía a cumplir el pacto.

—No te imagines, viejo, puede que hasta me case.

En la vivienda de Piedad, abuela y nieta estábanle muy gratas a Chinto, sobre que él se dió más mañas que dentista callejero, a fin de ganárselas. Colmábalas de pequeños servicios y aduladora verba; prestábase a todo, lo mismo a ir en busca de los medicamentos, que a dar de comer a las palomas. Y distraía a las dos mujeres con su sempiterno buen humor, narrándoles mil chispeantes embustes que achacaba a la escuela, a su pueblo, a cuanto hay. Un domingo, las hizo reir hasta el llanto, presentándose revestido con tohallas y una sobrecama, a decirles misa en el lavabo del dormitorio.

Con la perspicacia inherente a su sexo, pronto se convenció Piedad de que no era para el estudiante un tercio de paja, y como a ella érale él un poquillo más que simpático, lo quiso insensible y sanamente, de la manera franca con que ejecutaba sus actos todos. No medió entre ellos declaración igual o semejante a las demás declaraciones, sino que una de tantas mañanas, al detenerse Chinto a tomar informes de la enferma, antes de marcharse a su clase en el hospital, le dijo a Piedad:

—Virgen, buenos días ¿y su mamá de usted?

—Mejor, gracias, pero no vuelva usted a llamarme así, porque es un desacato.

—¡Desacato, si para mí es usted tan virgen como las vírgenes del Cielo! ¡Si a veces, de verla tan buena y tan linda, éntranme ganas de arrodillarme delante de usted!

—Jesús, Chinto, no sea usted loco ni diga disparates—repuso Piedad, muy colorada.

—Si se disgusta usted, me volveré mudo.

—No, disgustarme precisamente, no, pero....

—¿Pero qué? Quiera usted o no quiera, virgen es

y con palomas por añadidura; de modo que seguiré llamándola Virgen a secas, porque Virgen de la Paloma resulta largo. ¿Conformes?

—Sí, así pase—contestó Piedad, vencida. Y se inclinó por sobre el barandal a verlo bajar.

En la última meseta alzó Chinto la cabeza, y autorizado ya, exclamó poniendo la mano en forma de bocina:

—Pst, Virgen, pst, ¿si yo me enloqueciera por usted, me curaría?....

Piedad, encogióse de hombros, en tanto que sus ojos contestaban que "sí."

Y eso fué todo.

La abuelita empeoraba; sobrevinieron con la fiebre una porción de accidentes a cual más grave, dada la edad de la señora, y el médico encargó a Chinto que previniera a la nieta. Mostróse Piedad a la altura de las circunstancias; no se entregó a gritos ni aspavientos; lloró, sí, mas fueron lágrimas de mujer honrada y fuerte, silenciosas, con hondos sollozos sofocados, para que la anciana no se enterara, encerrándose en la azotehuela, sin otros testigos que las palomas, muy quejumbrosas por el involuntario descuido de su dueña, y el pedazo de cielo, muy lejano y muy azul, que desde el cuadrado de la propia azotehuela podía divisarse.

Incomprensibles problemas veníansele encima, y Piedad, lejos de amedrentarse, los enfrentaba resuelta. Mucho la consolaba, para acostumbrarse a la idea del desamparo próximo, la vaga promesa de Chinto cuando ella se lamentó con él.

—Voy a quedarme sola en el mundo.

—Quién lo sabe, Virgen, de usted depende!—Y ese "quién lo sabe," antojábasele una formal promesa de ayuda. La ganó tal confianza, que muchas

noches, tarde ya, cuando la luna blanqueaba el sucio y abigarrado patio de la vecindad, y en el agua inquieta de la fuente parecía su luz un espejo hecho pedazos que trataran en balde de reunirse nuevamente por sí solos, salíanse ellos al corredor, mientras la abuela reposaba, y en desmayada voz esbozaban melancólicos proyectos para su incierto futuro, invadidos por no sé qué presentimientos negros; hasta que Chinto le cogía una mano y se la besaba quedito, muy quedito, en complicidad con la luna misma, que por iluminar pálidamente enredaderas y macetas, descuidaba alumbrar de lleno a la juvenil pareja; en complicidad con el silencioso barrio y con la dormida casa, de la que sólo partían a horas tan avanzadas, un ronquido que otro, algún amortiguado llanto de niño, y la constante balada monorrítmica del chorro de la fuente, que como un himno purísimo de la miseria marchábase a contar, Dios sabe a dónde, todas las amarguras y los dolores todos que encerraba el caserón aquel, populoso y lamentable....

Rápido y triste fué el idilio de los dos enamorados, porque la señora moríase a gran prisa, aunque con el valor que de ordinario demuestran las mujeres en el temido trance. Entablóse entre ella y su nieta una especie de lucha ¿a ver quién fingía más, si la abuela con su tranquilidad aparente, o la nieta con su ficticia valentía? En ocasiones el corazón triunfaba, y al chocar las manos de ambas, a causa del alimento o de una droga, droga o alimento pasaban a la mesa de noche, y la anciana atraía a la joven, poco a poco, mirándola muy adentro, como si muy adentro quisiera inscribirle, grabarle para siempre sus postrimeros consejos y recomendaciones, y la besaba en la frente, con su pobre y vieja

boca desdentada y llena de arrugas, inservible ya, no digamos para el beso, hasta para murmurar inteligiblemente las oraciones.

Los sucesos precipitáronse de súbito; vinieron al fin los sacramentos y la muerte, pretextos unos y otra para saciar apenas la morbosa y bestial curiosidad de los vecinos, que presenciaron aquéllos y casi profanaron ésta con sus comentarios y acercamientos al mismísimo lecho mortuorio. La tarde del entierro, al regresar Chinto, su condiscípulo y otros acompañantes cualesquiera, Piedad salió al encuentro de los primeros, a pesar de que en la vivienda se hallaban las chicas de al lado, hijas de un empleado en las Contribuciones; una viuda, propietaria del estanquillo de abajo; algunas mujeres de rebozo, moradoras del segundo patio, y la casera que entraba y salía a cada minuto. Entrególe Chinto la diminuta llave del ataúd, y al recibirla Piedad, le preguntó conmovida:

—¿Chinto, qué hago? ¿qué será de mí?....

—Por lo pronto, Virgen, dormir esta noche en nuestro cuarto, acompañada de su criada; éste y yo, —(*por su amigo*)—transladaremos aquí nuestros catres, y mañana.....pues, mañana hablaremos.

¡Qué habían de hablar, si se lo tenían hablado todo! Aconteció lo que era lógico que aconteciera, lo que invariablemente acontece cuando dos juventudes se encuentran solas e irresponsables, que apaciguado el dolor, un buen día despertó Piedad en los brazos de Jacinto, olvidados del cura y del registro civil, mordiendo abrazados la eterna y pecaminosa manzana, el agri-dulce fruto que nos brinda la vida para que la comprendamos y le perdonemos sus despiadadas crueldades y sus necesarias injusticias.

¡El escándalo que esto ocasionó en la vecindad!

Fué el tema de las conversaciones, especialmente en las personas honestas, morales, de buen vivir y buena conciencia. Persignábanse horrorizadas ¡qué atrocidad y qué mundo! Una muchacha que parecía tan seria, tan pura....; en un suspiro le ajustaron cuentas, preguntando unos, contestando otros, pero condenando todos. ¿Acaso Piedad no tenía parientes? Y resultó que sí los tenía, lejanos, domiciliados en algún rincón de la República, que nunca la vieron ni la entendieron. ¿Acaso quedaba sin recursos? No señor ¡qué desatino! quedábanle los muebles, unos muebles que valdrían reunidos, cuarenta o cincuenta pesos a tira que tira....quedábale, además, uno muy grande: gestionar que el exiguo montepío de que disfrutaba la abuela, en arranque inesperado de altruísmo, el gobierno lo transmitiese a la nieta heredera.

¡Pobre "Virgen de la Paloma," tan estúpidamente condenada sin merecerlo! Sin duda sus jueces ignoraban o no querían saberlo, que había tenido, en cambio, para precipitar su falta, la cuenta de la empresa funeraria y la del casero; una soledad y un desamparo infinitos, sin nadie que le tendiese la mano, ni esas mismas gentes que la censuraban; y que por encima de todo, había tenido en su contra, sus diecinueve años; su corazón, herido con igual saña por el amor y por la muerte; y a unos cuantos pasos, un muchacho apuesto, ardoroso, que le abría los brazos y juraba quererla, darle la dicha, ser su esclavo y su protector, el amante y el hombre!

Tuvieron, sin embargo, que apelar a la huída, porque la situación no era para tolerada. La miraban mal, negábanle saludos y atenciones, la humillaban en lo que podían. Determinaron mudarse a una casa en donde no los conocieran, y una tarde,

un carro llegó por los muebles, y un simón por sus dueños. Buscó Piedad a sus palomas, abandonadas en la catástrofe, pero las palomas habían buscado nuevo abrigo, sitios nuevos en qué comer y guarecerse. La poética leyenda había concluído; Piedad salió vergonzantemente, a hurtadillas, recatándose de los vecinos que contemplaban aquella especie de fuga, desde sus puertas, ventanas y corredores.

Sólo los granujas del patio, la despidieron con cariño y le formaron una doble valla de suciedades, desnudeces, pies descalzos, almas blancas y cabellos negros.

Y la que en un tiempo fué "Virgen de la Paloma," abandonó la casa, la enorme casa populosa y lamentable, sin virginidad y sin palomas; la virginidad, perdida para siempre; las palomas, voladas, como sus ilusiones de niña, en pos de otros aleros y de otro sol....

Dos cosas siguieron a este principio de descenso: un enfriamiento de Chinto, y un parto de Piedad, igualmente naturales uno que otro; el parto, por la reunión de los sexos, y el enfriamiento, porque es humana regla que nos enfriemos con la mujer caída, cuando nosotros mismos la hemos hecho caer.

Colgó Chinto los hábitos de colegial y de amante, y con inesperada ternura vistió los de padre. Renunció al suyo, a la mesada y a los estudios, a todo, menos a su hijita, que iba creciendo en años y atractivos y a la que él idolatraba con ciega locura. Como con la holganza asomaron las escaseces, en pugna descomunal con su afán de rodear a la chiquilla de cuanto pudiera apetecer, y aun de más, no teniendo nada qué sacrificar, sacrificó la dignidad y convirtióse en el parásito tenaz de sus amigos y condiscípulos ricos. A nadie confiaba lo de su paternidad

ni lo de su barraganía; la primera, por ser su tesoro; la segunda, por ser su vergüenza, y con las dos a cuestas vivió una vida de perpetua comedia, siendo comensal agradabilísimo, parrandero incansable, bebedor de fuerza y mercurio indirecto de sus protectores. Pero los quince o veinte duros diarios, —que si se los negaba el naipe, de buen grado se los suplía cualquier gananciosò, —iban en su mayor parte a satisfacer gustos, exigencias y caprichos de la pequeñuela, a quien jamás exhibía, como tampoco exhibía a Piedad, con la que mantuvo, mientras no la repudió, relaciones casi fraternales; no sucediendo lo propio con su hija, a la que conservaba en las rodillas durante sus fugaces encierros, y a la que contemplaba dormida, horas y horas, en estática y muda adoración.

Si las necesidades de su carrera, —que a este grado había elevado su parasitismo, —lo obligaban a trasnochar en casas mal afamadas o en cenas orgiásticas, desaparecía de ellas en el instante menos pensado, y arrancaba a correr hacia la morada de su hija, sin preocuparse de los contactos impuros, de las prácticas inmorales ni de los chistes obscenos; en las esquinas, cerciorábase de que no era perseguido, apretaba el paso, y diríase que la sola evocación de su ángel, operaba el milagro de asearle cuerpo y espíritu; que en los ángulos más negros del barrio galante arrojara lo impuro, lo inmoral, lo obsceno, para llegar trémulo de inmaculada pasión hasta la cuna de su hija y besarle su boquita entreabierta, color de granada, que reía a las visiones celestes que pueblan regocijadas los sueños de la infancia.

Y allí tornábase en terrible, en otro muy distinto, en el hombre-fiera resuelto a defender a lo que ado-

ra. Habría matado al que intentara, no ya robarle a su ídolo, siquiera macularlo. Ante su conocimiento experimental del mundo, desfallecía; anhelaba respirar toda una eternidad, o adjudicarse una existencia póstuma que le permitiese amparar a su vástago con la triple coraza de sus experiencias, de su cariño inmenso y de su fuerza masculina.

¡Cosa extraordinaria! No se daba ascos ni se inspiraba desprecios; considerábase muy abajo, mucho, mas como al levantar la vista miraba muy alto, mucho también, a una estrella suya, por él engendrada, le sobraba con éso, con que el astro despidiese ignorante sus destellos purísimos, aunque él se enlodara llevándola así, con sus brazos levantados, por las alturas y el ideal.

—Soy un *Rigoletto*, —decíase Chinto, —un *Rigoletto* moderno.

Y al asistir desde el palco del club a la representación de esta ópera, y llorar con los dolores de su compañero el bufón, si algún socio descubría el llanto y con la insensibilidad propia de los señoritos ociosos delatábalo en són de broma a los contertulios, y todos le armaban gresca, lo declaraban ebrio o le ofrecían pañuelos, Chinto resistía la necia borrasca; era quizá el único espectador que se compenetraba con la pieza, tachada de inverosímil.

¡Inverosímil! pensaba Chinto, y alzándose de hombros, murmuraba:

—¿Acaso no cabe la inverosimilitud mayor dentro de un corazón que sufre y ama?....

IV

Rafael Bello, muy nervioso por lo que perdía y por lo que Chinto tardaba, anunció desde su elevado asiento de banquero del *baccara:*

—La banca está repuesta!

Al instante mismo, el criado de librea que le llevaba las fichas, le dijo respetuosamente, al oído:

—Que lo espera a usted en el patio el señor don Jacinto.

¡Por fin! En el acto se le disipó la murria, se levantó radiante:

—¿Quieres "tirarme" esta banca? —preguntó a un individuo, reputado por hombre de suerte. Al llegar a mil pesos más de pérdida, te paras, y si puedes hacerme tres mil, también. Es lo que me cuesta la noche.

Y salió del salón, en medio de una atmósfera de simpatía, de risas y buenos deseos para la nocturna y probable correría, sobre que todos le ganaban, y en consecuencia, los ánimos hallábanse desbordantes de mal contenida alegría. Los pocos minutos que él empleó en bajar por la hermosísima escalera del club, le bastaron para arreglarse la fisonomía y disfrazar el júbilo que por el cuerpo le retozaba.

—¿Qué te pasaba, hombre de Dios, creí que no vendrías?

Chinto se la soltó sin circunloquios ni atenuaciones: Amparo renunciaba a la reconciliación, persistía en la quiebra y en largarse. Contra la exasperante tenacidad de la mujer que se propone llevar algo a cabo, habíanse estrellado los argumentos y esfuerzos de Chinto.

Y conforme le relataba las resistencias y negativas de Amparo, centuplicabánse en los adentros de Rafael los deseos de poseerla de nuevo, siquiera una vez más, la última. Instantáneamente vínose abajo su careta de hombre corrido, a quien las faldas no inspiran sino pasajero interés, y reapareció el masculino desairado, lleno de despechos y de rabia, que se obstina por continuar dominando a la que cree más débil que él, y sin la que no puede vivir.... Oía a Chinto, y maquinalmente recorría con el extremo de su bastón la juntura de dos baldosas, o contemplaba el foco eléctrico que de los corredores altos iluminaba el patio.

Al preguntarle Chinto cómo estaba el juego, diseñó Rafael en el aire una curva vaga, con el brazo ¿qué le importaba, si él perdía por todos lados? Y tornó a su tarea de recorrer las junturas de las baldosas, cual si esperara de ellas el consejo que compone las situaciones difíciles, hasta que Chinto se despidió:

—Me voy allá arriba, hermano, a sacar mi diario. Si opinas por que después vayamos a alguna parte, mándame avisar dentro de un rato, o sube tú, a reanimarte con unos "coñacazos."

—No te vayas Chinto, yo te daré tu diario, pero no me dejes; vamos a andar, vente.

Rumbo a la Alameda enderezaron su caminata;

tiendas y zaguanes cerrados ya; turbado el silencio por el perezoso rodar de los carruajes que trasnochan y por ecos truncos de charlas a distancia, de individuos que van a buen paso, de amigos que se despiden. La sombra que inundaba las calles, rasgada por fajas de luz amarillenta, salía de las cantinas nocturnas, y se tendía sobre el adoquinado, como borracho que no puede más e inconscientemente estorba el arroyo.

Llegados al parque, que la obscuridad agrandaba, ni Rafael ni Chinto habían pronunciado palabra; sentáronse en un banco desierto, y ahí, de repente, se desató Rafael:

—Mira, no es que la quiera, es decir, no es que la ame, sino que me he acostumbrado a ella, me ha salido a la medida y no me resigno a que se me vaya así, sin una entrevista ni un adiós, cual dos enemigos...... Luego, que a tí te consta cuánto he hecho por ella ¿qué le he negado? ¿qué le falta? ¿de qué se queja? Y es una ingratitud, convéncete de que es una ingratitud ¿dónde se encuentra otro igual a mí, que le dé el mismo trato?......

Chinto asentía con movimientos afirmativos de cabeza, sin interrumpir a Rafael, que continuó inagotable y predispuesto a lo fúnebre, a las confidencias melancólicas, por atravesar unas de esas crisis de desesperanza que invariablemente nos acometen cuando una mujer nos abandona.

Si no viejo con sus cuarenta años, sí se sentía en los lindes de la vejez, gracias a lo mucho y de prisa que había vivido; en ocasiones, asaltábanlo ideas tristísimas, de repentina muerte o prolongada agonía, y le asustaba pensar en el más allá, en el juicio divino para el alma, y en las estrecheces, negruras y frío del sepulcro para el cuerpo. Por desterrar tales

ideas, hacía muchas cosas que reconocía eran malas, pues su Nona estaba aún muy chiquilla para llenarle el vacío que, con nadie ni con nada, conseguía llenar. No se casaba una segunda vez, porque no estaba conformado para el matrimonio. Chinto nunca lo trató con intimidad mientras duró casado, pero ahora él, Rafael, le confesaba que hizo sufrir a su esposa; que las mil ligaduras conyugales poníanlo fuera de sí, aunque las admiraba en los que las practican sin sacrificio. Además, no creía volver a amar, a amar en serio, y de ahí que se hubiera refugiado en Amparo, contando con que lo acompañaría de buen talante en sus aburrimientos, por gratitud, por su poquito de simpatía, por lo que Chinto quisiera, para convertirse a la larga en un par de excelentes camaradas que se disimulan los defectos recíprocos, para hacerse la vida llevadera y agradable. Rafael, hasta habría hecho la vista gorda ante las infidelidades de Amparo, las que tenía que perpetrar por su origen ordinario, nula educación y ardiente temperamento, siempre que cubriese las apariencias........Y en lo de ardiente temperamento se detuvo, ahí le dolía:

—Si vieras, —dijo a Chinto, —es tan amorosa, tan mona!....de una belleza de formas, que podría servir de modelo al pintor más exigente. Sobre todo, Chinto, que se me ha metido dentro del pellejo y me gusta, me excita cuando me besa, cuando me rodea el cuello con sus brazos......vaya, no has de creerlo, me excita hasta con la fragancia que exhala de muchacha sana y limpia! Y convén conmigo en que ni tú ni yo somos ya dos colegiales, en que ya no nos alborotamos fácilmente, a lo menos yo......hay veces que las mujeres me inspiran asco. Si se me va, si me deja tirado en medio de las cuatro esquinas, ig-

noro lo que haré...... Mira, daría cualquier dinero por ir con ella, como van aquellos con las suyas, míralos....

En efecto, por la acera de enfrente comenzaban a distinguirse grupos ruidosos, animadísimos, de toreros, mozos de trueno y mujerzuelas que soltaban risotadas, carrereaban, hacían el perro, el gato, toda el Arca de Noé; que bromeaban con los aurigas y con los gendarmes. Eran los turbulentos clientes del barrio de la prostitución, que a esas horas recorren las calles a él adyacentes; los que cenan y beben en las fondas que se cierran al alba, o, a falta de cosa mejor, confórmanse, ellas con el placer de andar al aire libre, de moverse a sus anchas, de ver astros y cielo, árboles y piedras, la luz de los faroles, satisfechas con ese remedo de independencia y de amor; ellos, encantados de llevar una mujer al lado y de suponerse hombres y perdidos. Una desbandada trágica, humana y doliente que noche a noche, —cuando el resto de la metrópoli duerme y se encierra, —brota de las casas infames; engruesa en los rincones sombríos, en los huecos sospechosos, y se desparrama por determinado radio, puebla sus tabernas, como germen morboso, como emanación pútrida de la empedernida ciudad, y diz que ríe, diz que goza, y mientras pára en el hospital o en el presidio, de veras besa, de veras ama y de veras mata!

—Chinto,—prorrumpió Rafael, después de contemplar ensimismado el dantesco desfile de la turba, —hazme el inmenso servicio de ir a despertar a Amparo y traérmela en un coche a esa cantina.... necesito oírla y verla.... Sí, hombre, anda, y yo mañana o cuando me lo digas, te traigo a la que quieras.

Para acabar de decidirlo, Rafael se adelantó al borde de la acera:

—¡Cochero!—gritó, y volviéndose a Chinto:

—Anda, anda, remolón, si nada te cuesta y te sobra labia para hacerla salir. Súbete, (*empujándolo y cerrando la portezuela*), y tú, (*al cochero*), pícale a tus cuacos que te tiene cuenta.

Disparado partió el carruaje, y meditabundo penetró Rafael en la cantina del ángulo del Puente de San Francisco y Mirador de la Alameda, que estaba que se ardía. Todo era abundante en aquel sitio; las lámparas de petróleo que pendían del techo o que a las paredes se agarraban con sus candelabros retorcidos; las fantásticas flamas diminutas de los ponches calientes y la espuma que coronaba los vasos de cerveza; las insolencias que de uno a otro extremo de entrambos salones corrían más de prisa que los camareros, ya bastante activos y atareados; las carcajadas y palmoteos, las caricias desvergonzadas hechas con cínica franqueza; el entrar y salir de hombres que parecían beodos y de beodos que parecían hombres; el salir y entrar de mujeres solas o rabiosamente asidas al brazo del querido, que miraba torvo y desconfiado, presintiendo un enemigo en cada prójimo. Pero lo mismo las mujeres solas que las acompañadas, todas iban sin sombrero, en bata de trabajo, mal terciado el chal, fatigada la cara, entre los labios el cigarrillo y el insulto, la respuesta que se encabrita y que cocea; todas ondulaban al andar; todas, por hábito profesional, marcaban la saliente curva de las caderas y taconeaban con sus chancletas de raso, cuajadas de lentejuelas y canutillo.

Mal respirábase ahí dentro una atmósfera perezosa y cargada de alcoholes, grasas, humo, sudores

y concupiscencias. El mostrador, ostentaba insolente sus botellas, su cristal, sus metales, y en su espejo enorme, muy bien manuscrito con jabón, un letrero anunciaba, en medio de admiraciones, guirnaldas y rasgos:

—"*¡¡¡Esta noche: Callos a la andaluza y bacalao a la vizcaína!!!*"

En el fondo, la cocina inmensa, una estufa yanqui que no descansaba, que de tiempo en tiempo iluminaba instantáneamente la sala, con una llamarada viva, altísima, de la manteca fundiéndose en las brasas.

—Hola, don Rafael, qué milagro,—exclamó el dueño de aquello, corpulento y jovial ibero, en cuanto Rafael abrió las vidrieras. Y en persona vínose a limpiar el mármol de una mesa, apartando a los criados, solícito y amable frente al parroquiano rico.

—¿Solo, a estas horas, don Rafael? ¿Qué va a ser? ¿Mandamos prepararle algo especial? Es cocinero nuevo.

—No, de cenar nada,—contestó Rafael,—déme usted una copa, y luego veremos.

—Entonces un *cocktail*—repuso el dueño, que pronunciaba "cotel," a la española.

Ni le ocurrió a Bello llevarse el líquido a la boca. El cuadro ése que a la vista tenía y que érale familiar, aunque de meses atrás no lo mirase a diario, antojósele ahora desconsolador y tétrico, lo llenó de aprensiones y pavuras, como si fuera una enfermedad pegadiza y fatal, de la que nadie escapa; una de aquellas epidemias que de cuando en cuando asuelan a los grandes centros, y que parece que los ventilan y hermosean, llevándose lo corrompido y pestilente. Recordaba Rafael, que de un marco análogo había desprendido a Amparo, en una noche

así: él, encaprichado y ebrio; ella, sentimental y altiva, rechazando los montones de billetes de banco que le ofrecía Rafael, con gran asombro de los espectadores, que no se explicaban por qué renunciaba a la fortuna, tan espontáneamente brindada. Recordaba también Rafael las frases de Amparo, las que quizá engendraron el enredo:

—"Si lo que quieres es mi cuerpo, te sobra dinero; guarda tus papelotes, pues con uno tienes. Pero si lo que quieres es mi corazón, anda y que te limpien, *barbián*, no vas a poder pagármelo, porque no lo vendo, te lo cambio por el tuyo......" Y recordó Rafael, que a partir de entonces, el maldecido cambio llevóse a cabo;—por lo menos, a los principios del lío, hacía ya mucho tiempo.

De súbito, sintió Bello ansias de largarse del antro; arrepintióse de su flaqueza de haber mandado por Amparo, en vez de aprovechar la ocasión propicia para poner punto final a su concubinato, y tranquilamente irse en libertad, sin responsabilidades, sacudiéndose a lo sumo de la memoria y algo del espíritu, los recuerdos menudos, que a la manera de polvo sutil se nos adhieren e incomodan. Por poco no realiza su intento; mas en el mismo instante, apareció un cochero en la puerta de la cantina, y con la perspicacia propia de los de su oficio, se fué derechamente a Rafael:

—Que lo esperan a usted en el coche, la niña y el señor.

De mala gana llegóse Rafael al carruaje, en cuyo negro interior se adivinaban los rostros de Amparo y Chinto, muy empeñados en una discusión, bruscamente interrumpida por el acercamiento de Bello, quien sin más ceremonia, se entró en el vehículo. El cochero, arreglaba uno de los faroles.

—Aquí la tienes,—saltó Chinto, para acabar la escena muda,—conténtense y déjenme ir a dormir; estoy cayéndome de sueño.

A un tiempo se opusieron Rafael y Amparo, temerosos de quedarse tan pronto mano a mano, víctimas de la necia necesidad que reclama la presencia de un tercero para que ayude a nuestras reconciliaciones. Por hacer algo, pidieron unas copas, que les llevó hasta la portezuela un criado, en mangas de camisa, tapándose la cabeza con la servilleta del servicio. Chinto, intervino:

—Vaya, no sean cargantes, choquen sus copas y dénse un abrazo.

Sin hablar, y sin darse el abrazo, chocaron sus copas, mientras Chinto ordenaba un "catalán" para el automedonte, abstraído con la mecha de su farol, que ya iluminaba un tanto las entrañas del armatoste, con rayas de luz temblona y pálida. Pudo verse entonces, que los ojos de Amparo estaban enrojecidos, cual si acabase de llorar. Tornó el camarero con el "catalán" y la vuelta del peso duro, y Amparo le pidió un ajenjo doble.

—Ni doble ni sencillo,—interrumpió Rafael,—ya sabes que no me gusta que bebas ajenjo ni que te emborraches ¿por qué quieres emborracharte?

Como Amparo continuara muda y en espera del camarero, Rafael se exasperó:

—¿Esas tenemos, eh? ...... Pues traete ajenjos dobles para todos!

—Hombre, no,—terció Chinto,—a mí traeme un anís con agua de seltz.

Apuraron sus brevajes, con esfuerzos y muecas, excepto Chinto, que saboreó el suyo en filosófico silencio. De pronto, Rafael, que se hallaba sentado enfrente de Amparo, le preguntó:

—¿Te molesta mi rodilla?

—No, soy yo la que ha de molestarte—replicó Amparo, arrinconando a Chinto por alejarse.

—Oye, Amparo, es preciso que hablemos en serio—declaró Rafael.

—Aquí no, hay mucha gente—arguyó Chinto.—Mira, tú, (*al cochero*) súbete y vámonos despacito, por ahí, derecho, hasta el Paseo.

Al pacífico trotecillo de los soñolientos jamelgos, partió el simón; cambiaron de lugar Chinto y Rafael, y la explicación comenzó, de parte de Rafael juiciosa casi, una ojeada retrospectiva a sus amores, desde su principio hasta el momento actual, apoyando un poco en las mercedes extraordinarias: la mensualidad a la madre de Amparo, allá, en España, y el envío de doscientos pesos al hermano perecido en Cuba, por su mala cabeza. Algo más apoyó en lo costoso de los muebles, el piano, la cama de encino, el guardarropa de tres lunas, y las alhajas, y el maestro de canto....

De la parte de Amparo, fué una catarata de palabras que salían una sobre otra; una mímica amplia, unas quejas amargas, de espejismos nunca alcanzados; quejas en las que se confundían ternezas femeninas y juramentos impíos; una confusión de todas las nociones, de la fidelidad muy especialmente, que no conocía a las derechas ni en el vocablo, el que pronunciaba sílaba por sílaba, para que no se le trabucara. El discurso, salpicado de consultas a Chinto ¿verdad que tenía razón?; salpicado de sollozos que sofocaba con el pañuelo, muy echada para atrás, cual si deseara incrustarse en el mugriento respaldar del coche. No cedía ninguno de los dos combatientes; antes simulaban complacerse en la cruel tarea que siempre preside a las ruptu-

ras de hombre y mujer, de escarbar y escarbar, hasta hacerse sangre, en los repliegues más recónditos del corazón y del cerebro, y extraer de ellos las injurias y las ofensas medio olvidadas, las lastimaduras enmohecidas y las lágrimas que se cristalizaron; todo el tremendo caudal de rencores que acumulando vamos, sin advertirlo, mientras el amor nos cegó, y que de pronto, a la hora tristísima de las liquidaciones, encónase, se nos planta delante, y en un solo minuto sufrimos con retrospectiva rabia cuanto debimos haber ido sufriendo en la época aquella, que nos resulta fugaz por ser la de la dicha.

De repente, Amparo transigió. Sí, ella era la culpable, la única culpable, pero pedía perdón; no podía vivir sin Rafael, había penado mucho mientras duró el enojo ¿quería que se arrodillara? Y al intentar hacerlo, impidióselo Rafael, la atrajo a sí, y con su vecindad incendiáronse las cenizas que del antiguo cariño le quedaban; junto a esa juventud palpitante que le mordía los labios, él mordió también, otorgó el perdón, y Chinto pudo oir el sordo ruido de un beso inmenso, poderoso, prolongado.

En el acto cambió el humor, sonaban risas, caricias; a lo sumo si de cuando en cuando, y amortiguado ya, volvía un suspiro, volvía una queja, mas se marchaban pronto, averganzados, como se marchan después de recia tormenta, los truenos rezagados y perdidos, en lo profundo de los cielos.

Chinto solemnizó las paces sacando a relucir una botella de anís que pidió en la cantina, sin que lo notasen los encolerizados amantes; ofreció una copa, o más bien un trago, con cómica gravedad echóse entre pecho y espalda la dosis que le correspondía, y solicitó su retiro:

—Ni Cristo pasó de la cruz, ni yo de aquí, —declaró tirando del cordón,—salud y que se diviertan.

Fué de balde que le instaran a permanecer con ellos a seguir la rumba. Hizo su caricia a Amparo, dió la mano a Rafael, y en un segundo desapareció por una calle transversal.

—¿A dónde vamos?—inquirió el cochero desde el pescante.

Amparo y Rafael se miraron ¿a dónde iban en efecto? Recién conciliados, experimentaban el fenómeno común que sigue a las reconciliaciones, una especie de secreto arrepentimiento, de desconfianza tímida; un anhelo, perceptible apenas, de que cualquier incidente nos impida juntarnos de nuevo, y nos separe como amigos, pero amigos desligados ya del imán de la carne; esa misma carne tan apetecida cuando estábamos a punto de perderla, y que ahora, al estrecharla flojamente, no nos despierta los apetitos de antaño,—cual si repentina clarividencia nos predijera que por mucho que hagamos, no ha de volver a sabernos como entonces. Y de ahí la furia con que en las reconciliaciones, más que acariciar, estrujamos, por creer que así, con tosca desesperación hemos de exprimir el jugo que antes nos deleitaba.

Por fin Rafael, a quien hacía mal estómago la idea de pernoctar en la casita de Amparo, por lo reciente de la infidelidad, tuvo una ocurrencia de calavera gastado, una positiva excentricidad, con la que sorprendió a su querida.

—Vamos al Peñón—gritó al cochero.

—¿A la cantina del Peñón?—insistió éste.

—No, a la cantina nó, a los baños.

Asombrado el conductor, hizo volver grupas a los caballos, con medianos bríos—después del relativo

descanso,—y recorrieron una segunda vez la Avenida Juárez y las estrechas calles de San Francisco y de Plateros, en las que principiaba el barrido y el regado del amanecer. Principiaba, también, el fantástico aparecimiento de los primeros transeuntes, que se ven cruzar a modo de sombras: panaderos con sus grandes cestos en la cabeza; mayorales de tranvías; embozados; siluetas que tosen y carraspean. Una hora de honda melancolía, silenciosa, siniestra casi; la dormida ciudad envuelta en misterio y en tinieblas, agrandada y deforme; sin su luz artificial, que ya apagaron, y sin la luz del crepúsculo, que aun no se enciende. Una hora en que las pisadas y las voces adquieren resonancias extrañas; las linternas de los gendarmes, diabólicos parpadeos; los edificios, extraordinarios contornos, y los jardines, profundidad ignota de abismos. Dichosamente es rápida, momentánea; por lo que Rafael y Amparo, muy juntos y muy callados dentro de su coche—fantasma que rodaba y rodaba en aquella mancha de tinta, dibujando sobre el barniz de las puertas y maderas de las tiendas cerradas, los números de sus faroles, enrevesados y temblorosos, respiraron mejor al desembocar en la Plaza de Armas y ver en ella cómo una palidez del firmamento, enfermiza y tenue, ahuyentaba quimeras, para dar en cambio a cada cosa, su aspecto real y humano.

Cuando pasaron frente a la Catedral, estalló el majestuoso y sonoro toque del alba. El cochero que los conducía, por vieja costumbre heredada, se descubrió, y ellos, instintivamente, por no sé qué mezcla de ignorancia y de superstición, se soltaron las manos, separaron sus cuerpos y se asomaron a sus ventanillos respectivos, para disimular el alejamiento.

Por casual ironía, yendo al pecado iban también a la luz, rumbo al oriente.

Desde su carruaje admiraban, quieras que no, la gradual metamorfosis de las palideces siderales, cambiándose en nubes de gualda que se difundían por sobre un infinito de azur. Las monstruosidades todas que acababan de asustarlos en las tinieblas, ante los avances de la aurora metamorfoseábanse igualmente, en otras tantas bellezas. Calles, plazas, edificios, árboles, transeuntes, cobraban inusitado atractivo bañados por tanta claridad generosa, que se metía en huecos, ángulos, cornisas, follajes, y se extendía, iluminaba incansable, pródiga, hasta que venció, hasta que se instaló a sus anchas, y listos ya sus preparativos, hubo por el horizonte una explosión de nublazones de oro, y el sol asomó, realizando una vez más su triunfal epifanía soberana.

En estas, Amparo y Rafael llegaron a las cercanías del paradero del Interoceánico, en el que había afluencia de coches, de viajeros, de cargadores y de policía; en el que se escuchaba jadear de máquinas, ruido de cadenas, gritos y silbidos, gran movimiento de vida y de fuerza. Pitaban las locomotivas y pitaban las fábricas vecinas llamando a sus obreros, sus enhiestas y gigantes chimeneas de ladrillo, arrojando pequeñas bocanadas de humo, el vaho de sus últimos bostezos de personas madrugadoras y laboriosas. Y los trenes partían, con batahola de siniestro, y los obreros llegaban a las fábricas desapareciendo en ellas, con resignado silencio de miseria.

Luego, la transición brusca; la ciudad cuyas alturas van achicándose, cuyos edificios se afean y valen unos a otros para resistir el inicuo huracán de pobreza y abandono que los doblega sin misericordia; las calles sucias, pestilentes, con muladares a su

mitad, coronados por perros famélicos y miriadas de moscas enfurecidas, los jardines de los menesterosos que ostentan en lugar de flores, inmundicias, zapatos rotos y latas desfondadas, y que difunden en lugar de perfumes, miasmas homicidas que envenenan la atmósfera. En los vanos de las casucas, mujeres inmundas, horribles, sin nada femenino, espulgando a un batallón de chicos casi en cueros, ventrudos, flacos, de aspecto enfermizo. El barrio del hambre, el antihigiénico que la gran ciudad rechaza avergonzada y deja en sus afueras, para que no lo vean, para que nadie aclare que a pesar de sus palacios modernos, de sus paseos y monumentos, tiene esos chancros incurables y eternos.

El carruaje continuaba rodando, y Rafael y Amparo habían vuelto a acercarse, a tomarse de las manos. Tampoco ahora hablaban, pues así como los embelesó la salida del sol, entristecíalos la contemplación de tanta pobreza, compelíalos a aumentarse el contacto de sus cuerpos, cual si pretendieran refugiarse el uno dentro del otro, a fin de multiplicar sus fuerzas, y con ellas reunidas, ofrecer mayor resistencia a la fiera ésa que podía tragárselos si los veía separados y débiles. Hasta que el miedo fué invencible, e irritados y nerviosos por la trasnochada, cerraron los ojos, acomodóse Amparo en un hombro de Rafael, y se confesaron que tenían sueño. El coche pisaba tierra blanda, la de los terrenos yermos, sin casas ni habitantes; el límite entre la ciudad y el campo, con escasos árboles que parecen vegetar ahí por casualidad, como si al trasplantar los que la metrópoli luce en sus parques, los hubiesen traído por el camino éste, y en las ansias de cruzar pronto el páramo, sus conductores los hubieran arrojado al acaso, poniéndose ellos, caprichosamen-

te, a crecer en donde crecían. Después, penetró el coche en la angosta calzada bordeada de árboles a sus dos lados y con agua abundante a la derecha.

Los campos ampliáronse; tras los lejanos picos de la sierra, despuntaba más de medio sol; gorjeaban aves, aspirábanse fragancias de monte, la mañana estaba fresca, hermosísima. Un inopinado sacudimiento del simón, que se detuvo, hízolos abrir los ojos que arrugaron ante el derroche de luz, y mientras el cochero componía las guarniciones de los pencos, divisaron a la izquierda un edificio pesado, de piedra, con andamiajes en algunos puntos.

—¿Qué es eso?—interrogó Amparo.

—La Penitenciaría.

—¿Y qué es una pe-ni-ten-cia-ría? —interrogó de nuevo.

—La cárcel—dijo Rafael—pero una cárcel mejor que las antiguas, que Belem, por ejemplo. Mira, enderézate y mira cómo es. ¿Te gusta?

—No,—repuso Amparo muy preocupada—si "paece" una araña.

Y así de lejos, de veras parecía una araña monstruosa, antediluviana, en forma de estrella, que abierta de patas tomara el sol.

A poco, llegaron a los baños, cuando administrador y servidumbre abrían y aseaban el establecimiento, y que se sorprendieron con parroquianos tan tempraneros, que se presentaban antes que el primer viaje matinal del tranvía.

—Un cuarto bueno y dos cafés con leche,—dispuso Rafael, liquidando liberalmente al cochero.

Y muy del brazo, él y Amparo atravesaron el patio, precedidos de un bañero malicioso que se reía a sus solas.

De prisa despacharon el café, instalados dentro

del cuarto cuyas maderas cerraron para poder dormir; y en tanto que Amparo se desnudaba, Rafael, desde la puerta entornada, mandó preparar el baño y el almuerzo, para cuando llamaran.

Sin mencionar el disgusto ni la reconciliación acabados de pasar, a tientas se dirigió Rafael a la cama; Amparo lo recibió en sus brazos, y rendidos los dos, durmiéronse en el acto, cobijados por sombras y silencio. Despertaron a la una, con el malestar que sigue al menor exceso alcohólico.

—"¿Cómo—decíase Rafael, que fué el primero que despertó,—es posible que haya yo cedido, que haya yo vuelto a caer en esto?"—y señalaba a Amparo, insolentemente semi desnuda y delicadamente semi iluminada por unos haces de luz que al través de las rendijas se entraban rectos, cuajados de hirviente y dorado polvo, y en la cama extendíanse, ascendían en suve caricia por el anca y las espaldas de la muchacha, vuelta a la pared. De pie junto a la cama, mirábala Rafael; seguía la deliciosa línea ondulante de ese cuerpo que había querido tanto, que tanto había besado, y sentíase un mundo de pequeñas repugnancias nacientes, tontas, sin razón de ser, supuesto que el cuerpo era el mismo, con más morbideces quizá, más macizas y sedeñas las carnes, más tentadoras sus bellezas. ¿Por qué sentía aquel asco, esa especie de pavor infantil que le aconsejaba una huida inmediata, a mansalva, en tanto que la otra dormía? ¿No había perdonado? ¿No había suspirado por volver a estrecharla, a pesar de la falta? Sobre todo ¿no conocía su origen? ¿no sabía de memoria que ese cuerpo y esa juventud habían servido de alimento a la lascivia multicolor y multiforme de la mayor parte del México masculino? ¿no la había sacado de una casa de prostitución, como quien saca una flor

manchada ya pero bella todavía, del fondo de un estercolero?......

Con la sola imagen de aquella turba de machos pasando por encima del cuerpo de su querida, estrujándola, iniciándola en las peores indecencias y en las últimas depravaciones, el asco de Rafael trocóse en náusea, en horror por ese montón de materia asquerosa y a la vez lleno de vida, de curvas, de hoyuelos y de encantos. Como con la náusea no le venían celos ni ansias homicidas de destruir, Rafael vió claro; su asco era debido a la ausencia de amor, ¡no amaba ya a Amparo! de ahí que al caer la venda los defectos surgieran implacables, con idéntica tenacidad a la desplegada para ocultarse en los comienzos del cariño. Entonces, y lejos de felicitarse porque reconquistaba su libertad, fué víctima de una de las mil incongruencias de nuestro corazón, y se sintió invadido por inexplicable melancolía, no amaba a Amparo!....luego, ni éso podía amar; era un viejo y un infeliz. El instinto de su propia conservación protestaba ¡qué iba a ser viejo! ¿no palpapaba sus músculos, sus durezas corporales de adulto sano? Y a medio vestir, frente a la luna del lavabo palpó sus biceps, sus muslos de hierro, sus pantorrillas nervudas de domador de potros y tirador de esgrima, su caja toráxica ancha, levantada. Y sonrió, no era un viejo; podía amar, a su modo, aunque el espíritu sí anduviera encanijado y anémico. Con triunfante expresión en la fisonomía, para cerciorarse de que estaba en lo cierto, igual a un náufrago que se ase a lo que tiene más cerca, voló al lado de Amparo, echóse sobre ella, a riesgo de lastimarla, y entre besos y cosquilleos, le dijo:

—Oye mi *gachupina*, mi Amparo, despierta y levántate, que tengo mucha hambre.

Alarmada Amparo, se restregó los ojos; después se desperezó, tranquila ya, y es cosa averiguada que nunca tuvieron un despertar más ruidoso ni más contento......

Abrieron el balcón, que daba precisamente a la fachada del clausurado teatro, y en aquel desierto en que nada se oía ni se divisaba a nadie, el eco de sus carcajadas y de sus besos como que se escondía tras de las piedras y de las flores, buscando en éstas alojamiento adecuado. De muy lejos, un tranvía a la carrera se dirigía a los baños.

En muda contemplación del paisaje, los sorprendió el criado que aguardaba órdenes ¿les alistaba un cuarto para cada uno o se bañaban juntos? Previa consulta de ojos, con picaresca entonación Rafael declaró que se bañarían juntos, en el mejor cuarto y cuanto antes. El almuerzo, en seguida, a la mexicana ¿eh? Y el camarero enumeró los platos, mexicanos todos, picantes y sabrosos.

Descendieron al departamento balneario, la enorme sala del piso bajo, pintarrajeada a la pompeyana, con sus columnas de hierro en el centro y sus puertecillas enanas a los lados. El silencio de abandono del edificio entero, fué roto por las risas y carreras de aquellos dos chiflados. Amparo, detrás del mostrador de la ruinosa cantina, fingía servir muchas copas, a muchos parroquianos, atareadísima; Rafael, representando a un gendarme a las dos de la mañana, severo al pronto para ahuyentar retardados, humanizado después, hasta parar en la forzada contribución:

—"A ver mi aguardiente, vecino, que no tarda el oficial."

Luego, se pesaron en una romana con las pesas truncas, por lo que Rafael no pudo determinar cuán-

to pesaba ninguno de los dos; no obstante que apeló a su empolvada aritmética, resultó de su reducción que, reunidos, pesaban menos que un recién nacido, o separados más que un megaterio. En el ínterim, no había cesado de oirse el rumor del chorro de agua que llenaba uno de los estanques.

—Ya está,—anunció el criado.

Cual un par de chicos precipitáronse al "temascal," mientras el criado descalzo se alejaba sin ruido, filosóficamente, más filósofo que el inmueble—de exagerada resonancia a causa de sus bóvedas,—que parecía ofendido de la escena lúbrica que realizarían esos locos, según lo que apresuraba la salida del eco, mal sonante con sus gritos y retozos. Pobre viejo inmueble ¿cómo no ofenderse junto a profanación tamaña, la de estos tiempos últimos, en que se ha visto sirviendo para *eso*, para mercurio discreto y mudo, para presenciar jiras, banquetes, solapadas orgías; él, un antiguo dispensador de mercedes, dueño de aguas maravillosas y santas; el respetado, el de la leyenda; el que con sus manantiales ha sido el coautor reservado, el cómplice nada molesto ni exigente de paternidades múltiples, bendecido por los matrimonios estériles y desventurados, que es fama, trocó en prolíficos? ¡Si hablara....! Y Rafael y Amparo, a puerta cerrada y a juzgar por el eco tenaz e impertinente, seguían cometiéndole quién sabe cuántas faltas imperdonables e invisibles.

No comieron, sino que devoraron el almuerzo en el cuarto de arriba; limpios de cuerpo, que simulaban patenas, y rendidos a un punto que se caían de sueño, el que al fin los doblegó en casta siesta, hasta el anochecer. Rafael llamó con el propósito de liquidar cuentas y marcharse, mas el criado les notificó que sólo a pie podrían regresar a México; el último

tranvía acababa de irse, y un coche no lo conseguirían por ningún dinero. Al pronto, no les disgustó el contratiempo, aún lo festejaron; pasarían la noche divinamente, y se echaron fuera, a mirar cómo el cielo se estrellaba, cómo los campos se agrandaban y entristecían, y cómo en la ciudad, a distancia, sus resplandores imitaban los de un incendio gigantesco que fuese a convertirla en cenizas.

De nuevo se metieron en la casa, porque iban a cerrarla, y antes de confinarse en el cuarto, asomáronse a la capilla del patio, una capilla añosa, descuidada, húmeda, sin otra luz que una lámpara agonizante. Saliéronse a gran priesa, enmudecidos, sin los arrestos de por la mañana, cogidos estrechamente del brazo, aunque no por carnales entusiasmos, sino por cobardía latente y disimulada.

Aquí comenzaron las penas, pues como ya a nadie le ocurre dormir en el hotel, y los pocos que lo llevan a cabo es con aviso previo, no hay lámparas, ni cena, ni sábanas de lino, ni salón, ni piano, ni quinqués en los corredores: aquello es una tumba. Rafael y Amparo se contemplaron contristados ¿una vela para toda la noche? ¿no había más cena que los restos de su propia comida? ¿no había ninguno que por cinco pesos, por diez, partiese a México y les trajera un coche?

Con la terquedad y la desconfianza exclusivas del indio, el criado que venía sirviéndolos respondía que no, que no a todo, por más que la boca se le hiciese agua con las propuestas de Rafael. Cuando éste subió a la crecida suma de veinte pesos, el criado accedió; iría en persona a buscar el coche, sin garantizar la hora del regreso y necesitando dos pesos siquiera, con que convencer a cualquier cochero de que era cierto que lo esperaban tan lejos.

—¿Qué horas tiene su mercé?

—Las ocho y media,—le contestó Rafael.—Vete aprisita, y al primero que encuentres, te lo traes sin regatear. ¿A qué hora calculas estar de vuelta?

Alzó el indio los hombros, y con la callada por respuesta, dejó solitarios a los dos amantes.

En las afueras, plena noche; encapotado el cielo, sin su reguero de estrellas, apenas una que otra a punto de esconderse, como diamante de joyería dentro de entreabierto estuche de terciopelo; el campo, inmensamente negro; frontera al balcón, destacándose la masa del teatro; algunos árboles, perdiéndose en la obscuridad, cual monstruos raros con anhelo de desvanecerse; lejano y pavoroso ladrar de perros, y en la atmósfera, en la tierra misma, todos los infinitos rumores que los campos y la noche misteriosamente respiran.

En el interior del edificio, un silencio que cogía el alma, de los que nos impiden intentar el menor movimiento por miedo a todo y a nada, a que un crujido nos haga gritar o a que las historias de aparecidos y duendes sean exactas. En el interior de la habitación, Amparo y Rafael, mudos, y la única vela esteárica con chisporroteos de cirio.

—¿Quieres que nos sentemos en el balcón, a esperar al barbaján éste?—propuso Rafael.

—¡Ay sí! lo que quieras con tal de hacer algo—respondió Amparo.

Y con el sonido de sus propias voces, estremeciéronse ambos. Por mutuo y espontáneo impulso, cerraron y atrancaron la puerta del corredor; llenos de miramientos, llevaron sus sillas hasta el barandal del balcón, quedando muy juntos, tanto, que se hablaban en voz baja, como si alguien pudiese escucharlos. ¡Qué despacio corrían las horas, qué ve-

loces la melancolía y la desesperanza de los enamorados!

—Canta,—prorrumpió Rafael de pronto,—canta tus malagueñas.

—¡Cantar!—dijo Amparo azorada, ni más ni menos que si le hubiesen propuesto cometer un desacato,—bueno, allá va.

Ella sola batióse palmas, marcaba el compás con un pie, abríase de codos, hasta que soltó, primero, las ahogadas vocalizaciones de rigor en ese canto, que son casi lamentos, y principió:

"Cuando yo esté en la agonía...."

—Pero mujer ¿por qué eliges una tan triste? Estar uno como está, y luego venirse con agonías..... mejor no cantes.

Volvió el silencio, el formidable silencio que los tenía acobardados; nada se oía ni en la casa ni en el campo; era aquello una apropiada imagen del sepulcro, un adelanto del formidable mutismo de la muerte. Si por acaso las manos de Rafael y Amparo se encontraban, de propia voluntad separábanse, cual si se hallaran animadas por fuerzas que no emanasen del cerebro. Cada uno, por su lado, se reconcentraba en sus pensamientos, y aunque aparentaban mirar al campo desolado y negro, lo que miraban era el pasado, los días que fueron y las caricias muertas.

Amparo, presentía el próximo abandono de su amante y a él se resignaba encontrándolo justo dentro de su rudeza de hembra que conserva en su sér ideas árabes, de otros tiempos, que cree a pies juntillas en el fatalismo y en la intervención del angel malo, del "Mengue,"—según lo denomina el caló andaluz,—del "Mengue" poderoso que lo mis-

mo mata al ganado y destruye las cosechas, que despedaza las almas y en pedazos se las lleva a sus dominios, los que habita en dulce amor y compaña con las víboras, los tormentos y las llamas. Era una vencida, y como tal, dejábase arrebatar ¿qué iba a hacer, si su inteligencia no le señalaba ninguna áncora salvadora, ni su cuerpo servíale ya para aprisionar a Rafael?

No pensaba recomenzar la vida antigua; agradaríale más morir en un campo así, y en parecida noche; supuesto que nadie habría de regarle su tumba con lágrimas ni flores, que la descubrieran cuando apestara, cuando no fuese posible reconocerla, y que la enterraran de prisa y de golpe, en el agujero grande, el que a nada hace ascos, en el que caen revueltos todos los sufrimientos con abrazos de pesadilla; el agujero bueno y compadecido, el de la tierra madre, que noblemente se abre las entrañas para guardar en ellas a los infelices capitalistas de la miseria humana....

—¡Qué bueno, Dios mío, encontrarse al fin un hueco donde acomodar nuestros huesos, sin miedo de que vengan a echarnos, sin miedo de que nos bauticen con apodos que ofenden, el supremo descanso, la quietud suprema! A tal grado llegaba la alucinación de Amparo, que, reaccionando sin darse cuenta de que reaccionaba, murmuró en alta voz, a la usanza de su pueblo, el nombre del animal que conjura lo malo:

—¡Lagarto! ¡Lagarto!—Y se quedó estúpidamente viendo a Rafael, que ni la oyó siquiera.

¡Oírla, si anhelaba no volver a verla! Reconocía que el resorte de su cariño habíase roto; que después del hartazgo que de ella acababa de darse, estaba satisfecho. En un segundo arregló la ruptura, la

indemnización en dinero, el adiós último. En un segundo, vínole a las mientes el alud de razones hipócritas y egoístas con que de antemano nos disculpamos por lo que de cruel hacemos a sabiendas. Y con ese peso de menos, respiró a plenos pulmones el aire purísimo que hasta el balcón subía; con ese peso de menos, lanzó un gran grito de liberación y de dicha, al divisar a lo lejos las lucecitas de los faroles del coche, que, a todo escape, se apresuraba a llegar y salvarlo, rompiendo sus cadenas.

Febril, sin asomos del reciente pavor, reunió objetos, ayudó a que Amparo se arreglase, cogió la vela, y valientemente, empujando a su querida, salió al corredor, bajó escaleras y cruzó el lóbrego patio, hasta alcanzar el zaguán, que sacudió y sacudió con ánimos de derribarlo.

—Anda, Amparo, anda, no te detengas, que el coche ya está aquí.

Al despedirla en la puerta de su casita, de qué buen grado la besó, sintiéndose libre.

—Vendrás mañana?—le preguntó Amparo.

—Mañana no, pero te mandaré a Chinto.

Y el gozo le retozaba en el cuerpo cuando franqueó su casa suya, su palacio orgulloso y heredado.

Esperábalo Manuela con carta en la mano, una carta del colegio, de su hija.

"Estimado señor:

"La Nona enferma; dice el médico que es una angina."

En su crasa ignorancia de rico, juzgó la enfermedad de la Nona un castigo del cielo. ¿Cómo no había de enfermar ella, si él estaba perdido? Y en un arranque de su degeneración, propúsose la enmienda, abandonar para siempre la vida que llevaba.

V

—"De poco sirven el hábito y la tonsura: lo que "hace al verdadero religioso es el cambio de sus "costumbres y la completa mortificación de sus pa- "siones."

"Aquel que busca otra cosa fuera de Dios y de "la salvación de su alma, sólo encontrará aflicción "y dolor. Y si no se vence hasta llegar a ser el más "pequeño, el más sumiso, menos podrá vivir en paz "mucho tiempo."

"La religión no se abraza para mandar, sino pa- "ra . . . . "

—Oiga usted, sor *Noelina* ¿y que, en Burdeos hay rey?—exclamó la Nona desde su cama, aburrida ya de la piadosa lectura que en alta voz le hacía la monja después de un buen rato.

Tan intempestiva y chusca le pareció a sor Noeline la interrupción, que se rió de veras y cerró su "Imitación de Cristo," un tomo de tafilete, en francés, que no abandonaba nunca.

—¿Pues no me dijiste, mentirosilla, que te entretenía mucho esta lectura? ¿Cómo saltas con lo del rey? . . . .

Con delicioso mohín respondió la Nona, mohín de niño enfermo que se sabe mimado; sacó sus brazos

de bajo de las sábanas, retiró una de las almohadas y apoyó su carita, encendida por la calentura, en la palma de la mano.

—¿Te sigue el dolor de garganta?....

Declaró Nona que sí, con los ojos, y sor Noeline se levantó en busca del gargarismo, que revolvió con el cabo de una cucharilla.

—Haz tu gárgara, anda.—E inclinada sobre la cama, atrajo a la criatura y se la acomodó en su pecho, para que gargarizara sin fatigas. Por un momento, ni la monja ni la alumna se hablaron, y la enfermería, repleta de sol por su par de ventanas abiertas, aseadísima y sin alfombra, en perfecto orden muebles y objetos; su Crucifijo clavado en la pared, encima de un reclinatorio de cedro barnizado; en un ángulo, una pila de agua bendita; el catre en el centro, de hierro, con rodapié de punto y cobertor azul, la enfermería veíase alegre, como que de tal no tiene más que el nombre; casi daban ganas de enfermar para curarse ahí, frente a esas ventanas que caen al segundo jardín del colegio, y por las que lo mismo entran el sol que las ramas de los árboles cercanos; las risas argentinas y lejanas de las educandas en su asueto, que el tañer de la campana que las enmudece; la fragancia de las flores, que la especialísima y delicada fragancia de los claustros femeniles. Y estando así, en cariñoso grupo, oyeron ruido de voces que se acercaban, que se abría la puerta y que alguien entraba. No se movieron, porque sor Noeline no podía soltar de pronto a la Nona, que gargarizaba.

—*La voilà, monsieur, elle va mieux maintenant ¿n'est-ce pas, ma sœur?*—dijo la superiora, que precedía a Rafael Bello, quien entraba sombrero en mano y algo encogido.

—*Oui, ma mère, elle va mieux*,—repuso sor Noeline, a tiempo que la Nona escupía la gárgara, para saludar a su padre.

—¡Ay, papacito, qué gusto!—y abrazó el cuello de Rafael, a medio sentar en la cama para que su hija lo alcanzara, mientras la superiora la acariciaba el cabello y contestaba a sus "buenos días, madre," con un afectuoso:

—*Bonjour, bonjour, petite, couvre-toi bien.*

Sor Noeline, en tanto, dejó la taza sobre una cómoda y se marchaba en maquinal acatamiento a sus votos, que prohiben permanecer delante de un hombre cuando no lo exija una necesidad imperiosa; mas Nona reparó en ello y,—cosas de chiquillos,—le gritó antes de que abriera la puerta:

—Sor *Noelina*, sor *Noelina*, éste es mi papá, mi papacito ¿verdad que es muy lindo?—añadió, haciéndole cariños en la barba.

Detúvose la monja sin saber qué decir, sonrojada hasta las cejas; volvió el rostro hacia la Nona, y su mirada, la casta mirada de sus ojos encantadores, tropezó con la de Rafael, un instante, sólo un segundo, que bastó para que se sonrojara más todavía y para que saliera apresuradamente.

Comenzó el parloteo de Nona, la historia de su enfermedad, contada por ella misma; que primero, la molestaba tragar saliva, que después sintió alfileres en la garganta, y que con escalofrío y dolor de huesos la acostaron; que el médico la reconoció abriéndole la boca, en la que le metió una cuchara grande que le oprimía la lengua ¡ah! y que le metió debajo de un brazo, uno como canutero de vidrio con muchos numeritos.

Embelesado oía Rafael, sin soltarle las manos, pidiéndole detalles nuevos ¿y luego? y en la noche,

¿había dormido? ¿lo extrañaba? ¿extrañaba su casa, y a su nana, y a sus criados?

A él y a su nana, sí que los había extrañado; pero lo demás, no, ni pizca.

—Porque sor *Noelina* es muy buena, y me quiere mucho; yo la quiero mucho también, no creas, y soy muy obediente ¿verdad, madre? ...... Si tú y mi nana me acompañaran aquí, o si sor *Noelina* quisiera irse con nosotros, allá, a la casa, verías qué contenta estaba yo; sabe dar las medicinas muy bien....

La superiora, que ponía sus cinco sentidos en los balbuceos de Nona, a fin de familiarizarse con este enrevesado idioma español que parecía dispuesto a no entrarle ni con martillo, juzgó que se prolongaba la visita; y como sus múltiples atenciones la reclamaban, excusóse con Rafael, ya volvería dentro de una media hora a lo sumo, a recogerlo y conducirlo fuera del convento, ella únicamente.

—*A mon âge, nous pouvons faire bien de choses, interdites aux jeunes*—agregó sonriendo con plácida benevolencia; y sin ruido al andar, salió de la estancia, cual caminaban las monjas todas, como si anduvieran descalzas o con sandalias finísimas.

A solas ya con la Nona, Rafael cambió de postura, aproximó una silla a los pies de la cama, y dando el frente a las abiertas ventanas, después de encender un cigarrillo, preguntó a Leonor:

—Vamos a ver, señorita ¿qué desea usted que le traiga yo mañana de la calle?

—Pues.... traeme mi muñeca manca, pero traela escondida, porque aquí no nos dejan tener juguetes; aunque no, mira, como estoy enferma no me han de regañar.... no la escondas, para que no se despeine.

Hablaba con dificultad, enronquecida su vocecita

y en la boca una ligera mueca, la del esfuerzo que realizaba al formular las palabras.

—No te vayas ¿eh?—Y se volvió hacia la pared, algo amodorrada por la fiebre.

Llegóse Rafael a la ventana, para arrojar la colilla al jardín, y en el alféizar se cruzó de brazos, preocupado seriamente con la dolencia de su hija. Consolábale sin embargo, el diagnóstico del facultativo, que la superiora le había transmitido; hasta entonces no se descubría más que angina benigna, sin complicaciones alarmantes ni probabilidad de que surgieran de improviso.

—Pero, —pensaba Rafael, —contemplando distraído las incultas callejas del segundo jardín del colegio, desierto a tales horas, sin otros habitantes que mariposas y abejas, —vaya usted a saber! En los niños, todo puede ser grave. Él seguía aferrado a su vulgar preocupación de que, sin duda, Dios intentaba castigarlo en su Nona, de su depravado vivir ¿por qué no?....

Y la quietud del jardín apacible, la quietud del edificio entero comunicábanle un bienestar jamás sentido, que palpablemente disminuía sus culpas, llevándoselas muy lejos, a los días de juventud y de inexperiencia, no a la víspera. Lo que es él no había delinquido la víspera, ni antes; había delinquido, sí, pero hacía muchísimo tiempo; Amparo quedaba a enorme distancia, casi más allá de los fenómenos reales, en el horizonte de los sueños y de los malos pensamientos. Volvió el rostro para divisar a su hija, que dormía, y tornó de nuevo a apoyarse en el alféizar de la ventaua y a respirar la quietud del jardín apacible, esa quietud que lo purificaba, que le hacía gustar una delicia infinita. ¡Cuánta santidad se desprendía del jardín y del colegio, o del

claustro, lo que fuera! ¡Qué secretos propósitos de convertirse en bueno, en padre amante y en viudo intachable! Porque su oxidado afecto paterno centuplicábasele a ojos vistos, se limpiaba hasta alcanzar matices blancos, sin una mancha; y así como después de un gran desastre, aparecen en ocasiones honrados administradores a restituir a su legítimo dueño un fortunón que se creía para siempre perdido, así del corazón de Rafael,—o de su cerebro alucinado, cuando menos,—salía inagotable y abundante el antiguo y extraviado cariño a la Nona; un positivo hallazgo que se repartía por todas las venas de Rafael, colmándolo de gozo, forzándolo a ir a sentarse una segunda vez a los pies de la cama, y desde ellos guardar amorosamente el desasosegado dormir de su enfermita.

Sonó de pronto una campana, y a poco, abrióse la puerta de la enfermería, para dar paso a la superiora.

—*Pardon, de vous chasser, M. Bello, mais il se fait tard*,—díjole a Rafael, con amabilidad exquisita.

Y Rafael, puesto en pie, besó a la Nona, que no hizo el menor movimiento; cogió bastón y sombrero, y en pos de la superiora, cruzó el colegio, deteniéndose a escuchar las risas y los gritos de las educandas en recreo. Luego, echó a andar, y hubiera jurado que era sor Noeline una religiosa que divisó, de espaldas, dentro de una estancia; "aunque,—se dijo a sí mismo—vistas por detrás, son todas iguales."

En la última puerta, la de vidrios, se detuvo la superiora:

—*Ah, je vous quitte ici, á demain.*

Provisto de la dirección del médico que atendía a Nona, y autorizado para llevar a otro que fuera

más de su agrado, entró Rafael en su coche y se hizo conducir a la casa del galeno del colegio, hombre de clientela y reputación, que conocía a Rafael, por mucho que no se trataran, como en México se conocen todos los de un mismo círculo social. Una entrevista rápida, en busca de informes amplios ¿corría riesgo su hija?.....Y resultó que sí lo corría, por supuesto, nada menos que el *croup* o la difteria, los crueles devoradores de los niños. ¿Sacarla del colegio? No, ni por pienso, con la calentura que tenía....

—Estará admirablemente asistida, descuide usted, tal vez mejor que en su propia casa.

En la noche, no fué Rafael al club; mandó por Chinto para cenar con él, y en tanto que lo esperaba en la biblioteca, nervioso e inquieto, más de una ocasión sintió que lo rasguñaba el recuerdo de Amparo. Pero, sin amor ya hacia ella; de veras alarmado por la salud de Nona, y sugestionado con el espectáculo místico del convento, desechaba los recuerdos sin el menor esfuerzo, cual ahuyentamos con la palma de la mano o con un simple movimiento de cabeza a una mosca impertinente. Ahora, estaba por el deber; de ahí sus expansiones con Manuela, la recomendación de que se llegara al colegio tempranito, a ver a la niña.

—Ya conseguí el permiso de la superiora; enseña usted esta tarjeta, y la dejarán entrar hasta donde está Nona.

El admirable olfato de Chinto dióle a comprender desde su arribo, que a Rafael le ocurría algo extraordinario; por lo que se propuso no soltar prenda ni meter la pata. Supuesta la reconciliación de su amigo con Amparo, la cosa era grave, y le convenía mantenerse a la expectativa.

—Vaya, capitalista, dichosos los ojos .... — le soltó al entrar—¿Andabas dentro del queso?

—Hombre, Chinto, sé serio. Mi Nona está muy mala.

—Caray, no, esas sí son palabras mayores—contestó Chinto, serio en efecto, como serio poníase siempre, cuando sabía de algún niño enfermo, sin duda temeroso de que a la suya le alcanzara el peligro—¿Qué tiene?

Exagerando un tanto su papel de padre afligido, contó Rafael su visita al colegio, y luego, su visita al doctor, mientras Manuela en persona, servía a su amo la cena y miraba de reojo a Chinto, que engullía bocado tras bocado sin perder ripio del discurso del señor ni una sola de las miradas de la criada. Debía haber impresionado a Rafael el aspecto del colegio y el de la pseudo-enfermería, porque se extendió en la narración a Chinto ¡qué jardín y qué orden! ¡qué silencio y qué limpieza! ¡qué existencia santa y envidiable! De pronto, preciso, neto, le devolvió la retina el principal asunto del cuadro, el grupo que formaban sor Noeline y la Nona, con sus rostros tan cerca, que los alborotados rizos de la chiquilla manchaban aquí y allí la blanquísima toca de la religiosa, vió sus mejillas color de concha nácar, su cuerpo todo, en incómoda postura, en una inclinación de madre de verdad.

—Al pronto, no la vi bien, pero después sí, cuando acomodó a mi hija, cuando dejó los medicamentos; y te juro, Chinto, que me entraron ganas de arrodillármele, parece una virgen de las que hay en los museos italianos, una *madonna*. Mira, su cara es ovalada, grandes los ojos, negros; la boca.... Y retrató a la monja con una minuciosidad que a él mismo le asombró ¿dónde había guardado los exactos

pormenores, si hubiera podido asegurar no haber visto a sor Noeline sino muy por encima, a la ligera? Sin malicia ninguna acabó el retrato. Qũizá la miró inadvertidamente con mayor atención, y por eso le salía tan parecido, tan idéntico al original; y sus facciones desfilaron a maravilla, todas, sin faltar una; la monja estaba ahí; por inaudito prodigio, salíale del cerebro y por los labios le resbalaba ¡cosa más rara!

—Pues, hijo, si es tal como la pintas, vale tu monjita un Perú antes de la guerra del Pacífico, que fué cuando valió mucho.

Lejos de festejar Rafael el inocente chiste de Jacinto, púsose fuera de sí; dió un manazo en la mesa, largó dos o tres insolencias, derribó su silla al levantarse:

—Hazme favor de no ser indecente, y respeta lo que es respetado hasta por los salvajes, pues vamos a incomodarnos.

—Incomódate tú, cascarrabias, no he dicho nada que pueba ofender a nadie ¡no faltaba más!....

Rafael, ante su inesperada exaltación, experimentó el mismo asombro que le había ocasionado guardar tan exactamente en su memoria las facciones de sor Noeline ¿por qué se encolerizaba con su amigo? Y arrepentido, tendióle la mano, le acarició las espaldas:

—Perdóname, Chinto, tienes razón y he estado grosero. Achácalo a que he pasado un día atroz y estoy nerviosísimo; achácalo también, a que ya sabes que aun en medio de mis peores picardías he venerado siempre lo de la Iglesia.

Para disipar el nublado, volvió a ocuparse de Nona, y conforme apuró el asunto, le habló del otro, de

su rompimiento con Amparo, que atribuía a fastidio y a cansancio.

—No te he contado en qué paró nuestro famoso viaje al Peñón.... Y se lo despepitó enterito, revelando en el tranquilo tono de su voz, que en esta ocasión sí había terminado definitivamente el lío; hablaba de él en calma, con gestos reposados y descriptivos, semejantes a los que emplean los militares para narrar las batallas en que los mutilaron y que no han de repetirse.

—Te digo que se acabó bien acabado. ¿Quieres entenderte a mi nombre con la liquidación? Que sí, a cuanto pida; los muebles, su pasaje, dinero en pasta, lo que encuentres de justicia.

Chinto se marchó a las once para alcanzar la última tanda en el teatro Principal, a la que Rafael no quiso ir; prefirió—en unión de Manuela, que no daba crédito a lo que presenciaba,—lanzarse a la busca de la muñeca manca de Nona, que al día siguiente había de llevarle. Toda una empresa doméstica; revolver un cuarto pegado al del baño, donde se guardaba parte de la ropa blanca en un par de armarios corrientes, donde se arrinconaron los maniquíes de la señora, que simulaban degollados de cuento, y donde, amén de una gata parida, distinguíase la casa de muñecas de Nona, con la fachada recargándose a la pared, de cabeza, y los diminutos muebles, en confusión de mudanza; uno de los gatitos recién nacidos, acurrucado en el vestíbulo y en un pedazo de la cocina, resultaba un tigre que hubiera causado aquel desbarajuste. Junto a la casa estaban, encima uno del otro, los dos cajones de madera que servían para depósito de juguetes, y en el de abajo, la muñeca manca que reclamaba Nona, con ese gusto peculiar a los niños ricos de preferir lo roto, lo des-

figurado, lo inservible con que los muchachos pobres inventan primores, a lo que ellos adquieren flamante y caro en las jugueterías a la moda.

¡Costó un trabajo encontrar a la manca! Como que la pobre se ahogaba entre las patas de una vaca sin ojos, un wagón de ferrocarril sin techo ni ruedas, y los dientes truncos de un rastrillo liliputense. Recomendó Rafael que la asearan y vistieran, y con mil miramientos la instaló en el coche, al otro día, cuando se encaminó al colegio.

Hiciéronle esperar un instante, en el recibidor, mientras prevenían a la superiora que no tardó nada, que como la víspera lo acompañó por tránsitos y corredores. Cerca de la enfermería, Rafael, que no había vuelto a pensar en sor Noeline, temió no hallarla acompañando a su hija, pero no tuvo tiempo de analizar su temor; avanzando siempre, escuchó eco de voces, y con un fingimiento cuya causa no vislumbraba, preguntó:

—¿Está sola, Nona?

Por única respuesta, la superiora apresuró el paso, abrió la enfermería, y Rafael descubrió a su hija que platicaba con sor Noeline y otra religiosa. Apenas si pudo saludarlas, tan inmediato al ingreso suyo fué la retirada de ellas; le notificó la superiora que tornaría en su busca; que quizá el médico llegaría a poco, y acariciando a la Nona, que le besó la mano, se retiró a su vez.

Rafael, triunfante, ocultaba la muñeca y sonreía a la enferma, mucho más abatida que el día anterior.

—Adivina qué te tendré aquí......¿a que no?

La Nona, para contestar, tuvo que realizar un penoso esfuerzo, que hacer visajes; el mal de garganta aumentaba a un grado, que cada palabra significá-

bale un intenso dolor, como si un puñado de espinas se la atormentaran.

—Sí, te adivino, me traes mi muñeca, dámela y que se acueste conmigo—contestó pausadamente, alargando un brazo; y luego que la recibió, acostóla de mala gana, volvió la espalda a la luz, a su padre; retiró el embozo con nervioso ademán, cual si se sofocara, y de nuevo entró en su forzado mutismo. Rafael la tocó, y le asustó lo que había subido su temperatura; quemaba su piel, sentíala reseca y áspera.

—Oye, mi Nonita ¿te hallas peor que ayer?.... Respóndeme, pero no con la cabeza ni con las manos, respóndame con su lengüita, anda, para que no piensen que te la royeron los ratones....¿qué diría sor Noeline?.... calcúlate....

La chica, encogióse de hombros, no abría los párpados ¿qué le importaba lo que dijeran?

—Me duele mucho—gruñó, llevándose las manos al cuello y rechazando después a la pobre muñeca manca, que, abierta de piernas, parecía contemplar con sus ojos de esmalte, muy interesada, el cielo raso de la estancia.

Entonces sí que Rafael se alarmó, que la creciente gravedad de su hija entrósele en el corazón. Con las dos manos hincadas en el lecho, muy inclinado, seguía los visibles trabajos de la respiración de Nona, su inquietud y sus pequeños estremecimientos, el silbido que se le escapaba de su garganta, en lucha con las falsas membranas que intentaban ahogarla. Le llamaba la atención que no se quejara, verla tan conforme con su gravedad y sufrimiento; y es que nunca había visto de cerca a un niño en peligro; no conocía la desgarradora indiferencia con que los niños van a la muerte lo mismo que a la vida, igno-

rantes de ambas, y por tal ignorancia igualmente resignados a partir entre los huesosos y helados brazos de la una, que a crecer entre los mórbidos y tibios de la otra.

Rafael, a solas con su hija, comprendió que sus energías se debilitaban, que era un infeliz sin recursos para aliviarla, sin más elementos para defenderla que su cariño paterno, de pronto resucitado; un escudo que de nada le servía, que no podía atajar el mal aquél, interno, traicionero, invisible, que a manera de serpiente iba enroscándose y enroscándose en el indefenso cuello de una criatura débil, bella y, sobre todo, suya. Se enderezó y consultó el reloj; si dentro de cinco minutos no estaba ahí el médico, él iría en su busca, atravesando no digo el colegio, el dormitorio de las monjas si era preciso. Inconscientemente se asomó al jardín, y ahora antojósele tétrico, con aires de cementerio de aldea, en los que la yerba se extiende a su antojo, esconde lápidas y disfraza tumbas. Sin embargo, el jardín en nada había variado; hallábase como la víspera, como siempre, indolente, irresponsable, echando flores y nutriendo árboles con su pertinacia de ciego y sus misterios de prodigio al que no preocupan las humanas miserias; sin otros habitantes que sus abejas y mariposas.

El médico no llegaba! Los cinco minutos expiraron, y Rafael cumplió su promesa; resueltamente, sin la respetable compañía de la superiora, comenzó a caminar por el colegio; recorrió el conocido trayecto, el que a la salida conduce, apresurado el andar y acongojado el ánimo. En un corredor se encontró a sor Noeline, y sin la menor idea carnal—¡por Dios que nó, antes al contrario!—deslumbrado por su belleza de *madonna*, como a una aparición celeste

dispensadora de milagros, la detuvo, la tomó de las manos sin que ella pudiera evitarlo, y humildemente, pero muy humildemente, la imploró:

—Madre, por favor, no deje usted a mi hija!

Y con igual apresuramiento, siguió rumbo a la salida; vió que a lo lejos la superiora presenciaba el desfile de muchas educandas; oyó la campana del colegio y se encontró en la calle. No subió a su carruaje, porque el del médico, a la sazón, se detenía; en atropellado discurso le explicó al doctor la gravedad de Nona; le suplicó que se violentara y penetraron de nuevo; sólo que en esta vez la superiora se le incorporó, y a pesar de sus años, ella en medio de los dos hombres, al paso suyo, los acompañó hasta la enfermería.

¡Qué a tiempo entró el doctor! La Nona, sentada en las almohadas, muy rígida, tiraba furiosamente del hábito de sor Noeline; sus ojos, muy abiertos, su cuerpecito anguloso todavía, medio desnudo; el silbido de su garganta más acentuado aún, y de cuando en cuando, pronunciando con infinita angustia, la frase terrible:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!......

Cosa extraña. Ni quién parara mientes en esa casta semi desnudez que no era dado evitar, a causa de los continuos y bruscos movimientos de la Nona, procurándose aire. Era el peligro tan próximo, la situación tan crítica, que ni el pudor excesivo de las religiosas ni la malicia ingénita de los hombres, atreveríanse a asomar la nariz; pudor y malicia permanecieron quietos, en sus madrigueras respectivas, y lo que salió de los únicos testigos de aquella escena, fué piedad, la piedad inmensa que nos causa un triste espectáculo,—y pocos hay más tristes en este bajo mundo, que la agonía de un niño!

El doctor no se anduvo por las ramas, acabó de dejar al descubierto las piernecitas de la Nona, y la reconoció a sus anchas. Era el *croup*, el temido ogro de la niñez; mas como dichosamente se ha descubierto algo que lo ataja y lo vence, si a tiempo se aplica, el hombre no se amilanó; esperaba al feroz enemigo desde el aparecimiento de la dolencia, y se hallaba en guardia. Desenvainó su jeringa de inyecciones, de otro bolsillo extrajo un frasco con el suero de caballo, y mientras preparaba el antídoto con violenta precisión de experto, decía a Nona:

—Qué te has de ahogar, criatura, qué te has de ahogar......!

Y le hundió la cargada jeringa, en la parte superior del brazo, cerca del hombro. Fué tan rápida su acción, que apenas si Rafael, la superiora y sor Noeline diéronse cuenta de ella. Cuando la aguja penetró en las carnes de Nona, Rafael y sor Noeline volvieron la cara, pálidos, suspensos, quizá en espera de una operación cruel, quizá también por el afecto que a la chica profesaban, aunque distinto, verdadero y hondo; el médico, permanecía tranquilo después de causar la diminuta herida salvadora, por sobre la que pasó una vez y otra vez la yema de los dedos. Nona, dió un grito, más de nerviosidad que de dolor, y la superiora, que había seguido la escena sin pestañear, se acercó a la enferma y se sentó a su lado, a acariciarla, a cubrir su desnudez, con ese valor mudo y dulce de las religiosas de raza, a las que entristece, sin arredrarlas, el sufrimiento humano.

La muñeca manca, con el arreglo de las ropas, quedó tendiendo su brazo bueno, cual si felicitara a su dueña o diera las gracias al doctor.

Desterrado el riesgo, lo que acontece siempre; la

eterna esperanza, reconciliándonos hasta con lo que nos afligía; la voluptuosidad delicadísima de la reacción, que calma los nervios y serena el ánimo, devolviéndonos la conciencia de nosotros mismos. Ya a sor Noeline habíanle vuelto los colores, y a pie firme atendía al médico, que escrupulosamente lavaba su jeringa, junto a la ventana, por la que arrojaba al jardín el hililllo de agua que salía del pequeño instrumento de cristal; ya la superiora habíale cedido su puesto a Rafael, quien abrazaba y besaba a Nona, cuya garganta silbaba menos, como si la interna serpiente que por poco no la asfixia, fuera desenroscándose a su pesar, muy lentamente, para ir a desaparecer en el mismo ignorado lugar en que había nacido; ya la muñeca manca, empujada por los movimientos menos agitados de la Nona, había tornado a abrirse de piernas, y parecía de nuevo contemplar con sus ojos de esmalte, muy interesada, el cielo raso de la estancia.

Rafael se levantó de pronto, llegóse al médico, ¿bastaba con una inyección? ¿no se repetiría el ataque? ¿no descubría ningún mal síntoma? Y el otro, muy pulcro en el aseo de sus manos, dió garantías, proclamó la infalibilidad del suero de caballo, un descubrimiento maravilloso y reciente, llamado a salvar a millones de mocosos.

—Se lo aseguro a usted; esto es como la vacuna, como todo lo grande, es sencillo y es infalible.

Rafael, púsose a expresarle su gratitud a él primero que a nadie, claro, y en seguida, a la superiora, a sor Noeline, a todo el mundo. Y ni modo de resistirlo, que su educación y su simpatía aparte, el caso lo disculpaba: por lo que abrazó al médico efusivamente, y estrechó las manos de la superiora

y de sor Noeline, no obstante la prohibición de la orden, que veda ese contacto.

—Mucha quietud para la niña, madre,—previno el médico al despedirse; y como Rafael despidiérase de él, la superiora, entre bromas y veras, lo sacó de dudas por si dudas había: no podía quedarse más, sino marcharse también, la regla es terminante y no admite excepciones; ni los papás de las educandas deben permanecer indefinidamente dentro del colegio, la Nona sería cuidada como Dios manda.

—Nada, señor Bello, que lo echan a usted estas fieras, y hay que obedecerlas pues son tremendas ¿verdad, madre?.... Y que hablando en serio,—añadió el doctor,—la Nona, sólo necesita reposo; conque si usted no tiene inconveniente, saldremos juntos.

¡Lo hambriento que llegó Rafael a su casa, lo minucioso que estuvo con Manuela narrándole lo de la inyección, en tanto que ella le servía la comida! Pero de súbito, al encender su puro y acostarse a leer un periódico, se le apareció sor Noeline, un segundo y su cara nada más, algo borrada, destacándose la curva de la toca y lo rojo de los labios, confuso el resto, mezclado a facciones ajenas, un *rictus* de la superiora y las cejas del médico, encanecidas y erectas. Cayósele el periódico, colocó el puro apagado, sobre la mesa de noche, y se quedó dormido.

En el áspero recibimiento que le hizo Manuela, conoció Chinto que Rafael continuaba de juicioso. Hubo de esperar a que buenamente despertara, porque Manuela declaró que no había de molestarlo, y hasta el anochecer mató Chinto las horas frente a la pajarera del comedor:

—Ya puede usted entrar,—le dijo Manuela, cuando los criados alistaron las lámparas del patio y corredores.

—Pasa, Chinto, pasa y dispensa que te haya hecho esperar, pero no me habían avisado.... No, no traiga usted luz (*a Manuela, de pie en la puerta*) nosotros la encenderemos—exclamó Rafael desde la cama.

Arrimó Chinto una butaca, Rafael se arrellanó en los almohadones, e iluminados por un rayo de la lámpara del comedor, que se arrastraba en la alfombra yendo a alumbrar las patas del guardarropa, y por la claridad del cielo y la de la farola del patio, que se entraban al través de los vidrios del balcón, comenzaron su plática. A la pregunta natural de Chinto sobre el estado de la Nona, Rafael contestó con una segunda descripción de la escena de la mañana, desde su llegada al colegio hasta su salida en compañía del médico, cuando la superiora lo expulsó. La única novedad en esta descripción número dos, fué el aditamento de su encuentro con sor Noeline en uno de los tránsitos, y de que en él la detuvo y la cogió las manos sin saber lo que se hacía, medio loco por la gravedad de Nona.

—¡Qué mujeres, Chinto, respiran la virtud! Yo creo que por eso se imponen, sobre todo a nosotros, los perdidos, que tan raramente la encontramos legítima.....

Chinto lo felicitó por la salvación de la Nona, y cuando Rafael andaba más alto en sus disquisiciones acerca de la virtud de las religiosas, soltó una nota discordante, dióle cuenta de su comisión:

—Antes que se me olvide, te arreglé lo de Amparo, se va a la Habana; desde esta noche duerme en un hotel; no acepta los muebles ni el dinero que en tu nombre le ofrecí, y te manda esta carta, toma....

—¿De veras, Chinto?.... pero hombre, si parece mentira, te protesto que nunca me la supuse tan mansa.... a ver su carta—dijo incorporándose, y él mismo encendió una vela—¡uf! qué cantidad de disparates....— añadió al principiar la lectura; mas, conforme avanzaba, la cara poníasele seria, fruncido el ceño, y al terminar estrujó el papel, lo alargó a Chinto:

—Bah!, además de los disparates, tonterías.... leela....

Y Chinto leyó la estrujada misiva, llena de disparates, era cierto, pero llena también de unos cuantos lamentos sinceros, de los que inventa a su manera la persona más vulgar, con tal que sea su corazón quien se los dicte:

—"Me echas y me voy ¿quién nos manda a algu-
"nas mujeres ser lo que somos? Te gusté y me
"alquilaste; ya no te gusto y me dejas, aunque te
"haya yo cobrado ley. Ni quién te diga nada, hijo.
"Eres un señorito rico que puede hacer lo que le dé
"la gana, no digo yo abandonar a una....(*aquí un*
"*vocablo demasiado castellano.*) Guárdate tus mue-
"bles para la otra, la que venga detrás de mí, que
"alguna será. Tú eres muy barbián, pero a mí no
"me la das; andas en otro lío, quieres a otra; que me
"muera ahora mismo sin ver a mi madre, si no
"quieres a otra, te lo juro por mi salud. Hace mu-
"cho tiempo, bueno, no mucho, pero sí unos días,
"que lo había yo descubierto ¿sabes en qué?......
"en que tus besos ya no me sabían a *ná*. Anda y
"diviértete, que la otra ¡maldita sea! ha de vengar-
"me aunque no lo procure. Podría yo llamarte *cha-*
"*rrán* y cochino, pero ¿para qué?.... Todos tus ami-

"gos dicen que eres una persona decente..... no "creas que este borrón lo hicieron mis lágrimas, "porque no he llorado ni tanto así, es que no sé "escribir ni nunca ¿lo oyes? nunca te quise."

—¿Qué opinas de la literata ésta?—preguntó Rafael a Chinto, cuando éste le devolvió la carta.

—Nada, sino que como todo hijo de vecino, cuando le pegan y le duele, grita.

—Ah ¿la vas a defender?....

—¡Yo! ¿a mi qué me importa? no la defiendo; me preguntas, y te contesto.

—¿No ves lo que dice, que quiero a otra? ¿quién es esa otra? ¿tú sabes quién es esa otra?

—No te pongas necio, hombre ¿cómo he de saberlo yo si no me hallo dentro de tí?

—Pues yo te protesto que no estoy enamorado de ninguna otra, y yo sí lo sabría ¿verdad?

Como para demostrarlo completamente, saltó de la cama, formó el plan de la noche: una banca de *baccara*, teatro Principal y *Maison Dorèe;* charló de mil fruslerías, de los chismes del club, y tarareando una tonada de zarzuela, del brazo de Chinto se marchó a la calle.

A pesar del cúmulo de distracciones, que cual medicamento habíase propinado, las frases de la carta de Amparo no se le borraban; firmes y claras seguíanle en el cerebro, como si en vez de leerlas, hubiéranselas grabado a cincel. Y se examinaba, pasó revista de las mujeres tratadas últimamente, y nada; unas parientas; la esposa de Fulánez, antipática y fea; la encargada de un taller de modas, que no lo desvelaba cosa mayor; una de las tiples del teatro, que lo divertía a la buena, y las religiosas del colegio, sor Noeline, cuya belleza casi lo obligó

a cerrar los ojos, con sólo evocarla. Alzóse de hombros por lo imposible del supuesto ¿quién ha de ser el bárbaro que vaya a enamorarse de una monja? Y él mismo se contestó en voz alta, a tiempo que apagaba su vela, acostado ya, de regreso en su casa:

—Nadie más que un individuo dejado de la mano de Dios, y yo por fortuna, ni lo estoy ni lo estaré.

Con tan elástica receta, el hombre se calmó y apretó los ojos, para que no se desvaneciera la encantadora figura de sor Noeline. Ahora la veía mejor que a la hora de la siesta; veíala completa, de los pies a la toca, con idéntica luz a la que la iluminaba por la espalda cuando él la cogió las manos, y que tan bien hacía que se destacara del fondo gris del corredor, que tanto parecido le daba con las vírgenes de los grandes cuadros, las que envueltas en deslumbrantes claridades de oro, diríase que van a salirse del marco para pisar la tierra, nuestra tierra ingrata y cruel, e irse por ahí, perdonando todas nuestras miserias y endulzando todas nuestras amarguras....

Como Rafael teníase declarada la imposibilidad de enamorarse de una monja, continuó mirando dentro de su memoria a sor Noeline; miróla después, junto a su hija, junto al doctor, junto a sí mismo, y llegado al punto que no es vigilia ni tampoco sueño, volvía de nuevo a asirse de sus manos, de sus hábitos, castamente, devotamente; a la manera de los favorecidos en los retablos de los templos, que retratan la consecución de algún milagro.

Asido a ella, veíase salir por la ventana de la enfermería, cruzar el jardín en aérea y deliciosa caminata, y muy dichoso, seguir más allá, más allá, hasta una región ignorada que no podía explicarse ni en-

tender a las derechas, más alta que los árboles más altos, y que las montañas, y que el azul del cielo; sin cansarse nunca, sin nunca pensar en nada malo, sin pensar en lo que dejaba aquí abajo; sor Noeline, sonriente y santa, él, Rafael, estupefacto y mudo, asido a ella con todas sus fuerzas, castamente, devotamente....

SEGUNDA PARTE

I

Rodeada de Rafael, del administrador y de los dos escribientes, terminaba la Nona en una papelera del despacho de la hacienda, su correspondencia con la capital: una carta a la superiora del colegio, en la que le daba cuenta de su mejoría, en la que mandaba cariñosas memorias a sus condiscípulas y maestras, y a sor Noeline muy especialmente; pues con la enfermedad, habíanse aumentado, más todavía, las amistades de la religiosa y de la chiquilla.

—Ponle recuerdos de nuestra parte,—exclamó Rafael en broma.

Y la Nona los puso, contentísima de agasajar a su amiga:

—"…. Ah, madre, también hágame usted favor de saludar a sor *Noelina* de la parte de papá, de la de don Andrés, el administrador, y de la de los escribientes, que no sé cómo se llaman …."

Esto de la carta al colegio—que partía de la finca

cada dos o tres días—era la diversión de los de la hacienda; sobre que Nona habíala de escribir en el despacho mismo, haciendo a un lado los librotes de la contabilidad y a los empleados que los llevaban; sobre que necesitaba pliegos y pliegos de papel, hasta que la carta salía sin falta ni borrones; y no habían de hablar alto ni de empinarse a ver las hojas que se echaban a perder, ni de reirse cuando ella, atrojada y meditabunda, poníase la pluma entre ceja y ceja, como para atajar alguna palabra fugitiva; ni cuando con la lengua y el delantal, se borraba de los dedos las manchas de la tinta. Luego, en su presencia, tenían que ponerle cubierta a la misiva, los correspondientes sellos de correo y muchos de lacre, en los ángulos, en el medio, haciendo que el cartapacio simulara escritura de notario o testamento secreto. A lo último, veía por sí misma la entrega formal a un mozo de a caballo, que delante de ella montaba y azotaba al penco, en el ancho portón de la casa, y a galope cruzaba el patio exterior de la hacienda, sembrando alarmas en perros dormilones, gallinas con herederos y cerdos asustadizos.

—No te tardes,—gritábale la Nona desde las ventanas del despacho,—que ya es hora del tren.

Gozaba Rafael con estas ocurrencias de la Nona, porque eran prueba patente de que iba recuperando la salud. Y en efecto, qué diferencia con la primera semana, en que por nada se alegraba ni nada la distraía; en que sus mejillas parecían de cera, de cristal su humor, a juzgar por lo que se lo empañaba la menor contrariedad, y de persona grande y achacosa su retraimiento y su mutismo. De sobresaltos y congojas fueron esos primeros días, sin separársele Rafael ni Manuela. Levantábanla tar-

de, para que el frío de las madrugadas no la dañara; y temprano la encerraban, para que el viento de los Llanos, que al atardecer se embravece, estrellara su soplo contra los muros del inmueble, y a su dueña sólo llegara el eco de su lamento, soportando en sus alas invisibles y rumbo al infinito, las confidencias misteriosas y tristísimas que arranca a su paso por las dehesas y montañas.

Caía la noche, y en las habitaciones interiores de la hacienda, que Rafael mandaba iluminar para que no vagaran por ellas sombras ni terrores, comenzaba una callada procesión de criados, arreglando camas y mesa, mientras Manuela hacía poderíos por entretener a la Nona, y Rafael fingía engolfarse en la lectura de los periódicos. A las ocho cenaban, acompañados de los dependientes y del administrador,—cuya familia se hallaba temporalmente en un pueblo cercano,—y a las nueve y media o diez, cada mochuelo a su olivo. En una misma estancia, dormían la Nona, Manuela y Rafael; pues la chica, amén de otros quebrantos, padecía de insomnios y había menester de vela encendida y de gente que le conversara. De suerte que cuando empezó a dormir, y a comer y a reirse; cuando sus colores reaparecieron y sus carnes aumentaron, y el humor mejoró del todo; cuando una mañana, muy de mañana, despertó la Nona canturreando, en discurso a gritos con Manuela porque no atinaba a encajarle las medias, Rafael dió de barato lo últimamente sufrido, cargó con ella en brazos, y en triunfal paseo la mostró a dependientes y servidores, y la llevó a todos los lugares, cual si por su resurrección, de nuevo la adueñara de todo aquello, que suyo había de ser.

Rápidamente, con el ansia que de vivir tiene la

niñez, recobró su salud la Nona. Con la salud de la Nona, la hacienda entera recuperó su regocijado aspecto de colmena monstruo; y como la época de las lluvias se vino encima, diríase que hasta las sementeras se alegraron.

A partir del medio día, cubríase el cielo de nubarrones plomizos, que se desgarraban entre sí, que se metían los unos dentro de los otros, se abrazaban, se huían, volvían a juntarse. Los hombres, los animales y los campos, entraban en un religioso silencio; los sembrados se ponían a temblar, como doncella que aguarda al bien amado; los árboles no movían ni una rama, ni una hoja, y de repente ¡zas! allá en la cresta de los montes, cual si los hiriese un gigantesco eslabón, nacía un rayo, el primero, y el trueno rodaba desde las quebradas aquellas, con estruendo formidable de carro despeñado. En seguida, otro y otro, y ciento, cruzando la atmósfera oliente a humedad, por rumbos diversos; los truenos sonoros, imponentes, dos y tres a un tiempo, en colosal concertante de grandeza. Después, unas gotazas, cayendo con fuerza de proyectil, y a continuación un diluvio, una catarata de agua que azotaba la tierra, inclinándose a un lado, inclinándose a otro; el conjunto esfumado, como tras una cortina transparente de obra de magia, y a poco, la inundación que corre, que se esparce y forma arroyos, cría lagunas, reune charcos, y en busca de los bajíos se va entonando su glú, glú de náyade. Bruscamente, la lluvia cesa, disminuye, pára; la tierra agradecida, exhala un exquisito perfume, que a nadie es dado imitar; los animales, en sus respectivos lenguajes, se llaman y felicitan; las sementeras se sacuden coquetamente, imitando a los árboles, y a lo lejos, se escucha el río crecido y decidor; si aun

es hora, asómase el sol, sonríe y desaparece; si no, la noche saca su manto de buen tiempo, el estrellado, y codiciosamente tapa el espectáculo; de las charcas y lagunas, brotan los cantos de las ranas; miriadas de luciérnagas se encienden y persiguen, y el hombre del campo piensa en su cabaña, en su familia, se siente amoroso y feliz, ve de antemano a los chiquitines que lo esperan, la pobre cena humeante, las sábanas blancas, los brazos de su valiente compañera de trabajos.

Rafael entonces, se enternecía, estrechaba a Nona, la interrogaba:

—Dime ¿me quieres mucho? ¿vivirás conmigo aunque te cases?......

Y por más que la Nona, entre las carcajadas que soltaba de considerarse casada, le aseguraba que sí, que lo quería mucho y nunca había de dejarlo, Rafael experimentaba un doloroso vacío. Decididamente no basta el amor de los hijos, la mujer es indispensable y necesaria, con defectos y todo; el resto halaga, sí, acaricia, endulza, pero jamás como la mujer, cualquiera que ella sea, así sea una Amparo. Lo que es él no podía pasársela solitario, vamos, que no podía. Consigo mismo se encolerizaba, proponiéndose, en cuanto regresara a México, buscar lo que únicamente se halla con dinero, no una mujer, una hembra que nos engañe, pero que nos ahorre la soledad y el abandono. ¿Quién había de enamorarse de él? ¿de quién iba a prendarse él, sabiéndose al dedillo, en su experiencia de tronera, las perrerías femeninas? Antes de que el pensamiento disolvente tomara precisa forma, desentendíase de él, de que lo llevaba bastante hondo, y arteramente, engañándose a sí propio, — supuesto que sin apelar a extraños labios, los suyos murmuraban el

temido y adorado nombre en todos los lugares y a todas horas, —preguntaba a Nona:

—Bueno, y tú ¿a quién prefieres de tus maestras?....

—Yo, a sor *Noelina*—replicaba Nona sin tardar.

Estremecíase Rafael; cerraba los ojos, quién sabe si para no delatarse por ellos o para reconcentrarse en la sacrílega evocación. Como a la Nona una vez en este terreno nadie la contenía, le sobraba tela de donde cortar, Rafael no se oponía, que si ella gustaba de tal asunto, él gustaba mucho más. En ocasiones, se arrepentía de promover la charla; era una atrocidad de marca mayor, mas en su ayuda saltaba el sinnúmero de razones de mala ley de que a voluntad disponemos para disfrazar ante nosotros mismos, nuestros actos reprobados ¿qué culpa tenía él de que Nona, a propósito de cuanto con el colegio se refería, mencionara a sor Noeline? ¿acaso él se la mentaba directamente? ¿no sería peor callar, y dar motivo con ello a que se le despertaran sospechas que quizá harían añicos su inmaculada pureza? Y la Nona, inocentemente, continuaba:

—¿Si vieras qué buena es y cómo me quiere? En el colegio hay una niña grande, que dice que parecemos novios, tú dirás!.... Y no creas, nunca nos hemos dado un beso, porque no es permitido; pero lo que es las manos, sí se las cojo, y se las aprieto con todas mis fuerzas, así, mira....

Y le apretaba a Rafael las suyas, que se contraían cual si la monja, en carne y hueso estuviera ahí, prolongando el demoníaco y sabrosísimo contacto...

Decir las luchas cruentas por que Rafael había atravesado! En un principio, a raíz del alivio de Nona, bautizó de gratitud el pecaminoso afecto; creyó

estimar igual a sor Noeline que a la superiora y a las demás religiosas; supuesto que todas habíanse desvivido por su hija, él, en retorno, por todas se desvivía, y a todas significó su agradecimiento por conducto de la superiora. Si con sor Noeline estuvo más expresivo, debióse a la especie de intimidad que con la Nona la ligaba, pero sin pasar de ahí,—¡Dios lo librara!—y sus sinnúmeros misticismos de rico ignorante, apercibíanse dentro de su casi inhabitado cerebro a empeñar la batalla.

Primero, lo acometía la vanguardia; frases truncas de su catecismo de rapaz; interpretación casera del Fleury de la escuela; reminiscencias de besos dados en manos y sotanas de eclesiásticos, de arrodillamientos en plena calle, descubierta la cabeza ante la rápida visión de un carruaje particular que conducía a un sacerdote muy arropado y a un sacristán a su frente, con un farolillo encendido; reminiscencias, más precisas aún, del día de su primera comunión, una mezcla de interna dicha, de lágrimas de su madre, de fragancia de cirios, de incienso y de ropas nuevas, y luego, su casa regada de flores, una moneda de valor debajo de su pozuelo de chocolate, y amigos invitados, sus condiscípulos predilectos, y en un rinconcito de su pecho de niño, ansias secretas de irse ¿a dónde?.... pues a ese otro mundo de que tanto hablaban, y que él no podía ni imaginárselo; reminiscencias, más precisas todavía, de los días cuaresmales en que con el colegio entero escuchó sermones y tomó ceniza, entre maldades e irreverencias ¿ya?.... Por en medio de los rayos de este hermosísimo arco-iris que el catolicismo tiene para conducir amorosamente a la infancia hasta los abrojos y penas que las otras edades traen consigo, asomado el castigo, el ángel

malo que desde el silabario nos asusta en su forma bestial, con cuernos y garras, alas disformes de murciélago, peludo, con rabo como lengua de serpiente, y afiladas pezuñas de cabro; el que azota sin entrañas ni misericordia, devora y tuesta, acecha, afianza y huye con su presa....

Después de la vanguardia, acometía a Rafael el grueso del ejército: lo visto, oído y ejecutado cuando adulto; sus primeras sensaciones genésicas, sus primeros escarceos amatorios; la prima joven y linda, —infaltable en los primeros idilios de todo hombre, —a quien perdidamente adoramos y acariciamos so pretexto del parentesco, y que pasa por nuestra alborada de juventud derramando inocencias y rosas, —a semejanza de Ofelia,—y como caudal nos deja íntimos presentimientos asustadizos de lo que serán las mujeres, un perfume vago de evaporada esencia, y un desmayado anhelo de encontrárnosla a la larga, junto a nuestra madre, cuando hayamos arrojado todo lo que poseemos en este proceloso mar de la vida, y a ella volvamos en busca del último abrigo y del cariño postrimero....

También acometía a Rafael el recuerdo de sus viajes. Por cada ciudad más, una ilusión menos; por cada placer, un dolor que no se advierte al pronto, pero que con el tiempo se encona; por calles y alcobas, un reguero de monedas y de pedazos de corazón; por buques y trenes, rápidas amistades, existencia instantánea de pueblos y afectos, una mezcla de idiomas, rostros e ideas que nos roban lo nuestro, y lo mutilan y deforman; los olvidos imprescindibles de persignarse esta noche, de rezar mañana al despertar, y de oir misa el domingo; las impiedades toleradas y aun repetidas, por quedar bien delante de un grupo anónimo; el lento dismi-

nuir del sentido religioso; los indiferentismos por cuanto hasta entonces supimos sagrado; el diablo de nuestro silabario avejentado, sin crédito, objeto de carcajadas y burlas. Como única defensa,—¡oh! Rafael lo recordaba perfectísimamente,—atado a su cuello por su propia madre, un pobre escapulario de trapo, muy deshilachado, dejando ver algo de las reliquias que encerraba, mas tan milagroso, que a él le debió no perecer en un remedo de naufragio, y a que en el barrio turco de Constantinopla no lo escabecharan unos asiáticos.... Su culto a tal reliquia, a lo que ella simbolizaba, era la prueba mejor de que si católico nació, moriría católico, con todos los auxilios, arrepentido y contrito. No negaba, por no poder negarlo, que se había descuidado, ni más ni menos que la mayoría de los fieles masculinos, que van dejando para más adelante, lo que obligatorio es para toda época.

Al llegar aquí, le acometían los misticismos rezagados, un tiro que otro, pero certero: su mal manejo durante su matrimonio, su escandalosa viudez, su afición al juego y a las mujeres, su abandono de las prácticas piadosas; remordimientos imprevistos, propósitos poco duraderos de enmienda, una firme creencia de que, continuando así, sería castigado. Era el salto atrás, a su niñez, al diablo de su silabario; eran temores fugaces al tremendo "no ser;" el que no evitaría ni con sus dineros de rico, sino enmendándose y viviendo a las derechas....

Por eso mismo, en un principio, supuso fuese gratitud a sor Noeline lo que en realidad era otro afecto, incurable mientras no se sacia. No dió sin embargo, su brazo a torcer; hasta para confesárselo a sí propio resistióse y pateó, hallóle adecuada salida que lo satisfizo:

—No señor ¿cómo ha de ser amor? es una tentación, eso es, una tentación!

Y como tentación resolvió curársela. ¿Qué se imponía antes que nada? Huirla, huirla y siempre huirla. Pues, a ello. Y en cuanto Nona se mejoró un tantico, a la hacienda fué a encastillarse, allí, dentro de sus montañas, en sus antiguos dominios, donde mandaba en absoluto, donde tenía recias murallas para defenderse y ancho campo para huir. Con esto y con el escudo de su Nona, desafiaba a lo peor; por lo que seguro de su triunfo, se despidió francamente de las monjas, y sin saber cómo, quizá por hermosear su discurso, escapósele una frase que empurpuró las mejillas de sor Noeline, y que a él le brotó con espontaneidad admirable:

—Hermana, muchas gracias de nuevo por sus cuidados a mi hija, a ellos debo su vida; es usted más poderosa que la muerte, y enfermo que usted cuide, no morirá nunca.

Y por segunda vez desde que la conoció, a pesar suyo la miró de lleno, bañándose en los ojos de la religiosa, que no articuló palabra.

Pero el remedio no surtió dentro de la hacienda; allí, la tentación implacable y tenaz también lo perseguía, lo mismo entre los celajes de los crepúsculos que entre las corolas de las flores, entre las "pencas" de los agaves que entre las trancas de los corrales, en lo más poético y en lo más prosaico; lo mismo en las aguas del río que en las cuentas del administrador, en el charlar de la Nona que en el pavoroso graznido, a la media noche, de algún ave de mal agüero.

Rafael no se penetraba de que sólo borrándosela del pensamiento, la borraría de todas partes; y era que, como por propia voluntad no la acogía en el pen-

samiento, es decir, para arrojarla de él, incesantemente pensaba en ella; y empezaron a alarmarlo fuera de medida, la persistencia de la tentación y la inutilidad del antídoto. Ideó entonces,—dada la completa cura de Nona,—consagrarse a un ejercicio corporal excesivo, trabajar de veras, desde el alba hasta el anochecer, rendir el cuerpo.

Allá se iba, en su overo favorito y brioso, acompañado de un charro, ya viejo en el mundo y en la hacienda, su maestro de equitación, sanote a pesar de sus largos sesenta años, de piernas de acero para el caballo, y vista clara y escudriñadora de gavilán. Marcos Peña llamábase el tal, y de peñas en efecto, parecía formado; malas lenguas decían, que había sido en sus mocedades asaltante de diligencias y destripador de liberales, pero ¡vaya usted a saber!.... El hombre, sí tenía avinagrado el gesto, hondas las arrugas y cerdosa la barba; un señor chirlo, que le cogía media cara; muy liviana la mano para la *reata* y el machete, y un pulso para la pistola y el rifle, que daba gusto. Por lo demás, era fiel a carta cabal, había salvado a la madre de Rafael en cierta ocasión en que se desbocaron las mulas del coche, y con "el amo,"—según llamaba todavía al padre de Bello,—debió de andar en líos de política en los buenos tiempos de las revoluciones, a juzgar por las confianzas que aquél le dispensó siempre y por el cariño que le profesó hasta sus últimos días. Carecía Marcos de esposa y de hijos, idolatraba a los caballos, comulgaba todos los años con singular fervor, y desempeñaba las importantes funciones de mayordomo de campo. Quería a Rafael entrañablemente, y a la Nona, vaya, que ni siendo perro hubiérala querido más.

Encantado con la ocurrencia del "niño," desde las

cuatro de la mañana alistaba a los caballos con femeninas delicadezas, que ellos agradecían tirándole mordiscos, entrecerrando los ojos e hinchando las narices cuando él se les acercaba con su tilma *embrocada*, a apretarles los cinchos y acariciarles el anca y los encuentros. Relinchaban los brutos, rascaban sus cuellos contra Marcos, se sacudían, y estribos y cabezadas imitaban el sonido de campanas con rajaduras.

Antes de que los peones entonaran el "Alabado," Marcos, de espuelas ya, llegábase de puntillas a la puerta del cuarto de Rafael:

—Niño Rafaelito, niño Rafaelito, ya es muy tarde......

Luego de escucharse rumor de abluciones, Rafael salía, muy embozado también, con traje de charro bien llevado, frotándose las manos y arrojando vaho entre las palabras del saludo:

—Caramba, Marcos, hoy se te adelantó el reloj ¿no ves que todavía hay luna?......

—Válgame, niño, *esque* luna!.... mire su mercé pa allá, pal monte ¿no ve cómo despunta la gracia de Dios?

En un periquete ajustábale a Rafael las espuelas; cercioróbase por segunda vez de si la silla del overo no estaba floja; después, reconocía su prieto *cuatralbo;* se echaba a la espalda el delantero de la tilma, y sujetaba el estribo derecho de la montura del patrón, a fin de que éste montara sin el menor riesgo. En seguida, montaba él y, emparejándosele, salían ambos, entre dos luces, conteniendo a las bestias alborotadas. Pasada la puerta que caía al campo, Rafael no podía vencerse, hincábale la espuela al overo,—que daba un bote peligrosísimo para otro menos jinete,—y le gritaba a Marcos:

—Andale, viejo, háblale al prieto!....

Amo y criado corrían, corrían desesperadamente uno o dos kilómetros, hasta que entraban en calor, y los caballos, sudosos y cubiertos de espuma, se aquietaban. Marcos, entusiasmado, volvía a ser el maestro:

—*Ráyelo*, niño, *ráyelo*, que meta bien las patas!—decíale a Rafael dándole el ejemplo:

Y los animales, parados de improviso, tascaban el freno, el hocico abierto y al aire los dientes, tan de veras metiendo las patas, que con ellas rayaban más de una vara, sobre la arena. Luego, cogían su tranco, su paso largo y cómodo de caballos *campiranos*, tendían el cuello, y como si con sus orejitas llevaran el compás de la marcha, según las enderezaban y agachaban alternativa y rítmicamente, volvían la hermosa cabeza a un lado y otro del camino.

Para disfrazar Rafael su afán de cansancio y de olvido, habíase propuesto realizar una inspección general de las labores de la hacienda, desde los linderos más lejanos, a los sembrados vecinos de la casa. Una tarea pesada; recorrer ocho "sitios," examinar milpas, trigales, cebadales y magueyeras, magueyeras sobre todo, la gran fuente de riqueza de la finca. Comenzaron por lo más lejano, allá, detrás del cerro; una caminata que requería sus cuatro horas, entre ida y vuelta, su poquillo de reposo bajo algún árbol, con lo que se gastaba otra, y otra lo menos para el examen, total seis horas; las suficientes para salir de la casa a las cinco, antes que el sol, y regresar a las once, acompañados y requemados por el mismo. Las caminatas primeras, le sirvieron a Rafael para amortiguar la obsesión; el campo con sus bellezas, el ejercicio con su cansancio, y Marcos con los añejos recuerdos que le resucitaba, parecía

que realizaran la milagrosa cura. El propio overo, al que no trataba con semejante intimidad hacía algunos años, esmerábase ayudando al alivio, mordía el estribo cuando se detenían por cualquiera causa, obedecíalo con exceso de inteligencia, seguíalo como un perro por entre surcos y cañaverales, cuando Rafael desmontaba. El síntoma inicial de la mejoría, consistió en un interés creciente por mejorar la propiedad, en su ansia de registrarla palmo a palmo; consistió también, en la muda delectación que le originaban las salidas y puestas del sol, los aguaceros y su séquito de arco-iris, las más insignificantes labores y las reflexiones del anciano mayordomo. En cuanto refrenaban a los caballos, Rafael sentíase mejor, cual si las penas que sordamente lo atenaceaban por dentro, y que la noche exacerbaba, con el aire embalsamado y saludable se le evaporasen; la monja tornaba a ser la quimera, y Rafael tornaba a ser Rafael. Los aromas de la mañana y de la tierra, le volvían su jovialidad, su risa sonora de adulto equilibrado; y con las palabras de Marcos, resucitaban su juventud y sus travesuras de muchacho, sus correrías de antaño por los andurriales aquellos. Poníase comunicativo y contento; de las "cantinas" extraía la cantimplora con coñac, y de un bolsillo de la chaqueta los cigarros habanos, los que mostraba a Marcos, que se moría por el buen tabaco y el aguardiente bueno, y después de que el hombre de sólo mirarlos, en vez de saliva escupía agua pura, le alargaba el frasco y la petaca:

—¡Qué vicioso eres, viejo!.... fuma, y haz la mañana.

—Dios se lo pague, niño,—exclamaba Marcos relamiéndose y encendiendo el pitillo,—un trago de

éstos machuca los años y arruina "dotores" y boticas......

—¿Qué es eso, Marcos?.... —inquiría Rafael, apuntando a un terreno que no reconocía.

—¿Ya no se acuerda, niño?....—respondía Marcos asombrado.—Pues era ésto, o aquéllo; y por ahí, por el intersticio de la memoria, metíanse Rafael y Marcos, olvidándose poco a poco de las riendas de los caballos, que a su antojo caminaban; de que no estaban ya en los tiempos antiguos, cuando "el amo" vivía, y Marcos era el maestro de equitación de Rafael, y éste el heredero mimado. Apeábanse, los primeros días en pleno monte, un cerro cuajado de magueyes pequeños que le daban a distancia, confusa apariencia; buscaban un árbol que los defendiera del sol, y junto al tronco se tumbaban, después de que Marcos les quitaba los frenos a los caballos, se los colgaba en las cabezas de las sillas y ataba a los animales por el pescuezo, con las reatas, cuyos cabos conservaba entre las manos. Frente a la majestad de los campos y a la limpidez de la atmósfera y del cielo, Rafael recogíase dentro de sí; las reminiscencias removidas por el mayordomo, como eran tantas, casi ocultaban la figura de sor Noeline; adueñándose por completo de la memoria de Bello, le hacían revivir otros días y olvidadas épocas, que llegaban ahora charlatanas y contentísimas a deletrearle de nuevo el poema de su infancia y la leyenda de su juventud. De todo había en ellas: castigos y frases de su padre; mimos y consentimientos maternos; el rayo que en cierta ocasión destruyó uno de los arcos de la presa; el primer "herradero" a que asistió, de simple espectador; el uxoricidio que por celos perpetró un tlachiquero, y que conmovió a la hacienda entera, un asesinato primitivo, salvaje, con un

"capador" de magueyes; el susto de la familia cuando una partida de "pronunciados" entró a saco en la finca, y qué sé yo cuánto más, un mundo de acontecimientos, de cosas tristes y alegres, de fisonomías de muertos y palabras de vivos; una sucesión de colores, de sonidos, de personas.

Marcos, impasible mientras duraba el recogimiento, hundía en el horizonte sus miradas, y sin conciencia arrancaba del suelo puñados de yerba que desmenuzaba muy lentamente. Los caballos, pacían.

Volvía Rafael al momento actual, y no pudiendo substraerse a la hermosura del cuadro, murmuraba:

—¡Qué lindo día! ¿Lloverá esta tarde, Marcos?...

—¡Pues no ha de llover, niño! lloverá como a las dos....¿Ya descansó, pa enfrenar?

—Espérate, hombre ¿qué prisa tienes? ¿no te gusta ésto?....

Y con el brazo señalaba Rafael el conjunto que dominaban desde las alturas del cerro: el campo inmenso, verde, infinito, con sus cañadas, sus colinas, sus salpicaduras de árboles, sus sembrados imitando tableros de ajedrez; las yuntas de bueyes que paso a paso surcaban la tierra, azuzados por un peón en camisa y calzones blancos, empequeñecidos bueyes y boyero, cual si la labor que ejecutaban fuera superior a su tamaño y a sus fuerzas, y por eso la hicieran tan despacio; el ganado, repartido en diversos puntos, allá, las vacas, los terneros, los to ros, con el hocico siempre sobre el pasto; acá, los carneros, chiquitines, traviesos, saliendo disparados, por manadas; más lejos, el bosque de la finca, y de cara al sol, la torre blanquísima de la capilla. Por los senderos, que parecían cintas grises que caprichosamente adornaran esa enorme túnica co-

lor de esmeralda, a manera de hormigas iban una tras otra las mujeres de los peones, con el almuerzo en la cesta, y algunos asnos a menudo trote, cargados con dos cueros de aguamiel, uno a cada lado de la albarda, seguidos de un arriero, al trote también.

Poníase Marcos la mano sobre las cejas, y gracias a su magnífica vista daba a Rafael cuenta y razón hasta de los nombres de los bueyes ayuntados; de cómo estaba el sembrado tal y la magueyera cual; de si Fulano trabajaba o era Zutano un haragán. Interesábase Rafael ¡qué diantre! al fin y al cabo aquello era suyo, de ahí había vivido y seguiría viviendo; y sonreía de satisfacción al contemplar su propiedad, que mejoraba de puro buena, pues lejos de cuidarla, sin compasión la había sangrado. Entonces palpaba y agradecía la maravilla, la eterna bondad: la tierra, la madre, dejándose abrir las entrañas año por año, sin misericordia ni miramientos, sin gratitud siquiera, para en retorno darnos, muda, generosa, la riqueza y la vida.

En estas, pitaba el ferrocarril, un pitazo con el que se diría que imploraba socorro, un pitazo largo, doliente, y a poco, entre dos cerros distantes de la hacienda y que sólo dejaban ver parte de la chimenea de la máquina y los techos negros de los wagones, pasaba el tren, jadeando, como monstruo acabado de herir, que se arrastrara en un esfuerzo supremo para alcanzar alguna caverna y enterrar en ella su cuerpazo desquebrajado.

—Ahora sí, Marcos, vámonos,—ordenaba Rafael.

—¡Ah, jijos....!—gritábales Marcos a los caballos, que encabritados con el lejano paso del tren, maltrataban las sillas. Y con cariños y silbidos, los calmaba y les ponía los frenos.

En la ventana del despacho, esperaba la Nona a su

papá; y en cuanto lo veía entrar a galope tendido, salía a su encuentro; se apeaba él, la cargaba, preguntábale mil tonterías, y ella, riéndose con Marcos, que la devoraba con los ojos, decía en quejumbroso tono:

—Marcos ¿me montas en tu prieto?

—Yo a tí, te monto hasta en la luna si quieres!—le respondía Marcos acomodándola en la silla, con más idolátrica veneración que si se tratara de una custodia.

Rafael, en tanto, pedía la comida, y como ni en aquellas soledades olvidaba sus hábitos mundanos, no comía pan a manteles sin previa limpia de cara y manos, y concienzuda cepillada de traje. Servida la sopa, repetíase a diario la misma historia, la insistencia de Nona,—cuyos menores caprichos eran órdenes,—para que Marcos se sentara a la mesa de los patrones.

—Anda, Marquitos, come junto a mí.

Y en el hueco de una manaza del mayordomo, desaparecían las dos manecitas de la chiquilla.

—No, no, lárgame, que se va a enojar el amo, déjame ir a desensillar.

Hasta que Rafael se enfadaba de veras:

—Vaya, Marcos, hazle caso a Nona, y siéntate a comer, que se enfría la sopa.

A modo de dos enamorados comían la Nona y Marcos; se hacían señas, se pasaban mutuamente los platos ya servidos, Marcos pelaba la fruta de la Nona y la Nona partía a Marcos los manjares complicados. El ranchero aprendió a engullir espárragos, de lata, los que casi se le derretían en los dedos antes de poder encerrarlos en la boca, desmesuradamente abierta desde que la emprendía contra ellos. Terminado el almuerzo, Nona guiñábale el ojo

a Marcos, decíale con la mano que se esperara, y con la encantadora coquetería de los niños iba e interponía su carita entre la de su padre y el desplegado periódico metropolitano que leía.

—Ya empiezas, mujer ¿qué quieres? déjame leer, déjame quieto.

Nona al fin, le extraía a su padre, del bolsillo, la perfumada petaca de cuero ruso, y de ésta, un magnífico tabaco envuelto en papel de plata, ceñido a su mitad por ancho anillo dorado, que ostentaba diminuto y pomposo título: "Emperadores de Balsa." Tremolábalo en el aire, se lo mostraba a Marcos, que hipócritamente rechazaba la tentación apartando su vista del veguero, aunque de antemano gozara con la sola idea de fumárselo. El administrador, los escribientes, los criados reían con la escena muda; Rafael, pretendía formalizarse y ahuecaba la voz:

—No hagas tonterías, Nona, no desperdicies mis puros. Devuélvemelo, viejo, (*a Marcos*) ya sé que eres incapaz de fumarte a un *emperador* ¿no es cierto?

—De carne, no, niño ¡Dios me libre! pero de éstos, hasta las cenizas. Y así diciendo, sobre el infeliz *soberano* se tiraba; desgarrábale en un tris las plateadas vestiduras exteriores, la camisa de papel de China; de una dentellada, rompíale la perilla, le prendía fuego por el otro extremo, y con deleites de ogro hincábale el diente, apretábalo más aún con los labios, y comenzaba a convertirlo en humo y ceniza, entrecerrando los ojos, dilatando la nariz, sumido en éxtasis voluptuoso de destrucción; ni más ni menos que los pueblos que han convertido en ceniza y humo, a los emperadores y tronos de verdad.

Rafael dormía siesta, y mientras tanto, Nona mar-

chábase con Marcos a desensillar, por lo pronto; luego, a la ordeña.

A la izquierda de la casa, hallábase el establo; un edificio aparte, espacioso y cuidadísimo, que allí se alojaba al ganado fino, las vacas holandesas y los toros suizos. Componíanlo un patio descubierto, empedrado y en declive hasta el portón, de recia madera, con los cerrojos y tejados hacia adentro. Al lado derecho, estaba la vivienda de los vaqueros y, bajo cobertizo de lámina acanalada, con divisiones de madera, piso de piedra artificial, puertas de resorte y amplios pesebres, las habitaciones de las terneras. Frente a la entrada y con menor lujo, el departamento de las crías, y en cada uno de los ángulos, sendos separos para los dos toros, amos y señores de todo aquello. En el lado izquierdo, figuraba un gran vano, donde los borricos y carretas aguardaban su carga de leche; y más acá, el abrevadero, un pilón enorme, de cantería, con los rebordes chatos, por los que resbalaban continuamente pequeñas cataratas de agua fresca y clarísima. Con el sol del medio día, caldeábase el local, flotando dentro de él una atmósfera sofocante; de los montículos de estiércol, se desprendían tenues espirales de humo azulado que embriagaban a millones de moscas, impotentes para ahuyentar a las gallinas en ellos encaramadas, que los picoteaban con furia, o desperdigaban con sus patas, hacia atrás, las pajas y fango de que estaban hechos. Por el empedrado, corrían lo mismo las aguas limpias del pilón, las sucias que los mozos arrojaban de los botes, después de lavarlos, que los orines del ganado; de consiguiente, aquello no era patio, ni empedrado, ni nada, era un lodazal. Al penetrar en él, deteníase cualquiera ante olor tan mezclado y acre, ante tanta

luz, tanto berrido y tanto patear; ante tanta vida, en fin, que potente y sin trabas ni miramientos, se le echaba a uno encima, y casi lo asfixiaba con su caricia formidable! Había que acostumbrarse, que avanzar poco a poco y que ir a refugiarse sobre alguno de los carros, detrás del pilón — suficiente a servir de trinchera, — o pidiendo auxilio a la vivienda de los vaqueros. En las primeras tardes, Nona, asustada, a la casucha se acogió, y desde su tosca ventana, contempló el gran cuadro. Mas, conforme fué convenciéndose de que no existía ningún riesgo entre los carros, y sobre todo, de que allí andaba Marcos, resuelto a habérselas por defenderla, no digo con vacas de leche, hasta con dragones y endriagos, cobró ánimos, se aventuró al pescante del carro de cuatro ruedas, tornóse audaz, (junto a Marcos, eso sí), llegó a echarse de brazos en el pilón, encima del reborde opuesto al que empapaban las reses con sus hocicos. Es lo cierto que necesitó valor, pues vacas y becerros, en repentina libertad, en ruidoso tropel acudían amontonados a beber, y hundían las fauces, por las que les escurrían, en cuanto las sacaban, dos hilos de agua que caían a confundirse con la del abrevadero. En el instante de mayor proximidad, Nona retrocedía un poquillo; algunas vacas la miraban, la miraban con sus ojos tristemente humanos, y aunque ella se reía, poníase también roja y trémula:

— Marcos! Marcos! — gritaba — espántalas....

Pero como Marcos garantizaba la mansedumbre de los animales, y los llamaba por sus nombres, y les rascaba el testuz, Nona por su parte, se acercaba igualmente, hasta les arrojaba gotas de agua con sus deditos. De orden de Marcos, las tardes en que Nona asistía a la ordeña, permanecían encerrados

los dos toros, sujetos a sus pesebres por las cadenas que encajaban en la argolla que les colgaba de la nariz y que los obligaba a inquisitorial quietud. Era de oírlos bramar, enfurecidos de sentir tan cerca la hembra, y no gozarla a pesar de sus fuerzas y apetitos; revolvíanse en sus separos; recogían en el aire, al pasar, las emanaciones que despedían vacas y terneras, y alzaban el labio superior, mostraban los dientes, se estremecían por una inmensa lujuria bestial.

La ordeña principiaba monótona, sin accidentes, siempre idéntica; con las crueldades para el recental, al que se retira de la hinchada ubre, en cuanto provoca el *apoyo*, que cae al bote, blanco, espumoso, sonando a lluvia de bendición. Después, la faena de juntar la leche, medirla por jarras y despacharla en los carros y borricos, que pacientemente la esperaban. Por remate, el encierro, reunidas ya las madres y sus crías; el lavado del patio; el cacarear de las gallinas que se recogen, los vaqueros en fila, con el sombrero en la mano, despidiéndose de Leonor:

—Hasta mañana, si Dios quiere, niñita!

Cuando Marcos y Nona llegan al despacho, Rafael aun no regresa de su excursión vespertina y cinegética; todas las tardes, diz que sale a cazar; va muy ataviado, lleva dos escopetas, criados, morrales, perros; sin embargo, apenas si dispara un tiro que otro; persiste en su cura de cansancio y de campo, he ahí la salvación.... Recibe Manuela a Nona, y la deja en poder de Marcos, con el mismo gesto de los animales domésticos que se enamoran juntamente de algo que no se disputan en riña franca por temor de ser entrambos castigados. El sol anda ya tras de los montes, flota una luz delicadamente poética; Marcos y Nona, hánse sentado en uno de los

poyos de ladrillo que hay a cada lado del zaguán; Nona mira el horizonte, y Marcos mira a Nona.

De pronto, la chiquilla exclama:

—Oye Marcos ¿por qué no me cuentas de cuando eras chico, así, como yo?

—Porque no me acuerdo ya, hace tántos años!.....

—Adiós ¿cómo no has de acordarte de algo? Anda, no seas malo conmigo.

—¡Malo contigo!.... Conque, de cuando era yo chico?.... Bueno, pues verás....

Y a la mitad del cuento, las sombras de la noche adueñanse del cielo y de los campos, cual si el viejo mayordomo las conjurara, al evocar tanta cosa obscura, fantástica, informe, y quisiera ocultarse dentro de ellas, y de allí susurrar a la niña que lo embelesaba, que le significaba el íntimo y más puro amor de su vida larguísima e ignorada, narraciones de nubes y de estrellas, de brisas y de rayos de luna; no la prosa desaliñada y burda con la que ahora, de improviso, vestía a la carrera el momificado cadáver de su propia infancia....

—¿De veras?—interrogaba Nona de vez en cuando.

El viejo asentía con la cabeza, y continuaba devanando el hilo de su enmarañada madeja de años; y cuando aquí se le enredaba, o tropezaba allí con un nudo, es decir, cuando algún suceso demasiado vivo parecía que se le *atorara* en la garganta, tragábaselo instintivamente, entre una tos y un carraspeo, y para disimular la rotura, le preguntaba a Nona, culpando a su memoria:

—¿Qué te decía yo?.... ¿No te advertí que ya no me acuerdo de nada?

A la mejor, ladraban los perros de la jauría de Rafael, y al escucharlos, en el tinacal, en el despa-

cho, en la tienda, todo el mundo poníase en movimiento:

—El amo! Ahí viene el amo!

Marcos volvía a guardarse su madeja, y Nona, cogida de su mano, salía al encuentro de Rafael, quien tornaba pensativo, mudo, lleno de polvo el traje y de arrugas la frente; el morral, con uno o dos pájaros, —muertos por los criados,—las escopetas sin ahumarse; los perros mohinos, ladradores, sin haber saciado sus gulas. Mientras se detenía a charlar con la Nona, Marcos interrogaba a los criados.

—¿Tiró mucho el patrón?

—Ni un disparo,—contestaban los otros, con misterio y en voz baja,—se ha estado solo, del lado de allá de la presa, haciendo letras en la arena con una rama de árbol....

Marcos, en presencia de los inferiores, manteníase grave; pero en cuanto éstos se encaminaban a guardar los arreos, y él, a cierta distancia, veía en tendida plática a Rafael y a Nona, azotaba el aire con la punta de su zarape, como si en todo aquello adivinara un peligro próximo, que por ignorarlo, no pudiera conjurar:

—*Aiga* cosa!....

En efecto, Rafael empeoraba; después de los primeros cansancios, reabríasele la herida, mucho más honda y dolorosa, sin probabilidades de humano alivio. ¿Que su amor por la monja era pecado?.... pues quería pecar hasta perderse, pecar en seguida, pecar siempre, con tal de alcanzarla, de sentirla junto de sí y aspirar su aliento, y ahogarse con sus besos, y desaparecer en las castas y vertiginosas honduras de sus ojos azules. En la soledad de los campos, alejaba a los sirvientes, abrazábase al tenaz recuerdo, y era muy cierto que escribía letras sobre la arena,

las de ella, las de su nombre. En ocasiones, la llamaba a las claras, en suplicante tono, —cual llamamos a una persona amada, que se nos oculta momentáneamente por bromearnos y ni en broma toleramos su ausencia. Como al propio tiempo, no sabía despojarse de una vez de sus misticismos y respetos teológicos, no suprimía el tratamiento, la llamaba "sor Noeline," "sor Noeline," temblando de remordimientos en cuanto la última de estas sílabas se desvanecía en la atmósfera. Y claro, el hombre andaba perdido, flaco de carnes y pálido de rostro; negro el humor y negros los cercos de los ojos; escaso de valor y de apetito; sin sueño en las noches y en el día sin fuerzas, creyéndose condenado ya al fuego eterno, y lamentando no haberse hecho acreedor a tal condena, más que por el solo pensamiento.... Hablaba con la Nona y se metía en el despacho, a revisar las cuentas, aunque por mera fórmula; aparte que no había sido nunca muy íntimo de los números, en las circunstancias actuales entendíalos menos.

Extendíase la noche, casi bruscamente, en razón de lo corto de los crepúsculos mexicanos; una noche fría y diáfana, con claridades. En el extenso patio exterior de la hacienda, seres y cosas adquirían extraños contornos; los animales perdidos, los hombres embozados, parecían fantasmas; en un rincón, dos o tres carros, de los de una sola mula, con los brazos en alto, simulaban ruinas de chozas primitivas. Del despacho, de la tienda y de algunas puertas de la ranchería vecina, salían ráfagas y parpadeos de luz amarillenta; del tinacal, a punto de cerrarse, también salía luz y salía un eco de la contabilidad que hacen del aguamiel los tlachique-

ros, con un grito quejumbroso, prolongando las sílabas.

—"Veinticuatroo!" "Veintinuevee!"....

Veíase la capilla, en cuyo único altar, cuajado de adornos de papel, desconchado el estuco, polvoso y con telarañas, encendían dos cirios pequeños, que mal alumbraban a un Cristo pintarrajeado en grandísimo lienzo, cuyo marco, en lugar de dorados, lucía miles y miles de excrementos de moscas: un Cristo sombrío, de faz exangüe y amoratadas carnes, con un manchón de sangre en el costado, y una desgarradura recosida que le partía las rodillas. Un Cristo horrible, indigno de figurar en un templo mundano, muy venerado allí por la gente pobre, por los desheredados, que idolátricamente besaban sus pies y piadosamente colgábanlo de *ex-votos*, por los milagros que de él obtenían.

Y en medio del formidable silencio que la noche vierte en el campo, oíase de muy lejos un murmullo difícil de explicar; a poco acentuábase, acentuábase, seguía acentuándose hasta no alcanzar proporciones harmónicas de plegaria cantada; una plegaria tristísima, una especie de himno al infinito y eterno sufrimiento humano; confundidas todas las voces, las de los viejos, las de los hombres, las de los niños; mas, con qué entonaciones, con qué notas, con qué amargura! En su avance, se hacía imponente, infundía no sé qué profundos respetos. Las montañas mismas, las llanuras, los barrancos, diríase que se pusieran serias para escucharlo mejor. Cuando la masa de ejecutantes,—los infelices peones que trabajan de sol a sol,—desembocaba en el patio, al hombro los instrumentos de labranza, el sombrero en la diestra, en apretada y lenta formación, Nona se asía del sarape de Marcos:

—Marcos, el Alabado!

—Sí, Nona, híncate!—Y descubriéndose con todo respeto, el anciano mayordomo se arrodillaba sobre la tierra, junto a Leonor, que enclavijadas las manos, asemejábase a la escultura de un ángel.

Desfilaban los ilotas, los perpetuos esclavos, los que nunca han saboreado ningún deleite, tétricos, fatigados, repitiendo sus estrofas de gratitud al Altísimo. Y diríase que al andar, arrastraran una cadena invisible; la que desde la cuna hasta el sepulcro, los sujeta al señor y al terruño.

Allá iban, ignorantes, miserables, desnudos, a la capilla; a saludar al Cristo feo, su Cristo de ellos, el único que les ofrece desde el encierro de su sucio marco de madera, sin palabras ni engaños, concederles lo que ansiosamente apetecen en su cerebro rudimentario y en su cuerpo mártir:

—¡El descanso! ¡El supremo descanso!

II

Al alba y como de costumbre, se levantó fray Paulino; encaminóse, aún en paños menores, hasta la ventana de su dormitorio, y al través de sus vidrios empañados, detúvose un momento a contemplar el nacimiento del nuevo día, en tanto que sus labios, por claustral costumbre, rezaban de prisa la plegaria matutina, y las campanas de la Catedral, en su lengua de bronce, pausadamente, la rezaba también, a su modo, allá en sus torres elevadas y pétreas.

Sin duda el frío,—que se explicaba en la celda,—mordió al sacerdote, pues tornó a la cama, cogió de una silla próxima sus pantalones, metióse en ellos apresurado, y en zapatillas y camiseta, fué y hundió en la jofaina cara, cabeza y brazos. Se enjugó con fuerza, para entrar en calor; a las volandas acabó de vestirse, y ya de sotana, llegóse al reclinatorio de madera, dueño de un ángulo en la especie de recibidor que precedía a la alcoba y que completaba toda la vivienda. En el tosco mueble se arrodilló durante una media hora larga, ajeno a los progresos del día, a la luz que se colaba a raudales y al rayo de sol que, de repente, entró en la estancia; en místico recogimiento y misteriosa plática con una

Purísima al óleo, que descansaba en algunas cabezas de ángeles y que, con su diestra sobre el pecho, parecía detenerse su manto azul, a medio caer de sus espaldas.

¡El caso que hizo el sol de ese recogimiento!

Continuó sus avances, aumentando de volumen; instalóse en el friso del papel tapiz, luego, a la mitad del muro; luego, en los pies de la santa imagen, y por último, en las mismísimas canas del eclesiástico, que no se dignó ni volver el rostro ante el intruso. Concluído el rezo se incorporó, abrió de par en par las vidrieras de las dos habitaciones, llamó a uno de los sacristanes,—que habitan en el inmenso y clandestino convento,—y consultó su *remontoir* de níquel; faltaban veinte minutos para las seis, y por consiguiente, para su misa. A poco, la esquila del templo principió su llamamiento monótono y tenaz; subieron hasta el padre los ruidos tempraneros de las calles, y en la puerta del recibidor apareció Joaquín, el sacristán, de bufanda al cuello y lagañas en los ojos; mustio, gangoso, puerco.

—Ave María Purísima!

—Hola, Joaquín ¿te has lavado ya?—le dijo fray Paulino, de muy buen humor.

—No puedo todavía, padre, el catarro sigue....

—Agua, hijo, agua con él; lo que tú tienes, es mugre.

Joaquín, refunfuñando, comenzó el aseo del cuarto. La esquila, que había enmudecido, volvió a sonar, el segundo toque, y fray Paulino, sacudiendo con la mano derecha el bonete que llevaba en la izquierda, abandonó su celda; cruzó el sinnúmero de corredores que conducen a la escalerilla de madera de la primera sacristía,—muy obscura a esas horas,—y pe-

netró en la sacristía grande, desierta y helada, con sus dos lámparas perennes, que por falta de aceite, agonizaban. De cuando en cuando, oíanse en la iglesia fuertes toses de gente madrugadora, que en el silencio de la nave adquirían pavorosas resonancias, de gigante tísico que desde muy lejos tosiera. La caída de un bastón, el mover de su sitio a una silla, el traspiés de algún distraído determinaban un sonido especial y casi metálico, muy seco a sus principios, multiplicado después por el eco, y aumentando en gravedad conforme se perdía. El rezo a voces de las beatas, despertaba ideas de diálogos con espíritus del otro mundo, que contestaran por ininteligible y fatídica manera.

A las seis en punto asomó fray Paulino por la puerta lateral del altar mayor, siguiendo al acólito que conducía el misal; por la puerta que está bajo el púlpito, salió apresurado un sacristán con la vela para la elevación, apagada, y las vinajeras cargadas ya, entrechocando encima del azafate de plata.

Hubo un murmullo en los asistentes que se arrodillaban, y fray Paulino, con toda unción, besó el ara, retrocedió hasta el borde del presbiterio, juntó las palmas de las manos, y murmuró:

—"*Introibo ad altare Dei.*"

La misa continuó; bien oída por los fieles humildes, los constantes, que iban a rezarla con devoción, a diferencia del público mundano que frecuenta el templo de las once en adelante; bien dicha por el viejo sacerdote, que no la habría cambiado por ninguna otra, a pesar de los ruegos que a diario le hacían sus penitentes elegantes, las damas que presidían a conferencias, cofradías y guardias al Santísimo; las que realizaban limosnas muy sonadas; las protectoras de huérfanas y asilos. Fray Paulino no cedía su

misa; ¿querían oírsela? pues a madrugar, menos teatro y recepciones, y todos saldrían ganando.

Era fray Paulino un cronómetro en sus costumbres, y sólo así se comprendía que le alcanzara el tiempo. Misa a las seis, desayuno y su poquito de ejercicio en el claustro; de diez a doce, confesonario; luego, comida y una siesta minúscula, de minutos, —la que reunida a su amor entrañable por los cigarrillos, constituían su debilidad. De la una, a las dos o las tres, sermón, ora en su iglesia, ora en la más apartada, donde lo reclamaran. A renglón seguido, su segunda caminata, en plena calle y codeando al prójimo; a las Oraciones, encierro y trabajo intelectual hasta la media noche, en su gran obra: "Del Pecado," que de siglos atrás venía escribiendo. Por supuesto, sin contar en esta distribución los ratos consagrados al rezo. Tampoco había que contar las épocas de cuaresma o sus análogas, durante las cuales los quehaceres se le centuplicaban a un punto, con los ejercicios y retiros para caballeros, que ni daba plumada en sus manuscritos. Agregue usted a esto, su cargo de confesor de las religiosas del Santo Espíritu,—una vez a la semana, cuando menos, si a las excelentes madres no se les atravesaba un escrúpulo, —y el de confesor de muchos de sus compañeros, y habrá motivo para admirarse de lo resistente de su evangélica paciencia. No obstante sus corridos setenta años, sobrellevaba éstas y otras molestias con una conformidad verdaderamente admirable, sonriente y benévolo; alto de miras y de espíritu; sin ascos a la humanidad que tan a fondo conocía, antes al contrario, contemplándola con cariño compasivo desde su cerebro de sabio y desde su alma de justo; preocupado de los males incurables y eternos, con que la infeliz camina a cuestas,

a partir de que el mundo es mundo, y hasta que deje de serlo; tratando de hallarle, no ya una cura, siquiera un remedio que la alivie y enderece.

Él lo decía en el prefacio de su obra: "...siempre me he creído más médico que sacerdote, y he procurado con mis absoluciones aliviar a más de un corazón que en el áspero camino de la vida he descubierto mutilado y sangrando, porque su dueño parecía complacerse en mirar cómo se le desgarraba y hería, prendido a las zarzas de la desesperanza...."

Lo raro en él, era que había aprendido desgracias tamañas en el confesonario únicamente; pues desde muy pequeño, la vocación sacerdotal se le manifestó a las claras. Su fama de santo no la usurpaba, ¡qué iba a usurparla, si la tenía ganada con sus actos! Solía declarar,—a los muy íntimos, se entiende,—que el ser resignado no le costaba sacrificio, razón por la que no debía suponerse tan meritoria su existencia ni achacarle virtudes y más virtudes, que lo infatuarían a la vejez.

Pero, la verdad sea dicha, fray Paulino era bueno por temperamento, porque había nacido así, como otros nacen bizcos. Probábanlo sus antecedentes, su ignorada y humilde historia que a nadie contaba ¿para qué? su historia que él revivía a sus solas, en el silencio y tinieblas de su celda, cuando su imaginación indomable y soberana, sacudía las débiles cadenas de la voluntad, y tendía el vuelo al pasado, sin hacer caso de los esfuerzos del anciano. Entonces, con los ojos cerrados, reaparecían en su memoria,—cual para rejuvenecérsela,—los muchos años de su vida muerta.

Quieras que no, veíase nuevamente de rapaz, allá en la Coruña, de donde era oriundo, ayudando a su madre a llevar los montones de ropa sucia que ella

lavaba, o a bordo del bote de su padre, gastando todas sus escasas fuerzas de niño mal alimentado, en mantener firme el timón, en tanto que el otro recogía sus redes. Y los mismos miedos de antaño, los grandes miedos que sólo las cosas grandes, como el mar, saben engendrar, lo asaltaban ahora, mientras duraba la involuntaria evocación en su cama durísima de anacoreta. Allí estaba la enorme masa de crestas blancas y fondo negro, rugiente, encolerizada, quemándole la cara y las manos con sus escupitajos helados, sacudiendo a la barca, que rechinaba y gemía como si de veras sintiese, y de veras la lastimaran. Allí estaba, a distancia grandísima, la costa con sus luces, con sus casas, con su gente; el hogar, con la madre de rodillas pidiéndole a Dios que libertara de la borrasca a su marido y a su hijo. Allí estaban sus lágrimas, las que vertía sin poder enjugárselas, para no desamparar el timón, y que le resbalaban por la cara, tan saladas y abundantes como el agua del océano, hasta su boca entreabierta por el terror. Allí estaba su padre, medio enloquecido, mezclando las blasfemias y las plegarias, los golpes de pecho a las maniobras desesperadas:

—Me caso con la hostia ¡concho! .... carga con el remo de estribor, tú!.... ¡Virgen mía de mi alma, sálvanos, y éste y yo te llevaremos a tu santuario una cera de a duro..... sálvanos, Madre, sálvanos!....

Y la tormenta disminuía, como si realmente la Virgen se apiadara de ellos; se alejaba a ojos vistas, yéndose muy allá, mar afuera, con tumbos roncos de fiera domeñada, que contra su gusto no devora. El marinero cumplía su voto; de la primera pesca abundante, apartábase el duro, para llevar en familia el ofrecido cirio y dar gracias a la imagen, arro-

dillados frente al altar de la humilde iglesia desierta; los tres juntos, el pescador, su mujer y su hijo; los tres asidos al cirio, que con el calor de tanta mano burda, se derretía y doblaba.

También veía fray Paulino, las madrugadas de verano en medio del mar, los celajes y las coloraciones de los crepúsculos, el inquietante cosquilleo de las olas cuando el sol, indolentemente, se acuesta encima de ellas; la poesía melancólica de las noches de luna. Aun percibía los secretos perfumes de las aguas, sus infinitos rumores y sus voluptuosidades infinitas. El primer beso que conoció, fué el de las ondas a la playa, el que se le antojaba muy ideal, muy desmayado y muy casto, el único que se convertía en ecos y en espumas. Ay! pero veía, asimismo, las borrascas domésticas, mucho peores que las del océano, cuando su padre tornaba borracho y sin un cuarto; cuando no había cena ni luz, sino golpes y palabras soeces; cuando de la miserable casucha obscura salían después, para confundirse con los jadeos del golfo, los sollozos de su madre y los ronquidos del ebrio. Ya en este terreno, los recuerdos del sacerdote se amotinaban; recordaba igualmente, las noches en que el amor conyugal de sus padres le robaba su sueño infantil, poniéndolo grave y desazonado por no atinar a las derechas con las causas de semejantes ruidos: hondos suspiros de satisfacción, como de quien mucho goza; lamentos truncos y fugaces, como de quien mucho sufre; repentino rumor de lucha, como de combate de bestias, y al fin, una inmovilidad y un silencio como de muerte ¿qué era éso? .... Y con sus pupilas dilatadas en la sombra, apoyado de codos sobre los flojos maderos del piso en que dormía, saltándosele el corazón y con la boca seca, asociaba las diversas

imágenes que lo preocupaban, las tempestades del mar y las de su casa, las bellezas del buen tiempo, la mole formidable de los transatlánticos que le despertaban ideas de cosas muy distantes, incomprensibles casi, y sentía anhelos de hallar en alguna parte mejor harmonía y equilibrio; instintivamente, su espíritu de criatura volvíase a Dios, cual a seguro puerto y perenne fuente de venturanza que tenía que existir.... ¿dónde?.... Ahí estaba el problema, el misterio ¿en dónde existiría?.... De fijo, en su casa no ¿sería en el mar?.... tampoco, el mar era cruel y criminal, se tragaba a la gente, lo mismo a la mala que a la buena, a chicos que a grandes, sin importarle las orfandades que siembra, insensible, movedizo, multicolor y formidable. ¿Sería en el campo.... en los montes.... o en el pueblo grande....? Aunque no conocía a Madrid ni de nombre, —lo llamaba *Madriz*, —sospechábase que tampoco existía en él lo que anhelaba, por lo mal que mujeres y hombres se expresaban a ese respecto; no quedaba sino el campo, tal vez en el campo sí, y con seguridad plena existiría en los montes, allá, muy arriba, entre los picachos azules que parecían tan apuntados, por su inmoderado afán de empinarse y empinarse hasta no alcanzar el cielo. Porque él, Paulino, así se explicaba que hubiese montes; llanura en un principio, que horrorizada como él mismo, sin duda, de las miserias del suelo, en sobrehumano esfuerzo, hoy una pulgada, mañana un metro, subía y subía a las alturas que no pueden habitar los malos. De ahí que el monasterio que lo entusiasmaba, estuviera en las alturas aquellas, y sus campanas sonaran a la manera de gorjeos de aves celestes portadoras de la dicha, que no se decidieran a llegar a la tierra baja, y se ocultaran en las

oquedades y quiebras de las mismísimas peñas, más blandas, sin embargo, que muchas personas que andaban por calles, tabernas y muelles. De ahí que el monasterio, contemplado desde abajo, se mirase blanco, sereno, envidiable; con sus torres erguidas, su cruz abierta de brazos y sin Cristo enclavado en ellos, —para no estorbar que los arrepentidos fueran y ocuparan su puesto, y en él se purificaran a fin de que, ya purificados, se repitiese el milagro de la ascensión, una ascensión, no del Hijo de Dios sino de hijos de los hombres; los que mataban en la guerra, en los caminos, en sus riñas; los que se embriagaban y golpeaban a sus esposas y rapaces; los que regresaban de los presidios, los ladrones que pasaban trincados por la Guardia Civil. Una ascensión de todos los malos, perdonados ya; una ascensión sin grandes trabajos, supuesto lo cerca que la tal cruz quedaba de las nubes, y supuesto lo cerca que de las nubes está la Gloria.

Seguro de que el remedio se hallaba en el monasterio, Paulino comenzó a rondarlo, con la vista primero, aproximándose luego, muy poco a poco, a sus cercanías; una verdadera persecución de enamorado, tímida, a hurtadillas, mirándolo sin verlo, cual si la tosca fábrica de piedra se percatara del galán. Sus padres nunca supieron hacia dónde se les escapa Paulino; buscábanlo en la plaza, frente al cuartel, en los esteros, en todos los sitios favoritos de los granujas de su tiempo, y ni quién diera razón:

—"¿Paulino?.... ¿su hijo de usted y del tío Bruno?.... pues oiga usted, tía Colasa, nosotros no sabemos.... ¿no se las habrá *guillado?*"

A los regresos del enamorado, lo acribillaban a preguntas Colasa y Bruno, tirábanle de las orejas,

le menudeaban cachetes y pellizcos, exasperados ante su mutismo y conformidad:

—¿De dónde vienes, bandido? . . . . te mato si no hablas, *perdío!*

Y el chico, en sus trece, aguantando el chubasco de dicterios y de obras, sin despegar los labios, antes sintiendo refinado placer con los inicuos tratamientos que le hacían más adorable su monasterio; mejor que por él sufriera, mejor; haríase más digno de él, de que le abriera sus puertas, ampliamente, como la cruz del tímpano abría sus brazos desiertos, en eterna espera de los pecadores arrepentidos. Sus escapatorias y correrías hasta las vecindades del monasterio, estimábalas Paulino a modo de secreto inviolable, y por nada del mundo las revelaría. Azotes y regaños dábalos por bien empleados, entre otras cosas, porque aguijoneaban su enfermizo misticismo; ése su interno afán de ganarse el cielo, que prometía la cruz de hierro, así como los religiosos, que él se imaginaba otros tantos santos en deliquios perennes con sus rezos, y ganándose día a día su triunfal entrada en el paraíso.

A la mañana siguiente de que en su casa le habían reñido, cobraba nuevos bríos, y huyendo de curiosidades importunas largábase al cerro donde el convento descansaba, llegábase aun más cerca del lugar conquistado la víspera, y en él permanecía quietecito y sacudido por la emoción. Hasta que en cierta vez acaeció lo que de acaecer tenía, que el monasterio le abrió sus puertas, y él se supuso transportado al mundo mejor que columbraba en sus ensueños de chiquillo neurasténico. Arrodillóse a los pies del primer monje con quien tropezó, y entre lloriqueos infantiles, cicatrices de las palizas paternas y la natural simpatía que todo muchacho

inspira, fué llevado donde el prior, y admitido en audiencia personalísima:

—"Qué apetecía?...."

—"Lo que apetezco!—murmuró tartamudeando, —pues no salir de aquí; que ustedes me acepten en calidad de criado, de lo que mejor quieran; no volver a mi casa, ni allá abajo; que ustedes me lleven consigo a algún lugar en que nadie me haga daño, en el que Dios se duela de mí y se apiada de mis padres...."

—"Sus padres! ¿Y quiénes eran sus padres? ¿Por qué ambicionaba abandonarlos?...."

Cuando hubo dicho que sus padres eran el tío Bruno y la Colasa, el prior se condolió, quizá conocía la mala reputación de éstos, porque en seguida lo aceptó, con caricias y halagos, y este comienzo de su vida eclesiástica—tan intachable después—fray Paulino no se lo perdonaba nunca; era su remordimiento perpetuo, el gusano que roía su bien ganada santidad y constante penitencia. No sólo no se perdonaba el abandono, que había de llegar más tarde o más temprano, no; perdonábase menos lo que él calificaba de su "desnaturalización," aquel reprobado movimiento de su espíritu, que lo impelió a erigirse en tribunal de las faltas de sus padres, sus pobres padres, más dignos de cariño y compasión, conforme fueran más ordinarios y viciosos. Ese remordimiento, todavía hacíalo estremecer y persignarse, derramar lágrimas amarguísimas que le abrasaban sus rugosas mejillas de viejo, y que él dejaba correr, para con sus quemaduras tardías acabar de borrarse la indeleble mancha. De nada le servía alegarse lo fuerte de su vocación, la necesidad imperiosa y avasalladora atracción con que la vida claustral desde lejos lo fascinaba; su con-

ciencia, su misma conciencia de justo reprobaba el sucedido, y sus entrañas, las que jamás habían vibrado con carne de mujer, temblaban con persistente arrepentimiento al censurarle sus procederes de hijo ingrato. Y como la muerte no devuelve a los que se lleva; como no es posible desagraviar a los idos, fray Paulino lloraba, había llorado distintas veces, en memoria de lo que conceptuaba un delito al que debía, no obstante, su levantada benevolencia en el sagrado tribunal; sus anchas y generosas miras para perdonar las culpas que sus penitentes le confiaban, y él oía en las negruras del confesonario, si no excusándolas de antemano, sí ayudando a los mismos autores a descubrirse atenuantes, y entrándose con ellos en las profundidades de sus conciencias a remover aquí y escudriñar allá, hasta que a la fuerza tropezaran entrambos con alguna virtud oculta que oponer al pecado. ¡Qué raras eran sus iras y cuánto más raras sus indignaciones, así le dijeran los mayores horrores y atrocidades! Parecía adivinar las torturas que en un creyente origina la culpa, los temores de no alcanzar la remisión y de irse al infierno tan temido, precisamente por lo mucho que lo niegan. Asomado a las almas, fray Paulino las serenaba y fortalecía; sí, el infierno existe y podemos parar en él, pero antes está la misericordia divina, que apenas exige sacrificios; la que en su generosidad, confórmase con que deveras nos pese el haber ofendido a Dios, para olvidar toda una vida mal empleada; la que ahorra por una buena muerte, los castigos eternos. Vez hubo, en que fray Paulino llorara consolando a un penitente, a la par suya, cual si juntos fuesen responsables y juntos tuviesen que expiar la falta. Sin embargo,—su infantil ingratitud aparte, —qué poco

podía echársele en cara, qué existencia sacerdotal tan edificante y digna de encomio! Crecido dentro de un monasterio, y con la semilla mística floreciéndole hasta por los poros, fácil es imaginar que primero había sido el orgullo, y después el ejemplo del claustro. Si agregamos lo que es de agregarse, su gran talento natural sólo en espera de cultivo para dar sus frutos, tendremos la silueta del colegial aprovechado, del sacerdote más tarde, del misionero en seguida, y a lo último, del predicador de fama, del teólogo eminente y del anciano venerable, que las madres del Santo Espíritu eligieron por director de sus conciencias. ¡La acertada elección!

Fray Paulino, entre otras virtudes, contaba con una castidad inverosímil casi; nunca, lo que se llama nunca había palpitado su carne con el contacto íntimo de carne de mujer; el espasmo, que es causa del mundo, y principio y fin de nuestra vida, le era desconocido,—que no era conocerlo el haber experimentado de mozo, en el ingrato lecho de un seminario matritense, de tiempo en tiempo y cuando la sana alimentación y su exceso de juventud lo exigían, cuando estaba indefenso y dormido; las falsificaciones del deleite, que postran las fuerzas, entristecen al ánimo y no son sino los gritos de la naturaleza oponiéndose a que nadie tuerza y desobedezca sus leyes. Fuera de estas escaramuzas con uno de los tres enemigos del hombre,—que por cierto lo sumían en indecibles atrenzos,—la verdadera batalla de los sexos ¡la perpetua y mortal batalla! jamás habíala librado. De pequeño, porque los cuadros eróticos de sus padres, que no se preocupaban de las desgarraduras que inferían al candor de su hijo, lo asustaban, provocábanle náuseas y repugnancias; si el amor a eso se reducía ¿para qué probarlo?—y

luego, conforme creció, porque su organismo, sin duda, no se hallaba conformado para el acto aquél. Siempre sintió una mezcla de miedo y de desgana, cuando sus compañeros de pubertad y de estudios religiosos, lo invitaban a sus parrandas clandestinas. Y claro, físicamente, vínole una atrofia que, por mucho que no la advirtiera en sí misma, palpaba sus efectos en la total carencia de apetitos, en su inalterable calma junto a una mujer bonita, en lo derechos y lozanos que le brotaban sus pensamientos, a las horas de asueto concedido por "la loca de la casa." Moralmente, vínole una recrudescencia de todos, sus misticismos, un comprensible orgullo de considerarse por encima de pasiones carnales, de la porquería inherente a la humanidad, —que en tan sucia la convierte; un comprensible orgullo de considerarse libre de los tiránicos ordenamientos de la materia, que por final, se corrompe y agusana. Siquiera, mientras tanto no fuese enteramente puro ¡ojalá! sí sería lo suficientemente limpio para consagrarse a la Iglesia, y con sus manos de padre restañar las hemorragias internas de que se quejan los corazones que aman.

Entonces, y a la manera de los médicos que se declaran especialistas de dolencias determinadas, y son las que mejor estudian, fray Paulino dedicóse a estudiar desde su confesonario las secretas cuitas de los amantes. Lo raro fué que aun conociendo el amor sólo de oídas, en el acto distinguía cuándo era un amor legítimo y sin freno, y cuándo no era más que la máscara que encubre sentimiento diverso. Enderezaba su indulgencia al primero, como si los que mucho amaban, amaran por cuenta propia y un poquito también por lo que él no había amado. De aquí sus grandes conflictos, sus instantes de medi-

tación profundísima, para no absolver lo que prohibían los cánones. Odiaba el adulterio en cualquiera forma; anatematizábalo severamente y, a ese paso, con qué proximidad uno de otro los escuchaba de sus hijas de confesión más principales. En ocasiones, a solas en su celda, lamentábase en alta voz de tan feo crimen, no le encontraba dique o lo que fuera, pues semejante a esas grandes inundaciones que periódicamente devastan a ciertas comarcas, sin humano remedio que las contenga, por modo idéntico el tal adulterio inunda y devasta las sociedades más civilizadas. Él disculpaba mil veces los casos pasionales, en que una mujer libre, de cualquiera edad y condición, se marcha con un hombre, libre también; pero no disculpaba un solo adulterio, imposible. ¿Por qué jurar fidelidad y de pronto romperla? Un voto es un voto, y de cumplirlo tenemos, aunque quedemos desgraciados para siempre; lo que por otra parte era, —al decir de Fray Paulino,—perfectamente falso. ¿Desgraciados, y con la conciencia satisfecha?....

Por estos y otros horrores femeninos, —que sólo en el confesonario pueden conocerse en su íntegra deformidad,—por el dicho de los santos padres, que en la materia se han ocupado, y por lo que él ratificaba con su experiencia personal, para su criterio la mujer seguía siendo el monstruo diabólicamente hechicero y tres veces impuro, que nos arrastra a la perdición; el sér en quien más a menudo encarna Satanás para tentarnos; la Eva del Génesis, multiplicada sin cesar, mas conservando sus eternas falsías, sus atractivos eternos y sus eternas desnudeces impúdicas.

Había en los excesivos enconos del sacerdote, una nostalgia amarga y no comprendida, por esa misma

mujer de la que abominaba, por no haberla conocido ni haber gustado en ella ninguno de sus cariños, ni el materno, el que nos brinda el supremo consuelo cuando el de otra mujer nos falta o nos tortura. Era fray Paulino, el arquetipo del huérfano del amor y un rabioso para cuanto con el amor se relaciona; y por lo que a la mujer mira, palabra de honor que no la pasaba, que en la vecindad de una de ellas considerábase vecino a un abismo; no digamos ahora, con sus setenta años, que a carcajadas reían de tentaciones de esa especie, antes, cuando joven, había sido igual. No las tragaba ni de monjas, que no; la única mujer por él venerada, era la hermana de San Vicente de Paul, en tanto que era hermana militante; si tornaba al mundo, peor que peor.

De suerte que, al notificársele la elección que en él habían hecho las madres del Santo Espíritu, sufrió una contrariedad mayúscula, y si a contrariedades no se hubiese alimentado desde pequeño, se habría opuesto y marchádose de cura a un poblacho de indios bárbaros. Mas como nadie se opone a las determinaciones de la Compañía de Jesús, siendo de ella miembro activo, y como la disciplina individual de fray Paulino era muy estricta, desahogó su bilis cerrando de golpe uno de sus librazos en pergamino, y al aristocrático colegio encaminó sus pasos, un sábado que de él lo requirieron.

—Si creen las hermanitas,—iba refunfuñando por el camino,—que se van a topar con un clérigo blando y que ha de volverse todo almíbares y besamanos, se llevan un chasco redondo como una O; vaya si se lo llevan!......

Fray Paulino no volvía de su asombro; las "hermanitas" habíanlo derrotado primero, y luego, habían realizado la conquista más completa de su in-

dividualidad moral; habíansele metido por ojo, sin apelar, ni muchísimo menos, a los "almíbares y besamanos" profetizados en su arranque de mal humor. Muy lejos de eso; las relaciones espirituales eran lo que debían de ser, de oveja a pastor; mas de oveja con un vellón que otro, ligeramente polvoso, que al menor soplo se asea, a pastor experimentado y recto a quien más de un rebaño turbulento y bravío debe su salud; y las relaciones mundanas eran ceremoniosas y atentas, con manifiesto despego al sexo que tan educadamente representaba fray Paulino, un despego que corría parejas con el que *in pectore* abrigaba él hacia el de las monjas. No por chasqueado en sus presunciones, fray Paulino se enfullinó. Abandonóse al suave y lento secuestro, y así como de niño se prendó del claustro de los viejos, ahora de viejo prendábase del claustro de las niñas. Porque ahí radicaba el secreto, en las niñas, las chiquitinas sobre todo, que en un instante y a virtud del doble imán con que mutuamente se atraen la vejez y la infancia, se adueñaron de la confianza del anciano. Embebecíanlo a grado tal, que varias veces, al cruzr el jardín, deteníase a escuchar el argentino murmullo de las salas de estudio; y cuando las sorprendía en el recreo ¡oh! entonces sí que perdía la gravedad de sus canas y de sus hábitos; entonces sí que todo él, convertíase en ojos y oídos para no perder rumor ni movimiento de sus amiguitas, de sus "hijitas," según solía bautizarlas con su corazón; entonces sí que entrecerraba los párpados, se le cortaba la respiración y sonreía a sabe Dios qué espejismo encantador e inmaculado.... Ellas, que también lo querían mucho, rodeábanlo con impenetrable cerco; las "pequeñas," abrazándole sus piernas enjutas de casto y de abuelo, asidas a su

sotana, que adquiría dimensiones y contornos grotescos; las "medianas," menos próximas, en segundo término respetuoso casi; y a lo último las "grandes," las señoritas, ya con esquiveces y melindres de mujeres. Semejaba fray Paulino con su quietud y contento en medio de aquel enjambre, uno de esos árboles centenarios, de rugosa y mutilada corteza, de ramas con más nudos que follaje, secos y amarillentos, en los que de improviso se refugian centenares de pájaros, para entonar en él sus cántigas más dulces, y él permanece inmóvil, erguido, soberbio, cual si la invasión lo rejuveneciera, y por no ahuyentarla, empleara lo que de savia y fuerzas le resta en un postrer combate trágico con el viento, manteniéndose firme, a fin de defender a tanta debilidad y tanta pureza....

La superiora, interrumpía la fiesta con fingidos enojos:

—*Mais vous les gatez, M. l'abbé, vous les gatez un peu trop.*

Fray Paulino, muy apenado, contestaba:

—Se ponen más locas, madre, que no puede uno remediarlo. ¡Ea, estarse sosegadas!..... (*a las chiquillas, desbandadas ya por el jardín*).

La popularidad en el colegio, del "padre Paulino," traspasó los muros del recinto, llegó a oídos de las mamás, aumentando en éstas la devoción que de antiguo profesaban al jesuíta, por sus sermones a la moda y sus cuaresmales de fama. Excepcionalmente, las señoras de "la buena sociedad" estuvieron contestes: el padre, era un santo; parecido, según unas, a san Luis Gonzaga, según otras, a san Francisco de Asís, aunque sin la luenga barba de éste, pero de cualquier manera parecido a santo de veras. Semejantes extremos no podían ser, —ni en efecto

lo fueron, —del agrado de un sacerdote tan austero como fray Paulino; y su indulgencia para la tontería mayúscula de lo de la santidad, pasóla por alto, gracias a que se sabía de memoria las necedades de sus admiradoras mundanas.

—Son cerebros vacuos —decía siempre que hablaba de ellas.

A las monjas, sí les cobró afecto; sacudíales sin esfuerzo sus conciencias enmohecidas de vírgenes viejas, que no corren ya el mínimo riesgo en este valle de lágrimas, y con sonrisas, disimuladas bajo el paliacate, absolvíalas calmada y tranquilamente, —a pesar de que padecía sus humillacioncillas internas, al encontrárselas de émulos suyos en aquello de derrotar a la carne. Con las monjas jóvenes, el asunto variaba, mas sin llegar nunca a la complicación; sólo fuegos fatuos de la salud que coloreaba rostros, endurecía los músculos y hasta con causar vértigos o hemorragias intempestivas por la nariz, se desquitaba de que no le hicieran maldito el caso; sólo chispazos instantáneos del deseo que, agonizante pero latente, se retorcía de súbito y comunicaba estremecimientos y congojas, con los que mucho se amedrentaban las doncellas escrupulosas y asustadizas.

—Era el diablo ¿verdad? —preguntaban en las rejillas del confesonario, con la voz enronquecida por el pánico.

Y como fray Paulino no podía responderles la verdad, que éso no era el diablo ni muchísimo menos, sino la sangre roja, la pubertad, la vida formidable que así se nos presenta y así nos sojuzga; como tampoco podía decirles que él mismo, antes de llegar a sus años, también fué víctima de análogos chispazos instantáneos del deseo, y de semejantes fuegos fa-

tuos de la salud; como ni una ni otra cosa podía decirles, excusábase de antemano consigo propio por la saludable engañifa, y les replicaba:

–Si, el diablo es.... —añadiendo a poco, para descargo,–pero no el más temible.... digo, si temible lo es siempre, es el diablo, sí, aunque muy lejos todavía, acechándonos....

Sin embargo, fray Paulino no quedaba tranquilo enteramente ¡si esas pobres muchachas flaquearan, y con un instante de debilidad dieran al traste con sus sacrificios y devociones!.... Por dicha, en el colegio las ocasiones eran pocas e inofensivas; el mundo llegaba en forma inocente y pacífica: las niñas y sus padres ¿qué peligro podía haber? Y las defendía con su palabra persuasiva y con los múltiples medicamentos de su recetario de confesor, plegarias, imágenes benditas, ayunos y vigilias; saliendo, en el fondo, deslumbrado ante tanta conciencia blanca y tanto espíritu recto:

—Me purifican sin advertirlo; son ellas las que me purifican, y el Señor se lo tome en cuenta.

En estos halagüeños términos pasábanse ellas y él su casta existencia en un mundo aparte, en la senda que conduce a la gracia. Trabajo le mandaba a Luzbel, para que metiera en el vigilado claustro la cola y las pezuñas; más trabajo aún, para que intentase destruir la santa obra. Fué lo malo, que tras de las madres vinieron las alumnas, las primeras comulgantes, que pedían confesar con el "padre Paulino," y el "padre Paulino" ni supo ni quiso rehusarse, aunque con su aquiescencia se le centuplicó la labor. En cambio, qué páginas pudo añadir a su libro, qué estudios y qué comentarios. Diríase que en las manuscritas hojas de los comienzos, nacía el pecado, un pecado apenas punible, en for-

mación, que a fuerza de tiempo tornábase delito, después de haber sido el inquilino de las niñas y de las monjas; cual si éstas, no le permitieran su total fealdad y desarrollo. Pecaban, claro ¡no iba a pecar siendo como eran de carne y hueso! pero el pecado, mientras duraba dentro de criaturas semejantes, casi hacía reir, no volviéndose repugnante hasta que no abandonaba el convento; ni más ni menos que sus aguas, limpias en jardines y dormitorios, y pestilentes y sucias en cuanto salían por los desaguaderos, caños y atarjeas del inmueble.

En la calma actual de que fray Paulino disfrutaba, figurábase mera fantasmagoría cuanto habíale acaecido de muchacho y de adulto; su admisión en el monasterio de su tierra; sus sensaciones primeras; las primeras misas a que ayudó, contestando mecánica e inadvertidamente; los regueros de luz que las propias respuestas derramaron después en su ánimo atribulado de niño salido de las últimas clases del pueblo. Luego, su translación a Madrid, ordenado ya de menores; luego, su cantamisa, ya de sacerdote recién tonsurado, encendido en el amor más puro, ofreciéndose un holocausto por las faltas de la humanidad entera, de esa humanidad que sólo parece nacida para ofender a Dios.... Con cuánta unción, esa vez primera en que tomó en sus manos —encallecidas todavía por los remos y el timón de la barca de su padre—el cáliz y la hostia, más suspiró que dijo:

—"*Praeceptis salutaribus moniti, et divina institutione formati, audemus dicere....*"

"Nos atrevemos a decir....," sí, se atrevió, porque sentía la necesidad de llegar hasta allí, hasta el altar, y fervorosamente, con la santa hostia entre sus dedos trémulos, después de adorarla, de decir

lo que decía siempre, desde que fué sacerdote y hasta que Dios dispusiera de él:

—"Yo recibiré el pan del cielo e invocaré el nombre del Señor!...."

Y decir, asimismo, la oración que rezaba con toda el alma, la oración que es de ritual luego de purificados los dedos con agua y vino, sobre el cáliz; tal oración, por milagro patente, se había cumplido:

".... Vuestro cuerpo, Señor, que he recibido y "vuestra sangre que he bebido, se apeguen a mis "entrañas: concededme por vuestra gracia, que no "permanezcan ni queden manchas ni vestigios de "pecado en mí, a quien han alimentado sacramentos "tan puros y castos....;" tal oración, continuaba con sus maravillosos efectos, pues fray Paulino, "sin manchas ni vestigios de pecado," iba a la muerte con una serenidad envidiable y nada común. Por llegar donde había llegado, daba de barato su calvario anterior, sus expediciones de misionero en medio de tribus por conquistar; sus cinco años de Filipinas, allá en Ilo-Ilo, sin más armas que la Cruz, sin otro escudo que su palabra; en lucha desigual y perpetua con clima y habitantes, con la tierra misma, que en terremotos formidables parecía ansiosa de devorar a hombres y cosas, indígenas y europeos, conquistados y conquistadores; borrar de un bocado el paradisíaco archipiélago, la civilización y la barbarie. Al cabo de esa época de tremenda prueba, cualquier residencia, por lejana y desconocida que fuese, hacíalo sonreir; ¿qué podía ofrecer de malo, que él no conociera por propia experiencia? América, —dijéronle en Roma, —América española, y encantado vino a ella, a modo de quien alcanza un premio que no merece. Y en México llevaba treinta años corridos; en México ente-

rró los resabios más recónditos y rebeldes de su masculinidad; en México pisaba los umbrales del sepulcro y los de la canonización, pues como conocerse no es morirse, muy adentro de sí mismo bien que se reconocía títulos para ello....

Igual entre las madres que entre las alumnas, fray Paulino tenía sus preferencias; de aquéllas, llevábase la palma la superiora ¡qué mujeraza!; habiendo representado en sus mocedades papel mundano y principal ¡qué sincero era el renunciamiento a pompas, qué sincera era su vocación religiosa! La dramática novela de su vida, el abandono del marido, la muerte del hijo único y la pérdida de la fortuna, todas estas heridas, bastantes a acibarar una existencia, narradas por ella adquirían proporciones de recompensas; poetizábalas con sus oportunos toques femeninos; convertíalas en apetecibles; sí, sufrir así, sufrir mucho y hundirse después en la contemplación del claustro.

Quedábase fray Paulino con las ganas de apretarle la mano y de decirle lo que sentía, que era más hombre que él, pero mucho más. La única fibra que aún vibraba en la bienaventurada monja, era la fibra materna; a pesar de sus votos y promesas, la figura de su hijo acompañábala incesantemente, cual si no hubiera muerto, o cual si la muerte resultara impotente para borrárselo de la memoria y se resignara a tolerar esa excepción. En ocasiones, le asaltaban escrúpulos que con el confesor consultaba:

—¿Haré mal en querer tanto a mi hijo? ¿en cultivar su recuerdo y robarme horas enteras, que debía yo dedicar a mis deberes monásticos, para dárselas a él y con él emplearlas en infinitas ternezas que no tuve tiempo de prodigarle cuando vivía, porque vivió muy poco, pero que ahora me vienen

espontáneas y con exigencia dulcísima de no escatimárselas, como si la maternidad persistiera en mí, no obstante estos hábitos que quizá soy indigna de portar?....

Fray Paulino, valientemente, resolvió que no era malo; que los dos cultos hermanábanse a maravilla, y que supuesto que la maternidad y la memoria eran facultades concedidas por el mismo Dios, de ninguna suerte podía ser pecaminosa su conducta; exagerada, cuando más, y sólo en tal sentido reprensible, apenas reprensible.

Tan arraigado, en efecto, estaba el instinto materno en la superiora, que a él debíase su consagración a la enseñanza. La infancia la tiraba; en cada chiquilla, juraba encontrarse una facción o un gesto del otro; a cada chiquilla la amaba por éste o aquel parecido, y en conjunto, representábanselo todas, por pequeñas, por lindas, por buenas, más próximas al muertecito que ella, que había sido su madre. Esta palabra de "madre," que sin cesar escuchaba, hacíala un bien inmenso, de elíxir mágico que fuera y suavizara su perenne desgarradura de alma. Idolatraba a un punto a los niños, que cierta vez en que con fray Paulino discurría acerca de ellos, soltó sin darse cuenta, esta teoría que deslumbró al sacerdote:

—*M. l'abbé*, no hay niño feo.

—Y bien que los hay, madre superiora, por docenas.

—No, *M. l'abbé*, el niño, por ser niño, es bello siempre, aunque de rostro o de cuerpo no lo sea.

Dicho se está que este nuevo punto de contacto entre el anciano clérigo y la vieja monja, ésta su debilidad por los chicos, acabó de determinar una

ejemplar concordia y harmonía en sus relaciones posteriores y de tejas abajo.

Las que sí no hacían muy feliz que digamos a fray Paulino, eran, de las alumnas, las "grandes," y de las monjas, las jóvenes; aquéllas, porque ya presumían de damas, y éstas, porque todavía no conocían suficientemente la vida y sus halagos, demoníacos si se quiere, mas halagos al fin y al postre. Las "grandes," serían dentro de poco señoras a la moderna, enfermas con los defectos y vicios con que los centros populosos salpican a las mujeres, y las novicias, porque hallábanse expuestas a arrepentirse, a no salir victoriosas en el descomunal combate que todo religioso debe de librar con la trilogía mística de enemigos que asedian al alma: el Mundo, el Demonio y la Carne!

De tal suerte, que Fray Paulino procuraba con ellas tenérselas muy tiesas; no dejarles pasar lo más mínimo, ni los pecados veniales, sobre los que cargaba con sus fuerzas todas. Como medida sanitaria, con las monjas jóvenes más que con las alumnas "grandes," en cada confesión reiterábales sus obligaciones; desenvolvía ante su vista azorada, grandes lienzos imaginarios y comparativos entre lo que pretendían realizar y lo que a abandonar iban. De este lado, la vida monástica, el claustro, la pureza; del otro, el mundo con sus oropeles, engaños y porquerías. De muy buena fe, resultaba parcial; oyéndolo, nadie habría vacilado, cualquiera se iría derechito al convento. Él insistía, insistía; ¿de veras hallábanse resueltas a huir de las tentaciones? ¿de veras no se les quedaba dentro ningún deseo vago, ningún anhelo diminuto que se trocase a la larga en fuerza irresistible?.... por eso la orden, sabia y atinadamente, admitía la renovación de los votos; por

eso a cada año se les preguntaba y repreguntaba si persistían en su demanda, si el mundo ése no las seducía desde lejos, con sus espejismos y maquinaciones.... ¿de veras no?.... Y siguiendo la añeja costumbre, echábase con ellas por los vericuetos y escondrijos de sus conciencias ignorantes, obligándolas a revisarlos con detenimiento, a barrer aquí y sacudir allá; como puede acompañar a un pequeñín que ha perdido algo, una persona mayor animada del deseo de ayudarlo en la busca minuciosa, hasta que juntos la descubran, y juntos se feliciten del hallazgo. Así fray Paulino aclaraba remotas épocas, juegos de la niñez, parentescos confianzudos y peligrosos, inclinaciones, costumbres, lugar de nacimiento, días de escuela, amistades, cuanto puede dejar huella en un espíritu femenino. Ello no obstante, jamás quedaba satisfecho ¡son tan dadas las mujeres a edificar una catedral de calicanto, con sólo el hilo finísimo de un recuerdo! ¡Son por lo general, tan fantásticas, tan nerviosas, tan débiles, tan sin defensa para las quimeras!

Sor Noeline, a pesar de que acaba de renovar sus votos, inspirábale serias inquietudes a su nuevo confesor. No porque descubriera en ella alarmante síntoma, que ni con microscopio se descubriría, sino porque veíala demasiado bella, sana y joven, y tales circunstancias, —la belleza excesiva muy particularmente, —estimábalas fray Paulino como de excepcional riesgo. Todavía las monjas a quienes las durezas claustrales domeñan y desfiguran; a las que se les van los colores y se les hunden las carnes y la sangre se les debilita; las que con el encierro y mortificaciones adquieren palideces de cirio y tos de tuberculosas; a las que con la salud que pierden, pierden también las curvas, ganando, en cambio,

angulosidades que se les revelan por bajo el burdo hábito, ésas, las mártires, las que parecen no pertenecer ya a sexo determinado, las que semejan grabados de misales antiguos que el tiempo va esfumando, hasta borrarlos por completo repentina y silenciosamento, ésas pueden resguardarse a sí mismas y ser resguardadas por pastores o curas, con menor esfuerzo; pero ¿las otras? .... las que vencen a las durezas claustrales, y lejos de perder atractivos los adquieren y multiplican, como si su juventud y su belleza no se resignaran a sacrificio semejante ¿quién ha de defenderlas?.... Sor Noeline, era de estas últimas; el claustro mismo, no se atrevía a tocarla ni a marchitar su tentador cuerpo de veinte años; el encierro y mortificaciones hermoseábanla, y la vida, que se veía circularle por las deliciosas e irregulares líneas de sus venas azuladas, debía encontrarse contenta dentro de ella; el burdo hábito, con ser hábito y ser burdo, la hermoseaba igualmente, hasta le abultaba con algo de voluptuosidad de esclavo satisfecho, perfiles y contornos de perdición y de pecado. La pobre novicia, a la manera de las plantas congestionadas de savia, color y perfume, que desafían climas e intemperies, desafiaba, sin saberlo, todas las privaciones y durezas del monasterio. Simulaba, con su rostro ovalado y dulcísimo, con sus ojos profundamente azules, y su conjunto esencialmente terrenal y humano, una de esas vírgenes italianas que los grandes maestros de pasados siglos pintaron, inspirándose en modelos nada virginales. Hasta en el confesonario, compelía a fray Paulino a experimentar extraño y desconocido malestar, pues por encima de su castidad a toda prueba, de su carne difunta y de su espíritu de justo, tenía que declararse muy bajo,

que sor Noeline era una mujer bonita, muy bonita, de las que con el poderoso lenguaje sin palabras de la forma, nos obligan a dar gracias al Creador por obra tan acabada, —aunque estemos convencidos de que ya no ha de ser nuestra. Y esta especie de inconfesado lamento mental, esta instantánea nostalgia que desde qué sé yo dónde lo acometía, por nunca haber sentido.... ¿qué?.... pues sin duda lo que él venía oyendo en sus penitentes, el *kirie eleison* eterno por el amor; éste su tardío conato de senil e inofensiva lujuria, en el ocaso de su sacerdocio honrado, sacaba de quicio a fray Paulino, hacíalo llenarse de mascullados improperios y abominar de "la tres veces impura," de "la inmunda bestia apocalíptica," predisponíalo en contra de sor Noeline, que en realidad de verdad, era ajena de pensamiento, palabra y obra, a semejantes malquerencias. En el corto tiempo que de llegada tenía al colegio, ni el más exigente la habría censurado: y en cuanto a informes, los que de Burdeos trajo, a más de ser inmejorables, ella justificábalos con su conducta. En el confesonario, donde se desnudaba por dentro, fray Paulino reconocía, a fuer de sincero, que no se le descubría dolencia moral, ni siquiera una mancha que justificara la instintiva repulsión que medio despertaba en el jesuita. De balde que con inmoderado rigor la registraran; su conciencia resistía el registro, permaneciendo después de él, inconmovible y sólida. Fray Paulino percibía, a lo sumo, ligeras inquietudes mentales en la novicia, los días en que le entregaban, previa censura, las cartas de su tierra; como si los correos viniesen a alborotarle ideas y reminiscencias quietas de suyo, y que con facilidad tornaban a la quietud por privado mandato de su dueña.

Así las cosas, y desvanecidas por completo las prevenciones de fray Paulino, cierta tarde de un sábado, sor Noeline le confesó algo alarmante, que ella misma no atinaba a comprender ni a explicar:

—Lloro mucho, padre, las más de las veces sin el menor motivo. Es una secreta necesidad de llorar......

—Despacio, hija mía, despacio, que es preciso ver claro.

Y la sujetó a meticuloso interrogatorio, convencido de que el accidente sería precursor de una catástrofe. Nada sacó en limpio; la madre de sor Noeline,—único pariente que le quedaba,—seguía, como siempre, sin que sus achaques de quintañona avanzada, hubieran de originar especial alarma. Por otra parte, sor Noeline no presentaba síntomas de enferma, dormía a sus horas, comía bien, ni asomos de calenturas o jaquecas, ni nerviosidades ningunas; nada de conmociones, cuando de súbito le hablaban, nada de miedos a lo obscuro o solitario, nada de alucinaciones en sus rezos a santos y patronos, un equilibrio perfecto, y sin embargo, el fenómeno produciéndose inopinadamente, brotándole las lágrimas como de manantial jamás sospechado, como si le rebasaran de un misterioso depósito, para lavar faltas de tercero o para alcanzar el perdón de las que ella cometería más tarde.

—¿Y ni antes ni después de llorar siente usted algo raro?—inquirió fray Paulino, que ni en el confesonario tuteaba a las religiosas.

—Sí, padre, siento algo raro, que se parece a la tristeza, sin ser tristeza exactamente.

—Pero ¿tristeza de qué o por qué, vamos a ver?

Aquí pararon ambos; él, porque esperaba ansioso una respuesta, y con ella, la clave del enigma, y ella,

porque luego de reflexionarlo, no dió con respuesta alguna. De verdad ¿tristeza de qué o por qué?

—Pues no sé, padre, no sé; por cosas distantes que no puedo ver bien, que ignoro lo que sean, y que me oprimen cual si estuviesen cerca; que se me esconden, yo creo que en el pecho, aunque tampoco allí las vea ni las comprenda....

Reconcentróse fray Paulino para mejor dar con el remedio; decidido a libertar a la novicia, que estaba bien donde estaba, ofreciendo su belleza a la religión desde un monasterio; decidido a defenderla de cuanto pudiera amenazarla, hasta con su cuerpo inservible de asceta y de misógino.

—Véame usted más seguido, véame usted a diario, si así lo ha menester, —le ordenó, al cabo de su meditación, —y mientras tanto, rece usted y obsérvese, obsérvese cuando le asomen esas lágrimas que entre los dos hemos de desterrar.

Y el director espiritual salió a la calle contento, escuchando con deleite el portazo que la tornera daba tras él. Detúvose adrede frente al edificio, so pretexto de encender un cigarrillo, y a la dudosa luz del crepúsculo, contempló el colegio con sus anchos y empinados muros, sus enrejadas ventanas, su alta galería de cristales, cerradas a muerte; su general aspecto, a esas horas, de inviolable recinto consagrado.

—Bah! chocheces mías, que ya no voy sirviendo para el caso, —pensaba, —con estas seguridades materiales ¿quién había de venir de fuera a intentar nada contra sor Noeline, ni contra ninguna otra de las santas mujeres que viven ahí dentro?....

III

Con las agonías de septiembre y sus torrenciales lluvias, vino la cosecha de la hacienda, y con la cosecha, un apaciguamiento en el ánimo conturbado de Rafael.

Mire usted que aquello era llover, y una de entrar grano en las trojes, que daba gusto. El maíz y la cebada, que habían comenzado por sólo alfombrar régiamente los suelos de los depósitos, subían, se ensanchaban; fueron colinas, luego cerros, hasta llegar a montañas verdes, doradas, movedizas, de cuya blanda cúspide dejábanse venir abajo los labriegos, llegando a la falda con estruendosa risa de chiquillos, después de recoger en el mullido trayecto miles de granos que a la ropa se les adherían, que se les entraban en la boca, la nariz, los oídos y ojos, entre las matas bravías del cabello, y que ellos reintegraban sacudiéndose, medio atarantados aún por el rápido descenso, con cosquilleo de hormigas por espaldas y piernas, en donde su sudor prolongaba la adherencia de los cereales que salían al fin envueltos en un manto impalpable de polvo de oro. Allá por excepción, y cuando no lo presenciaba el administrador, hacían rodar a alguna muchacha, empujándola de repente y sofocando sus gritos con

grandes carcajadas. Y en verdad que la caída no resultaba indecente; veíanse sí, algunas desnudeces, pero tan rápidas y fugitivas, que no podían apreciarse detalles ni menos detener la mirada en determinada parte, pues el grano mismo, removido con las ansias de la que caía, se iba y disimulaba lo que ella no podía disimular. Tenía Rafael prohibido el juego aquél, y de ahí el temor que en los autores se notaba, de que la víctima fuera a denunciarlos. Además, entre los propios trabajadores había muchos padres que, por espíritu de cuerpo, se oponían a la lasciva farsa y salían a la defensa de hijas ajenas, debido a lo cual, lo que sí abundaba eran los pellizcos brutales, detrás de los montones; las manazas burdas aplastando caderas y senos de mujer. Quizá la faena los enardecía a ellos y a ellas, pues ellos manoseaban de súbito, como por efecto de picadura de ponzoñoso animal, y ellas aguantaban el manoseo, aunque las hiciera daño, sin chistar ni quejarse, imitando instintivamente lo que presencian a diario: que la hembra es nacida para que el macho, antes de hacerla gozar, la lastime a su antojo. Estas tonterías aparte, el cuadro quedaba luminoso y magnífico; la inmensa troje, con sus altas ventanas de barrotes, dejando penetrar la luz y el aire, el exquisito aroma de la tierra mojada; dejando penetrar también oblicuos rayos de sol que incendiaban la simiente. Por la ancha puerta, las carretas que descargaban, el jadear de hombres en la brega; en primer término, el patio de la hacienda, y más lejos, el panorama de la sierra y de las nubes. Contentos todos, de sentir que el año había sido bueno y de que la tierra, la madre por excelencia, no se canse nunca ni nunca la estropeen germinaciones ni la aniquilen partos, sino que siga firme, callada,

amante y fecunda, dando más, conforme más se le pide y más se le escarban las entrañas. Contentos todos, servidores y amos; gentes y bestias; contentos por la lluvia, por la cosecha en sí, que difunde en pechos y atmósfera algo como una secreta satisfacción de vivir, la dicha informulada que consigo traen la salud y la fuerza; contentos, porque la temperatura ya no los sofoca, porque la lluvia ha calmado a la sedienta tierra, ha refrescado los campos y barrido las enfermedades; contentos, porque los crepúsculos se tornan más melancólicos y uno puede confiarles las penas acumuladas, lo que ha sufrido antes, durante los meses ingratos; contentos, porque se aproximaba la fiesta del patrono de la finca, y viene el cura y los obliga, dulcemente, a comprender a Dios, que es su amigo único.

Y si aquí es el cuadro luminoso y magnífico, en medio del campo es todavía más grande, imponente y sincero, pues no hay a quien guardar miramientos. El agua, —que cuando no fustiga los sembrados corre abundante y riendo como una loca, por diminutos y múltiples lechos que ella misma se labra, salta donde la ataja una rama y encolerízase contra los guijarros que la desvían, a los que castiga con coronas de espuma,—el agua, que es artista, lo ha embellecido todo, montes, árboles, sementeras, hasta la roca. Venida del cielo, en su viaje al océano ha dejado a su paso notas y colores, fragancias y suspiros. El otoño, que es su heredero y por eso es poético, está triste por su amiga perdida, y como no tiene otra cosa con que significar su duelo, arranca las hojas a los árboles, y las hojas caen, trágicamente, y alfombran la tierra, húmeda aún, la esconden, para que no tan pronto la profanen. Los campesinos, entonces, tienen sus crisis amorosas, sus

meditaciones apartadas y solitarias; entonces, las madres cuidan más de sus hijas, porque de memoria saben que así como es fuerza que caigan las hojas, ¡ay! es fuerza también que las doncellas caigan.

Y caen, fatalmente, ignorando que es malo caer, calculándose que es igual que el señor cura lo sepa un día antes o un día después. Caen, y la tierra que no es escrupulosa, antes se regocija y felicita de que sobre ella misma se consume el acto supremo. Y cuando atardece, cuando las sombras encubren y disimulan, óyense gritos prolongados de madres que llaman a sus hijas; pero óyense a la vez rumores de fuga por entre los recién talados cañaverales, ruido de hojas secas y de besos postrimeros. Luego, la noche se echa encima, y la tierra se duerme con sus secretos....!

Rafael, sin que pudiera decir que había sanado, sentíase mejor, como si la pasión por la monja, aunque no se borrara, sí se le hubiera ido muy adentro, tánto, que ya no lo desesperaba, más bien calmábalo, como algo muy tierno que siendo imposible le derramara por corazón y pecho, redentor bálsamo. Resuelto a curarse, se dió de lleno a presenciar labores, a ordenar y corregir; él en persona, preparaba el cercano "herradero," que ponía en conmoción a todos los habitantes de la finca.

—De veras se queda el amo a ver el "herradero"?—le preguntó Marcos, que no cabía en sí de gozo.

Y juntos anduvieron un par de días, recorriendo el corral, sus trancas; juntos eligieron a los individuos que debían desempeñar la operación; juntos iban y venían; juntos afilaron las "marcas" arrinconadas en el despacho, al lado de unas escopetas viejas, de unas cuantas "reatas" por estrenar, y de

espuelas sueltas y mohosas. Marcos, director verdadero de la cosa, y autoridad respetadísima en achaques de caballos y jineteos, parecía sonámbulo, hablando solo y calculando por dónde arrancarían las reses embravecidas, y por dónde habían de apostarse los ayudantes.

—¡Que no llueva, Virgen santa, que no llueva!—clamaba a cada minuto, llegando a obligar a Nona a suplicar lo mismo. Mira, mi Nona, tú que eres buena como un ángel de Dios, pídele a su Divina Majestad, que no nos llueva.

Aun faltaba que Rafael concediera lo principal, la "traveseada," poner unas "colas" y echar unas "manganas." Nombrado Marcos embajador, Marcos, socarronamente, se acogió a la Nona y con ella de la mano, solicitó el permiso:

—Pues.... los muchachos que me mandan a ver si su mercé quiere....pues....pues, darles licencia para *travesiar* un rato, cuando la *jerrada* acabe.... que dicen, que su mercé ya sabe que es el costumbre de la casa.... y que su mercé....

—Marcos, a mí no me vengas con mercedes ni hipocresías, el que quiere la "charreada" eres tú, y tú el que has entusiasmado a la gente.... Lo que es este año, no habrá esas barbaridades, porque no me da la gana que haya un matado o una pierna rota.... Diles que no, que se conformen con sacarles unas vueltas a los novillos, después de herrados, y que se dejen de otros dibujos.... ¿me oyes?

—Sí, señor amo, sí,—repetía Marcos, que temblaba de la pena y que disimuladamente tiraba de la Nona, hasta que ésta comprendió y se acercó a Rafael, con su más mimosa voz y sus zalamerías más estudiadas.

—Dale el permiso a Marquitos, papá, ¿no ves que triste lo pones? Anda, dáselo, él me ha prometido

que ninguno ha de rodar del caballo.... ¿Verdad, Marquitos?

—¿Y quién ha de rodar, si tú que eres la santa de la hacienda no quieres que ruede nadie?—repúsole Marcos, enronquecido.

—Está bien, Marcos, traveseen, pero con una condición: si me desquebrajan una res, ustedes me la pagan.... ¿Conformes?.....—le preguntó Rafael, que en la actualidad nada podía negarle a Nona.

Marcos, en su inmoderada pasión por lo que con el caballo se relaciona, prometió no sólo pagar una res, todas las seis o siete mil cabezas que el "amo" poseía.

Esperábase nada más que llegara el cuatro de octubre, día de san Francisco, por ser este santo el patrono de la hacienda, que, desde el virreinato lo menos, llamóse "San Francisco el Grande" para diferenciarla de "San Francisco el Chico," del del "Rincón," del de "Los Llanos," y de qué sé yo cuántas otras con nombre idéntico.

Por fin, asomó la aurora del anhelado día y sorprendió a varios madrugadores, muy embozados en sus sarapes y tilmas, que en las afueras del patio esforzábanse por columbrar el arribo de los músicos, contratados con mucha anticipación en elpueblo vecino. Casi era noche cerrada; todavía los astros brillaban en sus dominios, aunque una indecisa diafanidad principiaba a empalidecerlos y a empalidecer el firmamento. Sin embargo, ya cantaban los gallos con regocijado aleteo; ya se percibían, sin poder precisarse los rumbos, mugidos y relinchos, y los perros que no habían salido siguiendo a sus dueños, mantenían complicados diálogos de ladridos, del lado de la ranchería. De pronto, uno de los

embozados, abriéndose el embozo, con lo que se dió a conocer, ordenó al que más cerca le quedaba.

—Corre y despierta al administrador, que te dé los cohetes y repártelos, que ahí vienen ya los músicos.

Y los demás aproximáronse a saludar a Marcos, que era el que había dictado la orden.

Escuchábase en la carretera ruido de voces humanas y de pisadas de bestias, y si aun no se les distinguía, debía culparse a los recodos del camino ascendente, nunca a la mirada fija y ansiosa de aquel grupo de "charros" entusiastas. Gradualmente, la luz abríase calle en el horizonte, como si le costara gran esfuerzo separar montañas para asomarse al llano; y las voces y las pisadas hacíanse más distintas, hasta que el sol si tiró sobre la fachada de la hacienda, cuyas vidrieras parecieron romperse en mil pedazos, y los filarmónicos aparecieron en jovial y desordenado grupo. Caminaban los tales, en sendos rocines, en número de seis, con sus respectivos instrumentos a la espalda, a guisa de rifle, por lo que el del tambor simulaba a cierta distancia un jorobado fantástico con los hombros al descubierto. No bien advirtieron que eran esperados, cuando castigaron a sus caballerías con espuela y látigo, sin obtener, ni por ésas, que apresuraran su desmañado trotecillo.

—Apúrenle, *maistros* – gritóles Marcos, – que aquí les quitaremos las lagañas con un buen trago.

Espolearon éstos de nueva cuenta, y llegaron por último al portón de la hacienda, que despertaba apenas.

—Apéense, *maistros*, que a pie llegaremos *más antes*—insistió Marcos bromeándolos. Y así, entre cuchufletas y jarana, encamináronse a la "tienda" aca-

bada de abrir y con su quinqué encendido, pues no se veía completamente claro, en su interior.

—Una de refino para todos, y apúntenmela en mi vale, que yo convido—dispuso Marcos, sacando a relucir su mugrienta cartera, de la que extrajo el "vale," un papel con cuatro dobleces y con ceros y líneas manuscritos en uno de los lados.

Servidas y apuradas las copas, con póstumos y expertos chasquidos de lengua, salivas parabólicas y limpia de bigotes y labios con reversos de manos toscas, Marcos, semivuelto al patio, descubrió, ya a a unos cuantos pasos, al ganado que iban a herrar, y que penetraba en inquietante tropel, con serio rumor de pezuñas y bufidos.

—¡Alabo a Dios,—dijo—éstos son becerros y no tarugadas....! Preparen su música, *maistros.*

Como por lo reciente de la lluvia no había polvo, ni para remedio, claramente podía verse desde la tienda, frontera al portón, la entrada del rebaño. Muy compacto y tirando a negro, se veía antes de desembocar en el patio, mas una vez franqueado el portón, en el que hubo sus apreturas y arremolinamiento, en donde muchas cabezas con pitones formales se apoyaron en el anca del vecino, en donde algunos toretes se detuvieron y otros intentaron la huida, determinando con pareceres tan opuestos, raspaduras y magullones; una vez convencidos de lo inútil de su resistencia y escuchando sin cesar los silbidos y gritos de los vaqueros, que por detrás venían arreándolos en briosos caballos, se desparramaron por el patio, asestaron sus cornadas a los perros que los hostigaban, echaron al aire corcovos y pataleos, en tanto que los cabestros, los inteligentes eunucos de los campos, con sus cencerros al cuello y con su lento andar, juiciosos y graves, seguían el

camino del corral. Los novillos, siempre desconfiados y huraños, levantaban los hocicos, volvían las caras allá, a la dehesa y al monte, mugían lastimeramente, cual si imploraran auxilio de las vacas y toros quedados ahí; algunos, pequeñines e ignorantes de lo que iba a acontecerles, hasta arriesgaban saltos de júbilo y carreras tan pronto emprendidas como interrumpidas; los valientes, agitaban con rabia la cola, que se les quedaba enroscada sobre la grupa, babeaban con las bocazas entreabiertas, o con el extremo de la pezuña de una pata, rascábanse impacientes, orejas y quijadas. Los vaqueros los cercaban, seguían arreándolos:

—Entra!....entraaa, buey!!....

—*Ora* es cuando, *maistros*,—gritó Marcos a los apercibidos filarmónicos, a tiempo que hacía señas a los de los cohetes y a los que asidos a las cuerdas de las dos esquilas de la torre, aguardaban la señal.

Y en el mismo instante, centenares de cohetes hendieron la atmósfera con su alegre clamoreo de fiesta; la música tocaba un destemplado paso doble, abundante en tamborazos y pifias, y las esquilas de la capilla se sacudían cual epilépticas que fueran a escupir sus badajos. Los novillos, asustados, se arremolinaron de nuevo, mugían más fuerte; los vaqueros, arrancaron sus pencos para calmar a aquéllos; ladraban los perros; cacareaban las gallinas; hombres, mujeres y chiquillos corrían en desorden de un lado a otro; el sol iluminó el conjunto, y en la puerta de la casa, el "amo" Rafael, con el jarano hacia atrás y vestido de cuero, como cualquiera de sus vaqueros, cargaba a la Nona, de camisón aún, acabada de despertar, que arrugaba los ojos y aplaudía, aplaudía con sus manecitas diminutas y afiladas

de niña aristocrática, la gigante explosión de vida rural que la deslumbraba.

—¡Viva San Francisco el Grande!—voceó la muchedumbre; y cohetes, repiques y músicas no cesaron, hasta que no desapareció en el corral de encierro el último novillo.

En la ranchería, prendieron la fogata para el clásico asado del pastor, y de la tienda al tinacal, había un cordón de mozos acarreando la fruta para el pulque curado, que por barriles se consumiría. A las nueve en punto salió Rafael, escoltado por el administrador y los dependientes, seguido de Manuela y Nona. Instaláronlos en una carreta, sin mulas y con toldo, apuntalada en inmune rincón, pidiósele su venia, sombrero en mano, y se corrieron las trancas:

—Que pasen los de a caballo—declaró el administrador desde su asiento. Y los jinetes de fama de la hacienda, saltaron las trancas por puro lujo, para probar la calidad de sus *cuacos*, que, *cargándose* en la rienda, dieron la vuelta al corral a galope corto, resoplando por las narices dilatadas, tascando los frenos y prodigándose reverencias recíprocas, con sus hermosas cabezas de brutos nobles, que subían y bajaban con garbo. Marcos, como el más viejo, *arrendó* hasta el carro su prieto, y allí lo *rayó*.

—¿Comenzamos, amo?—preguntó descubriéndose su cabeza gris, en apuesta actitud.

Era el corral, más largo que ancho, con altas bardas de derruídos adobes en sus cuatro lados; en uno de éstos, la tranquera, que comunicaba al patio exterior de la hacienda, y en el opuesto, otra tranquera, que comunicaba al corral chico o de encierro. En uno de los muros, y dentro de oquedades abiertas a pico en los adobes, ardían trozos de carbón de encino, convirtiendo los huecos en hornos

diminutos y calentando las "marcas," que no dejaban fuera sino sus largos y ennegrecidos cabos. Por entre la gente de a caballo, andaban los de a pie, los "marcadores," llegándose de cuando en cuando a examinar de cerca las enterradas luminarias, a soplarlas con sus sombreros y con los labios. El piso, hallábase con la tierra muy floja, para evitar lastimaduras a jinetes y animales en sus caídas. La música, fuera del recinto, veíase encaramada en otro carro, y apiñadas junto a la tranquera de salida, las mujeres de algunos charros, atentas a sus hombres, y con sus mocosos a cuestas. Por la angosta orilla de las bardas, discurrían curiosos, y sobre el corral chico, con reatas y picas en las manos, a horcajadas en los ángulos de los enanos muros, vaqueros y *caballerangos*, encargados de azuzar a los novillos que se negaran a salir.

—¿Comenzamos, amo?.... —había dicho Marcos a Rafael; y en cuanto éste contestó que sí, con rapidez y precisión extraordinarias, los jinetes todos abandonaron las riendas de sus caballos, nerviosamente inquietos, y que sin embargo, moviéronse apenas. Se volvieron a las "cantinas" de sus sillas, de las que desataron la reata primorosamente enrollada, y luego de apretarse la "rozadera" sobre el muslo derecho, los que no gastaban "chaparreras," de calzarse en la diestra el clásico mitón de gamuza, y de apretarse el jarano con airoso gesto del brazo, que a la vez que levanta el ala apabulla un tanto la copa, de nuevo cogieron las riendas y echaron al aire las reatas, que se desenrollaron con silbidos y ondulaciones de víboras que despertaran. Enterarse los caballos de esta maniobra, y convertirse en centellas, según lo que brincaban, se hacían a un lado, volvíanse y revolvíanse sólo parados en las pa-

tas, fué obra de un segundo. Y los charros, como centauros, sin despegarse de la silla, vivísimo el mirar, duro y con puntería el brazo, las piernas, de la rodilla para abajo, espoleando, estirándose, encogiéndose, oscilantes, elásticas, ágiles, cual si sus coyunturas fueran de trapo.

—Echa el Listón.... ése.... ése....—gritó Marcos, empinándose en los estribos.

Y salió un novillo como de dos años. Después de que corrieron las trancas del corral chico, y de que los vaqueros lo picaron desde lo alto, mostráronle pañuelos y sarapes extendidos, para que embistiera. Los lazadores, desplegados en ala y algo lejos uno de otro, parecían adivinar las intenciones de la res, que por pronta providencia trató de retroceder hasta que con el anca tocó las trancas,—en su sitio ya,—y estercoló en ellas, la cabeza gacha y la mirada traicionera. En el corral, un gran silencio y una gran inmovilidad; a la grita y carreras de poco antes, sucedió una quietud momentánea, hasta que el novillo arrancó, bufando, en línea recta, y dos o tres lazadores, a escape, le arrojaron sus lazadas, que por un segundo dibujaron en la atmósfera circunferencias y elipses, para por fin caer en el testuz rizado del novillo, que se detuvo de golpe y dobló mucho la cerviz, para libertarse, sin por eso lograrlo, pues el autor de la lazada continuó su carrera, "amarrando" a cabeza de silla, a fin de que la cuerda se pusiera tirante, como se puso, y facilitar el éxito a quien echara la "mangana." Echóla uno de los mismos que no había podido realizar la hazaña primera, y al que el concurso silbó de lo lindo; sin duda la pintó en el suelo con todas las reglas del arte, porque no bien el novillo dió un paso, cuando el charro se la subió a los codos, arrancó y amarró,

derribando al becerro, como herido por una maza. En seguida, un marcador se le sentó en las costillas, mientras el que lo había lazado de los cuernos y el que lo había lazado de las patas, tiraban y tiraban de las reatas, aprovechando las fuerzas de sus caballos e impidiéndole el menor ademán. Aproximósele entonces otro marcador, con la marca enrojecida al blanco, y se la imprimió pericial y rápidamente en la parte más carnosa del anca. Chilló el cuero, salió humo, esparcióse pronunciado olor de chamusquina, bramó el animalito que daba compasión, aflojáronle los lazos, y todos a una se pusieron a salvo de sus arremetidas. Bramaba sin consuelo, dando saltos y coces, yendo a refugiarse, al cabo, en el otro extremo del corral, en donde se lamía la herida una vez y otra vez, contemplando con sus ojazos inyectados y húmedos, en mudo reproche, al grupo turbulento de sus martirizadores. Tras el Listón salió un *mojino*, y tras éste un amarillo, un *mosqueado* y un negro; salieron de cuantos colores existen toros; y uno por uno sufría la misma suerte; a uno por uno se le grababa el nombre del dueño; uno por uno quedaba lastimado y enfurecido. Con el polvo que se había levantado, y con lo que picaba el sol, diéronse prisa a terminar, llegaron a marcar cinco y seis novillos a un tiempo, que lazadores sobraban, y a medio día corrido, concluía la "jerrada." Dejaron encerrados a los del bautizo de hierro y fuego, y actores y espectadores, con excelente humor y apetito, abandonaron los corrales.

En la enramada, atrás de la capilla, humeaba el almuerzo, cuyo sabroso aroma, desde lejos se percibía; una mesa monstruo, para más de sesenta cubiertos, con sus dos bancos de madera y sin res-

paldo, y unas tres sillas, únicamente para el amo, el administrador y la Nona, que por un amante capricho de Rafael, iba a presidir el rústico banquete. Representando el bello sexo, veíanse a Manuela y a la esposa y cuñada del administrador, entrambas maduras, encogidas y silenciosas. Mientras una docena de chiquillos desarrapados, paseaban a los caballos, con los cinchos flojos y los frenos en las cabezas de los fustes, para refrescarlos, amo y servidumbre se instalaron en el improvisado comedor, que lucía coronas y guirnaldas de heno, de retama, de rosas, banderas nacionales, de papel, y de papel también, cadenas que partían de los cuatro ángulos del techo. En las paredes, de lona estirada, colgaban farolillos y estrellas, y en la que correspondía a un testero del salón, leíase en un letrero hecho con varas:

¡VIVA SAN FRANCISCO EL GRANDE!
¡VIVA DON RAFAEL BELLO! ¡VIVA MÉXICO!

Los diestros jinetes, tan apuestos a caballo y con la reata en la mano, representaban tristísimo papel de invitados; huraños, mirándose entre sí, con risas disimuladas y sin motivo; muy tiesos dentro de sus camisas almidonadas; con grandes y flotantes corbatas rojas; la chaqueta, de pelo y con *brandenburgos*, la pantalonera, ajustadísima, dibujando lo musculoso de las piernas, con botonaduras de plata más o menos ricas, conforme a los posibles del propietario; hechos unos majos, pero majos a fuerza, envidiando a los vaqueros y peones admitidos en el comelitón, que no lucían sino sus blusas muy planchadas y muy limpias, sus pantalones de pobres, de dril o cosa parecida, remendados y "cachiruleados" con géneros de colores diversos.

La Nona, reclamó la vecindad de Marcos, que se rehusaba a alcanzar encumbramiento semejante, mas como Leonor insistiera, hubo que darle gusto, para eso estaban todos,—y Marcos fué a sentarse junto a la cuñada del administrador, en plena región presidencial. Dió principio el banquete con lamentables equivocaciones de parte de los huéspedes, que mucho se atrojaron en el complicado manejo de tenedores, cucharas y cuchillos, los que al fin, cuando aparecieron las cazuelas enormes de grandes orejas, con el clásico "mole," fueron declarados inservibles, y substituídos por las tibias tortillas de maíz. Decir lo que engulleron aquellos benditos y lo que bebieron, sobre todo, requeriría una tabla de logaritmos; por dicha, Rafael hallábase de vena, sin su nublado sentimental, ligeramente excitado con cuatro o cinco vasos del pulque de piña, que a manera de caudaloso río se desbordó en la fiesta. Hasta brindó, sí señor, brindó muy serio:

—Por todos ustedes, muchachos, por sus familias, por la hacienda en que ustedes nacen, viven y mueren.... por el trabajo—dijo después de haberse sentado, y como arrepentido de que se le olvidara tan importante capítulo.

Debajo de la mesa, librábase tremenda batalla entre perros, cerdos y gallinas, que atraídos por los huesos y desperdicios del festín, que los comensales arrojaban sin cumplimientos, habían ido aglomerándose, y se los disputaban con unas peleas y un ruido de mil demonios, sin cuidarse de los puntapiés y sombrerazos que de tiempo en tiempo les alargaban. Dos peones, levantáronse de improviso, y muy pálidos y tambaleantes salieron a deponer al árbol más cercano. Un lazador, que había logrado escurrirse a las afueras con un gran vaso de pul-

que, trataba de obsequiar a una de las indias que calentaba tortillas, pero con un tino tan desgraciado, que la bañó con el oliente líquido y ella le arrimó un estacazo con uno de los tizones que ardían en la fogata. La familia del administrador, a una seña de éste, abandonó el lugar:

—Con licencia, señor....

—Bien pueden—repuso Rafael, y volviéndose a la Nona, que Marcos arrullaba, le dijo:—Vete con las señoras, mi Nona, anda.

La reunión perdía su "carácter;" hacia la cabecera, vecino a Rafael, narraba el administrador proezas cinegéticas, que sus interlocutores escuchaban con tedio manifiesto; pero al otro extremo, el alcohol comenzaba a mostrar sus impertinencias. Levantábanse los hombres, por parejas, por grupos, en la temblona mano el vaso colmado que se derramaba, con el que se accionaba torpemente; entre los labios las palabras soeces, que salen truncas y a trompicones; en los ojos, llamaradas de antiguas y olvidadas rencillas y rivalidades, que resucitaban y pedían cuentas, daban sentimientos; en las espaldas del amigo, un brazo cayendo con pesadez, más por recobrar el equilibrio que por prenda de amistad. Un prólogo de borrachera sorda en cerebros rudimentarios, a los que el alcohol, antes de espiritualizar, entenebrece y predispone a los actos peores; la borrachera de los primitivos, que aviva las penas acumuladas en muchos años, y sacude en la memoria los rencores y malas voluntades que en ella reposaban amodorrados. Ya se oía lo de:

—Mire, compadre, yo me he aguantado porque soy harto hombre, pero yo me muero donde quiera, y sé ser amigo de los amigos....

Era el preludio de la universal y eterna sinfonía del odio a nuestro semejante; de ese odio que llevamos todos en las entrañas, y que en cuanto la educación o el egoísmo se aletargan, y los instintos despiertan, brota fresco y homicida, cual si la raza humana sólo descendiera de Caín, y la herencia de sangre se mantenga íntegra, viva y maldita, obligando a reñir o matar, a siempre matar al prójimo que desde muy adentro se aborrece.... De un rincón de la enramada, en donde otro grupo de hombres medio agachados, no permitía mirar lo que miraban ellos, salió un dulcísimo arpegio de guitarra, y una voz de tenor joven e inculto, entonó:

> "He de llegar a tí, no importa cuándo,
> aunque pongas el Cielo entre tú y yo...."

Y Rafael, a quien sin duda le volvían sus tristezas, púsose en pie, y con fingida alegría, exclamó alto:

—Vaya, al corral todo el mundo, que también yo quiero colear esta tarde.

Amotinados ante la grata nueva, partieron todos, refrescados como por encanto aunque las cabezas no anduvieran muy firmes; en cambio, bríos y arrestos abundaban, no digo para colear, para derribar un monte con los puros puños. En un santiamén requirieron cabalgaduras, les apretaron los cinchos y treparon en ellas, desordenadamente, con más gritos que por la mañana, hostigando a los caballos, que desesperados de no sacudirse a sus dueños, se alborotaron fuera de medida. Los honores de la tarde correspondieron, en primer término a Marcos, que hizo verdaderos primores; en segundo, a Rafael, y en tercero, al tañedor de guitarra; sin por esto significar que el resto no figurara a estimable altura. Lo que sí notaron todos, con ser rústicos y

hallarse alcoholizados, fué que Rafael, al excederse en el desempeño, hacíalo como poseído de escondida rabia, como quien anhela aturdirse y no lo consigue:

—¡Ábranse, ábranse!... no me lo espanten!...—decía en su persecución al novillo, partido de estampía; y la persecución resultaba frenética, insensata, exageradas las reglas y exponiéndose a peligros. Dentro de la nube de espeso polvo, veíanse pasar en carrera desenfrenada al torete y al amo, tan próximos uno de otro, que el caballo tocaba con su hocico entreabierto, las ancas del becerro; Rafael, embriagado por la misma carrera, muy inclinado su cuerpo hacia adelante, encima casi del tendido cuello del overo, azotaba a éste abandonándole la brida, para con la otra mano poder asir la cola de la res, que la comprimía fuertemente contra las piernas y que a él se le resbalaba de los dedos; Rafael, entonces, lanzaba gritos inarticulados, salvajes, palabras oídas desde niño y que el ejercicio reclamaba:

—Ora, toro chulo!.... ora, lindo!.... jú, jú, júy!....

Sin curarse Marcos de prohibiciones, no lo dejó solo; corría a la par suya, del otro costado del animal, "haciéndole lado," en términos rancheros, para obligar a la res a seguir camino recto e impedir así que en una repentina revuelta lastime o mate al charro que la acosa. Y hasta que avistaba el buen momento, el momento preciso, aconsejaba al amo:

—Álcese ora, niño!.... No la suelte!.... háblele al overo!.... ¡ésa es cola!....—decía por fin, cuando Rafael después de seguir indicaciones, se enrollaba la cola en los dedos de la mano, en la pantorilla y ación derechas, y haciendo adelantar todavía más su caballo, derribaba al toro, que por el suelo rodaba dando dos o tres tumbos, y quedándose con las cuatro patas al aire.

Todo agitado y sudoroso reuníase Rafael a Marcos, los caballos de entrambos, empapados en sudor. Los demás paisanos, frente a ejemplo tan elocuente, acudían en tropel a reclamar becerros para ellos.

—Te noto triste, Marcos ¿qué tienes?....

—Mi tristeza es de años, patrón, pero su mercé ya está malito otra vez—repúsole Marcos a Rafael, para demostrarle que advertía su artificial entusiasmo y que adivinaba la causa.

Así era en realidad; Marcos andaba triste, aunque sin causa aparente, y Rafael, que se suponía muy aliviado de su sacrílego amor por sor Noeline, atravesaba una de sus frecuentes crisis de desesperación, que traían consigo un morboso afán de aniquilamiento. Determinó la crisis el preludio de canción escuchada en la enramada; ¿por qué no había de llegar hasta ella, como la canción rezaba, aunque el mayor obstáculo se pusiera entre los dos? Desde aquel instante le fué simpático el cantor, tanto más cuanto que en el coleadero tenía demostrada excepcional pericia y arrojo. Le mejoraría su suerte, dentro de seis meses o un año, o al día siguiente, y lo que es esa noche, cuando la luna saliera, si salía, llevaríaselo consigo, solos los dos, allá junto a los arcos de la presa, cuyas cataratas de agua, con su formidable ruido, diríase que lo alejan a uno del resto de los vivientes, y muy juntos, tumbado Rafael al pie de uno de los álamos centenarios, mirando a las nubes o mirando más bien la imagen de sor Noeline, idealmente encuadrada por ellos, le pediría la canción una vez, muchas veces, hasta quedarse dormido con sus harmonías, con las del agua, muy dormido, muy dormido....

—Oye, Marcos, llámame a ese muchacho que coleó el primer toro ¿quién es?

—Encarnación Fúnez, niño—contestó Marcos, que se separó un poco del amo y gritó con fuerza:

—Encarnación!.... que te llama el amo!....

Y con Encarnación se vino un grupo de jinetes, a suplicar a Marcos que coleara con ellos los últimos becerros.

—No, ya no puedo,—replicó Marcos sombrío,—me brinca el corazón y siento que me *hogo*. Acaben ustedes y apriesita ¿eh? que ya va a obscurecer; conque, trabájenle....

Ante excusa tan inverosímil, por alegarla quién la alegaba, los otros tornáronse tercos:

—Pero, mire el amo, don Marcos que no quiere colear, y eso que es número uno....

—¿Es posible, Marcos?—terció Rafael, dándole una palmada en sus fornidas espaldas—te dan ya asco los toros?

—¿Asco? .... ¡Ah, qué suerte!... Vamos, pues,—añadió quebrando su caballo y arrimándole las espuelas,—pero mi palabra de honor que éste es el último que coleo.

¿Sería corazonada?.... La tarde se acababa; el sol, muy bajo ya, arrojaba tonos de oro viejo sobre crestas, picachos, alturas de la hacienda y torres de la iglesia; hundíase poco a poco, cual si le doliera marcharse a iluminar otros horizontes, y en cada minuto prolongara colores y caricias. En el corral de encierro, apenas si quedaba una media docena de novillos, lastimados aún y azorados de la jornada en que tanto habían sufrido, ansiosos de reposo ante la puesta del sol, que se acercaba, mas de reposo allá, en su dehesa desierta y bien oliente, encima del pasto verde, entre sus parientes y amigos.

De entre ellos, había un berrendo en negro y bayo, de malísima catadura, chato, irascible, impaciente,

de tres años lo menos, que recorría el corral, bastante desahogado ahora, a paso menudo y colérico, deteniéndose de cuando en cuando para volver la cara rumbo a sus montes, a los que mandaba un mugido imponente, largo, lastimero, recomenzando luego su paseo.

—¿Cuál le echamos, don Marcos?.... ¿quiere al *Chato*, que se está muriendo de coraje?....

—Echénmelo, pero con ganas, a ver si yo le asiento las costuras—contestó Marcos, y pasó su mano por el pescuezo de su prieto. Rodeaban todos a Marcos, Rafael inclusive, pues era una gloria verlo travesear. Encarnación, apalabrado ya por el amo para cantarle a solas su romanza, pidió ser él quien había de "hacerle lado" al maestro de ellos, al que los enseñara desde pequeños a encariñarse con el ganado, y a adorar y cuidar a los caballos.

—¿Le hago lado, don Marcos?

No hubo tiempo para la respuesta, pues el *Chato* salía ya echando chispas, coces y bufidos. De un bote formidable del prieto, Marcos "se le emparejó," hermosísimo a pesar de sus años, clásico en movimientos y ademanes, dueño de su vista y de su penco, confiado, risueño, expansivo:

—A su salú, mi amo!.... —gritó a Rafael, que de lejos y a media rienda, seguía la interesante escena. Marcos se agachó hasta más allá del extremo de la cola de la res, se agachó mucho, con coquetería de experto y veterano en el ejercicio, seguro de cosechar aplausos, de seguir siendo el primero de los primeros. Iba ya a enredarse los dedos, alzaba ya su pierna derecha, —con lo que el equilibrio disminuye notablemente, —y en la rapidez con que tales sucesos acaecen, vióse cómo, de súbito, el novillo se volvió a Marcos, quien abierto de brazos y con caba-

llo y todo, allá fué a dar, en lo que llaman salto del carnero, quedando en tierra despatarrado y sin sentido. El novillo olió la tierra en el surco marcado por la caída, largó un corcovo, y al trote, continuó su marcha hacia la salida, irresponsable del mal causado, inocente, insensible, contento. A un solo impulso apeáronse Rafael y los rancheros; llegáronse a Marcos, andando torpemente a causa de las espuelas, conforme apresuraban el paso, en tanto que sus caballos, en completa libertad, se agruparon tirándose mutuos mordiscos y soltando un relincho que otro.

El sol, arrepentido de sus perezas por las que había presenciado el bárbaro golpe, se hundió de pronto.

—Un sarape, cúbrele la cara con un sarape—se decían aquellos hombres, mientras Rafael, muy pálido, buscábale el pulso a Marcos, sin que el pulso pareciera.

—Anda, toro *rejego!*—murmuró Encarnación, llorando casi—¡Mal haya el alma que te parió!....

Y lejos ya, escuchábase el rebramar del *Chato*, su mugir habitual, de bestia inocente que se aproxima a la querencia.

Improvisadas unas angarillas, y acolchadas con varios sarapes, acomodaron en ellas el descoyuntado cuerpo de Marcos, que al decir de los que lo levantaron, "parecía un costal de huesos;" y en procesión tristísima, fantástica por las sombras del atardecer, salieron del recinto de la fiesta, paso a paso, con la cabeza descubierta algunos, como si Marcos ya hubiese muerto.

Sin reparar en la hora, Rafael despachó a muchos mozos en busca del médico y del cura, hasta el pue-

blo vecino, distante de la hacienda unas cinco leguas de quebrado camino.

—Llévenlo a la casa, a la mejor cama,—recomendaba el amo,—pero no hagan ruido, que no vaya a enterarse la Nona.

¡Cómo no había de enterarse si la noticia, cual luz de relámpago, había recorrido la finca entera! En la puerta de la casa, lloraba Nona imitando a las demás mujeres, y en cuanto descubrió a Rafael, lo llamó azorada:

—¿Qué tiene Marquitos, papá? ¿Verdad que no se ha muerto?....

—No mi Nona, no se ha muerto ¿quién dice éso? viene muy enfermito, porque se calló del caballo.... No lo veas,—agregó al notar que la chiquilla tiraba de las mantas—déjalo ahora, que descanse....

Marcos no se movía ni respiraba apenas; sólo cuando trataron de desvestirlo, después de acostado cuidadosamente en cama de hierro y con dos colchones,—una de las que ocupaban los invitados que Rafael llevaba de México,—sólo entonces, Marcos se quejó y exclamó con trabajos, en voz muy queda:

—Agua!....

Y eso fué todo, pues volvió a sumirse en su sopor, y ni las gotas que de un lienzo humedecido le exprimieron en los mal cerrados labios, tragó siquiera. Resbalábanle limpias, redondas y cristalinas por las comisuras, y se le perdían entre las recias canas de su bigote gacho. Rafael no se apartaba de su lado, declaró que no cenaba, y en sus idas y venidas de la habitación al patio, sacando su reloj para fingirse que la tardanza de cura y médico se abreviaba, se decía a sí mismo:

—¿Seré yo el responsable de esta muerte?....

porque se muere mi pobre Marcos, se muere sin remedio.... él no quería colear.... ¿lo habrá hecho aguijoneado por mi broma?.... ¿estaré yo maldito por mi amor a sor Noeline, y empezará Dios a castigarme?....

Por un instante, hasta se arrepintió de haber conocido a la monja y prendádose de ella; sus ideas de rico ignaro, convertían el imprevisto acontecimiento en maravilloso aviso: los amores malditos, producen cosas semejantes. Si no deseaba ver en su alrededor la desolación y la ruina, devastadas sus heredades y tronchadas las vidas de sus próximos, de su propia Nona quizá, debía desterrarse el afecto diabólico, borrárselo para de una vez, resueltamente

La hechicera imagen de sor Noeline, ante estos remordimientos, desvanecíase, se alejaba, y el cuitado de Rafael la miraba menos exacta, con indecisos periles de ensueño, distante e imposible....

La robusta naturaleza de Marcos, venció al sopor; despertó, y con su despertar viniéronle dolores en todas partes, el menor movimiento hacíalo quejarse, la fiebre, una fiebre intensa, entre delirios y lucideces púsolo inquieto, preguntón y tierno; refrescósele la memoria; hablaba con sábanas y almohadas, de sucesos antiquísimos que nadie recordaba. Se organizó la velada, y aunque los más se quedaron a acompañar al enfermo, las fatigas del día, la inveterada costumbre de no trasnochar y algunos residuos alcohólicos, no enteramente evaporados, dieron al traste con los cariñosos propósitos, y el sueño fué apoderándose de los veladores, que roncaban en muebles y rincones. Los que en realidad velaron a Marcos resultaron ser, Rafael, principalmente, Manuela, la cuñada del administrador y Encarnación

el cantor. Deliraba Marcos con la Nona, como si el afecto inmenso que le profesaba y al que no daba suelta por respeto hacia Rafael, ahora, con las proximidades de la muerte, rompiera ligaduras y artificios, y saliera franco, inagotable, ternísimo, aprovechando los postreros instantes para decir en ellos, aunque con prisas y tartamudeos, lo callado de otros días. Rafael, que oía aquella explosión, agradecíala por un lado, haciéndosele muy duro, por el otro, privar al viejo servidor de la presencia de su ídolo. Al propio tiempo, temía que la exquisita sensibilidad de su hija, se resintiera mayormente con el fúnebre cuadro, y en pensar si se la llevaba al moribundo, en echar pestes contra la tardanza de físico y sacerdote, y en aumentarse lo que él creía su culpabilidad, pasó la enorme noche, noche de campo. Con la aurora, al fin, sonaron en el patio herraduras y ladridos. Mientras el cura hízose abrir la capilla, en la que depositó la hostia cuidadosamente conducida por él mismo desde el pueblo, dentro de segura y pequeña caja de lata, el facultativo se llegó al enfermo, lo examinó y dió su sentencia.

—El golpe es mortal, y nada tengo qué hacerle; que se confiese, y resígnese usted, mi señor don Rafael, a perder a un servidor excelente.

Emocionadísimo Rafael, se acercó a Marcos, que con la mañana parecía haber recobrado el sentido y darse cuenta de los sucesos.

—Marcos ¿me oyes?.... ¿sí?.... bueno pues dice el médico, fíjate bien, que aunque tu caso no es desesperado, sería prudente que te confesaras, porque nadie puede asegurar nada...... pero si no quieres, no..... ¿quieres confesarte?...

—Sí quiero, patrón, sí quiero..... porque siento que ya ésto se acabó...... Y a usted, amo, le rue-

go que me conceda un favor muy grande ¿me lo hará?.... es el último, le juro que es el último.... ¿me lo concede?....

Rafael, de fijo más acobardado que el que iba a morir, sin lograr desterrar el remordimiento que lo perseguía a la manera de necio moscardón que vuelve y vuelve a molestarnos, así sacudamos la cabeza o con las manos tratemos de retirarlo, Rafael prometió conceder lo que le pidieran, pues, además, quería de veras al viejo criado.

—¿Qué era ello?

—Que me traigan a la niña Nona,—respondió Marcos, cerrando los ojos, como para no ver el signo negativo con que sin duda iban a contestarle,—un ratito no más, amo, por la gloria de su mamacita! mirarla un ratito, y.... besarla....—añadió en tono perceptible apenas, cual si solicitara una temeridad.

—Voy a traértela!—prorrumpió Rafael, decidiéndose.

Y Marcos quedóse inmóvil, respirando con fatigas, sus ojillos de anciano y de enfermo grave, muy metidos dentro de las órbitas, muy quietos, muy fijos,—según acostumbraba ponerlos en medio del monte, para distinguir lo que se le figuraba lejos, muy lejos....! Los que estaban próximos a la cama, pretendieron después que lo habían oído rezar.

La Nona, igual a todo niño excesivamente nervioso, a pesar de las protestas y garantías de Rafael, penetró en la estancia entre asustada y sonriente, algo trémula, asida a la mano de su padre y con un dedo en la boca.

—¿Cómo te sientes, Marquitos? ¿te duele mucho tu golpe?—le preguntó al amigo de su niñez.

Un estremecimiento visible recorrió el cuepo de Marcos al escuchar esa voz, tardóse algo en contestar, y con más presteza de la que era de suponérsele, sin un quejido, sin un gesto, se volvió a la Nona.

—Mi Nona! mi almita!.... permita Dios que seas más dichosa que la misma suerte! — exclamó a modo de conjuro, y luego le tendió la mano:

—¿No te da miedo cogérmela?....

¡Miedo! ¿Por qué había de darle miedo?.... Y la chiquilla, en quien triunfaron a la vez su afecto por Marcos y su ignorancia de la muerte, reaccionó, y ya muy risueña y confiada, fué y se echó en el mismísimo borde de la cama. Algo reanimó al hombre la presencia de la Nona; veíala, veíala de hito en hito, cual si quisiera aspirarla, confundirse con ella.

—¿Y por qué estás tan viejito, Marcos?—le preguntó la Nona, admirada de hallárselo, en efecto, envejecido notablemente, cual si en lugar de varias horas hubieran pasado por él varios años.

—Pues.... porque ya me voy....—gruñó Marcos, sin cesar de mirarla.

Nona se rió ante la profunda frase, cuyo verdadero significado no entendió, y que supuso una broma. Hallándose en el estado en que se hallaba ¿a dónde podía ir?

—Mentiroso, mentiroso ¿dónde te vas, si no te has de levantar hasta que no te alivies?....

—Ahí verás, — insistió Marcos—me voy muy lejos.... mira.... allá....—Y estiró su brazo hacia lo alto, rumbo a montes y nubes.

—¿A dónde, Marquitos? — le dijo Nona, que con marcado interés había seguido la inclinación del brazo—¿a la sierra?.... ¡qué frío!.... Lo que es yo

no dejo que te vayas...... ni mi papá tampoco.... pobrecito de tí......

—No, si no es en la sierra, es más arriba...... o más abajo.... no sé.... sólo Dios sabe! —terminó Marcos, conmovido.

—¿Y no has de volver nunca?—interrogó la Nona, retirándose amedrentada unos cuantos pasos.

– No, nunca....—repuso Márcos, enjugándose con grandísimo esfuerzo dos gruesas lágrimas —pero desde allá (*y tornó a señalar el misterioso lugar*) te he de cuidar lo mismo que aquí te he cuidado.... más todavía......

Leonor y Marcos mantenían su charla en moderado tono, en tanto que las mujeres alistaban un altar y los hombres allegaban flores, que desmenuzaban en el piso del cuarto. Rafael, sentado en el poyo del zaguán, contemplaba tontamente estas maniobras silenciosas y lúgubres. ¡Qué diferencia en menos de un día! ¡tan contentos ayer, y hoy.....! La campana de la capilla sonó de improviso; unos muchachos, hasta la torre encaramados, creyeron indispensable un repique.

Con sólo el alba sobre su sotana y un breviario entre las manos, apareció en la puerta de la capilla el cura del pueblo, recién desmontado del caballo, y después de depositada en el inseguro tabernáculo del ara rural de la hacienda, su caja de lata con las formas aun por consagrar. Rafael, se puso en pie y los muchachos de la torre se apaciguaron.

—¿Muy apenado, mi señor de Bello?....

—Mucho, padre, mucho .... sobre que hasta me parece que yo soy el responsable de su muerte!

—Vamos, don Rafael, destierre usted esa aprensión; ya me contaron lo que usted le dijo. Esto es

una desgracia, y nada más; si usted nada le dice, habría sido igual. Conformémonos, don Rafael, conformémones ante la voluntad suprema, y con su permiso, paso a verlo.... Eh! ustedes! (*a los de la torre*) no se escondan, sinvergüenzas, y llamen a misa!

—Pues que ¿va usted a decir misa, padre?

—Es preciso, don Rafael, para darle a Marcos la comunión y que siquiera el pobre se nos vaya bien despachado.

Jamás se supo si la confesión de Marcos fué tan larga porque tenía rezagos gordos, o porque en su gravedad creciente las palabras le brotaban con singular trabajo. En cuanto terminó, entró de nuevo en quietud y mutismo; apenas un ronquido muy vago, que de la garganta se le escapaba, dió a conocer a los presentes que el mayordomo de campo andaba en sus postrimerías. Resolvió el cura que no comulgara, por temor a bascas y boqueos, y únicamente lo oleó, frente a numeroso concurso,—casi todos los moradores de la hacienda,—piadosamente arrodillados. La Nona, nerviosísima, contemplaba la escena en los brazos de Rafael, que lloraba al par de los humildes, las mujeres y los hombres de la finca, que ni alarde ni secreto hacían de su lloro.

De improviso, cuando las plegarias subían ya de tono con murmullos de oleaje, Marcos intentó incorporarse, y preguntó claramente:

—¿Dónde está la niña Nona?....

La Nona, toda temblorosa, se abrazó al cuello de Rafael, que avanzó hasta que el agonizante pudiera mirarla.

—Aquí está conmigo, Marcos, en mis brazos.... ¿La ves?....

Sí que la veía, seráfica y fijamente, como sólo ven

los que se mueren, y mirándola así, expiró, mas expiró tan blandamente, que durante un cuarto de hora continuaron las plegarias de aquellas gentes ayudándolo a bien morir; sin miedos en el ido ni en los que se quedaban; que unos y otros confórmanse con la muerte y el nacimiento—¡los dos grandes accidentes de la vida!—por modo rudo y primitivo, como se conforman con que el trueno venga después del rayo, la noche después del día y el reposo después de las fatigas.

El fallecimiento de Marcos precipitó el regreso de Rafael a la ciudad; no se opuso al velorio del cadáver, mas no lo presenció tampoco, y encerrado con Manuela y la Nona,—que no cesaba de preguntar si Marcos se había ido ya, y a dónde,—mal durmió esta segunda noche, bien arropado bajo los embozos de las sábanas, pensando qué sería de él si no se curaba de su amor a sor Noeline.... Llegó a resolver en su insomnio, que la Nona no volvería al colegio, con lo que él se suprimiría las ocasiones de ver a la monja; forjóse muchos planes de dedicarse a su hija, de educarla en su propia casa, dándole constantes ejemplos de buena conducta. Y en el fondo, sus sanos propósitos reíanse de él, ni más ni menos que un grupo de granujas que por algunos minutos se conservan quietos en una visita de etiqueta; ellos saben que la visita concluirá pronto, que a nada los obliga, y que al salir recomenzarán sus travesuras y picardías. Sus propósitos preveían que los haría a un lado y que, sin resistencia para combatir los hechizos de la religiosa, los relegaría, y rendido de locura y de pasión había de entregarse a los mayores extremos. Los dos meses de campo no lo devolvían curado; tornaba a México, convencido de que para su mal no se encuentra humana cura.

Mientras tanto, el cuerpo de Marcos, rígido ya, descansaba dentro de un tosco ataúd hecho en unas horas por el carpintero de la hacienda. Cuatro cirios de cera, que Rafael costeó, ardían en los cuatro ángulos del modesto túmulo, y en la estancia mortuoria, con idéntica libertad entraban y salían los labriegos, sus mujeres, los chicuelos y los perros. A cierta hora, el administrador reglamentó la velada, de la que fueron excluídos aquellos cuya labor del día siguiente no era de confiarse a terceras manos. Recomendó moderación y poco trago, y se marchó a descansar.

Marcos estuvo piadosamente velado, hasta donde los que lo hacían estimaban que era piedad su manera de conducirse. Hubo, sin embargo, más botellas que rezos, más ronquidos que sufragios, y más apartes, tan ajenos al lugar y a las circunstancias, que hubiera podido creérseles personas ilustradas. A eso de las tres de la madrugada, descubrieron a Encarnación, del lado del tinacal, forcejeando con su novia que se defendía sordamente, en silencio, tirándole coces y rasguños de yegua bravía. Por lo demás, no se registró novedad.

Muy de mañanita, antes de que el amo y la niña Nona lo sintieran, los mozos fuertes, trastabillando de cansancio y sueño, cargaron con el cajón, y seguidos de los dolientes enderezaron sus pasos al cementerio. Ellos mismos cavaron la fosa, honda, muy honda, "para que don Marcos no se les apareciera," y con precauciones y suavidades, descendieron los despojos al agujero negro, que simulaba apetecerlos. Luego, conforme las paletadas de tierra floja iban rellenando la fosa, hombres y mujeres cogían puñados de esa misma tierra, que arrojaban al sepulcro mascullando rezos y buenos deseos por

el descanso del ánima del finado. Al retirarse, tuvieron que echar fuera del camposanto, a una vaca que se comía la yerba de los bordes de los sepulcros, y que había divisado toda la maniobra con mirar aburrido, oscilándole la cola, y rumiando y rumiando el césped verde, lozano y funerario.

La cercana presa, mandaba el eco de sus aguas despeñadas y rumorosas.

El guayín enganchado con el tiro de lujo, las ocho mulas iguales de edad, pelaje y brío, aguardaba a los amos; en el pescante, el mayoral, vestido de cuero y con sombrero galoneado; frente a las guías, un *caballerango* desmontado que las acariciaba, y en la trasera del carruaje, dos o tres baúles y maletas extranjeras,—restos de las correrías de Rafael por Europa,—con nombres truncos de ciudades lejanas. "Par...." "....sburgo," "Const...."

Cuando el coche partió al todo correr de las mulas por la ancha carretera, que, multiplicados y entre nubes de polvo devolvía los ruidos del látigo, cascabeles y herraduras; cuando la hacienda entera se empequeñecía, al alejarse sus dueños de ella, aunque sin perder su rumor de inmenso colmenar humano; cuando quizá muy pocos pensaban en el muerto, la Nona, que no podía olvidarlo, preguntó sollozando a Rafael:

—Dime, papá ¿a dónde se fué Marquitos?....

Y Rafael, por salir del aprieto, hizo un amplio ademán con el brazo, sin saber si atinaba con la respuesta adecuada a pregunta semejante:

—....Allá, a las montañas, a los árboles, a la atmósfera, a fundirse y reabsorberse en el Gran Todo....

IV

Con las melancolías otoñales,—que también en el colegio y sus dos extensos jardines hacíanse sentir,—las inexplicables lágrimas de sor Noeline fueron en aumento.

La verdad es que los tales jardines, el interior sobre todo, hubieran entristecido el ánimo mejor templado. Sus grandes árboles añosos, desnudábanse hasta adquirir aspecto de esqueletos que retorcían sus desnudos miembros, desesperados de no poder impedir el asesino trabajo de los cierzos. Cuando obscurecía, la desolación subía de punto, y el intranquilo espíritu de la monja,—que invariablemente se refugiaba en el "jardín de adentro," a pesar de soledad y tristura, quizá a causa de ellas,—era invadido por ideas crueles de peligros informes, de que algo malo le acaecería; vagos presentimientos de desgracias invisibles e inevitables; secretas necesidades de apelar al auxilio de alguien que la defendiese de los enemigos imaginarios, y de las diabólicas asechanzas que flotaban a su alrededor; anhelos de suprimirse algo interno que la dañaba, y que ella no conocía; de algo más fuerte y poderoso que su voluntad pero que de improviso, se le subía al corazón, oprimíaselo cual puño de hierro, para luego, y su-

biendo siempre, ahogarla a su paso por la garganta, y al fin llegarle a los ojos, donde se le convertía en lágrimas. Apoyada en algún tronco, lloraba sin consuelo, lloraba mucho; y de noche ya, recatándose los hermosos ojos, entraba en el claustro, comprendiendo instintivamente que hacía mal de llorar tanto. Pero mientras en el jardín permanecía, al convertirse en llanto sus opresiones y congojas, ella respiraba a sus anchas, suspiraba, sin otros testigos que las hojas caídas y los crepúsculos, azules como mar y prolongados como agonía; revivía días muertos, acercábase a sus parientes, y entristecida pensaba en la patria, su Burdeos; en su madre, en su hermano Honorato, el infortunado marino y,—¡Dios se lo perdonara!—hasta en su primo Gastón, el apuesto teniente de artillería, único hombre que le hizo probar los agridulces síntomas que preceden al amor.

¡Oh! nada reprobado ni nada contranatural; el idilio que todas las mujeres desde niñas persiguen y alguna vez realizan, a tuertas o a derechas; el que, si resulta favorecido, se le llama noviazgo y en matrimonio acaba, pero que si es contrariado, bautízasele de pasión y pára en adulterio, que únicamente atajan los propios hijos, los votos religiosos o la muerte. Sólo que sor Noeline no pudo gustarlo con toda su deliciosa integridad, a causa de las personas caritativas que auxiliaron a su madre en su viudez, obligándola a ella a entrar en la orden del Santo Espíritu; con lo que le troncharon sus ilusiones, esas flores que cuidadosamente cultivan en secreto todas las muchachas del mundo y que las hace reir a solas, peinarse con más esmero, sonrojarse ante sí mismas cuando con inocencia contemplan por primera vez, en el santuario impenetrable de su alcoba

virginal, su propia desnudez, y sin quererlo, advierten el ensanche de sus caderas, la morbidez de sus músculos, las duras y erectas protuberancias del seno, los hoyuelos que, a modo de luceros, surgen de la carne, los cambiantes nacarados de la piel, y la fragancia deliciosamente embriagadora que despide su cuerpo inmaculado de hembras nacidas y formadas para la fecundación y el amor!.... Hechizos que todas las muchachas ocultan, porque presienten que en ellos anida su fuerza soberana, y que instintivamente consagran al hombre, al elegido, al que ha de venir a disfrutar de encantos tales; por lo cual, ellas procuran cuidarlos y aumentarlos, a fin de que en la posesión anhelada y temida, el amante enloquezca y las idolatre.

Sor Noeline, no pudo experimentar todo esto; su idilio trunco y apenas esbozado, tuvo por prematura mortaja su tosco sayal de monja; su corazón de mujer no latió para el bienamado, sino poquísimas ocasiones, y los latidos violentos con que la sorprendió fueron debidos al claustro, al órgano, a sus votos. ¡Y esas contadas ocasiones eran tan ideales y puras!

Por el parentesco, su primo Gastón permitióse de chiquillo, caricias y besuqueos sin trascendencia; ambos jugaban a marido y mujer, pero marido y mujer anteriores a la paradisíaca manzana; con acercamientos que eran castidades, entusiasmos que eran candores, y herederos que eran sillas y envoltorios de ropas. Honorato, el hermano de Noeline, hacía de sacerdote, con una toalla en el cuello, y los casó muchísimas veces. Mas al crecer, no sé qué pudores de la parte de Noeline, qué respetos de la de Gastón y qué celos de la de Honorato, interrumpieron el manoseado juego. Sentábanse a charlar,

a guisa de personas mayores; Gastón hablaba del ejército, de la marina Honorato, y Noeline de lo que trabajaba su mamá y de lo que cuesta gobernar una casa, es decir, charlaban los tres de lo que por entonces entendían menos. Excepcionalmente, las manos de Noeline y de Gastón se tocaban, y al tocarse, los dos apartaban la vista, poníanse muy colorados y se alejaban el uno del otro, como delincuentes arrepentidos que se proponen radical enmienda.

Con la juventud, que a los tres se les fué encima de súbito, iniciáronse las separaciones; el colegio, primero, después, el *Equateur* para Honorato, y el "*2me. d'Artillerie á cheval*" para Gastón, cuya fisonomía franca y noble, en la que apuntaba el bozo, quedó entre los juguetes y recuerdos de la infancia de Noeline, tan guardada como ellos, pero como ellos imborrable y tierna. Debido a lo cual, cuando el retorno de Gastón a Burdeos, hecho un mozo, y guapo por añadidura, de oficial, con el bigote hacia arriba y el mirar hacia adentro de Noeline, tuvo ésta que apelar a sus recursos mujeriles para no revelar su grata emoción, para responderle muy tranquila, cierta tarde en que él le preguntó al pie de una de una de las columnas *des Quinconces:*

—"Noeline ¿te acuerdas de cuando jugábamos a casados?...."

—"*Voyons, Gaston, parle pas de ça, nous étions des enfants, quoi! Lâche ma main, qu'on nous régarde...*"

Tan recordaba Noeline la infantil época, que así se lo hizo conocer a Gastón sin decírselo a las claras, con veladas alusiones e indirectas, que sólo los dos entendían. Al partir Honorato en su primer viaje, probablemente le confió Gastón algo de sus planes, y de ahí los repetidos envíos de dinero para la dote de su "*Noeline bien aimée,*" pues su madre la llamó,

y risueña e indulgente, comenzó denominándola "capitana," y le refirió, luego, que cuando Gastón alcanzara el ascenso, alcanzaría también la mano de su prima. Tácitamente, pues, principió el noviazgo; Noeline y Gastón, más que conformes; Honorato, al cabo de los sucesos y sin oponerse a ellos; la madre de la cuasi novia, desentendiéndose en la apariencia de los amores. Al teniente de artillería, no le era dable visitar a diario a sus amigos; el cuartel y la ordenanza estorbábanselo más a menudo de lo que él habría apetecido. En cambio, la casualidad,—la cómica casualidad de los enamorados,—hacía que siempre Noeline tuviera que detenerse en las esquinas de las calles por donde el batallón pasaba, o que el oficial, para cualquiera comisión del servicio, prefiriese la calle en que la ventana de un tercer piso, que él se sabía de coro, abríase precisamente al caminar él por la mitad de la acera opuesta. El mismo "*Totó*," el tordillo quemado del teniente, como que metía más ruido en la dicha calle, y como que retardaba sus andares, por lo común garbosos y ágiles. Consistía el chiste, en que cuando Noeline tropezaba con el batallón, que volvía o iba a las maniobras o al tiro, le entrara un interés exagerado por lo que le quedaba tras los cristales de las tiendas; y aunque los caballos golpeaban el empedrado, y los cañones montados en las pesadas cureñas sacudían los edificios, y los "golfos" seguían a la tropa, y la gente se apiñaba para presenciar el desfile, vaya, aunque la fanfarria de clarines desparramara sus alegres y marciales notas, ella no volvía el rostro, pero clavaba los ojos en el cristal, y reflejadas en él, contemplaba a su sabor las facciones que no se atrevía a desafiar de frente, empurpuradas las mejillas, temblándole el corazón casi tanto como los

edificios, al imponente rodar de las piezas, firme a pesar de todo, de espaldas al ruido:

—"Trá.... lá.... lá.... lí," "trá.... lá.... lá.... lí"—decía el clarín, y ella, cual una estatua, sorda al reclamo; sin que por ello dejase de advertir si Gastón llevaba suelto el paño de sol o si portaba éste o aquel uniforme.

También en su ventana, si a pie o a caballo cruzaba Gastón la calle, Noeline no se exhibía francamente, lo necesario para ver al novio y nada más. Permitíase aventurar sus mentirijillas, que terminaban denunciándola, por el exceso de rubor que consigo traían:

—¿Por qué no me saludaste esta mañana, Noeline?

—¿En dónde?.... No te ví....

—¿De veras no me viste?—insistía Gastón, mirándola con fijeza. Y ella entonces, doblaba el rostro, todo encendido y hechicero.

Muchas noches, hasta hora honesta y discretísima, Gastón las acompañaba en sus veladas; la tía con la labor; el viejo, en la alcoba, valetudinario y quejumbroso; Noeline por todas partes, con su mamá a la que ayudaba, con su papá al que atendía, con los domésticos quehaceres que desempeñaba a las mil maravillas, y con él, con Gastón, a quien empezaba a amar.

Si era verano, por las abiertas ventanas se introducían los efluvios de violetas y fresas que distinguen a Burdeos; introducíanse también, aromas del río, un olor a viandas y ajo de los *restaurants* vecinos, tufos de vino evaporado, del vino que en innúmeras barricas acostadas una contra otra a lo largo de los muelles,—en que ya no caben las mercaderías,—se despacha para el mundo entero, a bordo de los grandes transatlánticos anclados en Pauillac;

introducíanse repiques de tranvías; voceos de periódicos; retazos de charlas expansivas; rodar de carruajes y ómnibus; perozoso humo de pipas; potente hálito de contento y vida, escapándose de las próximas y concurridas *Allées* de Tourny; encanallados ritornelos del corneta—pistón de algún café cantante, naufragando en las inmensas olas de aplausos que los desvanecían, y que de lejos sonaban a tempestad de granizo que se abatiera de súbito sobre los techos de zinc de distantes mansardas....

Por excepción, si la salud y el humor del viejo inválido le consentían, contagiados por esa mezcla de rumores y fragancias, Gastón invitaba a su tía y a Noeline a dar un paseo. Sentábanse en un parque, tomaban cerveza en la terraza de un café, y se recogían temprano, antes de las doce. Daba él sus brazos a las dos mujeres; reían los tres de la tibieza de la atmósfera, de lo lindo de la noche, de que riera todo el mundo, de la espada de Gastón que les estorbaba el camino, y que Noeline empuñaba al fin con sus manecitas; la señora, contenta de ver crecer a su lado amor tan inocente; Gastón, oprimiendo suavemente el brazo de Noeline, quien de cuando en cuando se lo reprochaba con el mirar dulcísimo de sus ojos azules; entrambos confiados, radiantes, creyendo firmemente que la ventura existe!

Si era invierno, la velada pasábase en el comedor por lo pronto, y en la sala después, en semicírculo frente a la chimenea encendida, que a ellos los reconfortaba alegrando la reducida estancia con el parlero chisporrotear de sus leños, unos pedazos de troncos que antes de consumirse para siempre, se abrían, se dejaban envolver en llamas, lanzaban a la alfombra chispas enloquecidas y efímeras, y por final caían amontonados, reducidos a cenizas, encima de

las cuales acomodaban la tetera que, a poco, con sus gruñidos, hacía que el gato de la casa la observara socarronamente, a medio dormir cerca de las brazas y como en duda de que mueble tan reluciente y pesado, encerrara enemigos de verdad en sus invisibles adentros. En tanto que la hora del té se aproximaba, Gastón y Noeline, so pretexto de asomarse a la desierta calle tras la vidriera de la salita, pegábanse a los cristales que con sus alientos se empañadan hasta ocultarles el desolador espectáculo invernal de la ciudad bordelesa. Antes de que los cristales se empañasen, veían las tiendas cerradas, a los paseantes abrigados y de prisa; confusamente, escuchaban ecos del teatro y notas destempladas del organillo de algún pordiosero, que en desierta bocacalle desafiaba a la intemperie con el arrojo de la miseria, y daba vueltas al manubrio con la terquedad de quien no ha comido y necesita comer.

—Pero ¿qué miran tanto?....—les preguntaba la anciana.

—Pues ¿qué hemos de ver, tía? La calle y sus tristezas—respondía Gastón.

Mas Gastón mentía. A fin de no denunciarse y de no llamar la atención, había descubierto un ardid para comunicarse impunemente con su prima, para mantener tendida plática con ella, sin mover los labios ni dejar una huella. En los cristales empañados, escribía con las yemas de los dedos todo lo que habría necesitado preguntar con palabras:

—*¿M'aimes-tu, Noeline?*

Durante dos noches, ni quién respondiera a la pregunta, escrita verticalmente, horizontalmente, con mayúsculas, con interrogaciones, con caracteres góticos. La luz del reverbero de la calle, y la del

estanquillo frontero, servían para deletrearla mejor, pero Noeline no se daba por advertida.

—*Régarde, cousine!*—exclamaba Gastón, colérico.

—*Oui, je vois bien!*—contestábale Noeline, sin bajar la vista a las letras, borradas con la manga del uniforme, si la señora abandonaba la chimenea para inquirir lo que veían los muchachos, y que resultaba poca cosa: un perro al trote, un guardia municipal, un cochero de punto abriendo los brazos y bailando dentro de los zuecos, sobre la acera, para calentarse.

Sin embargo, dióse el cristal tales mañas con su súplica que noche a noche dibujaba, una debajo de otra, en cruz, en redondo, en cuadro, de todos modos y en todas direcciones, que a los quince días de lucha, Noeline contestó un *oui* torcido y legible apenas, pues en el acto de escribirlo y sin reparar en si estaba o no estaba caligráfico, fué a sentarse al lado de su madre, quien por no maliciar la historia del vidrio,—aunque los muchachos le quedaban en las mismísimas narices,—nunca advirtió que cometiesen nada malo. Silenciosos, sí, muy silenciosos,—pensaba la buena señora,—porque quizá idean el modo de entenderse.

A la noche siguiente, el cristal manifestóse con exigencias:

—*Mais, dis-moi, Noeline, je t'en supplie, ¿m'aimes-tu d'amour?....*

Y salió otro *oui* mucho más claro y firme. Tras éste vinieron otros, por docenas, y luego diálogos, ternezas, juramentos, compromisos, el *bon Dieu* y la *parole d'honneur*, según que ella o él afirmaran o prometieran algo; los primeros disgustos leves, las primeras reconciliaciones encantadoras. El cristal, sensible y bonachón, prestábase a esos oficios de

Mercurio mudo; el invierno, por fuera, hallábase al cabo de esos dúos sin palabras, y sin duda, encogeríase de hombros ante niñería semejante; él, el gran viejo lúbrico y vicioso, que ha inventado las diversiones y los refinamientos; el que asesina a los pobres y prostituye a los ricos; el que en bailes y teatros escota indecentemente a las mujeres mundanas, y desnudas y muertas de frío empuja a los lechos infames de alquiler, desde las bohardillas sin fuego, a las vírgenes que desfallecen de hambre....; el invierno, que después de causar calamidades tamañas, vase por ahí, silbando sus glaciales romanzas de ventiscas y de escarchas, no paró mientes en aquellos amoríos de ensueño.

Tampoco la madre de Noeline se penetró de la mutua inteligencia secreta de los novios, llegando a preguntarse a sí misma:

—"¿Habrán reñido para siempre?...."

Fué Honorato quien aclaró situaciones, cuando uno de sus ruidosos regresos de hombre joven que comienza a vislumbrar la Fortuna, y que se siente brazos robustos para aprisionarla muchos siglos. Algo le hablaría Gastón, porque muy al corriente de los sucesos, se los narró a su madre en presencia de la interesada, que no sabía dónde meter la cara.

—Yo me encargo de nuestro pobre viejo, madre ¿usted consiente? Que lo que es Noeline, há tiempo que consintió...... Vaya, tonta ¿a qué sacas las lágrimas? ¿acaso no lo quieres? (*por Noeline que sollozaba*) ¿acaso no me tienes a mí, y no tengo yo a las Mensajerías Marítimas," y a la América entera para enriquecernos a todos?....

El proyecto de unión fué sucesivamente aprobado; ¡oh! una unión que tardaría mucho aún, hasta

que Gastón ascendiera a capitán y la dote de Noeline consistiese en un poquillo más que esperanzas y buenos deseos. Los chicos interesados, no se metieron en cálculos; se querían y los dejaban quererse, pues qué mejor dote ni qué mejor ascenso! Claro que lamentaban el no pertenecerse desde luego, pero para su edad ¿qué significaban cinco años de espera? Los años volarían por sí mismos, y en el desgraciado caso de que se las dieran de perezosos, ahí estaban ellos, Noeline y Gastón, á fin de apresurarlos con sus ansias de juventud y de enamorados.... De tal suerte, que en familia, sin amistades ni curiosos, celebraron sus modestos esponsales, salpicados con una media de Clicquot y el llanto de la madre; con la atonía del viejo paralítico, que miraba idiotamente a los miembros de su familia; con las garantías de Honorato, que aseguró ganarse unos mil millones de millones de francos, y con el clásico beso del novio, dado fogosamente por Gastón, y castamente recibido por Noeline.

En la ausencia de Honorato, Gastón, a virtud del parentesco y del noviazgo, se encargaba de representar al viajero en los negocios de la casa; y a pesar de ser militar y soltero, y alegre como el que más; a pesar de sus veinticuatro años y de hallarse de veras enamorado, lo cierto es que no supo permitirse con Noeline ninguna de esas pequeñas libertades que los novios arrancan de grado o por fuerza de sus prometidas. No hubo besos furtivos, ni rodeos de talle, ni abandono de manos, ni presiones de pie; sobre que sus visitas las hacía siempre delante de la tía, con la tía realizaban sus rarísimos paseos, y no era la señora capaz de tolerar ni un ápice de irregularidades.

Al retorno de la primavera, en que Burdeos a fuer

de buen meridional, se adorna, perfuma y hermosea, algunas tardes salía Gastón con sus parientes; empujando entre Noeline y él, el sillón de ruedas del pobre inválido, quien por no poder hablar, reía, reía al buen tiempo con su desdentada boca rugosa, de la que pendían temblorosos hilos de saliva, que su mujer o su hija le enjugaban en el acto para ahorrar ascos a la gente. De ahí que no gustaran de ir al jardín *des Quinconces*, donde el exceso de concurrentes los obligaba a no disfrutar de la caminata, sino a casi esconder al anciano, que se extasiaba frente al Garona, frente a las embarcaciones que se deslizaban suavemente sobre las blandas ondas del río, y a las que él saludaba levantando un brazo a duras penas y formulando sonidos de niño que no conoce las palabras, o de animal amaestrado que remeda el hablar de las personas que lo alimentan:

—"*Le.... la.... bat.... teau....*"

Preferían encaminarse a las afueras, por donde están el inmenso edificio del *Sacre-Cœur* y algunas granjas de viñedos. Allí, sí que se instalaban a su sabor; la señora junto a su enfermo, que entraba en gran quietud admirativa de la naturaleza, echado hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo de la silla y fijando su mortecino mirar en el paisaje. Abría desmesuradamente sus ojos, y con ellos abiertos, diríase que cual si presintiera su fin próximo, anhelaba llevarse consigo a la sombra y al misterio, aquel derroche de sonidos, colores y auras que con avidez veía, como para grabarlos en su retina con sobrehumano esfuerzo, o como si no obstante los muchos años que de vivir tenía, jamás se hubiese detenido a mirarlos, y ahora, la revelación le llegara tarde, cuando la propia vida lo mataba y no le prometetía para nunca más, espectáculo pareci-

do.... Su esposa, que hacía labor, sentada en las raíces de un árbol o en un tosco banco de madera, y que de tiempo en tiempo lo vigilaba, debía enjugarle, no saliva, no, —la boca hallábase bien cerrada! —dos lágrimas que ella atribuía a la misma vejez del marido, sin sospechar que fuesen la despedida trágica de uno que se va, a las bellezas que deja tras sí, inconmovibles y eternas.

Entretanto, Gastón y Noeline se alejaban algunos pasos; cambiábanse ternezas, ajenos a lo que los circundaba, egoístas porque se amaban, y por egoístas, felices. En las cortezas de los árboles él, y en la tierra floja ella, dibujaban sus nombres, las fechas memorables, las promesas dulces, ignorando que en los árboles, al igual que en la tierra, en los labios, al igual que en los corazones, el amor se borra poco a poco, hasta desaparecer por completo, después de habernos hecho creer que siempre duraría. Tierra, árboles, corazón y labios, están formados para olvidar lo que amaron, y amar de nuevo, por toda la eternidad.

Por lo pronto, ni Gastón ni Noeline metíanse en tales honduras, y al que hubiera intentado demostrárselas, con sólo mirarse mutuamente habrían jurado que los engañaban. Queríanse tánto, con un afecto tan ideal, que en ocasiones se preguntaban si no serían víctimas del sueño, y en otras, rápidos presentimientos sombríos, tocábanlos con sus alas de buho impalpable, y ellos se juntaban, dábanse las manos y no osaban ni romper el repentino y fúnebre silencio que los embargaba; cual si anticipadamente reconociéranse impotentes para bregar en contra de las crueles sorpresas de lo desconocido, y anticipadamente también, se conformaran con la especie de maldición que pesa sobre la humanidad, de cosechar

más espinas que flores y más desesperanzas que venturas.

Cuando uno de estos presentimientos los enmudeció, vieron pasar muy cerca de ellos a una porción de chiquillas escoltadas por unas cuantas religiosas del *Sacre-Cœur;* y el sordo rumor de sus pisadas a compás, el silencio y la humildad con que unas y otras proseguían su marcha, no sé qué melancolías en rostros y hábitos, acabaron de conmover a los amantes y de predisponerlos a las ideas lúgubres.

—Y si yo parara en monja ¿tú qué harías, Gastón?—preguntó Noeline, a virtud del afán, lo mismo masculino que femenino, de martirizar a quien nos ama, sin motivo, por morboso placer de cerciorarnos de que hay alguien que de veras sufra por nosotros.

—¿Si tú pararas en monja?.... —repitió Gastón luego de meditar un rato, y como si el supuesto no le resultara ni inverosímil ni imposible,—pues pediría que me mandaran a África, y allí me haría matar!

Tampoco Noeline halló la respuesta fuera de lugar. Así debía ser el amor, hermano y compañero de la muerte que camina detrás de él, para acudir en un instante a recoger su aliento último.... Y siguió mirando a las monjas y educandas que, compactas y lejanas, simulaban una procesión quimérica de espíritus que no pisaran el polvo; una procesión azul, silente, venida de lo alto para instruir a las niñas y socorrer a las huérfanas, sin conocer los hondos afectos carnales ni los goces de este mundo. De improviso, Noeline experimentó un rápido escalofrío en las espaldas, entre los dos pulmones, y volviéndose a Gastón, que nerviosamente azotaba la

yerba con su látigo reglamentario de artillero, le dijo aproximando la boca a su oído:

—No, monja no; dime que no me dejarías ser monja, dímelo....

Pero por mucho que Gastón se lo dijo, la muerte de Honorato, allá en el Océano, produjo el derrumbamiento de sus gentes, de ilusiones y de proyectos, dió al traste con la proyectada unión, consumió los poquísimos luises economizados para la dote, y con la fuerza brutal de los grandes sucesos,—los que determinan los horrorosos dramas ignorados de las familias pobres,—Gastón tuvo que renunciar a Noeline, y Noeline, que experimentó un choque interno, que alguna entraña importante se rompía y la sofocaba, tuvo también que presenciar su idilio trunco, tronchado por mano crudelísima. ¡Qué entrevista la en que se dijeron adiós!....

Primero, antes de decidirse por la ruptura para siempre, Gastón se portó caballerosamente; él se casaba, y se casaba de cualquier modo, aunque le costara la carrera ¿y qué? ¿no era un hombre capaz de trabajar en otra cosa y en otra parte? ¿de irse a esa misma América que les había matado a Honorato, pero que a muchos otros enriquece y premia? Noeline aprobaba el descabellado plan, que de perlas le parecía; con que Gastón renunciara, o exigiese su baja, o se fugase si era preciso, partirían los supervivientes, hasta el viejo paralítico, a esa tierra de Chanáan que generosamente paga a los que van a trabajarla..... Por dicha, la madre de Noeline, que personificaba la razón, los sacó del error y les deshizo el espejismo, con admirable sentido práctico de *mènagere* francesa; puntualizó hechos y desbarató entusiasmos.

—"Los pobres como nosotros,—principió la se-

ñora con amarga filosofía doméstica, de mujer combatida por la suerte y que en sí ha cosechado desconsoladora experiencia, —no podemos engreírnos con nada, ni siquiera con nuestros hijos, porque todo se nos va cuando menos debiera de írsenos; porque para nosotros exclusivamente, parecen escritas las sentencias y maldiciones bíblicas; nuestro pan lo compramos con sudor y nuestras bienaventuranzas no las alcanzamos aquí, nos las otorgarán luego, en otra parte.... Tú, (*a Gastón*) tienes que continuar tu carrera; si la abandonaras, serías un desertor, y con el grado que ahora posees no debes ni pensar en el matrimonio sino hasta que transcurran tres años lo menos, y siempre que la fortuna quiera ayudarte.... Te devuelvo, pues, la palabra empeñada a mi hija; eres libre, libre completamente, como lo es ella..... ¡pobrecita!..... Ya, ya sé lo que vais a decirme (*al observar que entrambos intentaban interrumpirla y oponerse*) que esto es una injusticia, que no es posible matar de un golpe lo que se ha alimentado días y días, que os deje yo seguir como estamos, en espera de época mejor, que vosotros no teneis prisa ¿verdad?.... hijos míos, yo sé más que vosotros, yo sé que los noviazgos indefinidos acaban mal.... Y vamos, que también mi resistencia se concluye; decíos adiós, cual si Gastón, por mandato superior, tuviese que marcharse a la guerra, a una guerra que nadie pudiera evitar, y a la que ningún buen soldado pudiera dejar de ir, y terminemos, que todavía debo resolver muchos problemas, y que resolverlos yo sola....."

Como si en efecto se hallasen en vísperas de una catástrofe, el ánimo adolorido y el espíritu inquieto; como si los minutos los tuvieran contados y no fuera dable distraer uno, con palabras entrecorta-

das y gestos temblorosos, Gastón y Noeline se dijeron adiós, en el comedor de la casita, que conservaba aún en muebles y rincones, recuerdos de las pasadas alegrías, ecos de risas y de cantos. Besó Gastón la frente nívea de Noeline, y echó a correr escaleras abajo, sin volver la cara, a la manera de quien acaba de perpetrar un crimen o de sufrir una desgracia irreparable. Noeline, con su espléndida belleza de virgen rubia, más acentuada por el dolor, de pie en medio de la estancia, sus manos caídas y enclavijadas, en actitud hierática, pudo al fin llorar, un llanto sin ruido ni sacudidas, que le resbalaba por el rostro y por el cuerpo, como si tratase de cubrirla con maravillosa túnica de duelo.... Su madre, de rodillas, imploraba Dios sabe qué imposibles mercedes, y de la estancia vecina, salían los sonidos inarticulados y bestiales del infeliz viejo enfermo, que no valorizaba la importancia de ningún suceso:

—"*Le....la....bat....teau....*"

En los tres meses siguientes, con la fatídica rapidez con que la miseria se señorea de sus elegidos, asistió Noeline al naufragio de sus padres, y al suyo propio; desde la desaparición paulatina de las alhajas humildes y de los muebles, hasta las brutalidades de los acreedores que husmean la ruina, y van acercándose por lo suyo con ferocidad increíble.

Mientras el dueño de la casa se limitó a exigencias y amenazas, la madre de Noeline tiró del carro; mas cuando el conserje la notificó de que dentro de ocho días habían de desocupar el cuarto, so pena de que el propietario en persona lo desocupara, se apeló a los recursos extremos, a la beneficencia del gobierno y a la de los particulares que buenamente quisieron ayudar a la familia en desgracia. El viejo,

fué a parar a un asilo gratuito; la señora, a cuidar del mostrador de un *restaurant* de las afueras, frecuentado por trabajadores de las muelles y por gente de mar; y Noeline, que a causa de su edad y de su belleza no habría podido arrimarse a su madre en sitio tan peligroso, ni menos permanecer sola trabajando en negocio de menos riesgo, a Noeline, por magnanimidad providencial la admitieron en su seno, y en calidad de pensionista de gracia, pero bajo condición de que en el momento oportuno tomase el velo de religiosa, las respetabilísimas madres del Santo Espíritu de Burdeos.

La narración la hizo en fragmentos, conforme fray Paulino ahondaba más en la memoria de la monja, con el formal propósito en una y en otra parte, de que las lágrimas sin motivo y los amargores sin explicación que afligían a sor Noeline en el colegio del Santo Espíritu, de México, no sólo alcanzasen explicación, sino también completa y ejemplar derrota. Las veces que fray Paulino cargó la mano sobre si el recuerdo de aquel Gastón borrábase o fortalecíase con el tiempo, no son para contadas.

La monja, honradamente, aseguraba que más bien se borraba, entre otras cosas, porque nunca había vuelto a saber de él:

—"Partió a Africa, como me lo ofreció, y jamás he sabido si vive o muere, durante estos seis años....."

—"Es que eso no basta, no señor ¡cómo iba a bastar! Calcúlelo usted vivo y muy vivo ¿qué sentiría usted por él?...."

Pues, a decir verdad, no sentiría nada.... malo; sentiría gusto, mucho gusto quizá, pero ni asomos del antiguo afecto, que se hallaba tan enterrado y

difunto como el resto de toda esa época en que creyó posible la dicha aquí abajo.

—"Y vea usted, *M. l'abbé*, cuando me asaltan estas lágrimas y estos amargores, que usted ha bautizado así, lo miro todo, todo, y no miro a Gastón, ni me acuerdo de él a las claras; hasta se me hace cosa de sueño lo que pasó entre nosotros, cosa de sueño, eso es, porque lo miro lo mismo que mira uno, al despertar, lo que soñó en la noche bonito y agradable si se quiere, mas sueño al fin, que no podría repetirse cuando estamos despiertos.... Yo miro cosas diversas, *M. l'abbé*, que ni yo misma esclarezco por mucho que me empeño.... De ahí mis congojas, padre, de ahí mis miedos ¿si son cosas incomprensibles y sin forma, por qué me hacen llorar?...."

¿Por qué la hacían llorar?.... Pues flojilla estaba la pregunta. Si por acaso fray Paulino lo descubriera, irían ya de alivio, si no curada ella y tranquilo él. ¿Por qué lloraría la muchacha? y fray Paulino llegaba a la impaciencia; era mucho cuento ése, que a sus años, con sus conocimientos y luces, se estrellara ante problema en apariencia baladí. Y nada, que no daba con la clave; lo que es la conciencia de sor Noeline, armiño puro parecía, y no estando el mal oculto allí, como de fijo no lo estaba ¿por dónde andaría?.... Con cautela excesiva, cual convenía a confesor prudente y sabio, comunicó sus temores a la superiora, aunque suavizados de modo que no resultaran tales temores. Supuesto que estaban en vacaciones, y de consiguiente con los quehaceres muy disminuídos ¿por qué no hacía que el médico examinara a sor Noeline? Un examen de acuerdo con la regla ¡Dios los librara de otro, ni en mal pensamiento! a ver si el hombre, con su ciencia, sacaba en claro la naturaleza del misterioso padecimiento.

Alarmada la superiora, procedióse a los cuantos días al facultativo examen, a presencia de la propia superiora, y sin manoseos, auscultaciones ni preguntas deshonestas; un examen ridículo y de ninguna utilidad, que encolerizaba al médico, quien debía circunscribirse a un interrogatorio infantil, a distancia, sin tactos; una especie de adivinación o de taumaturgia, que en ocasiones daba con la dolencia, y en las más, no permitía avanzar ni una pulgada.

Aquello equivalía, en concepto del doctor, que era de lo mejorcito de la ciudad, a robar descaradamente los dineros de las religiosas, pero ¡vaya usted a convencer a una monja de que es preciso, en circunstancias determinadas, que nuestras manos pecadoras toquen lo oculto, palpen lo bello y magullen lo mórbido!....

—Como si nuestras manos, que lo mismo pueden alargar que abreviar la vida, no fuesen tan respetables, y más, que las de los santos—mascullaba el afamado doctor, en el colmo de la iracundia.

Por supuesto, que con el superficial examen incompleto y convertido en ininteligible a fuerza de eufemismos enrevesados, apenas si se diagnosticó el comienzo de una neurosis que amenazaba volverse aguda.

—Usted me perdone, madre, pero esto sí es necesario que se lo diga: el estado de la hermana Noelina reclama baños fríos, de ducha y regadera; ejercicio corporal, menos rezos y más distracciones. Usted sabrá cómo se las compone con ella.

Algo escandalizada quedó la superiora; en primer lugar, porque no se daba cuenta exacta de lo que sería una "neurosis;" en segundo, porque lo de los baños fríos era un conflicto; ni en el colegio, ni en

el claustro existían los aparatos que para él se requieren, ni aun cuando hubiesen existido podía ninguna hermana, por anciana que fuera, aplicar chorros de agua en un cuerpo desnudo, el que tampoco podía desnudarse así como así; y en tercer lugar, porque concediendo que la interesada supliera la regadera con una esponja, encerrada a piedra y lodo dentro de una celda, tampoco en esa forma desaparecería lo pecaminoso del remedio, pues la contemplación de la propia desnudez, amén de hallarse estrictamente prohibida, acarrea consigo un sinnúmero de tentaciones y peligros. Por otra parte, si descuidaba la alterada salud de sor Noeline, eso de su "neurosis," incurría, de fijo, en responsabilidad manifiesta. ¿Si probara la enferma a bañarse con ropa y todo?.... Titubeando sobre si le consultaba o no el caso a fray Paulino, hombre al fin y al cabo, a pesar de sus virtudes, se le corrieron los días, las vacaciones terminaron y principió el regreso de educandas, la multiplicación de ocupaciones; y conforme el colegio llenábase de risas y parloteos juveniles, a la superiora antojósele muy cuerdo no resolver nada respecto a asunto tan arduo.

Los dormitorios se poblaron como de costumbre, salvo una cama que otra, cuyas dueñas retrasadas por dificultades domésticas, asomarían la cara en el curso del propio mes de octubre. Mas como octubre finalizara sin que la Nona apareciese, madres y alumnas se alarmaron, y la superiora púsole cuatro letras a Rafael. ¿Qué le sucedía a Leonor? ¿había enfermado o no volvía ya al Santo Espíritu?

Rafael, que tenía resuelto separar a Nona del colegio, —para huir él de las tentaciones que por fuerza lo asaltarían de nuevo al toparse con sor Noeline,—resistió todavía una semana más, y encomendó

por último al candor de Nona, el dictamen, sentencia o solución de su drama moral. Si ella manifestaba deseos de tornar a su colegio, Rafael no se lo impediría, pero tampoco sería culpable del retorno.

—¿Quieres volver con las madres o te quedas mejor aquí, con tu papacito?

La Nona, en su inocencia, puso la cosa peor de lo que estaba:

—Lo que es volver, por sor *Noelina* únicamente, las demás no me importan.

Brincó Rafael por lo que la respuesta, a venir de otro, simulaba una alusión, y casi con cólera, repuso:

—Vaya, niña, no digas tonterías! Volver sólo por sor Noeline, no tiene pies ni cabeza; te pregunto si quieres volver al colegio o quedarte conmigo ¿me entiendes ahora?.... Desde luego, que si vuelves al colegio seguirás con sor Noeline,—añadió dulcificando la voz, al ver que la Nona lo contemplaba medio asustada,—digo, a no ser que te pongan en otro dormitorio, que no te pondrán. Pero tú ¿qué quieres?.... Lo que te nazca, lo que más te acomode, eso me dices ¿te parece?

A causa de sor Noeline, la Nona determinó recomenzar su encierro, sin muchos entusiasmos,—dicho sea en honor de la verdad,—mas sin repugnancias tampoco; reflexionando, allá en el fondo de su criterio de niña precoz, que las religiosas le brindaban mayor abrigo, con no ser de su familia, que su "papacito" rodeado de amigos, comiendo rara vez con ella, ausentándose por dos y tres semanas, durante las cuales a ella se le iba encima su casona, y se sentía aislada y solitaria dentro de las habitaciones aisladas y frías, buscando arrimo en su "nana," en la cocina con los criados, y no en las piezas de los amos, en donde las alfombras sofocaban sus pisa-

das, en donde la flama de la vela, cuando asida a las enaguas de Manuela, de noche las recorría, convertía a sus sombras en gigantes temblones y pavorosos;—en donde las fotografías y los dos retratos al óleo de su pobre madre, la veían, la veían fijamente, cual si ansiase recomendarle algo o le prometiese acompañarla desde ahí, colgada en los muros y prisionera en los marcos dorados.

Rafael en persona la condujo al colegio, por experimentar o por creer que experimentaba un acrecentamiento en sus ternezas paternales, que no le permitían ya distraer su atención y su cariño de su hija única. En buenhora que antes, cuando Leonor por sus poquísimos años no había sabido hacerse querer tanto, cuando por esa misma edad su compañía no ofrecía sino escasos alicientes, en buenhora que entonces él hubiera continuado su modo de vivir a tontas y a locas, pero ahora era diferente, ahora era una señorita en formación, sobre cuyo porvenir Rafael debía responder a todo el mundo, y a ella más que a todo el mundo. De consiguiente, la entregaría con recomendaciones y encargos, en propias manos de la superiora, y si casualmente tropezaba con sor Noeline, no pararía mientes en el tropiezo; sólo atendería al cumplimiento de sus deberes de padre.

Sin embargo, según se acercaban al colegio; según la Nona reconocía sitios y lugares que enumeraba en alta voz, y con un dedo tendido fuera de la portezuela del carruaje los señalaba uno a uno, Rafael hubo de confesarse, muy en lo hondo, donde nos confesamos nuestras debilidades y malos procederes, que maldito si tales deberes lo empujaban al colegio; ¿cuándo nunca llevó él a su hija a estos comienzos de tareas escolares? Confesóse, pues, que

se mentía a sí mismo, que iba al convento por la secreta ansia imperiosa de ver a la monja, de saludarla, de sentirla cerca de sí, al alcance de su brazo, y a la vez muy lejos, en región desconocida para él, en la que nada podía no obstante sus voraces apetitos de rico vicioso; en la que ni aun purificado y contrito lo admitirían quizá.

Al entrar en la Ribera de San Cosme, se le concluyeron las energías y gritó a su cochero:

—Despacio, hombre, despacio, no vaya a asolearse una yegua....

El asoleado era él; él el intranquilo, el que no sabía qué postura tomar ni qué cigarrillo encender de los cuatro o cinco que llevaba deshechos. Nona, con una de sus manecitas apoyada en un muslo de su papá, y la otra descansando en el marco de la portezuela, golpeaba con sus tacones, alternativamente, la madera de la banqueta forrada de cuero, y tarareaba incomprensible música, de las que improvisan los niños nada más. De súbito exclamó sin cesar en su solfa:

—Mi–rael–cole–gio—papa–citó....

Rafael lo vió, en efecto; allí estaba, con su inmensa y severa fachada de sillería; sus balcones de medio punto en el piso alto, con un solo barandal a manera de "mirador;" con sus ventanas inferiores, enrejadas e irregularmente repartidas; con su portón arcáico, pesado, de postigo entreabierto y sus muchísimos clavos de ancha y redonda cabeza, oxidados y verdosos.

Detúvose el coche, y Rafael, arrepentido de escudarse tras el pretexto que se escudaba, bajó en vilo a la Nona, y con ella en los brazos penetró en una de las salas de espera. Tan emocionado penetró, que habría jurado, al pronto, que la primera religiosa

que le salió al encuentro era sor Noeline; y si la Nona no la saluda por su nombre, sor Quién Sabe Cuántos, él deja caer a la chica. Sofocadísimo, dió varios paseos en la sala, hasta la que se entraba un ruido de avispero lejano, que en nada amenguaba el majestuoso silencio imperante en el edificio todo. Aspiraba con las narices dilatadas el olor de la sala, mezcla de incienso muy evaporado, de barniz y de flores; paróse frente a cada uno de los cuadros piadosos de las paredes, y movió una silla.

—*A la bonne heure, ma petite,*—dijo la superiora inclinándose a la Nona, que, cogida a ella, empinóse para besarla.

—¿Y sor *Noelina?*—preguntó en seguida la Nona, con lo que aumentó el desasosiego de Rafael.

—*Elle t'attend, comme tout le monde; elle a été un peu souffrante ces jours-ci.*

Comprendió Rafael que su cara se hallaría roja, a juzgar por los vapores que en ella sentía; se agachó simulando que buscaba un objeto en el suelo, y a lo último se enderezó sonriendo a la superiora, que sin malicia lo observaba y que lo riñó en broma por su dejadez de no llevarles a la Nona, desde el día preciso de la apertura de los cursos.

Rafael, también echándolo a la broma, reconocióse culpable, pero culpable por cariño:

—Francamente, resolví robarme a mi propia hija, no traérsela más a ustedes que tienen tantas.... Es lo único bueno que me resta, madre superiora,—añadió, ya con seria entonación,—y si se la devuelvo, es porque ella quiere, porque no puede pasársela sin ustedes, sin...... ¿cómo se llama esta monja joven que la acompañaba cuando enfermó de la garganta?.... sor.... ¿sor qué, Nona?....

—¡Ay papá! sor *Noelina;* ¿no acabo de preguntar

por ella y no te hablaba de ella en la hacienda, a todas horas?.... — le contesto Nona, cuyo infantil y recto criterio no podía suponer tan desmemoriado a Rafael, o tan embustero, en caso contrario, para fingir un olvido sin necesidad.

—Eso es, sor Noeline, tienes razón ¿cómo he de recordarla yo, aunque mucho me hables de ella, como la recuerdas tú? Bueno, madre, el caso es que se la devuelvo por éso, y que en esta vez van a habérselas ustedes con un arrepentido y con un modelo de papás, que domingos y jueves vendrá a perturbarlas y a estarse con su heredera. ¿Lo aprueba usted?....

— *Comment donc, M.* Bello, *comment donc! Mais je suis enchantée.*

Y a todo esto, ni luz de sor Noeline. La entrega se diputó por terminada, besó la Nona a Rafael, quien en retorno hízole mil extremos, mas de marcharse tuvo, y con contrariedad mayor, por no haber visto a la religiosa, y que separarse de su hija, la que de mano de la superiora, realizó su entrada de criatura mimada y simpática en clases, jardines, capilla, comedor y dormitorio. El mismo dormitorio; su mismo rincón; su mismo pedázo de sol y su misma rama de heliotropo metiéndose por la ventana a fiscalizar las castas desnudeces infantiles. Su misma sor *Noelina*, alta, bella, rubia, que le abrió los brazos y dentro de ellos la aprisionó, dándole la bienvenida en español, con aquella su voz, divinamente harmoniosa, con que embelesaba a las alumnas.

En la propia tarde, al concluir de las clases, sor Noeline y Nona reanudaron sus amistades, sus confidencias mutuas, sus interminables charlas a propósito de fruslerías.

— ¿Cuánto apostamos, — prorrumpió sor Noeline,

—a que durante esta ausencia yo he pensado más en tí que tú en mí?

—¿De veras apostamos algo, sor *Noelina?*— repuso Nona radiante, segura de triunfar, —¿qué apostamos?....

—Pues, apostaremos una carrera desde aquí hasta la zanja del "jardín grande"....

—Perdió usted, sor *Noelina*, perdió usted,— dijo Nona palmoteando de gusto, —figúrese usted que aunque yo no la hubiera recordado, mi papá me hablaba de usted sin parar!.... ¿Quién gana, eh? Usted o yo?....

Púsose la monja como una grana al recibir esa descarga, y en lugar de contestar a la Nona, frunció el ceño y miró hacia las nubes, cual si tratara de huir de sus ideas; agitado su pecho, y en los ojos, los asomos del llanto aquél que a diario la asaltaba.

La Nona, que se esperaba otra actitud, que juntas festejaran su victoria, por lo pronto quedóse perpleja ante tamaña turbación; y temerosa, luego, de haber ofendido involuntariamente a la hermana, se apoyó sobre sus rodillas, y acariciándola en los hábitos, le dijo:

—Pero si usted quiere, sor *Noelina*, perdí yo.... ¿quiere usted que yo pierda?....

Confusamente la escuchaba sor Noeline, pues desde el instante en que oyó el nombre de Rafael y supo su empeño de mencionarla, perdió el sosiego y se estimó punto menos que perdida.

Igual que si alguna fuerza inteligente y maravillosa la hiciese deletrear sus pensamientos, mostrándole la clave de su enigma, del enigma que ni ella ni su confesor lograban esclarecer, sor Noeline vió claro en sus adentros, y se espantó de lo que

veía: en ellos moraba un hombre, y ese hombre era Rafael!!

Ahora sí que comprendía sus lágrimas, sus desazones e inquietudes, el mal secreto que venía haciéndola padecer sin motivo aparente. Lo que más la asombraba,—en el rápido y doloroso análisis mental que las palabras de la Nona determinaron,— era la instantánea clarividencia que le permitía descifrar, en un segundo, el misterio de tanto tiempo. ¿Acaso no resultaba naturalísimo, pues que de Rafael se trataba, el que se lo hubiese hallado medio escondido en la memoria? ¿Por qué alarmarse con el hallazgo? ¿Lo amaría por ventura?.... Al llegar aquí, no pudo más; se enderezó y se soltó de la Nona, perdiéndose por entre las callejas y los arcos del jardín, a la sazón que anochecía, que la ciudad mandaba sus alientos de coloso, intermitentes y errabundos, y que el alumbrado eléctrico reflejaba en los cielos su halo enorme de aurora boreal.

La Nona, desolada, corrió en pos de la monja, gritándole:

—Yo perdí, sor *Noelina*, yo perdí, pero no se enoje usted.

Sor Noeline, comprendió que ella sí se perdía si no calmaba los apuros de la chiquilla; la esperó en la reja, y nerviosamente, muy nerviosamente, le explicó su fuga:

—No es que me enoje Nona, no es que me enoje; es que me ha dado un dolor y me retiro a nuestro dormitorio, allí te veré....

Y casi la empujó a donde las demás internas estaban reunidas, solicitando, en efecto, permiso de la superiora para retirarse. Subió al dormitorio que custodiaba, sudorosa y pálida:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Ten piedad de mí!—dijo al en-

trar, a una imagen del Sagrado Corazón en cromolitografía; el Salvador, de busto, risueño, entreabriéndose las ropas con sus dos manos, para dejar ver un corazón defectuoso anatómicamente, suspendido a la mitad del pecho, sin arterias ni nada que lo sostuviera, con diminuta corona de espinas circundado, y una flama rematándolo.

El dormitorio nadaba en una atmósfera de silenciosa paz; sus tres ventanas al jardín, abiertas totalmente; su doble hilera de camas, sin hacerse aún; a media luz, las lámparas de petróleo pendientes del techo; la veladora del Sagrado Corazón, titilante y manchando las paredes como con tenues velos que a su capricho se acercasen y alejasen; y el reclinatorio, en la penumbra, bajo el cuadro, invitando a prosternarse en él y desde él confiar a Quien todo lo puede, las congojas más secretas, los pesares más hondos y los más incurables dolores.

Sor Noeline recorrió la estancia de arriba abajo, sin atreverse a mirar cara a cara a Jesús; las manos encima del corazón, para acallar sus latidos, la vista vaga, presa de angustias y sobresaltos, acobardada frente al tremendo descubrimiento. En sus paseos, fijaba su mirar en el cuadro, cuando menos unos instantes, al soslayo, y sea porque su pena la asesinara o porque los ojos del Nazareno la hipnotizaran, porque la enterneciera su divina actitud de dar sangrando su corazón por nosotros, los que pecamos, ello fué que sor Noeline se arrodilló en el reclinatorio, y asida a sus rebordes de terciopelo, sólo murmuró:

—¿Por qué, Dios mío, por qué?.... —cual si ese Dios de perdón y de bondad que sonriente y benévolo la escuchaba, fuera el responsable de las delincuencias de sus hijos.

En espera de que le respondiesen algo, clavó sor Noeline el rostro en sus propios brazos, y como nadie le respondía nada, púsose en pie, y llegándose a la santa imagen, con mayor claridad reiteró su pregunta:

—¿Por qué tengo aquí a ese hombre, Dios mío? ¿por qué no se va?

En vez de tocarse la frente o el cerebro, golpeábase el pecho, del lado del corazón, en uno de sus duros senos de doncella.

Y siguió aguardando....

Solamente que ahora, por efecto de su excitación nerviosa sin duda, estaba cierta de que la sonrisa del Redentor no era la sonrisa vulgar y estereotipada de una estampa que se fabrica y vende por miles, no, era una sonrisa melancólica de Ser Supremo que conoce nuestras miserias y de ellas se conduele, porque nos sabe impotentes y débiles para vencerlas. No pudiendo ayudarnos Él, por no destruir esta continua lucha entre el deber y la pasión que Él mismo echó al mundo, enseñándonos cómo el primero ha de derrotar a la segunda, prométenos también su perdón para cuando la segunda, irresistible y soberana, nos derribe y nos hiera.

Humilde y desgraciada, sor Noeline trepó en el reclinatorio, asióse al marco, y en voz más alta aún, con hondo anhelo de que mejor la oyeran, suplicó:

—Yo no quiero tenerlo, Dios mío, y si no ha de irse, llévame Tú contigo, en este instante en que todavía soy pura y digna de adorarte a Tí solo!....

Desdichadamente, no se operó el milagro, y sor Noeline, dando traspiés, reconocióse sin resistencias sobrenaturales, las que en los libros místicos surgen de súbito a defender a los elegidos; todo el arsenal que la deslumbraba en sus lecturas piado-

sas: las fieras del desierto, acometiendo a los impíos; los arcángeles de flamígeras espadas, pisoteando Luzbeles y ahuyentando tentaciones; los ángeles guardianes, velando sueños y cruzando abismos con el predilecto entre sus alas, quiméricamente poderosas e intangibles....

Sor Noeline caminó de espaldas varios pasos, hasta encontrarse en una de las ventanas, desde cuyo hueco clavó sus ojos, que no lloraban más, en las sombras del jardín. A medida que el aire frío de la otoñal noche le oreaba la frente, su espíritu se aquietó, muy poco, lo suficiente para medio explicarse el lamentable suceso, el por qué se encontraba en sus adentros con Rafael, sin que hubiese advertido su entrada, ni menos que se le acomodase tan a sus anchas. ¿Acaso con los sentimientos ocurriría lo que con los ladrones, que cuando el dueño de una casa duerme desprevenido, ejecutan el asalto de pronto y a él no le cabe otro recurso que gritar y pedir socorro, como sor Noeline lo pedía en aquellos momentos horrorosos? Porque lo mismito le acaecía a ella; sin su consentimiento se le habían entrado, y para la expulsión del intruso había menester del auxilio divino. Sí se daba cuenta, o por mejor decir, sí hacía memoria de que al conocer al padre de la Nona, le advirtió un parecido extraño con su primo Gastón, el de Burdeos, el militar, su primero y único novio. Rafael era Gastón, pero un Gastón más entrado en años, con las facciones más acentuadas, más hombre, en fin. Al descubrir semejanza tal, experimentó una repentina simpatía espontánea hacia el desconocido que, a causa de esa misma semejanza, cesaba de serlo, convirtiéndose, por lo contrario, en el continuador del otro, del artillero que guerreaba en Africa. Para acabar de convencerse de lo del

parecido, volvió a examinar a Rafael, casi en contra de su voluntad, mas como Rafael también la mirara intensamente, perdió ella el tino, subiósele la sangre a la cara, y toda aturdida se marchó de la enfermería sin ver de nuevo a aquel señor que se le borró, mediante un ligero esfuerzo y doble dosis de rezos. Después, cuando él la asaltó en uno de los corredores del colegio el día de la gravedad de la Nona, sin que a ella le fuese dable evitar el asalto ni que le cogiera las manos, ni que le encareciera a su hija, sor Noeline, para mayor tranquilidad de conciencia, narró a Fray Paulino los hechos, y el santo varón garantizóle riendo, que eso no era pecado ni era nada. Pero sor Noeline no quedó conforme, y durante las vacaciones y la ausencia de Nona, sí le chocó que siempre que en ésta pensaba, —y pensaba muy a menudo, —por fuerza algunos de esos mismos pensamientos se encaminasen en derechura al padre de su amiguita. Si no confesó a fray Paulino estas desviaciones mentales puntualizadas, sí le repetía una y mil veces que la perseguían malos pensamientos, así, en general, porque es prohibido mentar a terceras partes en un confesonario. Ahí, —según sor Noeline,—estaba, primero, su bienintencionado error, y después su culpa, su gradísima culpa, la que la conducía al sacrilegio.... De pensar esta palabra, sor Noeline se estremeció, estuvo a punto de dar un grito, y clavando más sus ojos en las sombras del jardín, en lugar del ansiado remedio sólo escuchó el siniestro crujir de las ramas de los árboles, el canto estridente de los grillos, y unas horas que sonaban a lo lejos, impasibles y acompasadas, tan impasibles, al parecer, como la imagen del Sagrado Corazón que persistía en su sonrisa de es-

tampa, y como la naturaleza adormecida y negra del jardín del convento.

Instintivamente, pensó entonces en su madre, y de considerarla tan distante, tan imposibilitada de valerla, regresó a arrodillarse en el reclinatorio, elevó una plegaria sin despegar los labios, pidiendo la muerte por manera tan honrada, que ni una sola fibra de su espléndida juventud se opuso a la fúnebre petición.

No oyó cuándo las legas penetraron en el dormitorio a arreglar las camas, ni cuándo subieron en infantil tumulto las "pequeñas," que, al divisarla postrada se calmaron, y muy serias y silenciosas cerraron las ventanas, desnudáronse en los bordes de sus catres, y una por una fueron metiéndose entre sábanas.

Nona no supo contenerse más allá de un cuarto de hora; abandonó su lecho, y descalza, dentro de su amplio camisón blanquísimo, acercóse sin ruido a su atribulada amiga, y le murmuró:

—¿Verdad que no está usted enojada, sor *Noelina?*....

Y sor Noeline, por segunda vez la rechazó, más duramente ahora, porque con su vecindad, imaginábase ella también más cerca de Rafael, y porque rechazando a la hija imaginábase rechazar al padre:

— *Va te coucher*, Leonor, *va t'en, va t'en!*....

V

La prolongada ausencia de Rafael habíase comentado mucho entre los socios del Club, los que en medio a sus escasísimas ocupaciones propusiéronse dar con el por qué de la cosa. Aunque Chinto disimulara y aun presumiera de ser el único al cabo de lo ocurrido, la verdad es que andaba tan ignorante como los demás, y hasta con su poquito de berrinche por el desengaño cosechado. Le dolía que Rafael, de quien se suponía mentor, lo declarase cesante en su elevado oficio. Luego, que ni un día dejó de ir a tomar sus informes con los criados de la casa de Cadena, y los tales informes habrían desesperado al más cachazudo; ¿Rafael quieto en la hacienda un par de meses, y en compañía de la Nona por añadidura? O él oía mal, o los otros explicábanse peor.

—¿Y no ha regresado una sola vez, ni ha mandado pedir algo, ni ha escrito cartas?

—Nada, nada!—respondía la servidumbre, con visible gozo de contrariar al que suponían un nocivo amigo del amo.

Chinto no se conformaba, entre otras razones, porque le había caído encima una sal horrorosa; no sólo no ganaba ya los veinte pesos de marras, sino que la época de malas lo perseguía sin tregua. Per-

día ahorros, dineros muy escondidos en su casa, dineros prestados, todo; cual si el demoníaco microbio del juego, quisiese mostrarle ahora su poder incontrastable, lo que se burla de planes y proyectos, de las módicas sumas ganadas al naipe, de las teorías y combinaciones de los que alardean de propia fuerza de carácter para no perder "ni un centavo más" de lo que les conviene. Chinto perdía siempre, noche a noche, con terquedad idéntica a la que por tanto tiempo lo hizo ganar y reirse de la mala suerte. En las primeras noches de pérdida, no se alarmó; parecíale una broma de las cartas, una coquetería de la baraja para hacerse estimar más, y casi la desafió tratando de forzarla; permaneció en el club hasta muy tarde, ligeramente emocionado frente a la persistencia del fenómeno. Él, tan prudente, había perdido cuatrocientos pesos!

Pagó en esa ocasión, y pagó en la siguiente, pero a la tercera suplicó, muy apenado, que lo aguardasen, rogándole al Cielo que, mientras tanto, Rafael retornara o lo sacase del atolladero con su liberalidad nunca desmentida. Ni Rafael tornó, ni Chinto atrevióse a confiar su cuita a los indiscretos alambres del telégrafo; en cambio, con engañifas y pretextos despojó a su hija, a su ídolo, de los pocos objetos de valor con que en más de una vez habíala obsequiado. La muchacha, —pues muchacha era ya y no fea,—dióselos de buen grado, sobre que jamás se penetraba de las misteriosas artes con que su padre vivía, llevándole hoy un mueble y una joya mañana. Creyó que así pasarían tales cosas, los papás llevando muchas preciosidades a sus hijas, quitándoselas luego, sin que en uno ni en otro caso deban las hijas inquirir el móvil que los guía. Porque los muebles se marcharon también, y se marchó

el piano, y la casita mostró desnudeces desconocidas y entristecedoras. Las comidas en común se multiplicaron, mas sin el júbilo que exigía la multiplicación; comían juntos a menudo, pero apenas se hablaban y menos se reían. Hacía el gasto un canario de la muchacha, desgañitándose dentro de su jaula.

En tal estado las cosas, regresó Rafael, aunque sin avisárselo a nadie, permaneciendo encerrado en su morada. Anunciáronle dos tardes a Chinto, y dos tardes negóse a recibirlo; ya no había quien pudiera colarse hasta el dormitorio del señor, si no se le permitía previamente. Chinto perdía la brújula, ¿sin recibirlo Rafael?....

Y es que Rafael, mientras resolvía el encierro de la Nona en el colegio, determinó aislarse; con lo que por otra parte quedaba más dueño de sus pensamientos, los que, claro, no se apartaban de la efigie de la monja.

Hasta la mañana en que Nona no fué entregada a las religiosas, tampoco Rafael levantó el entredicho a las visitas; y cuando Chinto, con tenacidad envidiable, llegóse en la tarde a la portería, y en ella le permitieron que subiese, cruzó a la carrera el patio, en dos zancadas despachó escaleras, y todo jadeante y sofocado, penetró en el despacho, donde Rafael, pluma en ristre, fingía escribir:

—¡Dios te lo pague!—clamó al entrar. Y se dejó caer en el vetusto y polvoso canapé de la biblioteca, a los mismísimos pies del cuadro que representaba al antecesor linajudo de Rafael, "don Sebastián Bello y Cruces, de la Torre y del Pinar."

—Saluda siquiera, hombre,—díjole Rafael, sin levantarse del escritorio; y le tendió la mano, que

Chinto fué a estrechar, dibujando una sonrisa de amigo cortesano.

—Ay, Rafaeluco, – suspiró, —si supieras lo que le sucede a tu viejo Chinto!....

– Vaya, Chinto, habla en serio y no me vengas con jaranas ¿qué es ello?

– ¿Qué es ello?.... Una friolera, que.... que vamos, no sé cómo contártela.

—¿Tan grave es?

– Tanto, – replicó Chinto, poniéndose de pie y con trágico ademán, – que si tú no me salvas, me pego un tiro!

– ¿Tu palabra de honor?....

– ¡Mi palabra de honor! Juzga tú mismo.

Acercó un sillón a la mesa, y en la media voz con que se hacen todas las confidencias, principió la suya. A la vanguardia, los circunloquios y las atenuantes de que abusamos, para sincerarnos ante un extraño de lo que nosotros mismos sabemos que es malo. Después, salió el delito, —aunque tan disfrazado e incognoscible, que el propio Chinto se lo perdonaba. Y a lo último, la súplica, la humillación de pedir dinero prestado, con la certeza de que se carece de recursos para pagarlo, exornándola con ofrecimientos de no jugar más, con filosofías aprendidas a trozos que se escuchan aquí y allí, y que demuestran inconveniencias en el pernicioso hábito; exornada, asimismo, con el vergonzoso desfile de las cuitas íntimas, la hija sacrificada, el hogar vacío! Lo que nunca debiera decirse, y que se dice, sin embargo, para ablandar al adinerado; por más que uno comprenda que con la indecorosa revelación, se descorre un velo sagrado, y a más de vicioso se resulta con escasa delicadeza.

Muy cierto que Rafael quería a Chinto, pero no

lo es menos que su cariño era caprichoso y tiránico, como son por lo general los afectos que los ricos dispensan a los pobres, en las amistades desiguales que tanto abundan en los grandes centros. Son amistades falsificadas, contrahechas; el producto, naturalmente adulterado, que imita al legítimo sin igualarlo, y que a la mejor enseña la trama grosera de que está formado; una amistad de arriba abajo, con protecciones descaradas, inmodestas ayudas y reproches en público, que igual rebajan al que los dirige y al que los recibe. De manera que, según Chinto exponía su caso, Rafael lo escuchaba frunciendo las cejas, con una mal contenida y exagerada severidad.

—Pues pudiste ahorrar tu novelón de folletín. diciéndome con palabras claras, que has jugado sin tener con qué pagar, y que quieres que yo pague por tí ¿no es esto?—soltó Rafael brutalmente, en cuanto Chinto calló.

Y Chinto se tragó el agravio, sin muecas ni aspavientos, cual ahogado que no puede reclamar que lo salven con cuerda de seda, y que se limita a asirse desesperadamente de la que le arrojan.

—Eres injusto,—murmuró, sin embargo, con la cabeza gacha, contemplándose su calzado,—cuando tú me has necesitado para algo, no te he contestado con ofensas, sino complaciéndote en el acto. Te ruego que me prestes una cantidad, no que me la regales, sabiendo, además, que ninguna falta te hace....

—Dispénseme usted, señor duque ¿es cuanto desea su excelencia?—repuso Rafael con zumba, por encontrarse en una situación de ánimo muy común a las contrariedades amatorias en su principio.

—¡Nada deseo!—respondió Chinto levantándose,

—pues lo que deseaba, bien veo que no eres capaz de dármelo, ni con todos tus millones. Quédate con ellos, y adiós.

Por la escalera lo alcanzó Rafael, arrepentido de la dureza desplegada en contra de la propia volición. Había dicho todo aquello, porque le sobraba en la garganta, porque ya se hallaba listo para salir y no supo atajarlo, porque le salió quién sabe de dónde, del sitio ignorado de que sin duda nos sale lo malo que dentro llevamos.

—No me hagas caso, Chintón, no seas quisquilloso; perdóname y dime cuánto necesitas. Yo soy ahora el que te reclama que me ocupes. Anda, entra,—terminó, dándole afectuoso empellón por las espaldas; y como al entrar de nuevo en el despacho chocárale el mutismo pertinaz de Chinto, pegóse a él, y le descubrió un par de lágrimas vergonzantes que se escondían por el bigote.

—¡Tú, Chinto! ¡tú lloras, y por semejante tontería!.... Pues para desagraviarte, ven y coge lo que te dé la gana,—y con trémulo pulso, abrió de golpe la caja de hierro que puso de manifiesto sus intestinos de fajos de billetes de banco y de pilas de pesos duros, sus divisiones y compartimientos metálicos y los gruesos libros de cuentas, inclinados unos sobre otros.

Chinto se encogió de hombros frente a la riqueza, que en ese instante despreció de veras; volvióse a Rafael, y exclamó:

—Cierra tu caja, hombre, pareces una criatura.... Ya te dije que sólo quiero mil.

Contados que fueron, en diez billetes de a cien pesos, Rafael cerró el mueble, y antes de entregarlos, conservólos en las manos, un momento, mientras significaba a Chinto una vez más sus ningunas

intenciones de lastimarlo,—aunque en realidad, los conservaba por la repugnancia instintiva que experimentamos, sin advertirlo, al desprendernos materialmente de una suma de monedas; una repugnancia rápida, sin precisa forma y que no es avaricia. Y en tanto que Chinto se los guardaba, entrambos permanecieron silenciosos, por la momentánea solemnidad que el dinero imprime a su paso. En seguida, Chinto se sentó y reiteró su oferta:

—Ya lo sabes, Rafael, que conmigo cuentas para todo; te lo he demostrado y no me pesaría demostrártelo más.

Vuelto Rafael a su preocupación constante, decidió de pronto comunicarla a alguien, y ¿quién mejor que Chinto, cuya discreción probada en asuntos anteriores, acababa de comprarla con el pseudo préstamo de los mil pesos? Rafael, egoísta como todo rico, demasiado que se hacía el cargo de que sus billetes estaban lo mismo que si los hubiese tirado a la calle ¿cuándo ni con qué se los pagaría Chinto? Y desvanecido el buen impulso, creyéndose siempre acreedor, acariciando planes de realización dificilísima e improbable,—pero para la cual veníale Chinto de perlas,— soltóse a hablar:

—Confidencia por confidencia, Chinto, ahora oye tú la mía, si es que antes no la has adivinado. Por la millonésima vez de mi vida amo de nuevo, pero....

—Te repetiré lo que tú me dijiste; para salir con embajada semejante, no valía la pena de que te pusieses serio....

—Es que mi caso sale de lo común, no sé que se presente con frecuencia. ¿Sabes a quién amo?

—Para mi criterio y para el análisis es igual. ¿Sabes tú, en cambio, lo que es el amor? ¿la diferencia que hay entre amor y amar?.... Pues ahí va mi mo-

do de ver en el asunto, y cuenta que si alguno en el mundo puede y debe considerarse un amoroso, ese alguno soy yo. ¡El amor!... —Chinto arrugó los ojos, cual si intentara aprisionar a la visión que el nombre evocaba,— el amor es una fantasía subjetiva que hemos inventado maliciosamente, para encubrir nuestras callosidades cardíacas y nuestras monstruosidades morales; pero el amor, el ideal, el que soñamos todos y todos invocamos sin conocerlo a las derechas, ese amor no existe.... te digo que no existe, aunque muevas la cabeza y te rías de mí, como si se me hubiera marchado el juicio; no existe, y voy a convencerte de ello. Dime, pero con entera y honrada franqueza ¿a quién has querido más en tu vida?.... Advirtiéndote que tiene que haber sido una mujer, a la fuerza ¿a quién has querido más, a tu madre, a tu amante,— y si te place llama a ésta, novia, esposa o querida, —o a tu hija? ¿a quién de las tres?....

—Así, de improviso, no sabría decidir....

—No, si no es de improviso, te auxiliaré. Calcula vivas a las tres, y que la muerte llegase por dos de ellas ¿con cuál te quedarías?

—Con la Nona!— respondió Rafael, sin vacilaciones.

—Ingratitud número uno, porque a la Nona la engendraste inconscientemente, por procurarte un placer fugaz entre los brazos de tu esposa, sin imaginarte si resultaría un hijo, y, seamos francos, sin que te importara un ardite ese resultado; como un animal cualquiera, a la manera que engendramos todos los machos. ¿O crees que en el planeta aliente alguien que se ponga a hacer *eso*, persiguiendo un hijo que quizá ni venga? ¿lo crees?....

—No sé, —repuso Rafael, algo escamado, —lo que

sé es que hoy te ha dado por ensartar disparates....

—No son disparates, al contrario, es que cuando se pregunta uno ciertas cosas, no hay escape, y o se desentiende de ellas o concluye reconociéndose de bicho hipócrita y vicioso. Si te molesta, no sigo....

—¡Molestarme!... ¿por qué?.... Sigue hasta que te canses, y si me duermo, no te ofendas, despiértame.

Jamás Chinto había disertado tan en serio sobre aquellos asuntos, que el club y sus socios no le parecían local ni auditorio adecuados. Con ellos discurría de caballos y naipes, de ebriedades y mujerzuelas, guardando para sí estos restos de teorías materialistas, estos escepticismos de estudiante de medicina, que de tiempo en tiempo subíanle a la superficie y le enturbiaban el humor y su placidez de parásito bien educado. A modo de fuego interno determinabánle, en la rarísima ocasión en que asomaban, un terremoto que barría con creencias, convencionalismos y fingimientos, sin perdonar ni respetar nada. O los disparaba o habría reventado.

—Conque decíamos, —continuó implacable, —que el preferir a la Nona era una ingratitud mayúscula, y es claro, entre la Nona, que hubiste a trueque de un goce sensual, y tu madre, por ejemplo, a quien desde antes de nacer costaste dolores y congojas, la elección no debiera ser dudosa. Sin embargo, ten la bondad de observar que el único amor verdadero, el amor arquetipo, el que todos los padres profesan a los hijos,— quitando, por supuesto, las excepciones monstruosas que confirman la regla, —ese amor se paga con el olvido, cuando bien le va.... Espérate, espérate, no me interrumpas.... Fíjate también en que ni siquiera nos hemos dignado mencionar a

tu señora, y no porque la pobre de veras haya muerto, sino porque precisamente a causa de ser tu señora, la madre de tu hija, es natural que ocupara en tus afectos el último lugar, y que.... lo diré de una vez, que la odiaras sin pretender averiguar ese mismo odio que hasta ha de haberte alarmado, como nos alarman nuestras imperfecciones; un odio sordo, injusto, cobarde, infame,—echa adjetivos,—pero odio al fin, el incurable, el que nace fatalmente en las personas condenadas a vivir siempre juntas y en forzosa intimidad.... martirio de que se olvidó el excelente caballero Alighieri!

—Chinto, qué bárbaro eres! Mira que se necesita estar orate para vomitar tanta sandez!

—Es lógico que me censures y que me llames bárbaro, ya que no me llamas con peores títulos. Tú eres un rentista, un oficial superior del formidable ejército de las clases acomodadas que lo disfrazan todo, que a todos los vicios y a todos los delitos les ponen nombres gratos, o los designan con eufemismos, para continuar practicándolos y cometiéndolos. Pero yo.... yo soy un desheredado, un infeliz que aunque clame al Cielo, ni el Cielo ni ustedes han de hacerme caso... Tú representas el orden y el capital, yo la revolución y la ruina; para tí se estableció el magistrado con frac, para mí el gendarme con revólver; tú puedes tener mancebas o hijos adulterinos, yo no puedo tener esposa ni descendencia legítima; para tus gentes se construyeron las casas suntuosas y los parques a la inglesa, para las mías las casas de vecindad y los hospitales gratuitos.... Por eso, (*levantándose y accionando iracundo*), por eso no creo en tus amores.... ni en los míos, ni en los de nadie; por eso me río yo de ustedes, y de nosotros, y de mi sombra, porque todo el rebaño, el rebaño entero no

vale ni esto.... —y arrojó al corredor la colilla de su cigarro.

—Pues, hijo, ni Ravachol—declaró Rafael magullado aún en su amor propio con la sacudida de Chinto, —pareces un diputado socialista de por allá o un ordinario de por acá.... Afortunadamente, no eres ni uno ni otro. Siéntate, y escucha mi relación, dejando a un lado tus enconos y tus bilis; ya no es la época de arranques de ese calibre, ahora son cursis, creémelo.

—Al pie de la letra te lo creo, pero también cree tú lo que yo afirmo, —persistió Chinto, a quien todavía sobraban denuestos y sátiras que no deseaba tragarse,—cree que por el culto al maldito Becerro de Oro, el que más y el que menos, todos ejecutamos mil porquerías; y te lo afirmo con este desplante, porque tú formas parte de la camada, mayor o menor, pero la formas. De suerte que mi rociada, apenas si te llega a las botas y no debes preocuparte, con darlas a limpiar, tan aseado como antes.... Por tu desgracia, te ha tocado nacer y vivir en uno de estos pudrideros modernos que bautizamos de grandes ciudades ¿no es cierto?.... responde con la boca.... ¿sí?.... bueno, pues la flora de ellas, lo que incuban y disimulan lo mismito que sus miasmas, pongo por caso, es una tremenda colección de complicados envilecimientos, que lentamente manchan a las reputaciones más limpiecitas y a las honorabilidades mejor reconocidas.... sí, sí, no me mires airado, las van manchando, como la humedad te rasguña, mancha y destruye la mejor luna veneciana o de acero bruñido que sea.... de ahí que veamos y tratemos con la conformidad que se opone a lo irremediable, a una legión de estimabilísimos cornudos; a otra de virtuosísimas casadas con sus señores

maridos y con el señor Todo el Mundo; a otra de diputados, senadores, ministros, etc., que le dan treinta puntos y la salida, a Rinconete y Cortadillo; a otra de honradísimos comerciantes nacionales y extranjeros, que lo mismo se curan de su conciencia que del primer vaso de agua que se tomaron; otra de....

—Chinto, detente; que en alguna de esas otras que aun te faltan, pudieran encontrarnos a tí y a mí....

—Lo que es eso, júralo; tenemos la honra de ser también florescencia metropolitana y de invernadero, mas como el mal carece de antídoto, y opinas sabiamente calificándome de cursi,

"Cuéntame tus amores, bien de mi vida,
"Corónala de flores, que es cosa mía...."

Concluyó Chinto, cantando "La Paloma" a voz en cuello.

—Mejor te los contaré en la calle; a ver si el aire te vuelve gente de razón. Vámonos al Bosque, anda.

Y en el faetón, que aguardaba en el patio, al trote largo del tronco de ingleses, Rafael, que los guiaba, narró al fin su enamoramiento. Por principio, exigía una reserva absoluta, inverosímil, una reserva como ni él en persona había sabido guardar. Empeñada que fué la palabra de honor de Chinto, en medio de los vaivenes del carruaje y de los saludos con látigo y sombrero, la poética figura de sor Noeline, con nombre y todo, brotó de los labios de Rafael, que al propio tiempo fustigó a los caballos para distraer la turbación que con sólo pronunciarlo le sobrevenía de fijo. Los caballos, encabritados, permitieron que Rafael se repusiese y que Chinto se penetrara de lo grave del negocio, el que, franca-

mente, no se sospechaba de tal tamaño y trascendencia.

—¿Qué opinas, así, en general?—le preguntó Rafael, sofrenando a sus animales.

—Chico, la verdad es que estoy estupefacto, e ignoro qué consejo darte. Fuera del "Tenorio" y de una lega bastante vulgar que cuando la exclaustración se largó con un corneta de los "chinacos," y a la que yo conocí després, de nodriza, no sé cómo se las compondrá uno con las monjas, ni creo saberlo nunca. ¿Ves mis aires de librepensador?....pues para mí no es posible que una monja o un sacerdote inspiren pasiones como cualesquiera hombres y mujeres. O les falta o les sobra algo; quizá les sobre nada más su traje talar, que radicalmente los diferencia de nosotros, quizá les falte, a ellos, la barba, y a ellas, la coquetería innata a las mujeres. Pero te lo repito, yo sentiría frío con una monja en mis brazos; y si me supongo mujer, apuesto a que sentiría ascos de que un sacerdote me estrechara en los suyos.

—No me negarás, a pesar de ello, que abundan más de lo que fuera de desearse los padrecitos enamorados y disolutos....

—Cómo he de negártelo, si se los encuentra uno a la vuelta de cada esquina; pero el que los haya, no es prueba sino de que el voto de castidad es una ley contraria a la naturaleza y que sólo unos cuantos esforzados y santos logran acatar. Señor, si nacemos de lo contrario de la castidad, y nacemos dotados con pasiones, formados de carne y hueso ¿a qué prohibir fruto tan deleitoso, origen, objeto y fin de nuestra mísera existencia? ¿por qué suprimirnos lo que la endulza?.... Que nos hagan nacer truncos

o que recién nacidos nos trunquen, enhorabuena, pero completos y crecidos, no pedir peras al olmo.

—Bravísimo, Chinto, capaz eres de convencer a las piedras con tu elocuencia. Eso mismo que acabas de hablar tan bien hablado, me lo tenía yo dicho, mas ¿qué quieres? como soy católico y católico viejo, de figurarme que llego a algo con sor Noeline tiemblo y quisiera olvidarla, marcharme a otro mundo; cualquier cosa que me salvase, hasta en contra de mi anhelo, de perpetrar un sacrilegio.... Caray, Chinto, repara en que es muy serio un sacrilegio! ¡qué enormidad!.... y luego, al morir, el infierno.... ¿Tú crees en el infierno, Chinto?....

—Hombre, te diré, eso depende,—replicó Chinto, sin saber qué responder a pregunta tan escabrosa,—allá, de chiquillo, claro está que sí; después, de estudiante, casi nada, nada más bien dicho, como casi ninguno de los compañeros ni de los maestros.... yo no sé qué diablo de conflicto se establece entre la medicina y el dogma, que en ocasiones lo coloca a uno con los del pro y en ocasiones con los del contra.... Yo hice entonces, lo que calculo que hacemos todos: durante el día, perorar al igual de los demás energúmenos, burlarme de curas y de creyentes, jamás pisar el templo; pero en la noche, mascullar siquiera, las oraciones que me enseñó mi madre, en la soledad de mi cuarto estudiantil, sin muchos muebles, testigos ni censores; rezar, por si acaso sirve, y ser en definitiva con mi doble cara, tan poco honrado como las cuatro quintas partes de los espíritus superiores.... ¿me comprendes?.... dame un cerillo....

Acercábanse al Bosque, y Rafael, interesado en la charla, puso los caballos al paso, para oir mejor sin preocuparse de las riendas, que, con desgaire

llevaba en una mano. La tarde, aunque ligeramente fría, estaba apacible y deliciosa. El cielo limpio, sin nubes, de azul monótono; el corvo piso del Paseo, donde no lo cubrían las hojas secas, caídas de los árboles semi desnudos de follaje, con muchas huellas de carruajes, hondas rodadas que corrían paralelas, se entrecruzaban, se alejaban, simulando las rayas que a su capricho pintan los niños sobre terso pliego de papel, cuando todavía no saben manejar el lápiz. El faetón, muy pegado a la ancha acera de la derecha, caminaba despacio, con crujidos de mueble nuevo, y en las guarniciones, faroles y salpicadera de charol, lo mismo que en las cadenas de los collares y en la niquelada extremidad de la lanza, chispazos y reflejos del sol poniente, que se hundía allá, en un escampado, entre la mole granítica y verde del Castillo, y las esfumadas chimeneas altísimas del Molino del Rey, detrás de unos montes apenas visibles. Los oblicuos rayos del sol, no molestaban cosa mayor a Chinto y a Rafael, no obstante que iban de cara a ellos, porque aparte de ser suaves de suyo, llegábanles al través de ramas y troncos de árboles. El faetón, en su sombra que se arrastraba por el suelo, se alargaba y alargaba cual si fuese una bestia fantástica de tres cabezas y de cien pies: las cabezas de Rafael, de Chinto y del lacayo, y los pies de los caballos que se multiplicaban al infinito.

Pasada la última glorieta, en la que aun no se alza monumento ninguno, dejábanse ver un coche que otro, algunas personas a pie, señoras enlutadas, en higiénico ejercicio, niñeras trotando junto a chiquillos sin sombrero, al aire sus revueltos rizos de cabello y al aire sus chillidos y risas. Un caballero de edad, sin éxito, probaba a andar en una bicicleta que

lo hacía caer por tierra en cuanto él, torpe y pesadamente, se encaramaba en el asiento diminuto.

Por la opuesta acera, mirábanse grupos silenciosos de obreros saliendo del trabajo, al hombro la chaqueta, en el rostro tizne, en su marcha y en su actitud, desaliento y cansancio. Más allá, mirábanse casas, ranchos desvencijados, fábricas con humaredas póstumas por chimeneas y tubos de desahogo, rótulos colosales: "Fundición Artística," "Fábrica de Carruajes," "Baños de Ducha."

Más allá, los fondos abigarrados de las casas que caen a Bucareli; un gran trozo de la Plaza de Toros; los tranvías de Tacubaya, a escape; y cerrando el cuadro, mucho más allá, muy lejos, picachos de montañas y las nevadas cimas de los volcanes.

Al frente, en la torre de cristales del observatorio del Alcázar, una orgía de destellos y de luces que no parecía causada por el sol agonizante, sino por la propia torre, convertida en fanal monstruo, por dentro, y por milagro iluminado, con objeto de preservar a sabe Dios qué viajeros imaginarios, de los riesgos de un descanso engañoso en la bella y pecadora ciudad de los palacios y de los lagos!

—Sí te diré, – continuó Chinto, luego de encendido su cigarro, – que el infierno, tal como nos lo presentan, no se impone ni inspira temores serios, a mí a lo menos, porque se me antoja que pugna con nuestra época, que no puede existir adefesio semejante.... Ahora, si por infierno hemos de entender un castigo para después de la muerte, cuando nuestro humano comportamiento no ha valido tres cominos, el problema entonces es diverso y hay que reflexionar el negocio. No digo tú, que eres un católico convencido, hasta nosotros, los tibios y científicos, – no me tosas si me cuento entre ellos, yo soy hombre

de estudios, aunque incompletos; soy un prófugo de la Escuela de Medicina, pero en ella estuve dos años e hice toda mi Preparatoria.... Bueno, pues en el sentido de castigo, sí creo en el infierno, porque creo también en otra vida; y no me preguntes qué es la otra vida, no sabría definírtela; creo en ella, y eso me basta.... Y ¿sabes por qué creo en todas estas cosas de las que antes me reía a carcajadas?.... ¿no lo sabes?.... Pues, por mi hija!—añadió bajando la voz, —los hijos nos tornan pusilánimes y cobardes. En la duda de que sea o no sea cierto lo que de pequeños nos inculcaron, especialmente la bárbara injusticia de que los hijos paguen las faltas de los padres, te aseguro que tiembla uno de suponer castigados a esos pedazos de corazón, a consecuencia de nuestras inmundicias y picardías.... ¿De qué te azoras?....

—No es que me azore, no; es que pienso en mi Nona y pienso en mí mismo, en todo lo que yo he hecho y en que ella jamás hizo nada para que la castigaran. ¿Qué culpa tiene la pobrecita de que yo haya sido lo que he sido?....

—Ahí veras, pero la amenaza es ésa; por suerte, queda por averiguar si será verdad. Luego, que con esto nos apartamos de lo otro, de tu asunto ¿de veras, de veras estás enamorado de esa sor Noeline?

—¡Como nunca lo estuve de mujer ninguna!.... Mira, Chinto, yo creo que me he perdido para siempre con este amor maldito, creo que ya ni una absolución papal me serviría en la hora de mi muerte; pero, oye, acércate más para que el lacayo no se entere, la quiero tanto, tanto, que a veces, como si el demonio me poseyera, —yo digo que el demonio será ¿quién otro ha de ser?—a veces, siéntome capaz de robármela, de incendiar el colegio, de derribar por la fuerza cuanto a ella se me oponga....

vaya, que porque me quisiera, temo que ni perderme me importe, con tal de perderme con ella!.... Con que, ya verás si no es obra del demonio?.... Si ella hubiera sido otra ¿sabes? la mismísima emperatriz de la China, yo no me habría enloquecido ni apasionado; las diferencias de posición, los maridos, todos los obstáculos naturales que defienden y circundan a una mujer común y corriente, de las que se hallan a nuestro alcance, aun a riesgo del propio pellejo, o te enardecen o te enfrían, y por lo general te enfrían.... pero una monja, Chinto, una monja, sin más defensas que su hábito, su virtud y su santidad! Defensas que en un principio no ves, y por eso no te intimidan, pero que si te alejas y te serenas un poco, sobre todo, si cual yo, profesas ciertas creencias, se te transforman en defensas inexpugnables, potentísimas, que hacen que te aborrezcas por tu crimen y atentado contra cosas de Iglesia!.... Una monja, Chinto, debajo de cuyo sayal adivinas una belleza extraterrena, y una alma que es susceptible de palpitar y de amar como la tuya!.... Una monja, en cuya boca ambicionarías que amortajaran a tu espíritu, a tu sér entero, pues sus besos deben valer lo que vale el paraíso, y sus brazos son los rivales de la víbora que con sus amaños perdió, no al primer hombre ni a la primera mujer, sino a toda una humanidad!.... Una monja, Chinto, que como sor Noeline, es muy superior a la manzana de Adán, y que si tú, hombre al fin y al cabo, no puedes contenerte y la muerdes, en seguida has de encontrarte con el infierno, francamente, Chinto, o arrostras el todo por el todo, o enloqueces como enloquecido estoy yo!....

Continuaba el faetón rodando lentamente, los ca-

ballos al paso, y el crepúsculo muriendo en su soberbio lecho de montañas.

Pronto franquearon los umbrales de la reja del Bosque, mudo y bastante más sombrío que la calzada. De miedo, relincharon los caballos al aproximarse a la casa de fieras, que se denunciaban por su acre pestilencia de carniceros y por un rugido que otro, escapado de las jaulas de hierro, que en esos momentos cubrían los cuidadores. Los ancianos ahuehuetes, tenían rumores suaves, de viejos achacosos que se preparan al descanso; arriba, en el Castillo y en la rampa, se encendieron los focos eléctricos, y los tambores y cornetas del Colegio Militar, tocaron "llamada de sargentos;" abajo, los cisnes del estanque, sacudíanse alas y colas, y en dislocada marcha, rectos los flexibles cuellos, ganaban sus viviendas lacustres, al son de graznidos ingratos; en las entrañas del Bosque, reverberaban con intermitencias millones de insectos luminosos, describiendo perfiles de fantásticas figuras incompletas; ranas ocultas, ensayaban sus gargantas, y la masa de la fortaleza, el conjunto todo, diríase que se envolvía, voluptuosamente, en impalpable y amplia túnica de claridades siderales.

El monumento a los Héroes-Niños del 47, en ese fondo de semi-obscuridad, simulaba un signo de admiración labrado en piedra, para que el olvido humano se estrelle contra su aspecto druídico, y perdure el recuerdo de los que creyeron en el Deber.

Embargados por la majestad de la hora y del sitio, y por el asunto mismo en que se ocupaban, Rafael y Chinto permanecieron sin chistar, mientras el carruaje, luego de pasada la boca de la cueva, rodó un trecho más, hasta detenerse en la espaciosa

plazoleta que ostenta en su centro el sabino más corpulento del Bosque, y que se encuentra en las cercanías del antiguo y desecado lago.

—¿Te parece que nos bajemos del coche a seguir nuestra plática?—insinuó Rafael.

—Ya es muy tarde y estamos lejos del centro, acuérdate.

—¡Bah! con el resuello de mis caballos, regresaremos en diez minutos. No me desampares, Chinto, y te invito a cenar en el club, para que pagues tu deuda ¿quieres?

Apeáronse, tomó el lacayo órdenes y riendas, y se marchó con el carruaje. A tiempo que la noche cerraba, los dos amigos quedáronse completamente solos.

—Si vieras—murmuró Rafael—lo que me agrada un lugar así!.... Se me figura que mi amor aumenta, pero que mi delito se empequeñece y trueca en culto ideal por sor Noeline, con el que a nadie ofendo, y que a mí me alivia.... En la hacienda, muchas noches me salía yo al campo, y me perdía entre los sembrados, escondiendo mi cariño sacrílego, a modo de fiera herida que busca un rincón ignorado donde quejarse y morir sin que la miren.

—¿Sabes que te noto atacado de seria enfermedad? No te vi jamás tan romántico,—repúsole Chinto, interesado en el mal de su amigo,—sobreponte ¡qué caramba! y cerciórate antes de si ella comparte tu sentimiento; que si no, pierdes tu tiempo, tu calma, y te tiras el gran ridículo. ¿Sor Noeline te quiere?....

—¡Si me quisiera—prorrumpió Rafael febricitante—si me quisiera, ya ni ella ni yo estaríamos aquí! Me la habría llevado qué sé yo dónde, lo mismo a París que a la mitad del Océano, lo mismo a un

desierto que a la iglesia de San Pedro de Roma.... y a las gentes que se horrorizaran de nuestro amor, al Papa que nos excomulgara, a todo el mundo, lo confundiría yo, mostrándosela, anegándome en sus caricias, en sus miradas, en sus besos, y preguntándoles si una mujer como ella no vale tanto como el alma de cualquier hombre, del más justo, del más santo, del más inocente....

—Pero entonces, loco y tres veces loco ¿de qué te apuras? Aclara, primero, si también ella prefiere a su existencia monacal perderse contigo; a las purezas del claustro y a la vida mística y contemplativa que lleva, la vida de pasión que tú le darías.... Ofrécele esa vida, con sus estremecimientos, sus vértigos, sus deleites y sus dolores; ofrécele su metamorfosis, que cese de ser monja para convertirse en mujer..... y si acepta, si la vida verdadera, la vida del mundo, la que grita, lastima y acaricia, la seduce más que la artificiosa que guarda en su convento, y tú, tú con tus defectos, vicios y virtudes, con los brazos abiertos y el corazón palpitante la atraes más que los santos de palo y las imágenes en litografía, que, a cambio de lo mucho que le exigen le dan éxtasis solitarios y promesas impresas en triduos y novenas, entonces róbatela, desnúdala y adórala; condénense juntos, y a fin de desquitar de antemano los castigos eternos, a fin de procurarse la celeste visión de la gloria, que ya no verán nunca, idolátrense, que la única gloria en la tierra es la mujer amada, su cuerpo, su perfume, sus labios y su aliento.... ahógate con ella, y bajen o suban a la eternidad, con sus cadáveres abrazados para que ni la tumba al podrirlos, ni los gusanos al devorarlos, los puedan separar.... que se confundan sus materias en un solo montón de inmundi-

cias, y que las flores que de él nazcan, derramen un perfume mixto y exquisito: el de los últimos besos de ella y el de los últimos suspiros tuyos!.....

Sin advertirlo, Chinto a su vez era víctima de la atracción del abismo; el pecado de amar a una monja, lo contaminaba con sus malsanos refinamientos, y de ahí su disolvente discurso, sus delirios eróticos que cayeron en Rafael cual lluvia benéfica.

—Sí, Chinto, sí, eso tendré que hacer, lo que dices y yo he pensado desde que la conocí, lo que pienso ahora. Mas si no me quisiera, si conforme con su suerte y con su existencia me rechaza ¿qué le hago a ella y qué me hago a mí?

—Lo que tú y todos hacemos en circunstancias análogas; lo que hiciste al romper con Amparo.

—Chinto ¡por caridad! no compares a una con otra, no blasfemes.

—¿Y por qué no he de compararlas, si ante el amor todas las mujeres son iguales?....

—Mentira, Chinto, te juro que eso es mentira, y que no hay mujer igual a sor Noeline ¡qué ha de haber!

—Y yo te repito mi dicho; sino que las mujeres, antes de ser nuestras parécennos distintas, mejor siempre la postrera. Después.... después nos convencemos de que son iguales, con idénticas propiedades y recursos idénticos; que todas saben a lo mismo. En estos momentos, no estás tú para atender razones, de consiguiente, te concedo que sor Noeline tenga para tí especial sabor.

—Así es, Chinto, digo, así sería si ella accediera, pero ¿cómo hago yo para que acceda? Discurre algo tú, que te hallas sereno, y que lo que discurras me permita amarla, ser amado y no perdernos. ¿No podría alcanzarse una dispensa a sus votos,—aun-

que me costara mucho dinero,—y casarnos luego, como dos humildes que se quieren?

—No desbarres, Rafael. Bueno es enamorarse mas no perder la chaveta; ¿cómo has de casarte o comprometerte con una religiosa mientras está en un convento, así sus votos sean tan quebradizos como el vidrio?.... No barbarices, hijo.... En ese caso tendrías que aguardar, yo no sé a ciencia exacta, cinco, diez años, sabe Dios!

Con mentar a Dios, entrambos se miraron y enmudecieron, mas Rafael, en quien el combate entre sus creencias y su pasión era perenne, amargándole aquéllas los placeres mucho antes de realizados, anticipándoseles ésta mentalmente, y adornándoselos por maravillosa manera, con atenuantes y excusas para el posible evento de que alguna vez los ejecutara. De súbito, interrogó a Chinto:

—¿Piensas que mi pecado sea pecado mortal? ¿piensas que no habrá sacerdote que de él pueda absolverme?.... dime lo que pienses.

—Caracoles!.... Yo ignoro los cánones y no me es dable contestarte más que arreglándome a mi criterio, el que, te comunico de paso, no anda muy cerca del de un sacerdote, así fuese de los que el vulgo llama de "manga ancha." ¿De qué te serviría, pues, mi respuesta?.... Quizá hasta te perjudique, porque de repente se me va la lengna y suelto unas cosazas iguales a las que te solté un rato há y que tú prometiste acatar cual lección de catecismo.... Y es que yo te sugestiono, te he sugestionado siempre.... —añadió pensativo,—soy una entidad moral y física superior a la tuya.

—¿Y a mí qué me importa que me sugestiones o no, Chinto de los diablos? Lo que te pido es una respuesta que me sirva.

—Ahí tienes la sugestión vivita y coleando. Una vez comprobada, se me resiste, sí, se me resiste aconsejarte alguna temeridad, muy propia de mis luces.... apagadas. Además ¿qué he de decirte que no te haya dicho ya?.... Lo que te garantizo, en serio, es que, dada tu religión, no caben dentro de ella términos medios: o prescindes de tus creencias o prescindes de sor Noeline, escoge! Por supuesto, —agregó al observar el desconsuelo de Rafael, —mi solución no significa ni con mucho, que no tropieces con algún padre que te absuelva después de cometido tu sacrilegio; que a lo que entiendo, son poquísimos los pecados que no deben absolverse. ¿No absuelven bajo condición,—fíjate en mis conocimientos,—a los que sin confesión se hallan en artículo de muerte? ¿cómo no absolverían al que va y confiesa a raíz de pecar?.... Aunque mira, Rafael, yo tengo para mí que ciertos pecados, ni todas las absoluciones de un cónclave pueden borrarlos de nuestra conciencia.... por eso dejé de confesarme, porque suponiendo que me perdonaran en cien confesonarios el infame abandono de la madre de mi hija, de la pobre "Virgen de la Paloma," yo no me lo he perdonado ni me lo perdonaré nunca.... y si cuando me muera abren mi cuerpo, y es posible descubrir materialmente un remordimiento, en el mío encontrarán ése, clavado para siempre. Como mi pecado hay muchos, y el tuyo no me parece de los más graves, a mi modo de discurrir; pero yo no soy secretario particular del Padre Eterno, ni mis ideas son inspiradas por el Espíritu Santo; soy un individuo como todos, con más defectos que cualidades, lleno de pasiones que, conforme me acomoda, no sé, no puedo o no quiero vencer; mi libre arbitrio, es un arbitrio libertino, y en definitiva no tengo para la

hora de la liquidación final, sino un argumento poderosísimo: no haber solicitado mi vida, que me encajaron sin previa consulta, y que una vez con ella a las espaldas resultó más fuerte que yo, por lo cual, si en diversas ocasiones me he apartado inconsciente y conscientemente del camino del bien, mis dolores y mis lágrimas me cuesta; combatí sin armas, y me hirieron, me derrotaron, y herido y derrotado me presentaré a donde me conduzca la muerte, que tampoco solicito.... Sin duda, declararás que predico una irresponsabilidad inmoral y demoledora ¿verdad?.... por eso con nadie hablo de lo que llevo dentro, de lo que creo, espero y temo. Si tú no opinas de la propia manera, ya estás advertido de que te pierdes, de que intentas un crimen en contra de tu religión y de que debes renunciar a tu monja, así el renunciamiento te torture. Si conmigo opinas, persiste en la lucha que libras, trata de dominar el impulso, mas si el impulso te domina a tí ¿qué remedio?.... Cuando un buque hace agua, los pasajeros y tripulantes se esfuerzan por atajarla, acometen prodigios, pero si el agujero es muy grande, el agua se ríe de ellos, entra y entra hasta que se traga al barco, que no tuvo la culpa de que lo lanzasen al mar, ni de que lo obligaran a suponerse dotado con mayores resistencias de las que en realidad poseía. ¿Me explico, Rafaelín?.... Aquí entra lo gordo, escúchame con tus cinco sentidos. Nosotros, comparativamente, somos menos que un buque; somos una canoa chiquitita, microscópica, compelida a navegar en un mar más grande que todos los mares juntos, a bregar contra vientos más terribles que los más terribles huracanes, y contra corrientes más traicioneras que las que hoy se conocen. ¿Entiendes mi símil?.... Si arribamos a puerto, es

por milagro positivo; lo común y frecuente, es que perezcamos en la forzada travesía, roto el timón de la fe y rotos los remos de la esperanza. No bogamos sino unos cuantos nudos, los que median entre el muelle de la niñez y el primer escollo de la juventud; luego, con nuestra canoa lastimada ya, continuamos dando tumbos en las airadas olas de la superficie y hundiéndonos fatalmente en los bajofondos de nuestra humana vida! ¿Que nos estrellamos al fin?.... paciencia, antes se estrellaron muchos y después se estrellarán no menos....De consiguiente Rafael, si la dureza de la roca que te amenaza, nada vale junto a las delicias con que ha de obsequiarte tu religiosa, cierra los ojos y estréllate.... Aquí lo dejamos, porque a puros símiles voy a concluir con el poquísimo talento que me resta. ¿Nos volvemos? Son casi las ocho.

Rafael callaba, abstraído quién sabe desde cuándo; apoyado en el grueso tronco del sabino, veía sin ver, el suelo humedecido, latíanle las sienes y latíale el corazón. En su cerebro, tan poco acostumbrado a la gimnástica del raciocinio, se despedazaban con reconcentrada saña sus creencias de niño y de rico ocioso, semi fosilizadas ya, contra unas hercúleas y nuevas que sin piedad, cual verdaderos y primitivos iconoclastas, correteaban a aquellas, expulsándolas por inoportunas, inválidas y viejas; creencias que jamás se le anunciaron, pero que, seguramente, crecieron y se desarrollaron dentro de él, sin que lo advirtiese; impías, que se tiraban al dogma y a todo lo sagrado, por más que él hubiera querido impedirlo. Escapadas, golpeándole el cráneo en su idioma de latidos, le aseguraban que muchas cosas que por santas pasan, suelen ser invento de hombres y de hombres tan imperfectos como era él. "No creas en

ésto, ni en aquéllo,"—repetíanle. Y Rafael sentíase a orillas de un abismo, que a un tiempo lo espantaba y llamaba. Como de súbito dejase de oir, más que las palabras de Chinto, el murmullo de su voz, con esfuerzo extraordinario volvió de esa especie de letargo, y saturado aún de las heréticas negaciones internas, dijo por lo alto, cual si consigo hablara:

—Decididamente, es una injusticia prohibir el amor a nadie. Dios no lo prohibe, porque Él lo instituyó.... ¡Todo ama en el mundo!

—Es cierto,—le contestó Chinto, buscando su mirada en las sombras,—en el mundo todo ama y todo muere!

—¡Morir después de amar! ¿Qué mejor premio?

—Que te sublimizas, Rafael, y te me vas a largar por los aires. Por de pronto, retreta, que estos ciudadanos ahuehuetes han de apetecer recogerse, y estamos desvalándolos. Tiburcio (*al cochero, que cabeceaba en el pescante del faetón, a corta distancia de los señores*), enciende los faroles y acércate!.... ¿Y,—preguntó a Rafael dándole el brazo,—qué has resuelto en fin de cuentas? Porque hasta este instante, convéncete, nada más hemos divagado ¿prescindes?

—Si ella me desahucia; si no, decidido estoy a llevar a cabo la mayor atrocidad.

Con intempestivo latigazo obligó a los caballos a salir disparados, y en unos minutos internáronse por la enorme calzada desierta; apenas de trecho en trecho, una pareja de la Montada departía entre sí, al perezoso tranco de sus adormecidos y pacíficos corceles. Las luces eléctricas, oscilando con gruñidos de incendio en sus bombas de cristal apagado, recortaban en las aceras las sombras de los árboles

sin hojas; sombra inquieta, que pretendía huir o esconderse, semejando criminal que se resiste a que lo fotografíen en su prisión; sombra dibujada por el antojadizo movimiento de la ramas desnudas, que sacudía el viento otoñal y frío de una noche de noviembre.

Sin detenerse, como una exhalación, cruzaron el Paseo, contemplados por las estatuas y por los camareros que ponían tablas a las ventanas del "Café Colón," y que habituados a extravagancias y ruidos, les hicieron igual caso que las estatuas.

Sor Noeline, en tanto, allá en su convento, sin nadie a quién confesar sus cuitas, moría moralmente. Desde la víspera, antes y después de rechazar a la Nona, su mal se agravaba. ¡Qué noche, Dios mío, qué noche la que pasó! Todo dormía, las niñas, el claustro, los jardines, el tranquilo barrio, la gran ciudad, el mundo entero; todos, menos ella, con los ojos fijos en su pureza amenazada, y fijos también en los parpadeos de la veladora que achicaba y agrandaba la estancia, dando de lleno en el barniz del marco del Sagrado Corazón.... Diríase que el dormitorio, orgulloso de alojar a tanta criatura, respiraba a su vez tranquilo, acompasado, despacio, al unísono con las respiraciones de las chiquillas. De tiempo en tiempo, se oía un suspiro, una palabra incomprensible que salía de alguna de las camas, sin que pudiera precisarse cuál, en la media luz que castamente se posaba en los lechos y rostros infantiles, cual efluvio protector y etéreo de un inmenso ángel de la guarda que plegara sus blanquísimas alas, y se pusiera a velar los sueños, a ahuyentar pesadillas,

a evocar mamás, risas y juguetes. Como la infancia sólo inspira ideas buenas, como en el dormitorio flotaba una atmósfera de quietud de Cielo, ni quién advirtiese las repentinas desnudeces de aquellas mujeres futuras, que en su sueño, mostraban pedazos de espalda, brazos doblados o pierna sestiradas.

De fijo que sor Noeline tenía calentura, sentíase arder; y segura de que sólo ella se veía (y no había de verse), en camisa de dormir abandonó su cama para llegarse a las de las alumnas destapadas, y cubrir a éstas con delicadezas y mimos maternos. El frío de las baldosas calmó algo su fiebre, mas no calmó ni pizca el torbellino de su cerebro, a que sus propios pensamientos la empujaban. Regresó a su cama, pero no se acostó; sentóse en uno de los bordes, de frente a la veladora y a la imagen, y con sus pies descalzos, inadvertidamente púsose a golpear el piso. Prefirió a cerrar sus ojos el quedarse así, que en cuanto los cerraba, reaparecía Rafael arrebatándole todo sin pedirle nada. Semejante a esos diminutos animales ponzoñosos, que traidoramente se nos suben a las ropas y en los pliegues más complicados de ellas se esconden y acomodan, inmovilizándose al verse descubiertos pero prontos a matarnos con su envenenada picadura al menor descuido nuestro, así Rafael manteníase escondido dentro del pecho de sor Noeline, —¿dentro del pecho?.... sí, sí, por ahí,—en criminal espera, fraguando una maquinación diabólica en contra de ella, a la que acababa de conocer, a la que nada podía reprocharle, al contrario, a la que debía agradecer el cariño prodigado a su hija, esa Nona que ahora le era odiosa porque la acercaba a él. Pero ¡Virgen Santa! ¿qué hacía aquel hombre dentro de ella? ¿qué le quería?.... Al llegar aquí, su admirable instinto

de mujer descorrió con mano vigorosa el misterioso velo, mostrándole, aunque con muchos miramientos a su pudor, —que no eran sino ignorancias de doncella,— el soberano cuadro que le encendía la sangre, le aceleraba el pulso y le acarreaba vértigos: algo confuso y grande, algo mágico; panorámica vista de ternezas infinitas y dichas inacabables, con sabor especialísimo nunca gustado por ella; aliento tibio que le perturbaba el sentido, que la desmayaba en fuerzas, voluntades y propósitos, por lo que sor Noeline se asía a los hierros de su catre, a fin de no caer en aquella sima candente. Secretas voces asegurábanle que las hembras, como ella, nacen para todo éso, y que las religiosas, como ella también, de todo éso se apartan por propia voluntad, y sin conocerlo mueren; sin conocer otras muchas cosas más dulces, más nobles, más puras: los hijos, sí, los hijos ¿de qué se alarmaba? ¿acaso no sabía, aunque ignorara el cómo, que los hijos salen de ellas, de las mujeres, quienes después de parirlos no se cambian por nada ni por nadie?.... Sor Noeline se tapó los oídos, como si tales voces flotaran en la estancia inmaculada que dormía plácidamente, y no en las entrañas de ella, que velaba calenturienta y sin consuelo. Allí mismo arrodillóse junto a la cama; hincó los codos en el colchón, cubrióse la cara con las manos, y no bastándole la plegaria mental, más bien para cobrar bríos al escucharse, dióse a murmurar en recia voz, dirigiéndose a su invisible enemigo:

—Pues no quiero, no quiero, no quiero!.... Estoy contenta como estoy.... estoy muy contenta.... muy contenta....

Y al decir esto, echóse a llorar; festejaba con lágrimas el contento confesado con tanta energía.

Cuando de nuevo alzó la cara, advirtió que la lamparilla se extinguía; y antojándosele de súbito que la flama de la veladora representaba su existencia monástica, y que si esa débil flama se extinguía antes de que amaneciese, ella, sor Noeline, era perdida, apresuróse a alimentarla. Pero ¿con qué? ¿de dónde coger ni una gota de aceite? ¿de dónde, Virgen Madre?.... Si con sangre ardiera, sacaría la suya, una poca, la indispensable para hacerla durar.... Y siempre a medio vestir, buscaba algo que supliese al aceite, en las camas de las niñas, en sus mesas de noche, en sus lavabos, hasta que por poco no da un grito: en el de uno de las alumnas juiciosas, había tropezado con un escondido cabo de vela esteárica, que llevó en el acto al lugar de la veladora, a la que, a pesar de su estatura, no logró alcanzar.... Otro inconveniente insuperable ¿de dónde sacar una silla o un banco?

Su alucinación persistía, y la lámpara acabábase en efecto, por lo que sor Noeline resolvió subirse en el reclinatorio, que era bien poco lo que le faltaba para alcanzar a la veladora. Sin vacilaciones, retiró de junto al muro el tallado mueble de cedro, lo colocó precisamente debajo de la lámpara, y encaramándose en él, comenzó a derretir la estearina de la vela en la mismísima flama trémula, de puntillas en el cojín, en fatigante postura, muy empinada y en alto uno de los brazos, mientras con la otra mano se apoyaba en el reborde superior del reclinatorio. La estearina caía gota a gota en el agua de la veladora, formando conchas blanquizcas que en su principio rodearon el pábilo del vaso, y aun le comunicaron facticia y momentánea vida. Sor Noeline, en sus ansias, no advirtió que sus ropas resbalábansele suavemente, con ténue ruido, para a su vez

caer sobre el reclinatorio, que acostumbrado sólo a escuchar rezos, no se escandalizó, sin embargo, de servir de pedestal a aquella magnífica escultura humana, que se desnudaba sin quererlo y sin saberlo. Caían siempre las gotas de estearina en el fondo del vaso suspendido, ayudando a bien morir a la veladora, y siempre caían sobre el reclinatorio las prendas de vestir de sor Noeline, quien, ignorante y soberbia en el cándido dormitorio que las tinieblas trataban de invadir, —como invadido tenían el espíritu de la monja,— ponía de manifiesto sus encantos ocultos.

Primero, asomó el busto, un busto admirable, que a la escasísima e inquieta luz de la lamparilla, adquiría contornos de estatua de museo, desvanecidas transparencias de alabastro.... luego, surgió el vientre, y surgieron las caderas y los muslos y las piernas.... una explosión muda de blancuras y de curvas, una materialización de la omnipotente carne femenina, de la suprema creación, de la obra maestra de la naturaleza que realiza las dos misiones más sublimes: la de Amante y la de Madre!

Sólo un segundo duró el mágico aparecimiento, pues la veladora extinguióse de repente, como si no se resolviese a desgarrar el pudor exquisito de la religiosa. Desconsolada de que se apagara lo que le simbolizaba un augurio, también dejó caer sus manos, y al sentir el contacto de su propia carne, al palpar su desnudez, se estremeció lo mismo que si hubiese tocado una víbora o visto la entrada del Averno. Con felina rapidez, se agazapó en el reclinatorio y pretendió cubrirse con las ropas. No se conocía desnuda, y ahora, en la ojeada con que recorrió su cuerpo entero, se supo bella, muy bella, demasiado bella quizá para portar esos hábitos, que

tétricamente devoraban su belleza. En la despiadada crisis teológica que la consumía, se arrepintió, —¡oh, de todo corazón!—se arrepintió de esa belleza que la había hecho y continuaría haciéndola pecar; de esa belleza que la horrorizaba y provocaba náuseas; de esa belleza que obligaba a los hombres, como Rafael, a reparar en ella e ir y destruirle su tranquila y pura existencia conventual, su consagración a Dios, su renunciamiento al mundo....

Antes de que aumentase la vaga claridad, que por las rendijas de las ventanas se entraba en el dormitorio, sor Noeline, a rastras, y tan cuidadosamente cubierta y recatada que no se le adivinaba más que el rostro, salió a vestirse en el tránsito, tornando a poco, firme, derecha, aprisionada por sus hábitos, y decidida a no abandonarlos, a morir en ellos virgen siempre, aunque el demonio y el pecado la persiguieran. Muy contrita, en postrimero arranque de honradez, se arrodilló de nuevo en el reclinatorio, sin siquiera volverlo a su puesto, armada de su grueso libro de devociones, y consolándose con pensar que nadie es inocente completo, nadie, nadie....

Por las rendijas, penetraba más claridad; ya podían distinguirse las camas, las durmientes, los objetos todos de la estancia. En el jardín, amanecía; los pájaros cantaban, y las flores abrían sus cálices, en el que se celebraban castas nupcias de perfumes y rocíos; percibíase rumor de árboles, de aleteos, de brisa.... Penetró más claridad en el dormitorio; ya era luz del día; las niñas madrugadoras, medio dormidas, desperezáronse debajo de las sábanas tibias, luego, despegaron los ojos, y al encontrarse con sor Noeline que rezaba a la mitad del cuarto, los cerraron otra vez, creyendo sin duda que aun no fuese hora de despertarse, que aun fue-

se muy temprano, y por eso el ángel de su guarda, que vela el sueño de las niñas buenas y por ellas reza, todavía no se remontaba al cielo....

Sor Noeline, reconociéndose pecadora, había hallado al fin el anhelado consuelo, la bendita declaración del Espíritu Santo en los Evangelios:

—"*Quoniam nemo mundus a peccato coram te, nec infans cujus est unus diei vita super terram....*"

Y convencida de la alta verdad, contempló a las chiquillas que dormían, las que, más inocentes que ella misma, también pecaban, a su manera, pero pecaban. Decíalo el sacro libro, y no podía mentir, no mentía:

—"Nadie hay exento de pecado en Vuestra presencia; ni aun el niño que sólo vivió sobre la tierra el espacio de un día!...."

TERCERA PARTE

I

Las últimas páginas de la magna obra de fray Paulino, tocaban a su fin. El autor andaba en los ornatos postrimeros del libro, cuando a los manuscritos amontonados, se les quiere quizá más que cuando la imprenta los entrega vestidos ya de viaje, hasta para la posteridad tal vez. El natural temor en todo literato,—y en un místico tan acendrado como el jesuíta, mayor aún,—de que la muerte venga e interrumpa el trabajo, lo deje incompleto, y la incuria de deudos y extraños ayude aunque involuntariamente a la destrucción del tiempo, y las hojas acariciadas y releídas, con la ausencia eterna del dueño se vuelen y desperdiguen por los infinitos senderos del olvido, tal temor, fray Paulino teníalo derrotado. Podía morir ya, su labor de tantos años estaba concluída, dispuesta a sobrevivirlo, a ir y alegrarle las tristezas mismas de la tumba. Circunstancia que justificaba sus afanes de terminar el índice, de ordenar las eruditas notas, de entregar al editor el

grueso volumen, y verlo, por remate, encuadernado, nítidamente impreso, asomando orgulloso tras de las vidrieras de los libreros, oliendo a esa humedad especial de los libros recién nacidos, y abrir el primer ejemplar y extasiarse ante él, que de fijo se extasiaría; el hijo único que érale permitido engendrar y lucir sin bochorno, habíalo engendrado miembro a miembro, con todo su cerebro y con todo su corazón, sorprendiendo sus balbuceos iniciales, sus gracias, sus mohinas.... Y manoseaba las cuartillas, de clásica escritura española, por el puro placer de manosearlas, de recrearse en ellas, de releerse muy formal y muy en alta voz los pasajes preferidos, los giros mimados, los comienzos de aquel capítulo y lo atinado de esta cita. Vaya, que el bueno del padre, a pesar de sus teologías y experiencia, estaba como cualquier hijo de vecino a quien le tiran las letras y que se halla a punto de publicar su primogénito intelectual. Hasta se permitió, con grave perjuicio de sus años, prolongar las vigilias, robarle a su sueño indispensable y corto de anciano, lo que no se atrevía a robar a sus feligreses y ocupaciones. Veló varias noches, doblado sobre su arcaica y apolillada mesa de encino, con su par de velas a los lados, montados a remache en la nariz, sus pesados anteojos de présbita, próximo a su querida biblioteca y, al alcance de la mano, sus autoridades respetadísimas y favoritas, a las que siempre acudió en sus trances de duda o en sus trances de apuro: san Alfonso María de Ligorio, el gran san Alfonso, con sus "Casos de Conciencia," y san Agustín, el gran convertido, con sus admirables "Confesiones!" ¡Lo que los consultaba y lo que en ellos aprendía! ¡los innúmeros registros de papel con que tenía marcados los tomazos en pergamino! Por supuesto, sin contar la Biblia,

ese monumento por excelencia, pasmo y admiración de tirios y troyanos! Y claro, su libro suyo, "Del Pecado," su libro queridísimo, sin pueriles vanidades de autor novel—¡autor novel y en la vejez!—creíalo honradamente pensado, no de lo peor escrito en cuanto a estilo, y en cuanto a trascendencia.... ahí sí que se rifaba con el mejorcito de sus contemporáneos, que le echaran el pie atrás, si podían ¿a que no?.... No faltaría más, hombre, no faltaría más, ¿acaso todo el mundo puede espigar en el inmenso y doliente campo de almas, en el que él, por su ministerio augusto, había espigado? Vamos, vamos, que ni en broma toleraba el disparate, no señor, ni en broma. Como garantía, estaba ahí su vida entera de sacerdote a las derechas, sin complacencias ni concesiones; disciplinándose él el primero, para poder luego disciplinar a los demás. Después, su método para escribir; esa su genial invención de dividir el pecado humano en dos grandes grupos, los que a su vez se subdividían en otros muchos, medianos, veniales, pequeños. Su libro pintaba el ciclo, el trágico ciclo que principia en el pecado original, perdonable con una sola gota de agua bendita, pero que engruesa y crece conforme crece la criatura; que dentro de ella aumenta en cantidad y calidad, y cual desbordado torrente, arrastra los espíritus a su perdición, sin que ni la Iglesia pueda oponerle un dique ni salvar al réprobo, cuando el pecado alcanzó ya su desarrollo máximo. Fray Paulino pintaba todo eso, mas pintaba también el pecado involuntario; el pecado de la gente de claustro, hombres y mujeres; el pecado infantil, que casi no lo es. Seguidamente, hablaba con patética altura del arrepentimiento, que bautizaba de "flor divina y maravillosa, susceptible de crecer en el más pestilente y corrompido panta-

no, y purificarlo y limpiarlo, si la mano del sacerdote que la siembra o cultiva, amén de estar ungida, es guiada por la fe." Y aquí el asceta se remontaba al ideal, alcanzaba elocuencia de iluminado; los renglones mismos de su libro, en esta materia, parecían animarse, haber pecado, y arrepentidos, enseñar cómo debe ser el verdadero arrepentimiento, el del creyente que se refugia en su Creador, ardiendo en contrición, sin arrepentirse por miedo a los castigos, sino porque le duele haber pecado, por el pecado en sí. ¡Cómo se revelaba ahí el ánimo recto del justo varón, su anhelo secreto de redimir delincuentes con el sacerdocio, y redimidos ya, ofrecérselos a Dios, devolverle lo suyo, estas ovejas descarriadas que retornan contentas a la santa grey, con tal de que un pastor enérgico las conduzca! En ocasiones, cuando sin duda había tropezado en el confesonario con alguno de esos infelices que llegan a connaturalizarse con el pecado, y por más esfuerzos del director espiritual ellos siguen, a la manera de los cerdos, gruñendo de placer al revolcarse en el fango, fray Paulino vertía sus tristes desesperanzas en el papel, como impotente para descubrir jamás la panacea de las almas enfermas. En cambio, si había logrado reconquistar a uno de estos encenagados, su libro reflejaba la victoria, entonaba un *hossana* de gratitud, que "parecía ser parte del himno gigante que el día del Juicio final, han de entonar los millones de arrepentidos y los millones de perdonados; de ese himno que atronará los aires, que será acompañado con harmonías nunca antes oídas, por las angélicas trompetas del fabuloso ejército alado de serafines, y que simbolizará una inmensa acción de gracias, en ese momento único que los siglos y los soles y los astros todos, se detendrán a contemplar:

la humanidad entera, revestida con la inconcebible y apocalíptica "resurrección de la carne"—¡esta nuestra carne inmunda y pecadora!—ascendiendo a Dios, a lo inmortal, a lo inconmensurable, a la *lux lucem*, la luz de las luces, a Quien con los misericordiosos brazos abiertos y extendidos, abrigará en Su seno, para siempre, a ese conjunto monstruo y soberano de seres en inimaginable apoteósis y sacrosanto olvido de lo malo; en sublime beso de despedida de la miseria humana, que no volverá a existir nunca, nunca,.... por lo que el globo terráqueo, huérfano de hombres, y por consiguiente de maldades, opaco, desierto e inútil, seguirá moribundo una trayectoria de abandono y sombras, por los eternos espacios infinitos....!"

Leía fray Paulino este cuadro, y se estremecía de legítimo orgullo, porque había salido de una vez, como revelación espírita que a la carrera conduce la mano del *medium*, y porque lo consideraba una de las páginas más excelentes de su libro, de las que le producirían aplausos y bendiciones a él,—mísero e imperfecto instrumento,—y prosélitos a la ganada causa del catolicismo. ¡Cosa rara! siendo jesuíta fray Paulino, y jesuíta de empuje, no se registraba en las trescientas hojas del libro la menor injuria, la menor alusión hiriente para los alejados de la Iglesia, para sus adversarios y enemigos. En su lugar, y como si lo que describía lo contagiara, flotaban en los apretados capítulos auras de piedad y benevolencia para todos, los comulgantes y los excomulgados. En donde asimismo habíase levantado mucho, era en la peliaguda cuestión de las causas finales, que abordaba y resolvía con una sangre fría poco común, y con aplomo tal, que más parecía narrador de cosas vistas que teólogo que infiere y

prejuzga con problemático acierto. Encarábase frente a las famosas causas, sin asomo de pavura, "cual conviene,—decía,—a quien siempre despreció la materia y se preocupó del espíritu." Firme en su dogma, no admitía ni que hubiera personas serias que dudaran de la *post–vitam*, que garantiza el credo católico; a los que tal opinaban, considerábalos orates y de ellos se dolía, "como me he dolido siempre de los ciegos de nacimiento, que jamás conocerán la luz; de los condenados a caminar a tientas, a inspirar lástimas y a ignorar la belleza en sus manifestaciones perceptibles al sentido de la vista, que son las más a nuestro alcance, porque no requieren ni especialización ni estudios previos, pues vemos y respiramos sin valorar mercedes tamañas, en tanto de ellas no carecemos o en tanto no oímos de ellas el coro de alabanzas que les prodigan los que disfrutan de sus beneficios." Paso a paso, llegaba a formular la pregunta formidable:

—"¿A dónde van los muertos, nuestros muertos?...."

Y con fruiciones de convencido, con tranquilidades de filósofo, repetía la pregunta después de cada párrafo, de cada considerando, de cada probabilidad; repetíala una y mil veces, con el manifiesto intento de convertirla en idea fija, en obsesión, pero en obsesión consoladora y dulce, que familiarizara a los fieles con el austero problema incierto, despojándolo de los horrores que le prestamos:

—"¿A dónde van los muertos, nuestros muertos?...."

Él tomaba el problema desde su principio, la vida como unidad inmutable, sin interrupciones ni soluciones de continuidad, en transformación perenne, a la que en nada estorban los dos accidentes, para

nosotros principales, del nacimiento y de la muerte; la vida, ríese de entrambos y persiste en su curso fatal que ignoramos, sacando de la mismísima muerte, fuerzas nuevas y nuevas vidas.... Entonces se impone el deber cristiano de diferenciarnos de la bestia, si a tiempo despreciamos la carnal envoltura y enderezamos nuestros actos a sólo atender al prisionero, el espíritu, que con la muerte, recobra su libertad, y va y se posa a los sacratísimos pies de El que lo formó y envió a sufrir a este desventurado valle de las lágrimas, vestíbulo indudablemente de algo muy superior. Explicadas así las cosas, debían borrarse, — según fray Paulino, — las congojas que nos asaltan al dejar de ver a una gente querida, hijo, padre, lo más íntimo, lo más compenetrado con nosotros, que nos desolamos, por una falsa noción de los hechos, porque tenemos más materia que inteligencia, y no comprendemos la muerte sino con rigideces, cirios y paños negros, y al cementerio lo suponemos depositario de nuestros amados desaparecidos, quienes ni por un instante lo visitan, pues se ciernen por encima, por donde suben nuestras preces, las que sí los alcanzan, envuelven y santifican. Suponiéndolos en el lugar intermedio, en el Purgatorio, antes hemos de envidiarlos que de compadecerlos; más felices que los que nos quedamos en espera de nuestro turno, ellos ya se desentendieron de pequeñeces y miserias.

En el infierno, ocupábase apenas; no porque dudara de su existencia ni menos de que la maldad de los hombres a él se ha hecho acreedor, sino porque confiaba en la inmensa piedad divina, que lo perdona todo.

Y cerraba el libro con una especie de antífona multiforme y sincera: todas las edades y todas las

razas, tocadas al fin por la gracia, gemebundas y contritas, acabando en lo que de acabar tenían, en el rebaño bíblico de blancos vellones, en pos del Cordero Pascual, escoltado por los sacerdotes, sus pastores naturales, que por favor excelso del Espíritu Santo, y no por propia virtud, han ido apartándoles las espinas del camino, para que sanos y salvos lleguen al término de su jornada, y por los siglos de los siglos reverencien y veneren a Dios Todopoderoso, al par de los mismos sacerdotes, al fin y al cabo, tan impuros y frágiles como el enorme rebaño redimido....!!

Retozábale el gusto a fray Paulino junto a su obra concienzuda, próxima a publicarse y a salir en busca de incrédulos y de tibios.

Aquella tarde, era la señalada para la audiencia con su Ilustrísima el señor arzobispo, y era también tarde de confesiones en el colegio del Santo Espíritu; pero regocijado con su éxito, —que seguro creía,—no vaciló, y sin sospechar que sor Noeline necesitaba más de sus consejos que él de la arzobispal audiencia, envió atenta esquela a la superiora, anunciándole que no lo aguardaran ese día, que iría al siguiente.

Muy poco antes de las Oraciones, se echó a la calle; recogida la sotana a la cintura; debajo del brazo y envuelto en cartones y periódicos, el original de su obra, y todo él, bien abrigado en su capa, que noviembre acababa y el frío delgado de la nobilísima ciudad hacíase sentir más de lo regular. Con objeto de hallarse sereno y elocuente en la entrevista, optó por encaminarse a pie y andando hasta la morada archiepiscopal, lo que le permitiría serenarse durante el trayecto, sobreponerse a su contento y no delatarse frente a su jefe, con las alegrías

que por el cuerpo le retozaban. Salió de su iglesia, dobló a las calles de San Francisco, y sin quererlo, pero sin repugnarlo tampoco, hallándose en excelente estado de ánimo, dejóse de buen grado subyugar por el grato espectáculo de nuestra avenida principal; se abandonó a sus desbordantes alientos vitales; átomo y todo, se incorporó al torrente, y dentro de sus ondas se arrastró con él; ambos llevaban el mismo rumbo, hacia el centro. Los cientos de carruajes, propios y de punto, que regresaban del Paseo, regresaban paso a paso, uno tras otro, tan próximos, que para evitar una lanzada cuando alguno se detenía, y con él la larga cadena, el cochero sin volverse, enarbolaba el látigo, a la inglesa, para que el que le seguía contuviera su tronco, quien en efecto conteníalo y a su vez repetía la seña, que el otro y el otro y todos imitaban, hasta los *simones* que por debilidad de sus jamelgos, no había que contenerlos de antemano, conteníanse solos. En las aceras, flujo y reflujo de gente que iba y que venía, y en los bordes de ellas, alineados, una porción de masculinos riendo y charlando a voces, saludando, aparentemente felices. Las tiendas, las cantinas, los cafés, iluminados, derramando chorros de luz en el empedrado, en donde se confundía y mezclaba con la vacilante y diminuta de los faroles de los coches y con la serena y casi lunar de los focos eléctricos, atravesados en las bocacalles, imitando enormes fresas de ópalo, a punto de desprenderse de algún arbol antediluviano e invisible. Rótulos, cristales y mercancías adquirían brillanteces exageradas de escenario de ópera; en la puerta del *Jockey Club*, en la del Casino Nacional, y tras de las ventanas de los cafés, distinguíanse grupos gesticulantes y animados; del fondo de los carruajes, en su len-

ta procesión, escapábanse fragmentos de risas sin dueños, de perfumes desvanecidos, rápidos *frufrús* de sedas, y, asomándose de cuando en cuando por el marco de una portezuela, un rostro de mujer, con sombrero de terciopelo y flores, que veía algo, para en seguida hundirse en las negruras de que acababa de surgir. En las esquinas, y donde la luz de los mercaderes era muy poderosa, un haz de rayos de plata alumbraba instantáneamente los interiores de los coches, y cual aduanero mal educado, delataba su contenido de bustos femeninos reclinados en los testeros o acercándose y alejándose entre sí, según los vaivenes y las necesidades de la conversación. Los *restaurants* arrojaban un incitante vaho de cocina; las cantinas uno repugnante y alcohólico; los granujas voceaban los periódicos del día y del siguiente; aspirábase humo de puros y cigarros; los tranvías ensordecían con sus cornetas, y de la ciudad caldeada por el sol, por la lucha y las congojas de sus moradores durante todo un día, salía un murmullo de prodigioso hormiguero humano que acaba la diaria labor, y como se sabe condenado a recomenzarla mañana, y después, y siempre, se permite una tregua y se despereza, estira sus miembros, corre, pasea, grita y le da la bienvenida a la noche, esa gran encubridora de virtudes y vicios, la que tolera la orgía, auxilia al amor y regala el sueño.....

Fray Paulino retardaba su andar, saturábase del aliento de los transeuntes, sonreía a solas de tanto ver reir ¡pobres gentes! Y en reprimidos arranques de altruísmo, oprimía su libro, el remedio para todas ellas, el remedio que les permitiría resolver sin esfuerzo y sin sacrificio el problema de salvarse a la hora última, sin por eso no haber gozado antes.

Repentinamente, contagiado por aquella hermosísima exuberancia de vida animal, que se le subía a la cabeza de sólo aspirarla, dejóse parar por una fosforera, una chiquilla sucia y desarrapada que le ofrecía cerillos.

—Dame dos cajas—le dijo, sin necesitar ninguna, por imperiosa exigencia de comunicarse con la masa en que él era uno de tantos.

Casi con pena se sintió aislado al desembocar en la Plaza de Armas, en la que, por lo espaciosa, no había los mismos contactos y apreturas. Volvióse un segundo a considerar la arteria, que parecía arderse y desquebrajarse con sus luces y sus ruidos, y violentando él su paso se lanzó por la calle del Empedradillo. En las dos de Santo Domingo, —bastante más estrechas, —de nuevo se codeó con mucha gente, pero gente del pueblo, que caminaba por las aceras y por la mitad del arroyo; familias calladas de pobres, adelante el hombre, con el chicuelo montado en el pescuezo o dormido en la espalda, y la mujer siguiéndolos, el rebozo hasta la cabeza, muy de prisa, en la una mano oscilando el cesto, mientras la otra oscila suelta, con alternativo compás de péndulo. Otros coches y otros tranvías, carros repartidores del comercio, pasando con algazara de galopes y de silbidos. En el jardín de la Corregidora, fray Paulino se sentó, poniéndose a contemplar idiotamente la tosca y horrible fachada del Ministerio de Comunicaciones; luego, lió un cigarrillo que encendió sonriendo, con los fósforos acabados de comprar. Poco concurrido el jardín, fray Paulino disfrutó de libertad mental para prepararse a la entrevista, que no dejaba de inspirarle serios temores, por el posible aunque remoto evento de que le rechazaran su obra o se la mutilasen con los cortes

y reformas que la junta calificadora propusiera. En el fondo, recelaba del clero metropolitano, que traga, sólo a regañadientes, a los clérigos españoles que pronto y por propios méritos se encumbran. Fray Paulino, palpaba de bulto la perpetua inquina que entre sí se profesan los que ejercitan un mismo oficio. ¿Si por español, le reprobasen su libro? ¿por "gachupín?".... Y acariciaba el grueso paquete, le ganaba la tentación de no mostrárselo a nadie ni acudir a la cita de su Ilustrísima; volverse mejor a su celda, soterrar en ella sus manuscritos, y de ellos olvidado, continuar en el ejercicio concienzudo de su ministerio. Después, a su muerte, que publicaran su obra, si querían, o la destruyesen, en el supuesto contrario; pero que él no lo presenciara.

Sus ansias de autor por mirarse impreso, derrotaron a tales repulgos, y convencido de que la obra era meritoria, por lo menos, tratando como trataba de sembrar la buena semilla, levantóse resuelto y penetró en la melancólica calle de la Perpetua, la que lejos de reanimarlo, le amenguó sus bríos ficticios.

¡Qué fea, y sobre todo qué lóbrega! Los negros paredones de la Escuela de Medicina,—la antigua Inquisición,—diríase que absorbían y se tragaban la luz eléctrica del foco de la esquina, mientras los muros de la vieja Aduana, que en la sombra quedaban, ayudaban a sumir la calle en su abandono y silencio característicos; le daban su aspecto de calle de ciudad hechizada o de ciudad muerta, cuyos habitantes yacen en sus lechos, rígidos, a obscuras, sin quién los entierre ni quién les rece.

De repente, topó con el Palacio Arzobispal y con su ferrado portón, que tenía abierto el postigo; transpúsolo, y en el portal tosió, aunque sin que se

le acercase alma nacida. Avanzó hacia el patio, y el mechero de gas de junto al oratorio, le permitió examinar el sitio y dar tiempo a que el portero saliese de su cuarto. A la derecha, estaba la berlina, enfundada, bajo los arcos; a la izquierda, estaban las oficinas de la secretaría, dos vidrieras cerradas que despedían débil claridad y leve rumor de voces, cual si los que adentro hablaban, careciesen de permiso para hablar en voz natural y lo hicieran con sonsonete de sacristanes y beatas. De arriba, del piso habitado por el arzobispo y sus familiares, no bajaba ni eso siquiera; imperaba un silencio absoluto, más imponente que el de la calle, como si el edificio y sus moradores fuesen mudos. Junto a la secretaría, se hallaba un banco.

—¿A quién busca usted?—le preguntó el portero, muy por lo bajo y retirándose del dedo medio, un agujereado dedal de sastre.

—Busco a su Ilustrísima.... Me citó para esta hora, soy el padre Paulino—repuso éste, bajando también su diapasón.

—Siéntese, padrecito, voy a avisar; siéntese usted en la banca, ahí, sí.

Y subió suavemente a avisar, pisando adrede la alfombra de la escalera, para que se ahogasen sus pisadas; oyóse, luego, el abrir de una puerta, y después, nada, el mutismo de antes....

A poco, otra vez el abrir de la puerta, y el portero, desde la meseta, llamó a fray Paulino:

—Que suba usted, padre.

Y cuando para fray Paulino se abrió la mampara del piso de arriba, no pudo averiguar cómo ni por dónde habíase evaporado el portero.

Un eclesiástico joven, muy afeitado, lo invitaba a

penetrar, con la mano extendida, contestando a su saludo con ceremonioso ademán.

—Siga usted hasta la tercera pieza, y doble usted a la derecha; el señor arzobispo lo espera a usted —le dijo, y en lugar de acompañarlo, salió al recibidor, cerrando muy quedo la mampara.

Hallábanse las tres habitaciones apenas iluminadas con lámparas mortecinas frente a grandes cuadros, cuyo asunto no era dable precisar, encerrados en dorados marcos antiguos, sin reflejos, que simulaban otros tantos manchones en los muros, los que a su vez se desvanecían como si los ruborizara aquella vestidura de penumbra. Fray Paulino, avanzaba con cautela para evitar un traspiés en los pasillos, que a modo de sendero cavado en el suelo de soleras octágonas y sin alfombra, marcaban el camino. Advirtió, además de los cuadros, hileras de sillas junto a las paredes, que ostentaban alto guardapolvo color de café; columbró cómodas de caoba, un armario, una escultura de Dolorosa, bajo capelo de cristal; pero lo columbró vagamente, sin que le fuese posible decidir en cuál de las tres estancias había reparado en ésto o en aquéllo; a la manera con que columbramos muchas cosas si una calentura entorpece el cerebro, y que luego, al recuperarnos, no logramos desenmarañar.

Sus mismos andares lo denunciaron, pues su Ilustrísima exclamó:

—Pase! —en el gangueado tono de voz, peculiar a la gente de iglesia.

Pasó fray Paulino a una extensa habitación alfombrada, con más sillas todavía, siempre alineadas junto a las paredes; con ancho balcón en el fondo, y entre éste y un rinconero, que sustentaba un quinqué de petróleo con globo de cristal y pantalla

verde, un montón de diarios y una copa de agua, distinguió al arzobispo repantigado en amplio sillón, cubiertas sus piernas con una manta de viaje, y colocándose una mano sobre las cejas, para reconocer al visitante.

—Ilustrísimo señor!—pronunció distintamente fray Paulino; y en acatamiento al ritual, se adelantó a arrodillarse a los pies de su jefe, quien le alargó la diestra, para facilitarle que imprimiese en el "pastoral" de esmeralda, el ósculo de sumisión y de ciega obediencia.

—Hola, padre Paulino ¿qué milagro que a usted se le echa la vista encima?

Como fray Paulino, puesto en pie, por toda contestación se inclinase, el arzobispo suprimió ceremoniales y fórmulas:

—Sentado, padre, sentado, y dígame qué lo trae.... Yo leía, por distraerme, la recíproca y continua reyerta de nuestros diarios católicos. ¿Usted los lee?.... ¿no?.... pues puede que haga usted bien; son tan insulsos o tan iracundos, como los liberales..... Conque ¿qué le ocurre a su paternidad?

Tímidamente, fray Paulino mostró su envoltorio, y tendiéndolo al arzobispo, le dijo:

—Ilustrísimo señor, vengo con mi libro, "Del Pecado," concluído al fin, y que para publicarse sólo espera la licencia de usted.

—La *licencia del ordinario*,—repuso de buen talante el arzobispo, intentando un juego de palabras.

—Así es, Ilustrísimo señor,—agregó fray Paulino, con un conato de sonrisa que festejase el chiste.

—A ver, hijo, a ver. Y colocándose los anteojos, desató el bulto, cogió el primer pliego, inclinó su cabeza del lado del quinqué, y elevando el papel a la

altura de la bombilla, leyó entre dientes la portada del libro. Luego, añadió:

—Me parece muy bien, muy bien, y con tal que lo apruebe el jurado.... porque, verá usted, en Roma no son muy partidarios de estas publicaciones hechas por sacerdotes..... en ocasiones, y con la intención más sana del mundo, el autor se alucina, los mismos problemas que desmenuza, a la larga, le hacen ver blanco lo negro, suministrando en contra de su voluntad, muy en contra de su voluntad, armas a los enemigos de nuestra santa Madre Iglesia..... teorías que al autor se le escapan con dos filos, que igual pueden lastimar que defender a la buena causa, y que nuestros contendientes explotan ¡vaya si los explotan! con picardía grandísima..... Después, que dichosamente no tenemos necesidad, por ahora a lo menos, de que nuestras buenas cabezas, como la de usted, —sí, sí, yo sé lo que digo, —no tenemos necesidad, repito, de que se lancen a la palestra, armados de coraza y yelmo.... Yo lo recomendaré a usted, porque me constan sus antecedentes, su conducta intachable, su virtud...

Y por ahí continuó, con pastosa voz y persuasiva entonación, ensartando frases, en la seguridad de no ser interrumpido por un subalterno; preguntándose y respondiéndose él sólo; aventurando lo que más pronto le venía a la lengua, y cuadrara o no cuadrara con el asunto; efectos del hábito, que sin advertirlo, adquieren los oradores sagrados, jamás contradichos por los fieles; hábito tiránico, que suele llevarlos a aseverar inexactitudes, a exhibir falacias, exageraciones, a recargar la mano y el color en el discurso, sin que ninguno de los oyentes ose interrumpirlos ni oponer argumentos, dudas o resquemores.

Oía fray Paulino la prolongada arenga, procurando gravarse en la memoria, para cuando a él se le otorgase el uso de la palabra, al concluir su Ilustrísima —a quien vedado le estaba interrumpir ni con un ademán,—aquellos considerandos y opiniones, que se le figuraban en pugna con su obra. De tiempo en tiempo, el arzobispo daba en el clavo, comulgaba con el autor, pues aunque no tuviera las altitudes intelectuales de fray Paulino, tenía sus miajas de observación psicológica, almacenadas en su confesonario de inferiores grados, cuando aun no lo habían honrado con la mitra; tenía la práctica experiencia de la vida que los años nos suministran; era un anciano, y un anciano no vulgar.

—¿No cree usted que estoy en la razón? —inquirió al terminar.

—Con la venia de su Ilustrísima, diré yo a mi vez.... Y principió fray Paulino la defensa de su obra, en los puntos que sin haberlos leído todavía el arzobispo, había atacado en su improvisación; puntos que en ese instante fray Paulino sentíalos débiles, deleznables, y por deleznables y débiles, queríalos más, y más se empeñaba en su defensa, —como una madre que al cerciorarse de que su hijo es feo de cuerpo o feo de ánima, redobla sus ternuras para con él y más lo ama, por cuenta propia y por cuenta de los muchos que han de dejar de amarle, cuando lo conozcan y lo traten. Crecíase fray Paulino; tuvo raptos de verdadera elocuencia, pinceladas de artista, caricias de genitor. Las proyecciones de su libro él las adelantaba, las predecía con extraño aplomo de profeta, con análoga gravedad a la que emplean los que leen el porvenir en las rayas de las manos. Sí, su libro curaría; curaría a las almas enfermas, que son las más; su libro era

un libro bueno, porque convencía de que el Alto Perdón es inextinguible y es incansable: porque devolvía la esperanza, garantizando el "más allá" de que se burlan la ciencia y sus apóstoles; porque abriría muchos ojos a la luz, y porque exhortaba a muchos tímidos a no avergonzarse de creer, sino al contrario, a reconocerlo con gritos de júbilo inmenso, ¡creer! creer! ¿qué mayor bienaventuranza?....

—Mi libro curará el peor de los males, el mal que nadie ha logrado clasificar hasta hoy, complejo, atávico, potente y formidable: el mal del siglo!!..... Este mal del siglo,—dijo después, cual si consigo hablara, en voz muy queda y mirando a un punto determinado del cuarto,—que no es en definitiva más que el mal de los pasados y de los futuros, la falta de ideal, la falta de fe.

La noche avanzaba, y en el silencio que siguió al diagnóstico de fray Paulino, escucháronse distintamente nueve campanadas sonoras en la Catedral vecina.

—Por Dios, señor, las nueve y yo desvelando a su Ilustrísima. ¿Puedo retirarme?....

—Pero con mis bendiciones, hijo mío....

Cayó fray Paulino de rodillas, doblada la cabeza, en humilde actitud de penitente, mientras el arzovispo tendía su diestra sobre esa misma cabeza humillada, y levantando su rostro, entrecerró los ojos y pronunció las palabras inspiradas:

—*Benedicamus Dómine*......

Tan emocionado salió fray Paulino, que ya no reparó en el sepulcral silencio del caserón, ni en el escaso alumbrado de las tres antecámaras, ni en que ya no hubo clérigo que lo esperase o acompañara, ni en que la secretaría estaba cerrada ya. Bajó las escaleras, gratamente preocupado con la des-

pedida arzobispal, creyendo con más firmeza que nunca, que triunfaría su libro.

De vuelta en su celda y acostado en su catre, acostumbraba fray Paulino repasar en su mente la jornada, lo que le permitía avanzar en su perfeccionamiento, pues siempre resultaban abismos, antes de llegar a la meta, entre lo ejecutado y lo que debía haber sido hecho. Aquella noche, en el cotidiano examen, por natural asociación de pensamientos, recordó su falta de asistencia al colegio, y un ligero arrepentimiento hízole ver que no había obrado completamente bien, supuesto que vencido por un exagerado y desconocido amor propio, —¡amor propio de autor! —entre el cumplimiento del deber y la cosecha de algunas lisonjas, de algunos aplausos, prefirió lo último, y éso era censurable; aunque también la confesión de las madrecitas resultaba insípida de puro inocente; un desfile monótono de pecados veniales sin importancia, que él sabía de memoria, hasta con distribución: la hermana Fulana, ésto; la hermana Zutana, aquéllo; la hermana Noeline... aquí fray Paulino se despabiló, fuésele el sueño, amedrentóse de sólo mentarla, sin saber por qué; como amedrenta a los neurasténicos una tempestad atmosférica, mucho antes de que estalle, los cielos serenos todavía, ni un relámpago, ni un trueno... Idéntico desasosiego experimentaba el novel autor de la infalible e inédita panacea espiritual, frente a la monja joven, cuya oculta dolencia empezaba a suponer de cuidado. ¿Dolencia?.... ¿y oculta?.... reflexionaba en su celda el jesuíta. Mucho que sí; allí existía una enfermedad que a él, doctor de tres borlas, escapábasele mientras mayores esfuerzos desplegaba para desenmascararla. ¿Te duele aquí? habíale preguntado en más de una ocasión a la enferma, y a pe-

sar de que con su llanto sobradamente respondía ella que sí, que sí le dolía, el clínico no daba con el sitio dañado ¿en dónde le dolería?.... Y los escrúpulos de ya no servir para confesor, de hallarse cegatón o claudicante, poníanlo en un potro. Sin embargo, él vanagloriábase de haber visto claro en muchas conciencias nebulosas, de haber desenterrado de memorias rudimentarias y primitivas, añejas faltas que se enmohecían, que se confundían con otras posteriores. ¿Por qué esta vez sentíase torpe, al igual que cualquier obrero inteligente que a los tantos años de distinguirse en su oficio, un buen día se le olvida, ya no sabe, y tiene que arrojar su herramienta, envejecida a la par suya? él no sirve ya, que lo jubilen o que lo manden al asilo, fuera de ahí, abrir paso a los aprendices.... Mire usted que era ocurrencia ésta de sor Noeline, amargándole a fray Paulino hasta los triunfos que por el éxito de su obra, a buena cuenta se anticipaba; obligándolo a dudar de sí mismo y de la eficacia del místico antídoto. ¡Cuántas noches como aquella, la religiosa con sus lloriqueos hízolo vacilar! ¿Se habría equivocado en su receta? ¿habrá males morales que sean incurables, o el hombre estará condenado a ser por toda su vida pasto y juguete de esas fieras sueltas que llamamos pasiones?.... Entonces ¿para qué escribir libros y soñar remedios y gritar victoria?.... Mejor irse a un monte, ser ermitaño, habitar el desierto y dejar que nuestros semejantes, por incurables y desahuciados, se las compongan como puedan!.... Pero, huir es cobarde, y rehusar el combate, en un sacerdote es criminal.... ¿qué hacer?.... Y mientras más se abstraía considerando el hondo conflicto, asaltáronlo de improviso futilidades inesperadas: ¿le devolverían un breviario que había prestado?.... ¿cómo se

llamaba aquel indio que en un viaje por la sierra, le curó con yerbas una picadura de araña? ¿cómo se llamaba, Dios mío?....

Bastante destroncado con las opuestas impresiones de la víspera, con la batalla de la noche, en particular, levantóse fray Paulino al día siguiente; por lo que con un par de horas de adelanto, emprendió su caminata a pie hasta el colegio. Sorprendióse de que al cruzar los dinteles de la casa, no le anunciaran que sor Noeline estaba muy enferma, encamada quizá, ansiosa de verlo y de hablarle; mas como nada le dijeron, siguió avanzando, saludó a sus amiguitas las niñas, bromeó con ellas, y al fin se introdujo en la capilla, y en el confesonario luego que hubo implorado con más fervor que de costumbre, la ayuda del Divino Verbo para desempeñar dignamente su cometido. Los dos confesonarios, que se hallan a los pies de la capilla, en una especie de tránsito, son cerrados de manera que el confesor no mire a los penitentes, sino al través de los arabescos taladros en los ventanillos. Las religiosas, para confesarse, entran indistintamente por el jardín del centro; por el grande, cruzando la capilla; o por la sala "*Mater Admirabilis.*" Por lo común, en tanto que una monja confiesa, las demás disemínanse por el templo; a rezar las oraciones previas al acto, las que aun no lo llevan a cabo, o las que ya confesaron, a rezar las que le siguen. Tal práctica permite que la que se encuentra arrodillada en el sagrado tribunal, aunque a la vista de la comunidad entera, no sienta a nadie cerca de sí, a nadie sino al director y juez, invisible dentro del mueble.

Cada vez que fray Paulino despachaba a una monja, entrábale comezón de que la próxima fuese sor Noeline, a quien, además de haberle cobrado acendra-

do afecto, necesitaba registrarle la conciencia y cerciorarse de que también con ella triunfaba; de que su ojo experto y su seguro específico habíanla sanado. Las demás monjas no lo interesaron; desgranaban de su rosario de faltas, casi automáticamente, las mismas cada ocho días, con la misma entonación velada, con los mismos propósitos de no reincidir; unas conciencias grises, aplanadas, sin sacudidas. Acabó su confesión una de ellas, absolvióla fray Paulino, automáticamente también, y al tocar en el ventanillo para que la ocupante se preparara, escuchó que crujía la madera con la presión de un cuerpo que de golpe se arrodillaba en la grada, y que una voz murmuró:

—Padre, me muero!....

Fray Paulino carraspeó, tiróse de una manga y se compuso la sotana, cual pugilista que se apercibe a pisar la arena. Eso quería él, éso; un caso complicado, un duelo de verdad con el espíritu del mal, disputarle una víctima que, como sor Noeline, a todo fuera acreedora menos a perderse. Disponíase a formular las preguntas reglamentarias y preparatorias a una buena confesión, cuando, sin aviso de ninguna especie, estalló el volcán junto a sus oídos:

—Padre, me muero!—continuó la voz que en sollozos se anegaba, pero en unos sollozos tan fuertes, que hacían temblar al confesonario y al confesor,—me muero, porque sin saber cómo, anoche, en el dormitorio, me he entregado a un hombre!....

Apenas si fué formidable el crujido que dió el confesonario, sobre que fray Paulino, más aterrorizado ¡oh, mucho más! que si una víbora lo amenazara dentro de su encierro, levantóse bruscamente, tanto, que por un tris no despedaza la puerta. O sor Noeline estaba loca, loca de remate, o él sordo per-

dido, oyendo enormidades que nadie en el colegio pensaba siquiera. Los sollozos seguían, a mínima distancia, ahogando la voz de la penitente.

—¿Es usted sor Noeline?—preguntó dudando todavía.

—Sí, *M. l'abbé*, yo soy.... yo soy sor Noeline.

—Entonces, háme parecido oir mal; usted no es, no puede ser la que acaba de decirme una monstruosidad tal, que ni a repetirla me atrevo....Quizás usted está enferma, seguramente con fiebre, y sería más cuerdo que se retirara usted, que confiese dentro de una semana, mañana mismo; pero hija, por caridad, que la vea a usted un médico....

—No, padre, no, es inútil, y si usted no puede salvarme, estoy perdida....

—Vamos, vamos, entonces más juicio y más calma, que todo ello será una bagatela....—y a pesar del fresco de la tarde, fray Paulino enjugábase el sudor, sentía que la lengua se le pegaba al paladar. —Serénese usted un instante, procure elevarse, rece usted conmigo el "Yo Pecador," y en seguida veremos.... "Yo pecador...."

—"Yo pecador...." —coreaba por fuerza sor Noeline, con esfuerzo, con esfuerzo grandísimo, hasta que los murmullos de la plegaria doble, al concluirse, perdiéronse blandamente por los ámbitos de la estancia y por los artesonados de la capilla, en donde sin duda se posarían. Luego, sobrevino un silencio que ni el juez ni la reo osaban romper.

—Conque, vamos a ver, hija mía, diga usted sus pecados.... —Y cerró los ojos fray Paulino, muy apretados, como cuando delante de nosotros va a producirse una gran detonación que no podemos impedir.

Pegó los labios sor Noeline a los agujeritos del

ventanillo, y con ansia de arrojar de sí las impurezas que le bullían en su interior, principió su confesión en el punto en que, tres tardes atrás, al charlar con la Nona,—una gente de aquí, del colegio, dijo ella—había descubierto con estupor la causa de sus lágrimas.

—Un hombre, padre, un hombre que tengo dentro de mí, sin saber cómo ni cuándo se ha metido, sin poder sacármelo por más que hago.... Siéntolo tan entero, tan completo, que si no temiera ofender más a Dios, me abriría el busto, aquí, arriba,—y debió tocarse sor Noeline donde indicaba, porque fray Paulino percibió roce de ropas,—pues estoy segura de que con sólo abrírmelo, a él podrían sacarlo, o él se iría, supuesto que yo ni lo llamé ni le ofrecí mi pecho por morada.... En cuanto lo descubrí, padre, no he cesado de orar, de implorar que se vaya, que se borre, que me deje tranquila y pura como hasta ahora me he mantenido.... Pero, antenoche.... qué noche, padre, qué noche horrenda....!

Y mientras sor Noeline narraba, asustada aún, aquellas horas que pasó en el dormitorio, a solas primero, y después con las alumnas dormidas en sus camas, entre preces y delirios sin encontrar consuelo, fray Paulino que la escuchaba atentísimo, reconocía al enemigo, al eterno enemigo, esta carne sucia y voluptuosa, la perpetua rebelde, la dominadora de la criatura; la que él, por maravilloso dón y excepcional temperamento, había dominado siempre. Ganábale la náusea que la carne le originaba con sus palpitaciones de animal inmundo, pero a la vez le ganaba un deseo de coadyuvar con todas sus fuerzas a que sor Noeline no se manchara; ya que la bestia, cual el vampiro de la leyenda, cerníase sobre esa pureza y esa juventud, y llegaba a tocarla con las

uñas de sus alas para desgarrarle su pudor, y luego dormirla y aniquilarla luego, que allí se detuviera, que no fuera a mayores, que una vez en la vida se lograra la liberación de un ángel! ¿Cómo lograrlo, santo Dios, cómo lograrlo?.... ¿con la oración nada más....? ¿con el ayuno y la penitencia que nos apagan los torcidos apetitos?.... ¿con todo junto?.... Sor Noeline terminaba la narración de su noche, iba ya en el amanecer del día anterior, cuando las alumnas la sorprendieron rezando en medio del cuarto, resuelta a combatir, a morir antes que pecar.

—Así, hija mía, así se hace y así se triunfa! – exclamó fray Paulino que ya no era juez en aquel momento, sino un apesarado que anhelaba que ahí parara la catástrofe moral; que ya no veía en sor Noeline a una monja en peligro, sino a una infeliz cualquiera, que no resiste más, que al parecer se queja y pide socorro.

—Ay, padre! – suspiró la religiosa – pero si supiera usted lo de anoche!.... ni yo misma lo sé, yo misma no sé lo que me ha pasado. Con infinita esperanza contaba yo con verlo a usted ayer, confiarle lo que me había sucedido y que usted me aliviara, como me alivia siempre que me confiesa.... Cuando nos avisó la madre superiora que usted no vendría, yo sentí que algo muy malo iba a acaecerme, un presentimiento de que la falta de usted redundaría en mi perjuicio.... Sin embargo, me ataqué por lo de supersticiosa, me dí ánimos y me propuse no quedarme sola hasta la hora de dormirme, si es que lograba dormir. Entre tanto, no me separé de las niñas; en el recreo, jugué y salté con ellas.... hasta creo que con ellas reí!.... después, en el refectorio, solicité y obtuve ser yo la lectora de las internas, les leí la vida de santa Teresa, y hubo un rato en que

mi antigua quietud y limpidez de pensamientos, se apoderaron de mí.... el recuerdo del hombre, del intruso, no parecía. Después, llevé la voz en el rosario, en nuestros rezos nocturnos; nos retiramos a los dormitorios, allí recé más todavía, padre, más.... nos acostamos, y como si el sueño quisiera premiarme por lo que había sufrido, me invadió pronto, sentí que me invadía.... Ya dormida.... padre! padre! sálveme usted—prorrumpió sor Noeline, cual si la evocación de su sueño la enloqueciera,—ya dormida.... no puedo decirlo, padre, no puedo!

La tensión nerviosa de Fray Paulino era insostenible, por lo que de prisa murmuró:

—Hija mía, hija Noeline, a un sacerdote se le dice todo; no se acobarde usted y adelante; no se suponga usted lo que es, mujer y monja y joven, ni mire en mí a un hombre como los demás. Soy el ministro del Altísimo; en este instante, el que por su nombre puede borrar todas las faltas y lavar todas las conciencias, y usted, y usted, sólo es una pecadora que se arrepiente y que padece.... Además, ni usted ni yo nos vemos tales cual somos, divídenos este santo madero, para que yo escuche únicamente las debilidades de un prójimo mío, y él escuche nada más mis consejos y acate mis castigos.... Dígamelo usted, dígamelo usted todo, y limpiemos entre los dos ese espíritu que, aunque indigno como todos los espíritus, el Señor, cuya misericordia ni a comprender alcanzamos, se digna visitar en las comuniones casi diarias que a ustedes permite, concediéndoles la indispensable gracia.... Valor, hija, valor, es preciso.

—Pero si no sé cómo empezar, padre....—contestó sor Noeline, en quien los pudores femeninos

más recónditos y delicados, oponíanse a que obedeciera las órdenes del confesor, —hasta se me figura que con sólo decirlo peco más....

—Es preciso, hermana, es preciso. Para perdonar algo, hay que conocerlo y valorarlo previamente.... Emplee usted los términos velados, los eufemismos que le plazcan, pero diga usted su pecado ¿qué le sucedió a usted ya dormida? ¿acaso ignora que lo que en sueños nos sucede, si en la vigilia lo recordamos y nos inspira repugnancia y no deleite, no por ello hemos pecado?....

Ahí estaba el quid, en que sor Noeline ignoraba lo que despierta había experimentado. ¿Repugnancia?.... ¿Deleite?....

—Pues ya dormida, padre, —exclamó decidiéndose al fin,— perdidas mi voluntad y mis fuerzas y cuanto despierta tengo para defenderme, el hombre aquél se me apareció en un sitio extraño, un sitio de sueño; que no era bosque, ni era mar, ni calle, ni convento, y lo era todo a la vez; estábamos solos, solos completamente, y no tenía yo miedo; sin embargo eché a correr, es decir quise correr, aunque mientras mayores eran mis esfuerzos era menor la carrera, andaba yo apenas, y para avanzar me asía yo de los árboles del bosque, de las olas del mar, de las casas de la calle, de las rejas del convento.... me asía desesperadamente, rompiéndome las manos, bebiéndome las lágrimas, rezando, rezando.... y en lugar de avanzar yo, él era el que avanzaba.... Así permanecimos mucho tiempo.... yo sin poder huir, él cada vez más cerca.... sin hablar, sin importunarme, en persecución muda, tenaz, que me daba escalofríos.... Tan cerca lo sentí, padre, que su aliento, un aliento tibio y potente de hombre agitado, me quemaba la nuca.... y se me metía en las

espaldas.... y las espaldas también me las quemaba.... Rendida ya, y comprendiendo que no obstante mis esfuerzos sobrehumanos, no conseguiría escapar, cesé de hacer fuerzas, y en el mismo instante, padre, en ese instante....

—¿Qué?.... —articuló fray Paulino trabajosamente.

—Sentí que el hombre me cogía por el talle, como si fuera yo una chiquilla y él un gigante.... reuní lo que de fuerzas me restaba..... para gritar..... y tampoco gritar pude!.... Sentí, luego, que mi talle se doblaba, de un golpe, al contacto aquel, como se doblan los tallos de las flores de nuestro jardín, en una sola noche....

—Fué una pesadilla horrible, pecaminosa indudablemente, mas sin trascendencia por fortuna!—gruñó fray Paulino interrumpiéndola.

—Eso sentí,—continuó sor Noeline sin escuchar la interrupción, impelida por rara energía a concluir el relato, con el que conocíase que sufría, que le había quedado muy grabado,—y cerré los ojos.... creí que moría, que iba a morir, y me alegré, padre, le juro a usted que me alegré, cuando.... de repente sentí.... la sensación más inexplicable que he sentido en mi vida.... como si mis venas, y mi carne, y mi sér entero se aniquilaran en un mundo de delicias incomparables.... en las que yo me hundía sin remordimiento, entre los brazos de mi perseguidor, que me buscaba la boca.... Después, ya no sentí nada, padre, cual si mi vida toda se hubiese ido muy lejos.... Luego, desperté.... y aunque el dormitorio se hallaba a obcuras.... aunque yo me juzgaba inocente, tan inocente como antes de mi sueño..... tuve vergüenza.... como si de veras hubiera pecado..... me avergoncé de que las sombras me mira-

ran.... de mirarme yo misma.... escondí la cara en las almohadas, y jadeante, desfallecida, con miedo, me solté a llorar, padre, a llorar mucho.... como lloro ahora, porque temo que Dios no me perdone....

Por segunda vez los sollozos de sor Noeline hicieron temblar el confesonario y al confesor, y por algunos segundos, se oyó el sofocado rumor de esos sollozos; en la capilla, un fragmentario balbuceo de las plegarias que elevaban las monjas arrodilladas que ya habían confesado, y de allá de los interiores del colegio, mortecinos ecos de juegos y de carcajadas de niñas....

En el recto criterio de fray Paulino, de aquel sacerdote virtuoso y casto que tenía amortajada su propia carne desde mozo, el hecho bárbaramente fisiológico que había turbado a sor Noeline, aparecía claro, clarísimo, en toda su completa deformidad. Era el delito eterno, el delito milenario e incurable, la rebelión de la carne, la vieja y constante rebelde; era la sangre joven de la muchacha aquella, que, aprovechándose de su sueño, habíala forzado a paladear los asquerosos goces del pecado original, por el que todos sufrimos y sin el cual no existiríamos. Era el amor terrenal y corrompido, sin el que los mortales aseguran no poder sobrellevar la existencia; es decir, era Satanás ansiando perder a una monja, traidoramente mientras dormía, cuando no sabía valerse ni menos rechazar la demoníaca fornicación, acompañada de sus palpitaciones y sacudimientos, tres veces malditos.

—Por supuesto que usted — dijo de pronto fray Paulino con iracundo acento— no sólo se arrepiente, sino que abomina de tal sensación, que en ella reconoce una acechanza de nuestro enemigo malo, y

que procurará por cuantos medios le queden a su alcance no volver a sentirla, ni volver a recordarla ¿verdad?....

Sor Noeline callaba, contenidos sus sollozos, pesando la respuesta que le exigían.

—¿Verdad?.... —insistió fray Paulino en amenazante tono—¿o no me oye usted?....

—Padre! ni una ni otra cosa dependen de mí.... Despierta, no, despierta ofrézcole a usted que no volveré a sentirla,—apresuróse a añadir sor Noeline, al escuchar que el jesuíta se había revuelto colérico dentro del confesonario,—pero si dormida me asalta ¿qué culpa tengo?....

—¿Qué culpa?.... pues una culpa inmensa, una enorme culpa! Si es preciso, absolutamente preciso, no duerma usted nunca, así se muera usted por no dormir, que cualquiera muerte es preferible a vivir en la impureza! Ayune usted, use usted silicios, mortifíquese esa carne que la inquieta, y cuando de ella no le quede a usted más que la indispensable para vivir tranquila en el claustro, las tentaciones huirán, no vendrán a atormentarla más, y usted podrá entonces morir limpia de cuerpo y con el espíritu sano.... ¿me comprende usted bien?.... Sobre todo, no la recuerde usted, olvídela, y ése será el principio de su alivio.... olvídela usted, hija mía, olvídela usted!—terminó fray Paulino, suplicante.

—¿Olvidar, padre, y cómo?.... ¿No ve usted que ahora mismo, a pesar de mi lloro y de las santas palabras de usted, no puedo olvidarla, no se me despega de la memoria, como si en vez de pesadilla hubiera sido una quemadura muy profunda, de las que no cicatrizan jamás?.... ¿No ve usted que pensando que la olvido, sigo pensando en ella?.... ¿No ve usted que nadie manda en su memoria, y que el

recuerdo se nos adhiere a ella como la humedad a las piedras?.... Si yo pudiera, padre! Si usted, por ser quien es, la raspara de mi pensamiento aunque el dolor me mate!....Arránquemela usted, padre Paulino, o déme un remedio que me salve, y yo lo haré, le prometo a usted hacerlo....

¡Ah, nó, eso no lo toleraba fray Paulino, ni con sus benevolencias y todo! Que la carne se rebele, no existe remedio humano contra ello; pero que la voluntad se resista y no venza a la memoria, y a los pocos años, y a los deseos reprobados, eso nó y mil veces nó! En el fondo, en las cuestiones fundamentales, él era un asceta, un asceta que después de macerarse había triunfado, y no transigía con que la voluntad flaqueara. Sin haber experimentado en pellejo propio los estragos de la pasión carnal, más teníala por mito y por fenómeno meramente subjetivo, que por fuerza avasalladora e incontrastable. ¿Pues qué, en nada hemos de diferenciarnos de los cerdos? ¿la inteligencia brilla y nos enaltece sólo cuando nos conviene, y cuando nó, la postergamos o escondemos como mueble de lujo inútil, bueno únicamente para lucirlo delante de extraños? ¿no con sapientísimo discernimiento nos indica lo bueno y nos reprueba lo malo? ¿no alumbra los más tenebrosos rincones de nuestra conciencia, y no con el raciocinio, que es su lengua, nos engendra el remordimiento, que es su arma? ¡Ah, nó, él, fray Paulino, debía ser severo y lo sería!

—Pues, oiga usted, sor Noeline—exclamó resuelto—aquí no caben términos medios! O usted olvida o yo no la absuelvo, porque yo sí que no podría absolverla. Usted se debe a Dios, toda a Dios, y mientras el plazo de sus votos para con Él no se haya extinguido, el cuerpo y el alma de usted, de Él son

únicamente, en pensamiento, palabra y obra.... Cualquier desfallecimiento de usted, cualquiera complacencia con el pecado, y su condenación es infalible.... ¿Olvidará usted?.... que en tanto que no lo realice, el cerebro continuará con esa pesadilla u otras peores, pronto a descargarlas sobre usted y a desgarrarle sus pudores de doncella y sus pudores de monja.

Sor Noeline, aterrada, oía el martilleo de las reprensiones del jesuíta, y con su mirada ida, extraviada, apenas si se daba cuenta de que veía los múltiples agujeritos del ventanillo, en forma de cruz, a los que consideraba tan insensibles y tan implacables como las voces que salían por ellos.

—Por lo pronto,—continuaba fray Paulino,—no comulgará usted mañana; abrigo la esperanza de que esta suspensión la curará a usted, que por volver a comulgar se opere el milagro, y usted olvide; diremos que se halla usted indispuesta, enferma, y ni usted ni yo mentiremos diciéndolo.... Pasado mañana hablaremos de nuevo.... es más cuerdo.

—Padre, por Dios vivo, no me rechace usted, no me diga que no debo comulgar.... yo necesito que usted me reanime, que me diga lo contrario, que si yo no he tenido voluntad de pecar, aunque el pecado sea mortal, no estoy perdida.... Tiéndame usted la mano, padre, porque sola me muero, porque sola me pierdo.... Lléneme usted por dentro de incienso y de oraciones, para que la tentación no se me acerque.... y si el mal está en el corazón.... que allí es donde me duele, sáquemelo usted, padre, y en su misa ofrézcalo usted a Dios, devuélvaselo usted a Él, que fué quien me lo dió.... Dios no lo rechazará, padre, porque ha de comprender que si lo rechazara, yo no sabría conservarlo en su sitio,

como antes; yo no podría atajarlo, porque lo siento que se me escapa, que me palpita dentro, como paloma asustada que no cupiere en su jaula y por donde quiera tropezara.

Fray Paulino temblaba de ira reconcentrada, que le estorbaba el uso de la palabra; todas sus nociones adquiridas y archivadas con tanta veneración, protestaban frente a aquellos gritos de pasión, frente a aquellos estremecimientos de hembra ignorante y virgen aún, que por puro instinto de hembra, de tentadora atávica, de dignísima heredera de Eva, lejos de acobardarse al presentir el acercamiento del hombre, ese mismo instinto la equipara a los animales inferiores que se ayuntan y se muerden por gozar con el placer prohibido!.... Sor Noeline, quizá, en nada de esto pensaba todavía, porque todavía lo ignoraba, pero el cáncer apestaba ya, la pústula fatal; desvanecíase la monja, y apuntaba ya la hembra hedionda con deseos y vibraciones internas, la que desde pequeña infesta y envenena; la que mientras es mujer, está misteriosamente herida, y por más que en épocas determinadas se desangre y arroje de sí la podredumbre que la informa, torna a enfermar y enferma siempre, y sólo cura y se limpia cuando el sexo la abandona, cuando ya no puede ser fecundada por el hombre, su eterno cómplice y su enemigo eterno!.... Al poder hablar fray Paulino, más escupió que dijo:

—Pero desdichada ¿no sabe usted que lo que tiene es amor, un amor profano y sacrílego?...... ¿no sabe usted que con semejante ponzoña en las entrañas, mi deber imperioso es dar parte a quién puede más que yo, para que a usted la alejen de esta santa casa, a ver si donde a nadie contamine se opera el prodigio de que usted sane?.... ¿no sabe usted que

mientras no la exorzicen y purifiquen, no es usted digna ni de portar los hábitos?....

Nó, sor Noeline no sabía nada de éso. Lo único que supo, fué que el mundo se le obscurecía, que todo a su alrededor vacilaba, daba vueltas infinitas; que, en ese torbellino, se vió expulsada del convento, y vió a su madre, muriendo por el crimen de su hija, y se vió caminando sola siempre, y sin quien le hablara ni la compadeciera.... lo único que supo, fué que la tierra le faltaba bajo sus rodillas, y que abría los brazos....

Al ruido que causó su caída, acudieron varias religiosas, la superiora la primera, y muchas niñas queriendo llorar; alguien abrió el confesonario, cual adivinando que el golpe venía de ahí, y mientras el hermoso cuerpo de sor Noeline yacía inerte sobre las frías baldosas, las demás vieron a fray Paulino, que, hincado en las maderas del mueble, rezaba fervorosamente, sin hacer caso de tanta mirada ansiosa, interrogante..... Las monjas y las niñas, por no sé qué secreta adivinación de que alguna inmensa desgracia las amenazaba a todas, también se arrodillaron; y en lugar de atender a la que respiraba apenas, en el centro de un círculo trágico y mudo, rezaron a su vez, rezaron todas, como si sor Noeline hubiese muerto!

II

En medio de las exageradas reservas conventuales, la enfermedad de sor Noeline inició su marcha. Para mayor seguridad, la trasladaron al departamento exclusivo de las monjas, al que ni las internas pueden entrar; donde la vida monástica llévase en toda regla. Se logró, con tal medida, atajar las curiosidades de las alumnas, curiosidades muy excitadas desde la tarde del repentino ataque, sobre el que la superiora, intencionadamente, soltó dos o tres "no ha sido nada de cuidado," que, sin embargo, no calmaron el que el suceso mismo había engendrado en el ánimo de las niñas. Al día siguiente, no se habló de otra cosa en el colegio; las internas cuidaron de enterar a las externas, a la hora del recreo particularmente, en que no se les vedaba agruparse y discurrir por las callejas de los jardines, charlando en voz baja, muy baja. La natural y exagerada malicia mujeril asomaba, formada ya, en aquellas muñecas de todas edades. "Las grandes," sobre todo, mirábanse unas a otras, se enlazaban sus cinturas, y después de comentar el hecho insólito, a su manera, se preguntaban:

—¿Por qué sería, tú?.... lo que es la hermana, nunca me pareció enferma ¿y a tí?....

No, tampoco se lo había parecido a la otra. Y continuaban su paseo enmudecidas, dobladas sus cabecitas de quince y dieciséis años, enterrando en la arena el extremo de la bota, dejando vagar su mirada por celajes y nubes.

Para la Nona, para su criterio despejado de criatura precoz y enfermiza, la cosa alcanzaba proporciones de verdadero acontecimiento, indescifrable al pronto, con algunas claridades vagas, luego de examinado y analizado, asociándolo a ésta y aquélla pequeñez. Mientras más pensaba en él,—así que se hubo afligido y que lo hubo llorado cn unión de las demás que lo presenciaron,—más se imaginaba que con ella se relacionaba directamente; pero cuando su rudimentaria lógica la llevaba al buen camino, sus incongruencias de chiquilla sacábanla de él y la sumían en perplejidades y dudas. Metíase sus dedos en la boca, como para mejor reconcentrarse, y echábase a reflexionar con la deliciosamente cómica gravedad de la infancia.

—Yo y sor *Noelina*,—pensaba Nona, anteponiéndose sin ceremonias—yo y sor *Noelina* nos queríamos mucho, y ella, sin motivo se enojó, me hizo llorar, y no volvió a meterse conmigo.... y yo nada le hice ni le dije nada.... le hablé de mi papá, de lo que la recordábamos y mentábamos en la "hacienda".... ¡qué tonta soy! ¿cómo ha de haberse enfadado por éso?.... aunque si no ha sido por éso.... Pero también a mi papá le he hablado de sor *Noelina*, y él no se ha enojado, al revés, me oía, y me oía con gusto....

Su instinto inocente, no cesaba de revolotear alrededor de su papá y de sor Noeline, nombres que se lo atraían, como una flama atrae a una mariposa, para que en ella se queme y en ella deje el polvo de

oro de sus alas. Por dicha, ahí se detenía, en la flama peligrosísima de los dos nombres unidos y enlazados; los juntaba, sí, y en repetidas ocasiones, mas sin que sus pesquisas adelantaran nada; estrellándose, con conjeturas y todo, en la ancha barrera de su propia candidez. Luego, su misma infantilidad la alejaba a muchas leguas; sin duda sor Noeline se había disgustado, porque ella, la Nona, nunca acababa de rezar un rosario entero, durmiéndose a lo mejor....

Y en atrenzos tales, pasóse el día, que era miércoles, aguardando con ansia que amaneciera el jueves, para contarle sus cuitas a su papá, y que él le esclareciera el asunto.

A la noche, todas las ocupantes del dormitorio de sor Noeline,—al que mandaron otra religiosa substituta,—pidieron en coro, arrodillada en su cama cada cual, que la enferma se aliviara y tornara presto a cuidarlas y acompañarlas.

Las hermanas, por su parte, andaban tan ayunas de lo acaecido como las educandas. La única que acaso barruntaba algo, era la superiora, mujer inteligente de suyo y gran conocedora del mundo y de sus pompas. Por supuesto que fray Paulino nada le había dicho ¡qué atrocidad, revelar un secreto de confesión! pero ella tenía buen olfato, y su alarma no reconoció límites, pues si en efecto resultara exacto su adelantado pensamiento de que sor Noeline.... vamos, que por su edad o por una desgracia no imposible, hubiera resbalado, de intención a lo menos,—¡no lo quiera Dios!—habría que alejarla del colegio, que enviarla a Europa quizá, dando pábulo con la medida, al escándalo de las familias y a que a ellas las censuraran, culpándolas por una desventura inevitable, idéntica al rayo que cae de súbi-

to y destruye cuanto encuentra, lo santo y lo profano.

En cambio, fray Paulino salió con el ánimo atormentado y sombrío, más envejecido con aquella tarde de desengaño, que con todos los lustros que cargaba a cuestas. En el largo trayecto del colegio a su iglesia, alternativamente reñíase por demasiado blando o arrepentíase por demasiado severo. Latíanle las sienes, y en los oídos, como infernal repique, zumbábanle las resistencias inconscientes de sor Noeline, su escasa voluntad para obtener el triunfo a cualquiera costa.... ¿Conque una monja, al igual que el resto de las mujeres, puede amar alguna vez?.... ¿conque puede haber un adulterio peor que todos los adulterios del mundo juntos, el de una esposa del Señor?.... Y fray Paulino se detenía en plena calle, admirado de que el firmamento no se desplomara, deseándolo en su interior, con inmenso arranque de castidad, con anhelo formidable de varón justo; que se desplomara, sí, y que no dejara ni huellas de esta tierra putrefacta que no sabe existir sin que sobre su inmensa costra se efectúen las concupiscencias mayores. Como el firmamento siguiera en su sitio, y hasta con anuncios de estrellas para la magnífica noche otoñal que, friolentamente, comenzaba a echarse encima de la empedernida ciudad, fray Paulino, desilusionado de su cataclismo imaginativo, cerró los ojos y tuvo una visión perfecta, que terminó con las poquísimas esperanzas que se le aferraban a su cerebro de sacerdote impecable.

Vió el universo entero, palpitando de amor; a la humanidad entregada a su culto, lo mismo los salvajes que los refinados, más tal vez éstos que aquéllos; consideró que en ese instante, millones de seres se afanaban por realizarlo, y una vez realizado, vol-

ver a él como a la causa generadora de la vida, como al rival único de la muerte. Consideró, de súbito, la inutilidad de máximas y ejemplos para contrarrestar el fenómeno eterno, universal, de que los sexos se busquen y se junten, a costa de irregularidades, de olvidos del deber, de la moral, a costa del crimen; dando todo de barato, con tal de probar el instante soberano y fugitivo, de repetirlo una, ciento, mil veces, ya que nadie puede prolongarlo para morir en él con una muerte que sería tan monstruosamente deliciosa, que todos la llamaríamos a gritos, precipitándonos en ella, sin tiempo siquiera para pensar en cosas más elevadas y trascendentes. Fray Paulino veía, veía con sus ojos cerrados de eunuco voluntario, la gigantesca ronda de la familia humana; oía sus gritos, sus carreras y frenesíes de fiera del desierto; miraba la persecución perenne del macho a la hembra, y la aquiescencia de ésta, cuando no sus provocaciones e impudores; veía, palpaba las lascivias del padre infiltradas en el hijo, pasando al nieto, en cadena interminable y atávica; amotinábansele en su memoria de confesor a la moda, nombres de madres livianas, que empollaban hijas ligeras desde niñas, sin que la sociedad que lo sabía como él, ni el propio marido, hicieran nada por remediar los estragos del virus.... Y no se consolaba con los múltiples casos de verdadera virtud, de que también tenía noticia; no se consolaba, porque eran los menos, la excepción confirmando la regla, los casos raros que desde el púlpito y el confesonario se citan con aplauso y se señalan como modelos; los lineamientos luminosos que, a la manera de rayos celestes y justicieros, cruzaban de tiempo en tiempo por el sombrío fondo del cuadro colosal, en que

la calenturienta imaginación del viejo jesuíta erraba asqueada y tambaleante....

Aunque un toque de clarines en el cuartel de artillería vecino, lo trajo a la realidad, y él, a riesgo de que lo vieran, se persignó para ahuyentarse su fantasmagoría; aunque se acogió a un tranvía, para que las gentes pacíficas que lo tripulaban, lo distrajeran de su extraña preocupación, todavía cuando llegó a su iglesia, cerrada ya, durábale el desasosiego; por lo que al abrir su celda, alumbrarla con su lámpara de petróleo, y despojarse en la percha de capa y sombrero, lo primero que hizo fué arrodillarse a los pies de su "Purísima," y cual si la pintura pudiera contestarle, preguntar en voz alta:

—Madre y señora, tú que ves mis intenciones ¿he obrado mal?....

Y una vocecilla interna, que a modo de neurálgica dolencia lo hacía casi gritar a veces y a veces se le aquietaba hasta casi desaparecer, esa vocecilla fué la que respondió, con la que él entabló un diálogo de persona que habla por el teléfono, a otra muy distante, cuyas palabras no escucha sino el que se acerca el receptor al oído.

—¿Que sí obré mal? ¿y en qué, veamos la prueba, en qué?.... No señor, no pude tratarla con más dulzura; ¿no ve usted que es una religiosa con votos hechos y sagrados?.... ¿qué me importa a mí que sea joven y bonita?,... ¡Qué sangre pletórica, ni qué exigencias fisiológicas, ni qué niño muerto! todo eso es o bobada o herejía, ni más ni menos, o bobada o herejía.... Para eso se renuncia al mundo, y para eso nos dan tiempo de meditarlo, para que la vocación hable.... No, indudablemente que ignoro hasta dónde fué real o aparente la vocación de esta muchacha, es la verdad, pero...

Fray Paulino se enderezó, continuando su monólogo hablado, mientras recorría de arriba abajo su celda y su recibidor. ¿De dónde voy yo a sacar un remedio que cure el principio de una pasión, que pasión y no otra cosa es lo que aqueja a sor Noeline?... Puede que de veras no sea ella la responsable, pero, alto ahí amigo mío, —y fray Paulino se paró en medio del cuarto, —alto ahí, nó por las zarandajas ésas de fisiología y temperamentos y demonios, no señor, sino porque ya lo he dicho yo muchísimas veces, que estas modas de ahora lo echan a perder todo; las monjas, encerraditas en su convento y que ni su capellán les conozca la cara, y nada de enseñanzas ni de conquistas lentas de corazones tiernos, que mañana, cuando sean señoras de su casa y madres de sus hijos, inculcarán en éstos los principios y fines de nuestra religión.... ¡bah!.... disparate, y de a folio, así lo haya decretado el Sumo Pontífice.... Pues, señor, bueno! —pensó fray Paulino, en vez de rumiarlo cual rumiaba lo demás, —cómo estaré esta noche, que hasta al Santísimo Padre le meto la mano!....

—Claro que si Su Santidad lo ha aprobado estará divinamente, y si yo dije lo de disparate, fué porque a mí me parecía que para enseñar, conquistar y refrenar corazones, debiéramos bastar nosotros los sacerdotes, que en el confesonario y aun fuera de él, disponemos de las conciencias, eso es, y que dejando a las monjas guardadas en su claustro, se evitaría una desgracia de éstas: que una hermana tan pura y tan buena como sor Noeline, sea víctima involuntariamente de las sacrílegas pretensiones de algún granuja! Esa es mi idea.... Por lo que a mí toca, estuve dentro del deber, digan lo que dijeren, y si no, ya veremos mañana lo que opina su Ilustrísima, a quien tengo que consultar el negocio; ya

veremos si aprueba mi conducta o no la aprueba.... Por de pronto, aquí está alguien que vale más que todos los arzobispos; a ver qué aconseja para asunto tan grave y espinoso, de tanta trascendencia para un confesor....

Y nerviosamente se llegó a su biblioteca, de la que sacó las obras de san Alfonso María de Ligorio, su gran san Alfonso, el pozo de fe y de enseñanza a quien acudió, con éxito siempre, para resolver más de un complicado problema, en que su libro "Del Pecado" se ocupaba. Por más que volvía y revolvía las hojas de su autor favorito y respetado, nada sacaba en limpio, su duda quedaba en pie con la agravante, según corrían las horas, de sentirse inclinado a la absolución de sor Noeline, —así no tuviese ésta la suficiente fuerza para luchar y vencer. Gracias a que sus votos no eran eternos, —con ello conjurábase el riesgo, — y con tal de obtener una resistencia de su parte, aunque fuese muy artificiada, no habría sacrilegio; que era lo que a fray Paulino espantaba, supuesto que sin él, sería lamentable, lamentabilísimo, el que hubiera una religiosa de menos, pero no tanto como que hubiera una alma condenada. Así las cosas, fray Paulino respiró; alzó su libro que nada componía, y con la certidumbre de haber desatado un nudo, se entregó a sus rezos y en seguida se acostó. A medida que as tinieblas invadieron la estancia, cuando él creyó que el sueño le vencía, de repente, su sueño huyó y aparecíósele sor Noeline, en el momento en que había caído desplomada junto al confesonario. Sin empeñarse ya en averiguar el por qué, abandonóse a la compasión que la monja le inspiraba, sintiendo súbitamente que la falta de ella, que minutos antes sacábalo de quicio, ahora se achicaba, corría, no

presentaba contornos duros ni le provoca las mismas iras. La visión que por la tarde habíalo asaltado, poníase de nuevo frente a sus ojos, obligándolo a santiguarse. ¡Qué si quieres! El cuadro estaba ahí, palpábalo, con tender el brazo casi lo tocaba, y deslumbrado por el verismo de los detalles, por lo animado de las figuras,—entre las que distinguía a sor Noeline siempre yacente y desmayada sobre el helado pavimento del tránsito del colegio,—fray Paulino abandonó el revuelto lecho, encendió la vela, dió paseos, y embozado en su capa asomóse a la ventana después de abrirla, con objeto de que el aire frío de la noche estrellada, le refrescara la mente. Dada la atracción que el cielo con estrellas y sin luna ejerce en el ánimo, si nuestro ánimo sufre, fray Paulino, que no se substrajo a ella, hundió su vista en la atmósfera diáfana y constelada, en la que a poco y como en marco natural y adecuado, reprodújose el fantástico cuadro. Complacíanse los astros en repetirle la vetusta canción del amor, la amarillenta historia del amor universal, el mundo todo palpitando con él en sus diversas latitudes, en sus diversas razas, en sus diversas civilizaciones; la inmortal obra de la carne, más duradera que la que en su contra acababa de escribir él, más duradera que la obra del más sabio; una enorme serie de tomos inacabables, en cuyas primeras páginas escribieron Adán y Eva, en la que han colaborado todos los habitantes del globo, sin que nadie sepa inscribir la palabra "Fin." Fray Paulino, suspenso, miraba el cielo, y al mirarlo, veía que todo había amado, que todo amaba, todo menos él!

Trágicamente, doblóse su cabeza blanca de anciano sin mancha, y al mirar a la tierra, a raíz de su contemplación del Cielo ¡qué espanto! vió que la tierra

ama también, y a la carne especialmente,—supuesto que el último abrazo que ésta y aquélla se dan en la fosa, cuando la carne, en los comienzos de su descomposición, torna a la tierra invariable y fatalmente, y en ella se sumerge y la besa y la penetra, la tierra, por lo pronto, cubre esos despojos carnales y pestilentes, los aprieta, los estrecha, devolviendo el beso en forma múltiple y sorda, para luego ocultar y esconder a esa misma carne que se transforma, a fin de que ni al corromperse y transformarse nos inspire ascos y repugnancias, a los que sobrevivimos; convencida ella también, de que nuestro culto a la carne es el más humano, el más prodigioso, el más eterno! Y esta tierra, luego de prestarnos el servicio inmenso de apartar de nuestra vista el horrendo espectáculo de nuestros cadáveres, el miserable aspecto de nuestros despojos, no contenta con éso, todavía los fortalece y vuelve savia, los vuelve vida; los recompensa y purifica, convirtiéndolos en flores, para que nosotros se las arranquemos y a pesar de su origen material y nauseabundo, vayamos a ofrendarlas a lo que tenemos o hemos tenido de más puro y venerado, nuestra novia, nuestra madre, la mismísima Virgen de los Cielos!....

Enjugóse fray Paulino el llanto que humedecía sus ojos y que, sin duda, habíasele cristalizado en las entrañas desde su juventud, y levantando otra vez su rostro de asceta, hacia la altura, preguntóse quién cumplía mejor con la ley natural por excelencia: ¿los que a semejanza de él y de sor Noeline se aislan del mundo, y no pagan el soberano tributo del amor y del dolor; los que como ellos, quizá sin ningún derecho, voluntaria y atentatoriamente se truncan, atrofian e inutilizan, estafando con ello a la vida, no pagándole el gran impuesto que nos exige

para existir ella y para que nosotros existamos, el gran impuesto que nos exige en su inapelable y dulcísimo idioma de ansias y deseos, de besos y lágrimas?.... ¿Quiénes cumplían mejor, ellos, o el hombre y la mujer que temprano caen el uno en los brazos del otro, para amarse siquiera un instante, y después de dejar en la tierra al hijo, en la atmósfera el suspiro y en el corazón una profunda gratitud a Dios, mueren sin tristezas, porque ya conocieron y gustaron lo único que reconcilia con las amarguras de la existencia?....

El idealista y místico espíritu de fray Paulino, encabritábase cual potro bravío frente a pregunta e interpretación semejantes, que se le hacían otras tantas blasfemias, aunque en el fondo no fueran sino un informe y secreto arrepentimiento de pisar ya los umbrales de la muerte, sin tiempo para volver atrás ni fuerzas físicas suficientes para recomenzar el espinoso camino de la vida, y probar una vez ¡sólo una vez! el inefable sabor de la manzana bíblica; pensando en la cual, acabó de sospechar que no es ni puede ser un delito amar, morder cada quien a su vez el fruto extraordinario. Y evocó a Eva y Adán, la primera pareja sensual, desobediente y pecadora; la que no titubeó en cambiar por un instante de espasmo carnal, todo un paraíso, siendo perdonada, sin embargo, por Quien puede más que nosotros; la pareja que en su caminata milagrosa, siguió amándose, y, a pesar de su pecado, es inmortal porque de ella brotó, como un manantial inagotable, la humanidad entera, de antemano enfermiza y sentenciada a amar, siempre amar a sus iguales en carne y en pasión, no abstracciones ni símbolos, a los que debe sus respetos mentales y los afectos que posee de índole mucho menos terrena....

Bruscamente se enteró de las dos donaciones divinas que nos engrandecen, no había conflicto; ni cómo haberlo, si entrambos dones nos son otorgados por una inteligencia superior? Al contrario, hermánanse a maravilla, y hermanos mejores que Caín y Abel, no intentan un segundo fratricidio, no se envidian sus respectivas virtudes ni se atreven a espigar en campo ajeno; quédase cada cual en donde lo han puesto, en sus dominios propios que jamás invaden entre sí: la inteligencia, que es el grandioso ático que corona el edificio que llamamos hombre, ciérnese casi por cima de nosotros, nos levanta y dignifica, nos conduce en sus vuelos a la idea de Dios, es el sólo mensajero adecuado para llevarle nuestras aspiraciones, nuestros pensamientos, o sea, nuestra mayor riqueza y nuestras plegarias y demandas. Y el corazón, mucho más abajo colocado, que no tiene alas, a modo de la inteligencia, que está construído del mismo barro delincuente y tosco que lo demás de nuestro individuo, el corazón se entiende con las pasiones, con ellas nos comunica porque de ellas vive, para eso lo echaron al mundo; y aunque en ocasiones por ellas muera y nos deje desgraciados, muere contento, satisfecho y hasta orgulloso de haber sabido cumplir con su misión, sacrificándose donde debería haberse sacrificado, en su puesto; y es su voluntad última, que en desventura tamaña acudamos a su hermana de arriba, que no muere jamás, a la inteligencia que ha de consolarnos y de explicarnos lo irremediable de la catástrofe, pues tal es el orden de las cosas; y Dios mismo, por este conducto, dígnase entonces escucharnos, apiadarse de nuestra condición mísera; perdona el humano y trágico fin de nuestro corazón, llamado a perecer en esta vida de aquí abajo, per-

mitiéndonos entrever que hay otra más duradera y deliciosa, la de los espíritus que ya no tienen cuerpo ni otro apetito que subir al Trono, en donde radica el verdadero e imperecedero amor, ideal y casto.... Pero mientras tanto, debemos amar aquí, no torcernos el corazón obligándole a que permanezca ocioso y quieto, ni mucho menos dedicarlo a otro culto que el de la carne; es de cieno, como somos nosotros, y como nuestro cuerpo, va al cieno; sólo ha de palpitar y de despedazarse con estas hienas de pasiones que andan continuamente acechándonos e hincándonos en nuestra carne flaca sus garras y sus dientes, a diferencia de la inteligencia, que vela por nosotros y nos defiende y salva el alma, que es lo que interesa. Si para que el cuerpo, al considerar su fin no llore sin consuelo desde que es amasado, se le dan nervios y músculos, voluptuosidad y estremecimientos; si se le da permiso para amar ¿por qué no amar, llevando dentro, una parte de ángeles y de bestias otra? ¿si tenemos que complacerlos, queramos o no? Dejemos que la bestia ame y que el ángel crea; que amar y creer, son las grandes necesidades de la vida!....

Del insondable fondo de la noche estrellada, del que fray Paulino no quitaba la vista en tanto iba pensando todo esto, parecían desprenderse esos propios pensamientos, cual si emanaran de muy lejos, de esas profundidades que no comprenderemos nunca; en estática comunión con lo infinito, fray Paulino flotaba, flotaba libre de la sotana y de la tonsura, que se le habían quedado en su celda, entre las páginas estrechas de su libro, entre las prohibiciones de los cánones y de la orden; él, penetraba al fin en el Misterio, empapábase en luz y claridades incomparables; no pecaba, porque el pensamiento

cuando se remonta, no peca, y convenía en que el amor es bueno, en que amar es un deber; murmuraba, como una oración, el versículo décimo del capítulo IX del Ecclesiastés:

—"Todo cuanto pudieres hacer de bueno, hazlo sin perder tiempo; puesto que ni obra, ni pensamiento, ni sabiduría, ni ciencia há lugar en el sepulcro, hacia el cual vas corriendo...."

Y el reguero de astros, con sus reverberaciones pálidamente doradas; el espacio hondamente azul, con su majestad silenciosa y perenne, diríase que lo compadecían porque nunca había amado, que lo envolvían en efluvios inmensos, y que desde allá, tan grandes ellos y fray Paulino tan pequeño, se dolieran de su vida incompleta, de su mal entendida rigidez para con la monja infeliz, que, mujer antes que monja, le había confesado su descubrimiento, su pasión por un hombre a quien tal vez ni conocía aun de cerca; diríase que lo exhortaban a absolverla, a perdonarla. Ya que él no amaba, que amaran los demás, como en efecto aman, no obstante las amenazas y las ofertas de castigos... Y fray Paulino, por unos instantes, perdonó a sor Noeline, la absolvió en su criterio de hombre, por su falta involuntaria.

Mas su perdón fué instantáneo, porque en cuanto bajó la vista del cielo, el hechizo se desvaneció, de nuevo sintióse sacerdote, y se reconoció en peligro si fomentaba la herética alucinación, ese viaje por las regiones etéreas, de su pensamiento encadenado. Habituado a no poder discurrir libremente, a contener y sofocar los conatos de independencia de sus ideas, se alarmó de la escapatoria realizada por las mismas; y apresuradamente, como pastor sorprendido en la montaña por furiosa e inesperada tormenta que le espanta a su ganado, y que des-

pués, cuando el trueno huye y el rayo se opaca, trata de reunir a sus animales dispersos, que limpios por la lluvia se le agrupan, y con humildísima e irrazonada obediencia regresan al aprisco, a escape, dirigidos por el azote con que el zagal los amedrenta, muy preocupado de que se le hayan extraviado algunos por quiebras y barrancos inaccesibles, así fray Paulino intentó reunir sus dispersas ideas, y aunque notó que las grandes habíansele quedado por las alturas en que sufrió su vértigo, azotó a las mansas, a las débiles, las encerró dentro del férreo cercado de su voluntad de jesuíta, y con ellas prisioneras, tornó a ser el eclesiástico sumiso a quien le están prohibidos paseos mentales tan peligrosos, y cerró la ventana, para precaverse de la tentación, para no seguir contemplando la inmensidad en cuyo seno parecía perderse el sentido de lo real y la noción del deber, al modo que lo entendemos en la tierra baja. En cuanto su cerebro volvió también, y a duras penas, a reconocerse dentro de la celda, dentro de la sotana y dentro de la tonsura, fray Paulino fué a sentarse en el canapé del recibidor, porque experimentaba inmenso cansancio corporal, como si llegara de muy lejos....

¡Menuda estaba su falta, dejándose llevar por quimeras, a sus años y con su carácter! No absolvería a sor Noeline, decididamente; no *debía* absolverla, ni menos atreverse a enmendar los preceptos y disposiciones que propone la Iglesia, que es la infalible.

—Si yo no fuera sacerdote, —mascullló a media voz, —imagínome que sí la absolvería, que la perdonaría; pero soy el juez, un juez que hasta puede simpatizar con el reo y ayudarlo a salvarse; que en su conciencia quizá lo disculpe; pero como los códigos

están ahí, y en sus artículos tales y cuales castigan determinadamente ésto y aquéllo, se atiene uno a su código, y firma la sentencia, por dura que ella sea.... Ahora, si fuera yo hombre en lugar de juez, si fuera yo hombre!.... —y repetía la palabra, con terquedad de deseo, y le encontraba una melancólica resonancia de anhelo tardío, imposible, –si fuera yo hombre, perdonaría, precisamente por tratarse de lo que se trata, por imitar al Maestro, que perdonó y continúa perdonando "a los que han amado mucho;" pero no soy más que un sacerdote, y no *debo* absolverla, no *debo*.... Lo que debo es felicitarme de mi sacerdocio, de no mal emplearlo, de no hacerme acreedor, a mi vez, de que otro, de veras santo, me excomulgue por estos desfallecimientos, impropios y censurables.

En un arranque de espíritu superior, se arrodilló en su celda, a obscuras ya, pues la lámpara se había apagado, y exclamó en voz alta y clara, para convencerse a sí mismo de que decía lo que necesitaba decir:

–Dios mío, Tú que me ves y que me oyes, sabes que no puedo perdonar; Tú, que lo puedes todo, la perdonarás tal vez, y si la perdonas, perdóname a mí también, Dios mío, perdóname, porque en mi imperfección, no tengo tu misericordia ni tu sabiduría, nunca subiré a tus altitudes y nunca sabré perdonar como perdonas Tú....

Y es fama, que al día siguiente, en su misa, fray Paulino tenía una corona de luz en su vieja cabeza blanca de sacerdote inmaculado.

Esa misma mañana, en el colegio, sor Noeline al despertar en la enfermería, recuperó la razón, per-

dida hacía tres días en el oceáno de fiebre en que había estado bregando a punto de zozobrar. Recuperábala muy paso a paso; aun sufría de ausencias de memoria, cual si las ondas de ese océano, aunque pacificado, revolviéranse en su reflujo y se la cubrieran por completo unos minutos; según en el océano de verdad las olas cubren y descubren los leños clavados en la arena, a bastante distancia de la playa. Cuando su memoria quedaba al descubierto, sor Noeline procuraba desviarla, llamar a la calentura y que de nuevo se la cubriera. No quería recordar, instintivamente se escondía en la fiebre, por fundados temores de que al recordar, recordaría algo muy desagradable. Representábale su memoria, el sobrescrito de una carta portadora de malas nuevas que adivinamos antes de leerlas, por lo que no nos decidimos a rasgar el sobre y a enterarnos del contenido. Por otra parte, sentíase tan bien en aquella estancia muda, con escasa luz y un vago aroma a limpieza y a incienso; dentro de aquella cama limpia y blanda, que ya no era la del sufrimiento, en la que se proporcionaba frescores suaves, con sólo estirar o recoger un miembro; en cuyos colchones, lienzos y almohadas creía haber dejado a guardar sus fuerzas, que ellos devolvíanle delicadamente, con súbitos cansancios deliciosos; en los que se acomodaba su cuerpo, en los que su profunda laxitud, esa especie de desmayo que la embargaba, obligábala a permanecer inmóvil, en inmovilidad casi voluptuosa; tan bien sentíase así, que anhelaba en secreto que el bienestar se prolongara muchos días más, muchos años, así, el cuerpo como fundiéndose y disgregándose con lentitudes de recompensa, adormecido el ánimo y el cerebro en letargo; percibiéndose las sensaciones, las ideas, los recuer-

dos, debilitados, peregrinos de largo viaje que a su arribo e instalación en nosotros, no tienen fuerzas para lastimarnos, para preocuparnos siquiera.... Trepaba del jardín y por una de las entreabiertas ventanas colábase hasta el lecho de la religiosa, mezclada fragancia de troncos de árboles, de hojas secas y de tierra mojada, la que humedecía el jardinero sin duda, pues sor Noeline oía el chorro de agua, sus chasquidos de fulminante al salir por el estrecho conducto de la manguera, y luego, cuando se abre en forma de abanico y al derramarse empapa flores y ramas, su ruido especialísimo de catarata diminuta. Con ese ruido entraban, alegre silbar de pájaros, rumor de voces infantiles y distantes, allá, en los alrededores de la capilla; ecos de carreras, de risas tan frescas como el chorro de agua del jardinero, y de más allá, pero de mucho más allá, un confuso jadear de monstruo, de la ciudad, y un apagado clamoreo de pisadas de caballos, de rodar de coches y de carros, de cornetas de tranvías. De pronto, el colegio enmudeció, calláronse las voces y risas infantiles, y sor Noeline, en su somnolencia febril, no supo a qué atribuirlo; la noción del tiempo se le borraba, y ella en lugar de aclararla, cerraba los ojos, estirábase debajo de las sábanas, hundíase más en los restos de su calentura para no volver sino lo más tarde posible a la vida real ¿qué día era ése? ¿qué hora sería? ¿por qué las niñas se callaban? ¡qué gusto que ella no sabía nada, ni de nada se daba cuenta precisa!.... Y el órgano, que empezó a sonar en la capilla, en la misa diaria de las ocho, también llegó a su oído, contribuyendo a sumirla en el acabamiento aquél; sus armonías místicas, después de recorrer las arcadas del patio y los jardines, y antes de seguir su alada marcha rumbo al espacio

y rumbo al Cielo, diríase que se acordaban de ella y que iban a preguntarle al oído qué anhelaba, qué pedía, pues las notas, todas trémulas y vibrantes, deteníanse en la enfermería, abatíanse sobre sor Noeline, sobre su cama blanda y su espíritu adolorado, como en algunas estampas que sor Noeline recordaba haber visto, hay un ángel vaporoso y blanco en espera de que un enfermo rinda el alma, para con ella, amorosamente entre las manos, volar hasta las nubes. Pues ella quería una cosa análoga, volar entre las notas del órgano y con ellas perderse donde ellas se perdieran.... aunque ¿para qué irse, si se sentía tan bien?.... Todavía su memoria no le resucitaba su desliz mental; sí sabia que *algo* anormal la retenía en el lecho; que su puesto a tales horas, fueran las que fuesen, estaba al lado del órgano o al lado de las niñas, pero ahí paraba su ciencia, ahí hacíala parar, horrorizada de antemano de saber más, encerrando a su voluntad dentro de los linderos de esa su dulce ignorancia, en la que se mecía, se mecía hasta arrullada por el órgano....

Conforme la mañana fué entrando, sor Noeline recobró el pleno dominio de su inteligencia; y los recuerdos que poco antes perezosos y torpes la rasguñaban apenas, ahora se le clavaban con fuerza, comenzó a saber por qué se hallaba acostada en la enfermería; la escena de su confesión, reconstruíase por sí misma, y con ella reaparecía el motivo, Rafael, el papá de la Nona, siempre instalado y medio oculto en sus adentros de religiosa en pecado mortal de impureza. Se estremeció, y la hermana que la cuidaba se acercó en el acto, afectuosa y sonriente....

—*Désirez vous quelque chose, ma soeur?*

¡Deseaba tanto!.... Y se incorporó dispuesta

a formular muchas preguntas, a inquirir muchas cosas.

—*Ça non, soeur Noeline, c'est defendu; couchez vouz et surtout ne parlez point*—le dijo su cuidadora, amenazándola con un dedo, en broma, como se amenaza a los chiquillos cuando trata uno de que se rían.

Sor Noeline se recostó y sonrió, en efecto, mas con qué envidia tristísima frente a la tranquilidad de conciencia que su enfermera revelaba en movimientos y actitudes. Veíala ir y venir; componer el embozo de la cama, prepararle una bebida, abrir un poco las maderas de la ventana para que entraran más luz y más aire; veíala caminar sin ruido, alerta y expedita a pesar del hábito, contenta, con un mirar sereno y límpido, de sér perfeccionado y sin conflictos morales que lo atormenten; radiante el rostro, con ligeras palideces de marfil que comienza a envejecer de puro bien guardado; con su edad y sus carnes, igualmente disimuladas e igualmente indefinibles; alta su frente, sin remordimientos que se la humillaran; su conjunto todo, de mujer victoriosa en camino de ganarse la gloria por sus merecimientos propios. Viéndola, sor Noeline pensó que también ella había sido igual, que había sido el orgullo de los dos claustros, el de Burdeos y el de México, y la mimada de las superioras que la llamaban: "*mon enfant.*" También ella, al renovar sus votos, aunque le pareció escuchar que el obispo declaraba que era demasiado joven, los renovó con entereza y con entusiasmo, perfectamente penetrada de las obligaciones que contraía y perfectamente resuelta a cumplirlas, pidiéndoselo a Dios y a la Virgen, ofreciendo esa misma juventud que de nada le servía, esa su belleza, de la que se sabía poseedora por lo que se lo habían dicho cuando podían decírselo, y porque su

femenina condición hacíasela ver en espejos y cristales, en las miradas con que la gente en la calle la aplaudía, y que a ella la turbaban y le encendían el rostro. Y ella creyó que, así como al cortarle su cabello, sus hermosísimas crenchas que al resbalarle por el cuerpo y los vestidos, la despidieron envolviéndola en maravillosa túnica de oro, que deshecha rodó a sus pies y que su madre recogió cubriéndola de lágrimas y besos, creyó que su juventud y su belleza se las cortaban igualmente, con invisibles y eficaces tijeras, y que si acaso, como el cabello, crecían de nuevo, de nuevo y sin esfuerzo,—sin que ella, sobre todo, pecara por el involuntario y fatal cre-cimiento,—se las cortarían para que no le estorbaran su salvación. Y he aquí que uno de los que hubiera debido ejecutar la poda saludable, en vez de intentarla, bautizaba de amor a la inopinada dolencia, y le negaba un auxilio, le cerraba las puertas de su confesonario. Pues cuando cundiera la noticia de su mal, —¿habría cundido ya? — religiosas y alumnas la abandonarían también, la echarían a la calle, fuera del convento, sin su ropaje de monja, y entonces ¿qué sería de ella, en un país ajeno, desconocida por sus pobladores, tan lejos de su madre, y sin recursos?.... Aunque la imagen de Rafael continuaba obsesionándola a pie firme, la aterrorizaba calcular que a él podría acudir.... eso sí que no, y menos ahora que por culpa de él se encontraba en situación tan difícil. Primero morir en un rincón, que aproximarse al enemigo que abusando de su sueño, habíala obligado a cometer su crimen. Lo que es despierta, no le consentiría ni una palabra, ni un gesto, así a ella la expulsaran y tuviera que irse por ahí, pidiendo limosna, después de haberse estropeado con sus manos su tez juvenil, sus grandes ojos azules, cuanto pu-

diese agradar a los transeuntes. ¡Si pudiera uno a voluntad inspirar horror físico a los que nos miran, asco invencible por nuestro aspecto!.... ¡Si ella pudiera buscarse una de esas enfermedades que deforman la cara y devoran la carne, o con llagas le arrebatan sus hechizos!.... ¡Si al menos no volviera a levantarse y muriera en su convento, pura todavía y todavía ayudada de fray Paulino, quien en tan supremo trance, claro está que se ablandaría! Expiraría rodeada de sus hermanas las religiosas, y de las niñas que la amaban; y en tanto que su alma volaría con las notas del órgano de la capilla, —como había volado con ellas su canto de doncella consagrada a la Iglesia, —a su cuerpo rígido, y limpio de materiales sensualidades, lo tenderían en esa misma enfermería, sin despojarlo del hábito que no deseaba perder, lo rodearían de cirios, medio escondiéndolo entre muchas flores del jardín del colegio, que sus hermanas y alumnas bajarían a arrancar para desparramarlas encima de ella; muchas flores, muchas flores que la ocultarían toda, excepto la cara, en la que se le evaporarían algunas gotas de agua bendita; excepto las manos, que encrucijadas, oprimirían fuertemente el Cristo de su rosario, por varios años pendido a su estrecha cintura casta!.... ¡Si aconteciera éso, ese fúnebre cuadro que los residuos calenturientos le hermoseaban, hacíanselo de veras apetecible!.... Pero en su lugar, penetraron en la enfermería la madre superiora y el médico del establecimiento; las ventanas se abrieron más; arrastraron sillas; hubo cuchicheos y ausencia de enfermera; a sor Noeline, le tomaron el pulso sin su consentimiento.

—*¿Ca va mieux, soeur Noeline?*....

Y el médico respondió por ella, rasgando su anhelo de muerte:

—¡Salvada, madre superiora, está salvada!

¡Salvada sin morir!..... Sor Noeline no lo creyó, y antes que contestar a las preguntas del facultativo, le cobró momentánea antipatía, vióse tentada de decirle que se quedara con aquella vida que venía a garantizarle, y a la que la enferma renunciaba, a causa de los miedos que le sugería, por ser la más fuerte.

—Déle usted gracias a Dios, hermana Noeline, porque la juventud de usted es la que la salva,—agregó el médico contentísimo, sin sospechar que con su observación fisiológica aumentaba las congojas de la convaleciente, que detestaba su juventud por ser el principal factor de su drama íntimo. En su fuero interno, tenía inferido que las juventudes son perniciosas en los claustros, supuesto que las religiosas con quienes vivía, conforme representaban más años, representaban también más dicha tranquila. Y no pudiendo contrariar las leyes naturales que la salvaban, muy tristemente replicó al técnico cuestionario prolongado y necio, que analizaba una misma cosa con preguntas y repreguntas fastidiosas, de individuo que no se halla seguro de su oficio, que desconfía e ignora.

Concluído el interrogatorio, el médico recetó, luego dictó su plan:

—Hoy la levantamos, madre, sí, hoy que el día está soberbio; y bien abrigadita, la sacaremos a nuestra selva ¿eh? a lo que ustedes llaman el jardín grande.... bueno, allí, la colocaremos debajo de los árboles, a que el sol la bañe sin pegarle demasiado en la cabeza, para que no nos compliquemos con una cefalalgia. La dejaremos allí sin hablarle, hasta eso

de las cinco; allí le daremos su caldo, y cada dos horas, estas cucharadas que traerán de la botica.... Si por acaso le sobreviniera un síncope o un desvanecimiento, pues estamos muy débiles, tomaremos hasta diez gotas del frasquito que diga "gotas," y a la cama en seguida. Yo volveré esta noche, temprano.... Nada de emociones ni de llorar con las alumnas, porque corremos riesgo de privarnos a las primeras de cambio.... ¡Ah! si la hambre nos aprieta, otro caldito esta noche, en substitución de la leche que hemos estado tomando... ¿Entendidos?...

—*Parfaitment, M. le docteur*—respondió la superiora, riendo de la verbosidad y de los plurales del médico.

—Y en cuanto a usted, señora mía, - siguió el doctor, encarándose con sor Noeline,—ya que salimos por casualidad con bien de ésta, no volvamos a las andadas; amárrese y sujétese un poquito esa imaginación meridional; menos éxtasis y menos fantasías, porque las fiebres que atacan al cerebro matan casi siempre.

Con la inteligente y silenciosa rapidez que los conventos despliegan en todas sus operaciones interiores, sor Noeline fué vestida, acomodada en un sillón de cuero y transportada de la enfermería al "jardín grande," el que se encuentra a los fondos del enorme edificio, separado por una zanja de los terrenos vecinos y baldíos en su mayor parte, que lo aislan totalmente casi; terrenos que aguardan la erección en ellos de las casas nuevas que día a día parecen brotar de su suelo estéril y sin sembrados, como la natural florescencia de esos eriales suburbanos, que, por lo pronto, sirven de basureros, de refugios nocturnos a perros sin dueños y a gente miserable, que levanta sobre su superficie zaquiza-

mies mugrientos de una sola puerta, tenebrosos y antihigiénicos; terrenos en que, por excepción, se descubre un árbol enano, anémico, triste, que agoniza en el impropio oficio a que lo sujetan, de tendedero de harapos; terrenos en que, por milagro, crece un maizal de cinco o seis cañas enfermas, torcidas, polvorientas....

No fué difícil hallar para sor Noeline, en el boscoso jardín del colegio, un sitio a propósito, que reuniese las condiciones exigidas por el médico: sol para el cuerpo y sombra para la c beza. Como era jueves, día de visita a las internas, éstas y las externas andaban de asueto, en espera de que sucesivamente las llamaran de los dos locutorios, de parte de sus familias; —las que sin parar, arribaban en sus carruajes ruidosos de ricos, con verdaderos cargamentos de dulces y golosinas, saludos, pequeños gritos ahogados y exclamaciones de buen tono. Mas sabiendo las niñas que sor Noeline, mejorada ya, pasaría por los patios, sin prohibición de la superiora ni de las hermanas para verla, mantuviéronse en observación hasta la hora del descanso; y al efectuarse éste, agrupáronse en la puerta de salida.

Bastante pálida apareció sor Noeline en su sillón, que en brazos conducían cuatro legas. Abría la marcha la superiora, seria y grave, y la cerraba una religiosa empinándose por detrás del respaldo del sillón y con un pomo de sales en la mano, que acercaba a sor Noeline, retir ndoselo a poco, con pausado ademán de brazo, a la vez que lo tapaba con un dedo, a fin de impedir que el reconfortante se evaporara. Muy juiciosas l s niñas, sin despegar los labios, incorporáronse en desorden a la procesión, confundiéndose su menudo e inquieto an-

dar,—algunas, corrían por contemplar mejor a la monja enferma, y otras, por alcanzar a la condiscípula predilecta, en cuyos hombros se apoyaban,—con el continuo bullicio de los carruajes que se detenían a la puerta de la calle; con los llamados que a distancia gritaba una hermana: "María Rubio," "Rosario Domínguez"....; con el zumbido de los insectos alados e invisibles del jardín, y con el apacible chorro de agua de la manguera, que el jardinero asestaba a las flores y grama de los arriates.

Sor Noeline, con sus ojos azules cerrados, para no desvanecerse, sonreía a su juvenil escolta, dirigía la palabra a las muchachas de su dormitorio ¿habían rezado por ella? ¿habíanla echado de menos?....

—Yo, hasta he llorado, sor *Noelina*,—exclamó la Nona sin poder reprimirse, yendo a besarle a su ídolo una de sus manos, pendiente del brazo del sillón—¿verdad que no ha estado usted enojada conmigo?

—*Chêre enfant!*—murmuró sor Noeline, abriendo los ojos para ver y acariciar a la Nona, y cerrándolos inmediatamente por el vértigo que la asaltó y que la puso más pálida.

En el mismo instante, tornó a oirse la voz de la hermana, que llamaba a las niñas:

—¡Leonor Bello!....

—*Vas-y!*—terció la superiora, volviéndose a la Nona, que continuaba asida a la mano de sor Noeline,—*voilà ton père!*

Mientras la Nona partía a la carrera al encuentro de Rafael, la procesión se detuvo, porque a sor Noelina, más pálida aún, se le fué la cabeza de un lado, en repentino desmayo que alarmó a sus conductoras y acompañantes. Todavía trastornada por el

vahido, aunque ya vuelta en sí, instaláronla bajo uno de los árboles de mayor corpulencia y ramaje, que resistía valeroso a los primeros cierzos invernales. Allí estaría divinamente; le dejaban una enfermera, la que venía asistiéndola desde los comienzos de la dolencia; y a las alumnas que lo solicitaron, se les permitió permanecer cerca de ella.

A la Nona, como a todo niño que se supone poseedor de una noticia de importancia, tiempo le faltó para comunicar a Rafael lo que ocurría; lo que el colegio entero comentaba por lo bajo.

—¿No sabes—le dijo sentándosele en las piernas, —que sor Noeline está muy mala?.... ¿Por qué tiemblas?.... ¿te peso mucho?.... Sí; es que ya no soy tan chica.... Pues verás, hace cuatro o cinco noches....

Y le contó el sucedido, la caída de sor Noeline junto al confesonario; los apuros de religiosas y educandas al transportarla a la enfermería; las repetidas visitas del médico.

—El que me curó a mí de la garganta ¿te acuerdas?....

Luego, con misteriosos aires, le contó que las "grandes" se escondían de ellas, las "pequeñas," con objeto de platicar del asunto, como si a maravilla lo entendieran o como si fuera algo malo que no debe decirse.

—¿Tú qué crees que será?.... Mira, ahora que se la llevaban al jardín, estaba pálida, pálida, con los ojos cerrados....

Y a medida que la Nona acumulaba detalles, la inquietud de Rafael crecía, entreviendo posible la realización de su sueño. Una de dos: o sor Noeline de veras había enfermado de súbita y mortal enfermedad, o todo aquello probaba claramente que la mon-

ja atravesaba por una crisis de su conciencia.... ¿amaría sor Noeline?....y en ese supuesto ¿a quién amaba?....La sola sospecha de que amara a otro, a otro que no fuese él, puso a Rafael frenético.

—A ver, a ver,—suplicó a su hija,—cuéntamelo todo, desde el principio y sin que se te olvide nada. ¿Cómo estuvo la cosa?....

La Nona, inocentemente, hizo la historia del acontecimiento, desde el principio, cual se lo exigían, desde lo que ella suponía el principio, aquel enojo extraño que originó en sor Noeline saber que en la hacienda habíanla recordado a menudo; la brusca interrupción que dió a la charla, su rezo prolongado en el dormitorio, hasta muy tarde ya, la manera cómo la rechazó cuando se le acercaba a contentarla.... A continuación, la madrugada de sor Noeline, sus tristezas durante el día, la confesión a la tarde, y el ataque sufrido en el confesonario.

—Yo no le hice nada ni de nada he tenido la culpa, ¿o crees que se enfermaría por su enojo conmigo? ¿verdad que no?.... Y ahora sí ya se contentó, me ha dejado que le coja una mano....

—¿Tan enferma está?—preguntó Rafael casi en secreto, pegando los labios a la oreja de la Nona para disfrazarle su turbación hondísima y para que las demás personas del salón no advirtieran su dudosa curiosidad.

—Pero mucho ¡si vieras cómo iba en su sillón!.... así, mira....

Y la Nona dobló su cabeza sobre el hombro de Rafael, dejó caer las manos, estiró sus piernecitas y cerró los ojos.

—¡Tú dirás!.... —añadió en seguida, recuperando su postura anterior,—¿no estará muy mala?....

Rafael, que ansiaba saber más, y que sólo con la

Nona érale dable adquirir informes, no se contuvo frente a la inmoralidad que perpetraba de convertir a su propia hija en la narradora de hechos inviolables. Preguntó y preguntó, en secreto siempre, en estrecho grupo los dos, que hacía volver la cara a los extraños, quienes sonreían a ese padre enamorado de su hija. La Nona contestaba sin cansarse, ora columpiando sus piernas, ora acariciándole el bigote a Rafael, ora tejiendo aire con los dedos afilados de sus manecitas aristocráticas, cándida y buena, a millones de leguas del pecado ése que su padre, sin embargo, incubaba tan vecino a ella. Sí advertía el interés de Rafael, porque éste lo revelaba hasta el grado de que ella, una chiquilla, lo advirtiese por mucho que no se penetrara de sus causas; notó que su "papacito" se interesaba, y le despepitó cuanto sabía, encantada en el fondo, de su nuevo papel de improvisada persona mayor, con la que se habla formalmente. En su pintoresco parloteo de criatura, soltó toda la vida íntima del dormitorio, la hora de acostarse y la hora de levantarse, los nombres de sus dos vecinas de cama, el susto que cierta noche les procuró una araña peluda y negra, descubierta por casualidad en el fondo resbaladizo de una palangana de peltre, de la que el bicho no salía por más que meneaba todas sus patas y en la que, entre varias, le ahogaron con el agua de la jarra que una valiente vertía desde muy alto, trepada en una silla. No obstante las indiscreciones de la Nona, que desnudaba al dormitorio por el vanidoso afán de interesar más con su narración, fué ésta tersa y pura,—pues el que una de sus compañeras resultara caminando descalza, o con el camisón caído al lavarse, en nada manchaba la escena. Sor Noeline conservábase a distancia, desvistiéndose

tras su biombo, o antes o después que las alumnas; invisible cual las demás religiosas, que ni de las niñas se dejan ver nunca, acorazadas por un pudor excesivo, místico, ideal.

Eran el obligado ritornelo de la plática, sor Noeline y su enfermedad, y a una y a otra regresaban a cada paso. De pronto, tuvo la Nona una inspiración:

—¿Quieres verla?—le preguntó a Rafael, que tembló.

—¡Qué tengo yo de verla, mujer, ni cómo habían de permitírmelo!....

—Si me prometes no acusarme con la madre,—agregó Nona triunfante,—yo te digo cómo la ves sin que necesites permiso.... Adivina!

—Vaya, vaya, no comiences con tonterías, ten juicio—dijo Rafael, atrayéndola hacia sí, nerviosamente.

—¡Tonterías!.... adivina, anda, hasta te digo más, pero dame tu oreja,—y colocando sus dos manos en forma de bocina, le murmuró al oído: Sor Noeline se halla ahorita en un lugar desde el que las "grandes" miran a sus novios.... ¿qué tal? ¿es tontería? ¿quieres que te diga dónde?.... piensa tú y dime dónde crees que esté....

—Me voy a incomodar, Leonor. ¿Qué sabes tú de novios?—prorrumpió Rafael, fingiendo una severidad que ni por asomos sentía,—no seas mentirosilla; en este encierro y con la vigilancia de las madres, qué novios ni qué ocho cuartos!

—Pues, para que veas que no soy mentirosa y que yo sé muy bien, te lo voy a decir. Figúrate que a mí me lo dijo Chona González, y a ella se lo dijo Lupe Herrera que ya es grande, antes de que se pelearan porque no quiso dictarle su "deber"!

—¡Dictarle su deber! ¿Qué deber?....

—Los deberes que escribimos los sábados ¿no te enseñé uno mío, allá en la hacienda? ¿ya te acordaste?.... Pues, verás....

Y la Nona, lastimada en su amor propio, denunció los manejos de las "grandes" del colegio; sus idas subrepticias al jardín de adentro, el de los fondos del edificio, mientras la confidente cuidábale las espaldas, y el resto de las colegialas se desentendía de la maniobra; ligadas todas por tácita complicidad, necesitándose mutuamente, y procurando que las "pequeñas" no sepan el pastel y las delaten con sus imprudencias.

—Lo que sí dicen,—continuó Nona,—es que no se puede saltar la zanja, porque hay una zanja, no te creas, así de ancha—y abrió sus brazos desmesuradamente, a fin de indicar inconmensurable anchura,—pero sí se puede hablar, y tirar cartas amarradas a una piedrecita, que si no, se irían al agua, las pescaría el jardinero, se las entregaba a las madres ¿y qué tal castigadota, eh?.... por eso no se lo digas a ninguno, pues a mí, entonces, me dirían chismosa....

¡De fijo que Rafael a ninguno se lo diría! Con el precioso descubrimiento, abrevió su visita a la Nona; le ofreció cuanto quiso para la próxima visita, y todavía al despedirse y besarla, vínole a los labios un consejo de padre honrado:

—No tengas amistad con las de los novios ni vuelvas a hablar de eso. Estás muy chiquita, y las chiquitas no deben ni pensar en semejante disparate. Tú, estudia y guarda muy buena conducta, para que yo te quiera más cada día.

Y tambaleándose, salió del Santo Espíritu, sin

otra idea que ver a sor Noeline, a distancia o como fuera, pero verla, verla....

—Vámonos por aquí, por esta calle, hasta la espalda del colegio, yo te indicaré dónde paramos,— le ordenó al cochero al entrar en su *coupé*, a cuya portezuela se quedó asomado, devorando con la vista el barrio nuevo y todavía incompleto: corrales junto a *villas;* solitarias aceras a modo de cintas olvidadas en aquellos arenales que las empolvaban; casitas aisladas, sin vecindades en qué apoyarse, luciendo sus alegres fachadas modernas y sus costados de ladrillos con pedruzcos salientes. De muy lejos, distinguió la zanja descrita por la Nona; sí podía saltarse, aunque a riesgo de resbalar en la orilla a pico y cuajada de lama.

Se apeó Rafael de su coche, y cautelosamente inició su inspección; una inspección embozada, de malhechor que estudia el terreno donde ha de consumar su atentado, y simula indiferencia, pero no pierde contorno ni recodo. Por dicha, la calle ésa no ofrecía peligros, se hallaba anémicamente concurrida, sin gendarme, con sus pocas casas a respetables trechos una de otra, como si hubiesen reñido y cada cual mirara a distinto rumbo, por no darse la cara ni amontonarse a la manera con que se amontonan las de las calles viejas y populosas. El foco eléctrico, polvoriento y descolorido, despertaba lástimas.

Cuando Rafael se supuso frente al jardín del colegio, aventuró sus miradas al través de un cañaveral que crecía en la margen perteneciente al claustro. Nada. Árboles y más árboles, ni sombra de gente. ¿Andaría equivocado? ¿sería más allá o más acá?.... Con mayor fijeza miró otra vez, y tuvo que sofocar una exclamación; adentro, muy adentro ha-

bía distinguido una toca de monja, que, cual mariposa negra, cruzaba por entre los claros de los árboles; luego vió otra y otra, yendo a parar en determinado sitio, el ocupado probablemente por sor Noeline y que él no descubría. Allí era, mas ¿cómo llegar? ¿cómo, sin que de la calle lo sorprendieran y en el convento no se armara el gran escándalo?.... Si sor Noeline estuviese de acuerdo, y procurara permanecer a solas un instante!.... Con razón los novios de las "grandes," con ellas charlaban y cambiaban misivas! Estaban tan próximas las dos orillas....

Rafael golpeaba el suelo con su bastón, que se entraba en la tierra floja, descorazonado de ni contemplar a Sor Noeline no obstante sentirla a unos cuantos pasos; descorazonado de carecer de inventiva para salvar dificultades. Fatalmente, se le apareció Chinto en la retina; Chinto, el hombre de los planes y de las travesuras afortunadas, el que le debía dinero y no podía negarse a servirlo. De nuevo se metió en su *coupé:*

—Al club, a escape!—mandó Rafael a su cochero, convencido de que sólo Chinto era capaz de inventar algún ardid salvador. Chinto o nadie en el mundo.

III

El *Sport Club* reía a mandíbula batiente desde la víspera en la noche, en que se hizo pública la ocurrencia. Los ancianos, socios graves y formales, reían; reían los jóvenes, la servidumbre, los azulejos de la fachada, el edificio entero reía hasta desternillarse, de la malignidad de Chinto.

De tal suerte, que cuando Rafael preguntó por él, del fondo de su carruaje, los socios que llenaban el zaguán le contestaron con una carcajada inmensa, descortés de puro sonora y sostenida, que hizo volver la cara a los transeuntes y amoscó a Rafael.

—¿Estaban locos para reir de ese modo? ¿Qué ha sido, hombres?.... Hable alguno....

—Pues, que ¿ignoras lo que hizo Chinto anoche, en pleno teatro Principal? Tú caes de las vigas, chico, de las vigas.

E interrumpiéndose con sus propias risas, que no desaparecían del todo, que de repente volvían a ganar a los socios, contáronle a Rafael lo ocurrido, la diablura de Chinto poniendo en ridículo a Zutánez, el enamorado de la Aguilera, la tiple recién llegada y a la moda. Por su especial estado de ánimo, sin duda, no encontró Rafael suficiente gracia en el chiste, para que tanto lo festejaran y aplau-

dieran, era una grosería de marca mayor, que ni Zutánez debía tolerar; era una indecencia de Chinto, que podía costarle cara en cuanto averiguaran que el autor era él. Pero como los socios seguían riendo, Rafael les llevó la corriente y rió con ellos.

—¿Y no vendrá Chinto?

—Nunca viene a estas horas, y hoy con mayor razón no ha de venir. Si acaso viene, vendrá a las siete; ya sabes que es su hora.

Y en unión de dos o tres de ellos subió Rafael a la cantina, a tomar el aperitivo. Allí tuvo que escuchar nuevamente la hazaña de su protegido, en medio de pormenores más brutales, los que sólo se cuentan en confianza. Unos opinaban que Zutánez desafiaría a Chinto; otros, que las dificultades se zanjarían con unas cuantas bofetadas, y los optimistas garantizaban que no habría nada, porque ellos intervendrían a tiempo para que nada hubiera. Rafael, en ascuas, no cesaba de mirar el reloj de la pared: las dos y media! Se despidió del grupo; no, no comía, muchísimas gracias; precisábale ver a Chinto, y lo buscaría en su casa. En la puerta de la calle despachó su carruaje al domicilio, y en la esquina de la de Gante tomó uno de bandera azul, con buenos caballos, cuyo auriga lo saludó respetuosamente, con algo de malicia en su fisonomía inteligente de antiguo granuja metropolitano, que lo mismo conoce los últimos rincones de la ciudad que los primeros apellidos de sus hijos; una malicia refinada y espiritual, que con gusto se pone al servicio del "patrón" que lo ocupa, para lo que le mande, sea aprobado o reprobado; característica que hace del cochero de punto, en esta buena ciudad de México, un tipo exclusivo de ella, y muy interesante; en continua pelea con los bandos y con los agentes

de policía; eterno victimario de extranjeros, especialmente si son yanquis y yanquis excursionistas, para los que descaradamente disminuye el andar de los pencos y aumenta los precios de la tarifa; benefactor ignorado de pecadoras en boga, a las que fía el vehículo días enteros, y hasta semanas, seguro de que al hacerse ellas de recursos, estiman el favor y pagan la deuda con liberales y espontáneos réditos; enamorado empedernido de criadas y modistillas bonitas; recio bebedor de "curado," al que rara vez le consiente que se le suba a la cabeza; fumador y tahur; amigo de escándalos y bodorrios; valeroso y digno; muy celoso de su elegante traje de charro, que lleva con soltura; altanero y zumbón, y sin embargo, simpático, jovial, llegando hasta el sacrificio de su libertad y de su pellejo, si el parroquiano que se la exige es santo de su devoción.

—3ª de Bucareli, número 2,020; vete despacio y por las calles de la Providencia, por si veo en ellas a quien busco.

Era la morada de Chinto, en la dirección indicada, una vivienda baja de las cuatro que formaban una casa nueva, de piedra y sin ornato; la fachada, lisa; sobre la acera el zaguán, cuatro balcones, dos de cada lado, y arriba, cinco balcones más con sus respectivos barandales de hierro. En el portal, de cuyo techo pendía un farol con quinqué de petróleo, dos puertas vidrieras con *visillos* distintos; por ellas se penetraba en cada una de las habitaciones de abajo, previo ascenso de seis escalones de losas. A la derecha del inmueble, levantábase un palacio moderno, con jardín de rejas, doradas en sus remates, entrada especial para carruajes, y luz eléctrica en el vestíbulo de cristales apagados; a la

izquierda, había una barda de adobes reforzados con piedrecitas desiguales, coronada de puntiagudos pedazos de vidrio, con un rótulo en el centro, de letras negras, enormes, sobre fondo encalado:

"SE ALQUILA O SE VENDE ESTE TERRENO"
"INFORMAN EN LA 1ª CALLE DE MESONES, Nº 10."

Después del portal, el patio, con una fuente a la mitad; dos corredores con macetas de flores, con jaulas de pájaros y más vidrieras; en el fondo, la escalera conduciendo al piso superior, y debajo de ella, el cuarto del portero, con una pizarra suspendida en el muro, y suspendido también, un buzón de hoja de lata pintada de negro, para cartas y periódicos. Sin haber tropezado con Chinto, llegó Rafael a esta casa, se bajó del *simón*, y sin preguntar nada al portero, —sastre de viejo, que con su almohadilla en las piernas conformóse con lanzarle una despreciativa ojeada al través de unos anteojos empañados que se escapaban de la nariz, —llamó en la vidriera del portal.

—¿Está el señor? —inquirió con una criada que se asomó por el corredor, enjugándose en el delantal las manos, —dígale usted que lo busca Rafael Bello y que me urge mucho hablarle.

Chinto en persona, con una punta de la servilleta metida en el escote del chaleco, abrió la vidriera:

—Tú por aquí, Rafaeluco ¿qué te ocurre?.... Entra, estamos acabando de comer ¿quieres tomar algo?.... ¿no?.... Adela! —gritó cerrando la puerta de madera que conducía a las habitaciones interiores, —mándame mi café y el coñac!.... te daré una copita.

Mientras la criada hizo dos o tres viajes al comedor, y llevó las tazas y la bandeja y la botella, Rafael,

que por primera vez pisaba esa casa, examinó la sala: sin alfombra, albeando de limpios el piso, y los muebles con tejidos de gancho en los respaldos del canapé, de los sillones y de las sillas; una *étagére* corriente, con juguetes, chucherías y retratos; un rinconero de caoba, antiguo, con algunos libros; un busto en yeso de don Gabino Barreda—el maestro de lógica de Chinto, a su paso por la Preparatoria,—y un quinqué con *abat-jour* rosa, de papel encarrujado; en la pared, dentro de marco sencillísimo, el cromo de "La Sirena," que representa un muelle tosco, por cuya escalera baja apoyándose en la mano de un oficial de marina, una muchacha de sombrerito de paja y saya corta, que deja ver sus pies y el nacimiento de la pierna; junto a la escalera, un bote tripulado por marineros vestidos de franela azul, que esperan a la guapa viajera, y allá lejos, un yate de vapor, con arboladura de pailebot, y el mar tranquilo, terso, con un rizo que otro en su superficie verdosa de puerto con poco fondo. Haciéndole *péndant*, en la otra pared, y sin marco, detenida con tachuelas de cabeza dorada, la "prima" obsequiada por la empresa editora del "México a través de los siglos," el fray Bartolomé de las Casas, defendiendo a los indios con la cruz y sus oraciones, de pie en las gradas de un templo azteca convencional; un indio muerto y una india hincada, abrazándole las rodillas al santo. Sobre el canapé de la estancia, dos abanicos ordinarios, obsequio de una droguería, cogidos graciosamente con cintas de raso lila; en medio de la pieza, un velador sustentando una licorera y un álbum de fotografías, descuadernado; y esquinado en un ángulo, el gran lujo de la vivienda, un piano vertical con moños en sus arbotantes de bronce reluciente, intacto, nuevo, destacándose su

funeraria negrura abrillantada, de la opacidad del resto del menaje. En cuanto se quedaron solos, después de cerrar con el pestillo la puerta de comunicación, dijo Chinto:

—Me desafía Zutánez por lo de anoche, y vienes a prevenirme ¿no es cierto?....

—Si por eso viniera yo, vendría a regañarte, pero no he visto a Zutánez ni sé lo qué haya resuelto hacer. Vengo por tí, para que me acompañes a ver a sor Noeline, y quizá a hablarle.... Coge tu sombrero y vámonos, que no hay que perder tiempo....

—Chist, Rafael, cuidado, aquí no se habla de barbaridades, —repuso Chinto, bajando la voz y mirando hacia la puerta cerrada, —ya sabes que éste es mi tabernáculo, la casa de mi hija, cerrada para todo bicho viviente; ya sabes que aquí soy otro.... Espérate un momento, que en seguida salgo—y abandonó a Rafael, siempre cerrando con extremo cuidado la puerta de comunicación.

Repentinamente, Rafael pensó que aquella casita era un seguro asilo para guardar a sor Noeline, en el supuesto de que huyera del convento; un supuesto improbable, ni quién afirmara lo contrario, pero no imposible, imposible nó—repetíase en el soliloquio que comenzaba apenas, cuando Chinto ya listo, lo invitó a que salieran.

—A la hora que gustes, —dijo tendiéndole su bastón y su sombrero—afuera estaremos con más libertad.

Y le hizo los honores de salida, con toda la formalidad de un hombre de juicio.

Rafael, entre risueño y serio, salió tras él, seguro de que en la calle reaparecería el Chinto que necesitaba; lo empujó al coche, y se puso a indicar al cochero por dónde y cómo habían de irse hasta la

espalda del Santo Espíritu, describiendo grandes curvas con los brazos, encareciendo lo delicado del viaje:

—A tí te conozco y estoy tranquilo ¿conoces tú a tus caballos, servirán para cualquier cosa?....

—No más mándeme, jefe—le contestó el cochero restallando la fusta en el aire, para alborotarlos—mírelos qué ganosos.

Y arrancaron en efecto, con tanta gana, que parecían desempedrar el piso que iban golpeando con sus cascos herrados.

—Desembucha, don Juan Tenorio ¿vas a *raptarte* a tu doña Inés? porque entonces aquí sobra uno, y ese uno soy yo....

—Decididamente, Chinto, tienes el talento de ser majadero; o pones en tu casa cara de vinagre, o eres impertinente e inoportuno fuera de ella.... Me ves preocupado, sin tino, y saltas con tus chistes.

—Dispensa, hijo, no sabía yo que se tratara de poner cara de entierro.... Dame uno de tus puros para que me esté quieto....

En breves palabras, Rafael lo puso al cabo de la enfermedad de sor Noeline, de su alivio, del lugar que ocupaba en aquellos instantes en el jardín del colegio; de cómo en ese lugar, las alumnas se veían con sus novios; de lo fácil que sería salvar la zanja y llegar hasta ella; pero ¿si lo veían de la calle, si sor Noeline no estuviera sola, o si estándolo se asustaba, y gritaba y se armaba un escándalo y a él lo sacaban entre dos gendarmes?

—Aconséjame, Chinto, te lo suplico; haz que la vea yo, que le hable, aunque me prohiba acercármele, aunque no me responda.... Ya no puedo, Chinto, ya no puedo; estoy muriéndome por esta mujer....

Chinto ya no bromeaba; sacudió, primero, la ceni-

za del puro, después su fuego; y con el ceño fruncido, mirábase en el cristal del carruaje que andaba por las vecindades del colegio.

—Pues, una de dos, Rafael: o te sacas a la monja, a riesgo de cuanto hay, y te resignas a que paremos en la cárcel, como indefectiblemente pararemos, no te apures; o renuncias a tu descabellado capricho, y ahora mismo nos volvemos a reflexionar que de buena escapamos, a Dios gracias.... Elige, que en uno u otro caso estoy contigo; mas piensa antes, en todas las consecuencias a que te expones.... Supón que te robas a sor Noeline, lo que es muchísimo suponer porque ésta es la hora en que no sabes si le eres simpático siquiera; pero supongámoslo, te adora y está resuelta a tomar contigo las de Villadiego; desde luego ¿a dónde te la llevas? ¿en dónde la escondes con hábitos y todo? pues imagino que si llegas a sacarla del colegio no la sacarás desnuda ¿verdad? Figúrate que ya está aquí, en este coche, desmayada, naturalmente siendo mujer ¿qué haces con ella?....

Rafael meditaba, e igual que Chinto, tampoco hallaba fácil salida a tanto inconveniente; como siempre que después de anhelar la realización de lo que hemos perseguido, sentimos cerca esa realización, pero a trueque de riesgos y peligros, y casi nos arrepentimos de provocarla, y en nuestro interior quisiéramos ver surgir un tropiezo incontrastable que empiece por sincerarnos ante nosotros mismos de ese reblandecimiento de nuestras energías, y luego nos sincere con los demás y nos ate las manos, y prescindamos de lo que pretendíamos, con airosa retirada. No obstante los deseos carnales en que Rafael se incendiaba, no obstante que por sor Noeline, por tenerla entre sus brazos y en ellos aprisionada con

ella huir y arrostrar todas las catástrofes, y disputársela a cuanto intentara arrancársela; no obstante que en sus insomnios y desesperanzas de macho insaciado; en sus paroxismos solitarios, hambriento de su carne virgen y nacarada, habría ejecutado la mayor locura, no obstante éso, ahora que Chinto le enumeraba las dificultades que él se había enumerado mil ocasiones, y mil ocasiones allanado por inferiores a su deseo de poseerla, hasta conformándose con la más trascendente para su criterio de católico: perderse él en la otra vida y perderla a ella si la ganaba en ésta; ahora que la sabía a un paso, débil sin duda, y sin resistencias para oponerse al agravio supremo, ahora Rafael flaqueaba, esas mismas dificultades lo acobardaban, .. enmudecían, y por contestar algo, dijo a Chinto:

—Por mi desgracia, no he de verme en semejante caso; sor Noeline no ha de escaparse conmigo.... pero si lo hiciera, o yo tuviera valor para robármela.... me la llevaría a tu casa, por lo pronto, y después....

No le permitió Chinto que continuara; con terrible acento y con iracundo ademán lo interrumpió, fuera de sí:

—Mira, Rafael, que ni en broma te ocurra esa blasfemia; mi casa es sagrada, no por mía, sino porque en ella vive mi hija, y para vivir con mi hija no me parece suficientemente pura ni toda la Corte Celestial.... no admito ni a un santo ¿lo oyes? ni a un santo!.... ¿cómo había de consentir que llevaras a tu querida?....

En el desfallecimiento de ánimo que agobiaba a Rafael, la dura expresión de Chinto fué el pretexto honroso para la retirada. Con facticia morbosidad, por lo nervioso que se hallaba, comenzó una breve defensa de sor Noeline, reprochó la palabrota, que

no toleraba, que no toleraría nunca—repitió cinco o seis veces.

—Jamás he faltado al respeto que tu hija merece, y lo que te propongo, en nada lo amengua. Todo se arreglaría si tú me ayudas.... En tu salita, por ejemplo, diciendo a tu hija que es para un amigo enfermo o herido o pobre.... Te doy mi palabra de honor de que en tu casa no *pasaría nada* ¿me comprendes?.... En primer lugar, vuelvo a decirte que no creo que sor Noeline se fugue conmigo ni con nadie, pero concediéndolo, no sería mi querida, no seas bárbaro Chinto, sería mi esposa, mi novia, qué sé yo lo que sería, pero una "querida," nunca, te lo prometo....

—¿Tu esposa, tu novia?.... vamos, hombre, parece mentira que pienses y digas ciertas cosas; o eres un gran tonto o a mí me has visto cara de.... y aquí Chinto largó otra palabrota más enérgica todavía.—Te he dicho que en mi casa no, y no, se ha concluído. Búscate otro nido en el que la pongas hasta bajo capelo de vidrio, como los relojes antiguos.

Rafael entonces, se aferró a su súplica; supuesto que no accedían a ella, insistiría él para demostrarse que había hecho cuanto podía hacer; mas, a medida que Chinto multiplicaba sus negativas, encolerizado de veras, Rafael que era el rico, el protector del parásito rebelde que por excepción se oponía a sus mandatos, se irritó, convirtió el problemático rapto de sor Noeline, en hazaña facilísima, pendiente sólo de la voluntad de Chinto, y humilló a éste:

—Eso se saca uno de favorecer a ingratos como tú, éso. Si en lugar de haber tenido en mí a un amigo que no te ha negado ni su afecto ni su dinero... sí, óyelo bien aunque te duela, ni su dinero, otro gallo me cantara.... Tu hija! tu hija! ¿quién te la

ofende ni quién se mete con ella?.... Hazlo por tu propia hija, Chinto,—agregó Rafael, cambiando de tono,—si te prestas a lo que te ruego, fíjate bien, a lo que te ruego, no me debes nada, como si nunca te hubiese yo dado un centavo; además, le regalo, por tu conducto, se entiende, a tu nombre, tres acciones de "Cinco Señores," para que aun cuando tú mueras, pueda ella vivir pobremente de huérfana honrada ¿te conviene?..... Por otra parte, repara en que estamos peleando por "el color del coche" del refrán.... ¿qué sabemos si ni será necesario tu favor?.... ¿dices que sí?

Y el dinero, el eterno corruptor, hizo sus efectos. Chinto, ablandado, no decía ni que sí ni que no; esperaba más argumentos, por mera fórmula, para consentir en la exigencia de Rafael. En efecto, lo probable era que sor Noeline no se fugara, y si se fugaba, pues, qué remedio, los encerraría en la salita, a piedra y lodo, inventándole a Adela un embuste, y mudándose de casa en seguida; con lo que no faltaba a su compromiso, y ponía a salvo el pudor de su hija, única beneficiada por la donación de las acciones mineras. Tenía razón Rafael, si él, Chinto, venía a morir ¿qué sería de Adela, sin más recursos que su juventud y su inexperiencia?....

—¿Qué sucede, aceptas al fin?—le preguntó Rafael, echándole un brazo al cuello.

Frente al mudo asentimiento de Chinto, una afirmativa inclinacién de cabeza, Rafael acabó de abrazarlo:

—¿Sí?.... ¿sí?..... pues ahora aconséjame, anda ¿cómo me meto en el jardín, y cómo le hablo a ella?....

Bajáronse juntos del carruaje y juntos examinaron la zanja; Chinto, con aires de perito, y Rafael

acobardado, siguiéndolo sin chistar; repitiendo en alta voz, como para proporcionarse el valor de que carecía:

—¡Qué felicidad, Chinto, la voy a ver y le voy a hablar, qué felicidad!....

—Por aquí—dijo Chinto, deteniéndose en el ángulo de una tapia y sobre el borde mismo de la zanja.—Por aquí puedes ir y volver tú solo; es lo más angosto, y hasta un muchacho puede brincar sin riesgo.... Ahora, si ella vuelve contigo, necesitamos un puente, un pedazo de tabla, porque si intentara brincar sor Noeline, se enredaría en su hábito y se nos cae..... Oye! (*al cochero que los observaba semi vuelto en el pescante, con un codo apoyado en el techo del vehículo*), ven acá y dinos dónde nos facilitarían una viga para tenderla aquí, mira....

—¿Es para pasar al otro lado?—repuso el cochero.

—Para eso precisamente; ve a conseguírnosla en alguna de las casas en obra, pagando lo que te pidan, corre....

—Es mejor mi pescante, jefe, vamos midiéndolo.

Pero tuvieron que aguardar unos instantes, para que nada maliciara un grupo de individuos que acertó a cruzar por la calle.

Solos de nuevo, midieron el asiento largo, forrado de hule, que se halla en los pescantes entre el "cojín de cuña" del auriga y la cajuela en que se guardan las gamuzas, las llaves de tuerca y la esponja, y dió el tamaño, resultó un puente practicable y cómodo. Notificóse al cochero que estuviese listo para cualquier emergencia; introdújose Chinto en el coche, y Rafael penetró en el jardín del colegio, que respiraba un tranquilo silencio.

Sor Noeline había pasado el día medianamente, entre desvanecimientos y melancolías; regocijada,

sin embargo, de que por su inquietante estado, ni la superiora ni nadie le hubiera hablado de lo del confesonario; regocijada también de que la silueta de Rafael no se levantara a enturbiar esa calma interna que la ganaba y sumía en una deliciosa quietud espiritual. La existencia del *pensionato*,—frase que había puesto de moda la monja profesora de español,—la existencia del *pensionato* no se alteró. Alternativa y sucesivamente, religiosas y educandas llegábanse a sor Noeline, la saludaban, se informaban de su mejoría, y la dejaban bajo la custodia de la hermana enfermera, quien a corta distancia hacía labor unas veces, y lecturas piadosas otras. Una lega les sirvió el almuerzo a la enferma y a su cuidadora, que de cuando en cuando se paseaba por entre los árboles, con objeto de ahuyentar el sueño y el tedio que la asediaban. Al obscurecer, venció a sor Noeline una somnolencia en la que se le confundían los hechos reales y los imaginados, sin que atinara con cuáles eran éstos o cuáles aquéllos. La debilidad de por la mañana, tornaba a embargarla dulcemente, a impedirle que moviera los pies o que abriera los ojos; tornaba a convertirle en apetecible morir así, sin que se enterasen de su muerte ni pudieran atajársela, una muerte por acabamiento, mirando al cielo y sin pensar en nada. Al propio tiempo, mucho la consolaba saberse cuidada tan de cerca por aquella hermana serena y fuerte, a la que veía como en sueños, con entreabrir los ojos, que cerraba en seguida para mejor aprisionar la sonrisa con que desde un banco vecino la acariciaba. Las niñas, con el murmullo de sus juegos, con sus acercamientos hasta ella a besarle las manos, a preguntarle cómo seguía, también la consolaban y convencían de que no era rechazada; adormecíanla en suave

atmósfera de simpatía, y reposaba confiadamente, ni dormida ni despierta, creyéndose curada y perdonada, muy a cubierto de diabólicas tentaciones, en pleno y saludable renacimiento claustral. Durmióse tan de veras, que su vigilante, de puntillas, fué a recomendarles el silencio a las alumnas, y se quedó con ellas unos minutos, distraída con sus carcajadas, rondas y pasatiempos, y en blanda e intermitente plática con otra hermana. De tiempo en tiempo, volvía la cara hacia sor Noeline, que persistía en su sueño quieto y reparador. Ocurriósele ir a consultar a la superiora sobre si encerraban ya a sor Noeline para resguardarla del frío de la tarde, y recomendándosela a la monja que acompañaba a las niñas, escurrióse por los arcos del patio, en busca de la madre....

De súbito, sor Noeline abrió los ojos y creyó morir; allí, a unas cuantas varas, veía a Rafael contemplándola con idolátrico recogimiento, inmóvil, callado, sumiso. Sor Noeline, tembló ante la pesadilla que le recomenzaba; era el sueño maldito que iba a reproducirse con todas sus sensaciones extrañas. Con sobrehumano esfuerzo buscó a su enfermera, en demanda de auxilio en aquel trance.... y como no la halló, más confirmóse en que soñaba, en que ahora principiaría la persecución muda y tenaz de ese hombre, la ansia inmensa por correr y escapar, y menearse trabajosamente, el afán de gritar, de pedir socorro, y no obtener ni que sus labios se despegasen.... ¡Dios misericordioso, qué haría por despertar!

Movióse en el sillón, sin producir siquiera un ruido; levantó una mano, se restregó los ojos, y el hombre, clavado en el suelo, siempre quieto, siempre implorándole con su mirar apasionado un mun-

do de cosas.... Sor Noeline presentía que por segunda vez hallábase a la merced de él, que no le resistiría, que cuando como en el sueño primero, Rafael se le acercara más y le ciñera el talle con su brazo y la levantara en vilo y le buscara la boca, ella había de ceder y de volver a experimentar la sensación espantosamente deliciosa que exasperó a fray Paulino; la que si no apetecía, tampoco odiaba, porque estaba dejada de la mano de Dios, hasta cuando dormía. Ráfagas de lucidez, decíanle sin embargo, que estaba despierta, que no cayese en ese abismo cavado a sus pies, que huyera, que gritara.... y se incorporó en un arranque de voluntad suprema, asiéndose del sillón, quiso andar y no pudo,—ni más ni menos que en el sueño; apagósele la voz en la garganta y le flaquearon las piernas, sentóse de nuevo sin sombra de resistencias, vencida físicamente antes de luchar, sudorosa y jadeante. Hasta el momento en que por completo perdió el sentido, todo lo vió cual al través de una gasa que, sin ocultar los sucesos, sí les quitara su brutalidad. Vió que el hombre se aproximaba, cautelosamente; volvió a percibir su respiración, su ansia mal disimulada de adueñarse de ella; oyó que le hablaba, humildemente, que llamaba por su nombre, bajito, muy bajito:

—Sor Noeline!....

Y reanimada por misteriosa fuerza,—tal y como en los sueños acaece,—enderezóse una vez más, para marcharse, para despertar y felicitarse de que el peligro hubiese sido falso, una pesadilla que al fin termina compadecida de habernos hecho padecer, de habernos lastimado el cerebro que ya no puede con la tremenda ficción.... pero en lugar de despertar, sor Noeline anduvo unos cuantos pasos

en derechura a Rafael, que sobrecogido de terror, apenas si tuvo tiempo de abrir sus brazos y recibir a la pobre monja que se abatió en ellos, y en ellos dobló la cabeza y dejó caer los suyos, sin sentido, respirando difícilmente, pálida como una muerta!...

Lo que acontece en todas las situaciones solemnes. Rafael puntualizó con rápida clarividencia la gravedad del caso: que no debía desperdiciar un segundo ni soltar su preciada carga; que si permanecía ahí, con ella abrazada para que no se le resbalase, no tardarían en sorprenderlo las religiosas, produciéndose un escándalo horrible; que sor Noeline, sin haber ejecutado nada malo, estaba perdida en el criterio de todo el mundo; que siendo él el responsable de la catástrofe, de aquella inesperada entrega de su ídolo, debía defenderla, salvarla, huir con ella, por mucho que la huida fuese temeraria. Temeraria y todo, era lo que había que hacer en el acto, sin aguardar ni pensar más. Y así, casi impensadamente, echósela al hombro, —Rafael no era débil, al contrario, —y con ella a cuestas, emprendió la fuga, de prisa, medio doblado por el peso y por el miedo. Así atravesó el "jardín grande" del convento violado, que, no obstante, parecía proteger la fuga del ladrón, según sus árboles iban escondiéndolo y permitiéndole que en sus rugosos troncos apoyara las espaldas, en las dos o tres ocasiones en que temió desfallecer; según callaban las ramas, las hojas, la arena de su suelo, con obstinado silencio de cómplices, silencio castamente perturbado por las risas de las niñas en sus juegos, allá, en el primer patio, muy lejos, y por los infinitos gorjeos de pájaros invisibles, que ante la proximidad del crepúsculo se acomodaban en sus nidos, allá, muy arriba, en las copas de los mismos árboles mudos....

Sofocado llegó Rafael hasta el cañaveral de la orilla de la zanja, donde se encontró sin puente; por entre las cañas, distinguió al cochero muy afanado con unas correas que golpeaba en la llanta de una de las ruedas delanteras, mientras un gendarme suspicaz vigilaba la operación, y Chinto, de espaldas a Rafael, después de haberlo visto venir, hacíale señas con la mano extendida en su cintura, de que aguardara, que aguardara....

—Ya lleva Ud. un gran rato de estar aquí parado—decía el guardián.

—Y si no compones pronto tus guarniciones, no te pago y me voy a pie, a buscar otro coche, caramba!— añadió Chinto.

—*Orita* nos vamos, jefe, *oritita*....—respondió el cochero, dale que dale a las correas.

A Rafael se le obscurecía la vista, zumbábanle los oídos y sus energías decaían. Por dicha, el gendarme se alejó, convencido, y en cuanto dobló la esquina, cochero y Chinto, preocupados también, de nuevo tendieron el asiento largo del pescante, ayudando a que Rafael, tan pálido como la monja desmayada, atravesara el improvisado puente, que gimió con el doble peso. A las volandas, metieron a sor Noeline dentro del carruaje, y Chinto, que conservaba algún aplomo, exclamó:

—Sí, sí, tú junto a ella, atrás los dos; y tú (*al cochero*) llévanos por donde no nos vean, hasta que sea de noche, despacio o de prisa, según convenga, y párate en un tendajón extraviado para que compremos aguardiente. ¡Jálale!....

El *simón* echó a andar rumbo a las afueras, inteligentemente guíado por el cochero, que en el acto se penetró del lío y en el acto propúsose salir avante. Rafael y Chinto, con las cortinillas corridas, no

se atrevían a hablar ni a tocar a sor Noeline, colocada en uno de los rincones del testero, la barba clavada en el pecho, muy demacrada, sin dar señales de vida.

—Súbela un poco, Rafael, que se nos cae—murmuró Chinto, refiriéndose a sor Noeline, que en efecto, se deslizaba del asiento.

—Súbela tú,—repuso Rafael aterrado,—yo ya no tengo alientos.

Y lo mismísimo que si el encantador cuerpo de sor Noeline fuese cadáver, Chinto, con repugnancias visibles, la compuso en su sitio.

Ni uno ni otro hablaba; ni uno ni otro atrevíase a tentar ni las ropas de la religiosa, cuya respiración delicadísima no podía percibirse con el ronco rodar del carruaje en el desigual piso de las apartadas calles que dejaba atrás, después de recorrerlas más que al trote. En las bocacalles, en que aumentaban los transeuntes y se dibujaba el contorno de algún gendarme, de algún oficial de policía a caballo, el cochero refrenaba el trote de los suyos, adrede, para no despertar sospechas, y el coche pasaba sin que lo detuvieran; pues la circunstancia de llevar las cortinillas echadas, aunque mereciera una detención por ser contraria a los bandos policiales, casi siempre es indicio de paseo de mujeres de mal vivir, con gente principal que no quiere exhibirse en semejante compañía; por la cual razón, los guardianes del orden no exigen el estricto cumplimiento de la pudibunda medida, y mucho menos, cuando como en este caso la contravención se comete en rumbos excéntricos.

Por las cercanías del Panteón Americano, a un lado de la reja que defendía a la antigua Garita de la Tlaxpana, el cochero contuvo a sus animales.

Ahí estaba un tendajón donde comprar el aguardiente; un tendajón mísero y pésimamente concurrido por arrieros, con sus bestias a la puerta y sin carga ya, de regreso al villorrio después de la venta de sus mercaderías en la capital. Había, además, un grupo de indios sentados en el suelo, contra el muro, —sus enormes *huacales* vacíos, ocupando el medio derruído poyo de ladrillos, —que estúpida y mansamente bebían mezcal en gruesos vasos de vidrio ordinario y empañado, mientras se decían sus cuitas en su idioma degenerado, que hablaban muy por lo bajo, como para que no se lo comprendieran, no obstante que es incomprensible de suyo. Cerca de ellos, un mastín corpulento y sucio, echado sobre el polvo y sacando su lengua que se le iba de un lado del hocico, los miraba. En el tenducho, encendían una lámpara, y por la mitad de la calzada, con grandísima batahola, cruzaron uno tras otro los tres tranvías de la "corrida" de Atzcapotzalco.

—¿Quién va a tomar aguardiente? —preguntó Rafael, sin alzar su voz.

—Pues tú, —le replicó Chinto, en idéntico tono, — —para que revivas. Y a ver si le untamos un poco en las sienes y la hacemos volver en sí—agregó, señalando a sor Noeline sin mentarla.

—No, hombre, no, por lo que más quieras dejémosla así. ¿No comprendes que si vuelve en sí y se mira con nosotros, se pondrá a gritar, a pedir socorro y nos lucimos?.... Yo tampoco he de tomar nada, mi palabra.... Vámonos mejor, di que a tu casa....

Por acallar escrúpulos, Chinto manifestó que un desmayo que se prolonga demasiado, puede ser de consecuencias; él sabía algo de medicina y le alarmaba aquella quietud, casi rígida, de la monja.

—Con tu permiso, la pulso—declaró, tomando una de las muñecas de sor Noeline, con las mismas repugnancias con que minutos antes la había repuesto en su asiento.—Está muy débil, pero mucho; toca, Rafaeluco....

—Yo no, Chinto, cómo he de tocarla?—repuso Rafael, cual si le propusieran un desacato; dominado por quién sabe qué superstición de católico, en flagrante delito contra la Iglesia.

Y otra vez enmudecieron ambos, a tiempo que en el interior del carruaje se entraban las errabundas obscuridades de la noche que sobre las calles caían del cielo, como etérea o apocalíptica lluvia de sombras. Afortunadamente, el alumbrado público las rasgaba en ese barrio apartado; hondas rasgaduras de los anchos y oblicuos haces de la luz eléctrica, que desde la altura de los pilares de hierro, y siempre ensanchándose, se derramaban encima del arroyo. Conforme el carruaje adelantó en poblado, no sólo los focos, también las luces de las tiendas, farmacias y demás casas de comercio desmenuzaban sombras, reducíanlas a fugitivas manchas negrasque vencidas y azoradas por tanta claridad, se refugiaban en callejuelas y parques.

Con el empedrado de las calles céntricas, los tumbos del coche fueron más bruscos y frecuentes, y al asomar un rayo de luz en el *simón*, notaron que la cabeza de sor Noeline, sin ningún apoyo, se golpeaba ligeramente contra los tableros del asiento.

—Arrímate y acuéstala en tu hombro, Rafael, para que no se lastime—le indicó Chinto, empujándolo.

Y Rafael, el calavera empedernido, el vicioso impenitente hizo lo que le aconsejaban, con torpeza de colegial o de lugareño en su primera aventura ga-

lante. Se arrimó muy poco a poco, y muy poco a poco cogió la cabeza bellísima de la religiosa, reclinándola luego en el hombro, dulcemente. Con el contacto de esa carne virgen y joven, de esa carne que en su desmayo se abandonaba con impudores deliciosos, por involuntarios e inconscientes, Rafael reaccionó!

La oleada de sangre que le azotó el organismo y le hinchó las venas, apartó, como se aparta a un niño, todos sus terrores y sus supersticiones todas. Surgió el hombre, el eterno victorioso; surgió el enamorado que ha venido suspirando por lo que al fin estrecha entre sus nervudos brazos de macho resuelto a no ceder su presa femenina, la débil, la nacida para entregársele y amarlo.... De aquel cuerpo que abrazaba Rafael, delicada y desesperadamente, salía exquisito y vago perfume.... y Rafael lo aspiraba, lo aspiraba con ansia infinita, cual si a punto de asfixiarse, lo hubiesen sacado al campo, y él, por refinada voluptuosidad, no lo aspirara de una buena vez. Hacía pequeñas provisiones de olor de sor Noeline, surtiéndose en su cuello, en su nuca sembrada de diminutos mechones testarudos,—que apuntaban por la orilla de la toca, a pesar de que en el convento los segaba despiadadamente a menudo, cada vez que segaba el incansable retoñar de su cabellera de oro. Rafael, se proveía en ellos y apartaba la cara, para saborear el olor a moderadas dosis y no morir de ventura junto al manantial.

Sin embargo, no la besó; su secreto respeto y la íntima convicción de que la monja en sus cinco sentidos no se lo consentiría, lo detenían, hacíanle gustar más esa ebriedad que lo invadía al lado de ella, esa mezcla de sensualidad e ideal idolatría. Y así como en un principio se opuso a volverla en sí, preo-

cupábalo ahora el prolongado desmayo; también él le tomó el pulso, sin saber su sitio preciso, yendo su mano desatinada y tremante, del codo a la muñeca de sor Noeline, posándose aquí y allá con titubeos de ignorante, con detenciones de instintiva lascivia, bruscamente excitada por aquellas durezas y curvas de estátua. Se aproximó más todavía, hasta rodear por entero con su brazo izquierdo el estrecho talle de su víctima, que aun cubierto por el hábito burdo, estrecho resultaba, en tanto que con la mano libre osó tocarle la barba y enderezarle el lindísimo rostro demacrado y caído sobre el pecho, como azucena marchita de súbito. Volvió a dejar caer la cara de la religiosa, y tiró de la ropa a Chinto:

—Chinto, apenas respira ¿qué hacemos con ella? ¿qué te ocurre?.... por tu madre que te ocurra algo; que me vea, que me hable, que me maldiga si le place, pero que no siga así.... ¿te parece que vayamos a una botica?....

—A ver—murmuró Chinto, pulsándola una segunda vez y auscultándole el corazón, en medio de mil trabajos y equilibrios.—No, lo que es en el corazón no hay novedad; su pulso, su pulso es el que jura en falso.... Lo de la ida a una botica, es simplemente el disparate de mayor calibre que has proferido en tu vida.... En casa te la curo; cuestión de un poco de éter y de un sinapismo, ya verás.

Y sacando la mitad de su busto por la portezuela, azuzó al cochero:

—Anda, hombre de Dios, aviva el paso que esto no es entierro, aunque lo parezca.... Corta por esta esquina. Y ya que al fin resollaste (*a Rafael, sin mirarlo a las claras entre las sombras del carruaje*), ¿no piensas en lo que haya sucedido en el convento?....

Pues en el convento habían sucedido una porción de cosas. Por positivo milagro, y gracias a que la hermana vigilante del recreo de las niñas, hallábase a cierta distancia del "jardín grande," no pudo enterarse de la escena rapidísima del inverosímil rapto de sor Noeline, privada de sentido. De las alumnas, ninguna tuvo la ocurrencia de abandonar su "rueda," la rueda de todas ellas asidas de las manos y girando al rededor de una de sus compañeras, prisionera en el centro. Giraban y giraban mascullando las palabras francesas recién aprendidas para ese juego llamado del Anillo, mientras la hermana les marcaba el ritmo del corro, con palmadas, y les corregía los errores que las hacían reir:

"*C'est la fille du roi de Espagne*
"*Qui va songeant par la campagne,*
"*Qui toute seule va songeant,*
"*Farilette,*
"*Dans la prairie en fleur,*
au bord des flots d'argent......"

A cada equivocación, la vigilante paraba la rueda, que sola se deshacía, porque las niñas se amotinaban, corrían, rodeaban a la hermana, ensordecían el santo recinto:

—Otra vez, sor Eugenia, otra vez, y la que se equivoque, que dé prenda.

La hermana, complaciente, soldaba la rota cadena infantil, les recomendaba atención, y los versos franceses pasaban de nuevo de sus labios expertos a los de las educandas, y de los de éstas, —juntamente con los gorjeos finales de los pájaros instalados ya en los árboles del claustro, —se escapaban por azoteas y techos, en divino maridaje de voces de niñas y harmonías de aves:

"*C'est la fille du roi d'Espagne*
"*Qui va songeant par la campagne......*"

Tan embebecidas se hallaban las unas y la otra, que no se percataron de cuándo la hermana enfermera tornaba del piso de arriba, de hablar con la superiora. En cambio, las alumnas sí observaron que al regresar del jardín, y confiar precipitadamente *algo* a sor Eugenia, y marcharse en seguida, ésta se demudó y se llevó las manos a la cabeza, cual siempre que nos anuncian una desgracia inesperada.

A los cuantos segundos, vieron que la superiora en persona cruzó desolada por frente de ellas,—que ya no jugaban ni decían los versos del Anillo,—escoltada por muchas monjas, también apuradísimas, rumbo al jardín ¿habría novedad con la enferma?... Muy medrosas replegáronse a sor Eugenia, se cogieron a sus hábitos, sin inquirir la causa de la alarma.

—*Soeur Eugenie, faites rentrer les éléves!*—grito de nuevo la superiora.

Y no vieron más, porque dócilmente, sin que sor Eugenia les notificase la orden recibida, en acobardado y murmurante tropel, caminaron en pos suya y penetraron en una de las salas espaciosas, vecinas al refectorio.

¡Qué congojas en el jardín, las de la superiora y las de las hermanas! Precedidas del viejo jardinero, que descubierta la cabeza exploraba el "bosque," asomabánse tras de los gruesos troncos, removían la yerba, cual si sor Noeline cupiera debajo de ella, se diseminaban en direcciones varias, volvían a reunirse, y ante lo infructuoso de sus muchas pesquisas, monja hubo que se persignara y que se sintiera mal. No se hablaban ¿para qué? iban y venían con

menudo paso, ni más ni menos que insectos expulsados de su hoyo, que se entontecen y andan lo desandado y no se convencen, no quieren convencerse de su trascendental contratiempo. En el cañaveral de la orilla, la superiora a la cabeza, metióse un grupo de las más animosas, y concienzudamente lo examinó, sin quejas ni melindres por los rasguños y tropezones que las cañas silvestres les proporcionaban. Nada!.... Dispuso entonces la superiora, que el jardinero registrara la zanja, en la que tal vez sor Noeline pudo haber caído inadvertidamente. Y cuando el anciano, armado de un palo, principió a remover el agua cenagosa, monjas y superiora alineáronse en la orilla, muy inclinadas y con los hábitos un poco remangados. Torpe el jardinero y endeble el palo, éste experimentaba resistencias a cada zambullida en el agua estancada, mal oliente y cubierta con una capa de *detritus* vegetales amarillentos.

—Pique usted más fuerte, más hondo, hasta donde alcance....

Y el palo salía escurriendo, con algunas ramas adheridas, que goteaban con sonido siniestro. Nada! Nada!.... Ni en el jardín, ni dentro de la zanja, ni en parte ninguna. En la calle que les quedaba al frente, sombría y desierta, no se veía alma ni se escapaba un ruido.... Ah! sí, escuchábase un organillo destemplado, que destrozaba las truhanescas notas del dúo de los patos de la "Marcha de Cádiz," en alguna encrucijada próxima.

—Pero si no puede ser—gimió la superiora—no puede ser. ¿No se habrá subido ella sola a la enfermería?....

Nadie contestó, por la certeza general de que sor Noeline estaba perdida y bien perdida. Rápidamente, y pidiéndole a Dios que le perdonara la mistifica-

ción indispensable que iba a organizar, resolvió la superiora, que otra monja cualquiera se sentara en la silla de sor Noeline, y con la cara muy tapada, la subieran las legas al dormitorio.

—Es preciso que las alumnas no sepan lo que ocurre, que continúen creyendo que sor Noeline se halla con nosotras. Usted, siéntese usted, hija mía, sin escrúpulo, porque soy yo quien carga con la responsabilidad del engaño.

Hízose todo al pie de la letra; llamóse a las legas, que cargaron con el sillón y con la pseudo convaleciente, escaleras arriba. Las niñas, vieron cruzar la procesión por los patios, con el mismo aparato de por la mañana y aumentado sólo el personal, mas para desvanecer alarmas, desprendióse una de las monjas y fué a decir a sor Eugenia, aunque de modo que las educandas lo escucharan, que no había sido sino un segundo ataque de sor Noeline, que ya había pasado, y terminó:

—Manda la madre superiora, que no se altere el reglamento; que se rece el rosario como siempre, y encomendando a sor Noeline; que luego se servirá la cena, a su hora; que *haga* la lectura esta noche la niña Isabel Paredes....

Y el colegio recomenzó su funcionamiento de máquina imperfecta.

En el piso alto, del lado de las religiosas, en el verdadero claustro, reinaba un mutismo de catástrofe que ha de aceptarse, sin embargo, con resignación, como hay que aceptar las mayores contrariedades de la vida. La disciplina no se relajó en lo mínimo; depositaron su carga las legas, y la superiora, asistida de dos madres entradas en años, la madre Clay, irlandesa, y la madre Rossi, italiana, despidió a las demás.

Desde luego urgía avisar a fray Paulino, el único hombre en quien podían confiar; el único también —pensó para sí la superiora— sabedor del secreto de sor Noeline, y con él, del misterio del desaparecimiento. Escribióle a la carrera, cuatro letras, que el propio jardinero conduciría, autorizado a gastar en tranvía o en *simón*, y así economizar las horas, que volaban, agravando con su vuelo el inusitado sucedido. Más que nunca, encareció la superiora que no se trastornara el reglamento; más que nunca, la existencia interna del colegio se deslizó equilibrada y harmónica, ahuyentándose las sospechas de las alumnas, con más empeño que si se tratara de ahuyentarles las malas tentaciones. Y el colegio rezó su rosario, en la sala "*Mater Admirabilis*," y en el refectorio se sirvió la cena a la hora habitual, con los platos habituales, cada niña en su puesto; y después de un rato de charla, los dormitorios fueron llenándose, turbulentos primero, sosegados luego, según las pupilas se dormían. La Nona insistía en ver a sor Noeline; casi se le saltaron las lágrimas cuando severamente le recordaron que las educandas no deben trasponer los dinteles del monasterio, hasta que la superiora, que en espera de fray Paulino había bajado al patio y presenció la retirada de las niñas y la insistencia de Nona, le acarició su cabecita:

—Ya la verás mañana, cuando de nuevo venga al jardín. Ahora, a dormir, *sois obéissante, va.*

Por más avisadas, probablemente, las "grandes" como que no tragaban lo del segundo ataque de sor Noeline; varias "medianas," resistíanse asimismo a creerlo; y tales desconfianzas, unidas a la impasibilidad un poco excesiva de que alardeaban las religiosas, determinó una falsa atmósfera en la que

flotaban indefinibles sospechas, las que nos nacen si no nos revelan ni nos permiten averiguar algo oculto, que se denuncia sin que precisemos cómo; sospechas que traen consigo el fingimiento y la observación recíproca.

Cuando ya en los dormitorios sólo velaban las lamparillas de aceite de frente a las santas imágenes, y un par que otro de ojazos encandilados demandando a las suaves medias tintas de la estancia la clave del enigma, fray Paulino entraba en el colegio sin haber conseguido sacar nada en limpio de la socarrona rusticidad del jardinero.

—Qué les sucede, madre superiora ¿quién se muere? ¿por qué este llamado? ¿qué hay?....

Y en cuanto se alejó el jardinero, la superiora, asociada de la madre Clay y de la madre Rossi, condujo a fray Paulino al locutorio de la izquierda, tétricamente iluminado por una vela de estearina.

—Hay, *M. l'Abbé*, que se nos ha perdido sor Noeline ¡eso es lo que hay!

Al pronto, fray Paulino permaneció boquiabierto, contemplando azorado a la superiora, que le participaba atrocidad semejante, y a las otras dos madres, que, escondidas sus manos cruzadas sobre el vientre, dentro de las amplias mangas de los hábitos, no le daban la cara, limitándose a asentir con inclinaciones de cabeza, acompasadas y mudas. Conocíase que fray Paulino procuraba hablar; mas como no articuló palabra, la superiora reiteró su dicho, comentándolo:

—Calcule usted, *M. l'Abbé*, lo que será de ella y lo que va a ser de nosotras!

—Perdida, perdida....—pudo al fin balbucear el jesuíta,—pero ¿cómo ha sido ello? ¿qué es lo que quiere usted decir?....

Narráronle lo acontecido, desde la enfermedad cuyo principio presenció el confesor, hasta la mejoría; la médica prescripción de sacarla al jardín para que recobrase las fuerzas; lo tranquilas que transcurrieron la mañana y la tarde, y por último, el repentino e incomprensible desaparecimiento, del fondo de ese mismo jardín, durante la momentánea ausencia de la enfermera, sor Noeline, tan débil y agotada, que sin la ayuda de alguien, no podía por sí sola ni mantenerse en pie, no ya fugarse y caminar distancias y saltar la zanja.

—Por donde ella seguramente abandonó el convento, o los que se la hayan llevado la hicieron abandonarlo.... La hemos buscado, padre, cual si fuese un alfiler, hasta dentro del agua cenagosa de la zanja, en la que era muy fácil que hubiera caído, y en la que se habría ahogado....

—¿Y no acudieron a la policía?—interrumpió fray Paulino.

—¡Acudir a la policía, *M. l'Abbé!*.... pero si nos está prohibido. ¿No se imagina usted al comisario y a los gendarmes violando el convento con su examen; teniendo yo que esconder a las hermanas y a las madres?.... ¡Dios nos favorezca!.... para que luego invadieran la casa periodistas, y curiosos, y....

—Tiene usted razón, madre superiora, tiene usted razón; no sé lo que me digo.... Yo nada puedo resolver, necesito comunicar este horror al señor arzobispo en persona, a quien voy a molestar ahora mismo.... ¿Y las alumnas? ¿saben ya la verdad?....

No, afortunadamente no la sabían, debido a que ella, la superiora, las había engañado con la sana intención de no lastimarles su pudor y de que el crédito de la Orden no padeciera con la publicidad que las propias niñas darían a la historia, si la su-

piesen. Las conocedoras del secreto eran las monjas todas, la comunidad entera, y el jardinero que las auxilió en sus pesquisas.

Bastóle a fray Paulino con aquellos pormenores; se marchaba, a riesgo de regresar en la misma noche o a la mañana siguiente, muy de mañana, con las instrucciones de su Ilustrísima.

Se despidieron en el portón, que las madres abrieron y cerraron con sigilo, mientras el sacerdote se embozó en su capa y apresuró el paso, en busca de un coche de punto. La noche estaba fría, noche de diciembre, y en la amplia calle iluminada, apenas si un transeunte que otro marchaba pegado a la pared, resonando sus pisadas secas y claras sobre las losas de la acera. Según avanzaba fray Paulino rumbo al centro, el pensamiento que en un principio se le levantara en el cerebro, tomaba más cuerpo y mayor forma: ¿no sería él, director espiritual equivocado, el único responsable de la perdición de sor Noeline? ¿no habría sido él quien arrancó la venda de los ojos de la joven religiosa, cuando llevado de su iracundia sacerdotal, en mala hora le explicó que era amor su enfermedad?....

Y la reciente catástrofe, el rapto o la fuga de esa esposa virgen del Señor, trastornaba todas sus ideas, excavaba una negra brecha en todas sus creencias, declaraba inútiles e inservibles todas sus teorías, le obligó a dudar, por unos segundos, de la eficacia de la oración y del monasterio.... La impureza humana, volvía a estorbarle su ruta de varón justo. Aquella criatura, aquella monja sucumbiendo a la tentación, le destruía muchas convicciones que siempre tuvo por indestructibles. Ah! el pobre rebaño enfermo y sucio, yendo al barro, a pesar de

los esfuerzos del pastor por conservarle su blancura!....

En su precipitado andar, fray Paulino medio contemplaba escenas íntimas, tras las vidrieras de las casas iluminadas: hombres que leían periódicos; señoras que arrullaban niños de pecho; muchachos tumbados en las alfombras, y allá, de vez en cuando, melodías de pianos, escapadas de alguna salita de ésas, alumbradas amorosamente por *abat-jours* multicolores, en las que se adivinaba inefable calma y una relativa dicha, la poquísima que nos es dado alcanzar en la tierra. Frente a tan apacibles cuadros, frente a la soberana paz de la noche,—a la que no alteraba el que hubiese una monja de menos,—fray Paulino perdía la brújula; a su turno declarábase vencido, descorazonado ¿para qué correr en pos del inseguro rescate de sor Noeline? ¿no sería más sensato dejarla seguir su suerte, como al fin y al cabo la seguimos todos, sin poder que nos ataje ni medicamento que nos cure? ¿por ventura el deber no sería más que una ironía, un elástico convencionalismo?....

—¡Cuando digo que esta monjita va a acabar por volverme el juicio!—formuló fray Paulino, entre dientes, para desviar a sus preocupaciones del disolvente cauce en que bullían.

—¿Vamos, amo?—le dijo un cochero desde su pescante, a la sazón que el sacerdote llegaba a la Plazuela de San Fernando.

—Vamos, sí,—repuso fray Paulino estremeciéndose, cual si despertara de una pesadilla,—vamos al arzobispado.

En el arzobispado costóle un triunfo que le abriesen; el portero, receloso, lo identificaba al través de las puertas cerradas.

—Hágame favor de decirle al señor arzobispo, que el padre Paulino, el de Santa Brígida, lo busca para un caso gravísimo.

Todavía aguardó un largo cuarto de hora, al cabo del cual, abriéronle el postigo del zaguán apenas lo suficiente para que entrase una sola persona. A obscuras la casa, el portero lo guió, alzando la vela que llevaba. En la segunda de las antecámaras, en tinieblas, lo hicieron sentarse; escuchó murmullo de voces apagadas, y un familiar, acabando de abotonarse la sotana, fué a él con una lámpara de pantalla en la mano.

—Buenas noches, padre, su señoría Ilustrísima está algo indispuesto, pero no obstante, lo recibirá a usted en la cama, si usted estima indispensable que lo reciba. ¿Es indispensable?

—Vaya si lo es! Sírvase usted significar a su Ilustrísima que seré breve; que le suplico me otorgue unos instantes.

—Que pase usted—exclamó el familiar, a poco de haber penetrado en la alcoba arzobispal.—Por aquí, cuidado con esa silla....

Arrodillóse fray Paulino junto al lecho del príncipe de la Iglesia,—un modesto catre inglés de bronce,—besóle la mano a su ocupante, y al incorporarse, ya el familiar se había ido y cerrado la vidriera de comunicación, sin ruido.

—¿Qué novedad tenemos, padre?—preguntó el arzobispo.

—Ay, señor! una desgracia inmensa: a una de las monjas del Santo Espíritu, se la han sacado del convento esta tarde, no se sabe quién, ni dónde pueda hallarse a estas horas!

—Ave María Santísima, padre, Ave María!!... Si parece mentira....

—Así me lo pareció a mí, Ilustrísimo señor, cuando la infeliz de la superiora lo puso en mi conocimiento.... Desdichadamente, es verdad! Tan fuera de mí púsome la noticia, que llegué a pensar en la policía, y sólo en vista de lo extraordinario del caso, me permití venir a molestar a su Señoría, que, de fijo, sabe y puede más que yo, mucho más....

—Hizo usted perfectamente bien, padre, ya lo creo.... Usted lo ha calificado por su nombre, padre Paulino, es una desgracia, y qué desgracia!.... una arma que esgrimirán contra nosotros nuestros enemigos, no lo dude usted.... ¿Qué han hecho las madres, y cuántos saben lo ocurrido? ¿lo saben las niñas?....

Y al propio tiempo que fray Paulino relataba lo ejecutado por la superiora del Santo Espíritu, el arzobispo se revolvía bajo las sábanas, en creciente intranquilidad, prorrumpiendo a cada pasaje en que el narrador se detenía:

—Pero qué desgracia, qué desgracia tan grande, divino Dios!....

Al concluir fray Paulino, el arzobispo esbozó un plan; él tenía sus influencias, y poderosas, con las autoridades y con algunos personajes del gobierno. Secretamente, descubriríase el paradero de sor Noeline, eso era lo de menos, y después ¿qué hacía con ella? Ese era el problema. Imposible devolverla al claustro; había que devolverla a su familia, a sus parientes de Francia ¿cómo evitar que todo el mundo se enterara?....

—¿La confesaba usted, padre?—díjole de súbito al sacerdote.

—Yo la confesaba, Ilustrísimo señor—contestó fray Paulino, temblando.

—¿Y nada notó usted de anormal en su concien-

cia o en su espíritu, que hiciese prever un desenlase así?....

—Tan lo noté, que sin excomulgarla le retiré la comunión por unos cuantos días....

—¿Y?....

—Lo demás, sólo puedo repetirlo en confesión a mi superior ¿quiere usted oirme, Ilustrísimo señor?

—Pues no he de querer, en seguida.

Ayudado por fray Paulino, vistióse el arzobispo, a la ligera; abandonaron el dormitorio y no pararon hasta el sitial que habitualmente ocupaba el dueño del palacio. En él se sentó; arrodillóse de nuevo fray Paulino, inclinó la cabeza al juez, y las canas de éste y las de su tonsurado penitente, mezcladas y no formando sino una confusa mancha blanca, juntaron sus guedejas de plata.

Hablaba fray Paulino muy bajo, oíalo el arzobispo muy atento, y la enorme casa, con su enorme silencio, diríase que se interesara también y también escuchara la trágica historia del naufragio de una monja que amaba!

IV

—Párate aquí, tú!—gritó Chinto al cochero, antes de que llegaran a la puerta de su casa, en Bucareli.

Y entró solo en ella; envió al portero a un mandado, para alejarlo; previno a Adela, su hija, que un amigo enfermo iba a ocupar la salita, por varios días; incomunicó ésta con las demás habitaciones, y por su puerta vidriera salió al patio y a la calle.

—Aprovechemos el momento, Rafael, no hay nadie ahora....

El carruaje se aproximó despacio, hasta el zaguán, y entre los tres hombres sacaron a sor Noeline, que Rafael se echó al hombro, desapareciendo todos en la sala de la vivienda de Chinto, sin otra luz que la poquísima que se colaba por los cristales y las cortinas de los balcones, pero que, sin embargo, permitía distinguir, aunque confusamente, es cierto, los muebles de la estancia. Y en el antiguo canapé, tapizado de reps, con medallones en su respaldo, Rafael depositó a la religiosa.

—Toma, y ni me has visto a mí, ni me conoces, ni sabes nada de lo que ha pasado ¿entiendes?—dijo el mismo Rafael al cochero, alargándole unos veinte o treinta pesos en billetes,—fíjate en que con cual-

quiera indiscreción, a todos nos va de por medio Belem, y en que si por una desgracia te aprehendieran a tí solo, si te aguantas como los hombres, nada te faltará, porque correrías por mi cuenta... ¿estás conforme?

—No tenga cuidado, jefe, que yo sé muy bien mi cuento ¿me necesita su mercé mañana? Estaré allí mismo, en mi *sitio* de Gante.

Y a poco, oyeron Rafael y Chinto que el coche partía con sonoro y lento trotar, para hacerse notable, desafiando exámenes de gendarmes, a fin de despistarlos.

—Anda, Chinto, hazme el favor del éter y del sinapismo, no quiero verla así, me da miedo....

Salió Chinto por el patio, y en un instante volvió con las drogas, que dejó sobre la mesa. Él se marchaba, para que sor Noeline, al despartar, no se hallara con él, a quien no conocía.

—Procura que no haya crisis de llanto ni gritos, porque Adela se enteraría de que se trata de una mujer, y los vecinos se alarmarían.... Mira, en esa otra botella, hay agua de azahar; si se te pusiera muy nerviosa, puedes darle hasta dos cucharadas seguidas..... Yo me largo, y cuando tú te vayas, llamas en la puerta de mi cuarto, es la primera, después de ésta..... Conque, hasta luego, y a ver cómo te las compones....

—Oye, oye,—le preguntó Rafael, apuradísimo—y si es preciso aplicarle un sinapismo ¿dónde se lo aplico?....

—Pues donde quieras, al fin están casi a obscuras; pónselo en un brazo—le contestó Chinto, sonriendo de que un perdido tan perdido como Rafael, tuviera escrúpulos semejantes, y formulara, en serio, pregunta tan candorosa.

Con el frasco del éter, destapado ya, Rafael se arrodilló junto al canapé en que yacía el cuerpo soberbio de sor Noeline. Al lado de ella, casta y linda, indefensa y muda, Rafael sintióse amenazado de un vértigo, arrepentido de lo que había ejecutado, lleno de religiosos respetos hacia aquella mujer, deseada por tanto tiempo. Ante la natural sospecha de que ella, al reconquistar su conciencia si aspiraba el éter salvador, lo rechazara y despreciara, levantándose ofendida y pura, abandonándolo, sin siquiera verlo, para hundirse de nuevo en el claustro, que sería imposible allanar una segunda vez y arrancarle ese tesoro, tuvo Rafael impulsos de dejarla así, sumida en aquel sueño tan parecido a la muerte, y morirse él también, contemplándola únicamente, sin osar profanarla con el tacto, como no se profana el cadáver de una persona que hemos amado mucho.... Pero maquinalmente, le acercó el pomo, y su contenido obró la resurrección; oyó un suspiro, y él, fué él quien cerró los suyos, cuando los ojos celestemente azules de sor Noeline, abriéronse y lo miraron.... Sin levantar la cara, — pues no se suponía capaz de arrostrar las iras y los reproches que a la fuerza le descargarían, — Rafael balbuceó:

—¿Me perdona usted, Noeline?....

Y la pobre monja enferma, acabada de salir de un larguísimo desmayo, flotando aún entre quimeras y realidades, repuso en muy suave tono, sin vacilaciones ni tardanzas, la única palabra que quizá pugnaba por brotar completa, y que revelaba, al propio tiempo, la ignorancia más inocente y perfecta de lo acaecido y de su trascendencia:

—¡Sí!....

Tuvo Rafael que apoyarse en la alfombra, para

que no lo derribara ese inesperado huracán de dicha. ¿Sí?.... ¿Sí?.... Y repetía por lo bajo la monosilábica respuesta, cual si fuera el final de una plegaria inefable y sacrosanta, que de improviso le aunciara la bienaventuranza eterna. No exigía la ratificación ¡qué locura! conformábase con saborearla, en la duda de que se desvaneciera: ¡Sí?.... ¡Sí?.... Sor Noeline, en tanto, paseaba su mirada por la habitación desconocida, y por mncho que llamaba a sus ideas, a sus ideas serenas y rectas de monja juiciosa y equilibrada, éstas acudían al llamado, amotinábansele en su adolorido cerebro y tendían el vuelo cuando ella intentaba coordinarlas, pedirles explicaciones, a modo de asustadas palomas cuyo palomar amenaza ruina y al que se asoman unos segundos, sin que haya quien pueda reretenerlas dentro de él. ¿Persistiría su sueño o estaría ya despierta?.... Rafael estaba ahí, eso sí era indudable, pero ¡habíalo tenido tantas ocasiones!.... Probaría a hablarle:

—¿Quiere usted llamarme a la madre superiora? —exclamó.

—No puedo complacerla a usted, sor Noeline (¿por qué diantres volvía a darle el tratamiento monástico?) la superiora se halla muy lejos, en el convento, y usted no.... —soltó Rafael de un golpe, prefiriendo ser franco.

—¿Pues en dónde estoy? —replicó sor Noeline, incorporándose a medias.

—Conmigo, sola conmigo —le dijo Rafael humilde y amoroso —¿no está usted contenta?....

Y así como hacía un momento la respuesta afirmativa había brotado espontánea, así brotó ahora la contraria, seca, enérgica, pronunciada resuelta-

mente; sor Noeline vislumbraba ya, que algo reprobado estaba sucediéndole:

—¡Nó!.... y le ruego a usted que me vuelva al colegio,—le contestó, incorporándose por completo. Luego, se sentó en el sofá, y por último se puso en pie, apoyada en el muro. Lléveme usted al colegio,—clamaba sin descanso,—lléveme usted en el acto.... ¿No me oye usted?.... le digo que me vuelva al colegio; levántese usted ¿qué espera?.... No quiero estar con usted, ni aquí, sólo en el colegio....

Rafael no respondía ¿qué había de responderle? Clavada la frente en el asiento del sofá, permanecía arrodillado en la alfombra. Sor Noeline se inclinó a él, y vacilante aún, el pequeño esfuerzo nervioso que estaba realizando concluyó con sus escasos bríos, y cayó sentada en el mismo mueble, a corta distancia de Rafael que sollozaba.

—Lléveme usted al colegio, se lo suplico ¿por quién quiere usted que se lo pida?.... lléveme usted....

—¿Cree usted que eso es fácil?—habló por fin Rafael,—¿cree usted que la recibirán, después de que usted se ha salido sin licencia ni aviso?....

—¿Y por qué me salí?.... ¿por qué me ha sacado usted?—añadió ella, luego de reflexionarlo un punto.

—¿No sabe usted por qué, sor Noeline? (*y dale con el tratamiento, que no se le despegaba de la lengua, y que como un representante del convento, interponíase entre ambos*), ¿no sabe usted por qué?.... ¡porque la adoro!—terminó, doblando la cara que le ardía.

Echóse sor Noeline para atrás, como si la palabra, más suspirada que dicha, fuese un disparo que la hubiera herido en la mitad del pecho, según en él se puso las dos manos, una sobre la otra, con objeto de comprimir los latidos del corazón, que parecía

dispuesto a marchársele.... ¿La adoraban?.... Y la dulcísima palabra le revoloteaba en la mente, le revoloteaba en el sellado pecho, junto al pobre corazón. ¿Adorar?.... ¿adorar?.... pues qué ¿a ella podían adorarla? ¿no era un atributo exclusivo de la divinidad? ¿puede adorarse a un semejante, sin ofender a Dios?.... ¿Qué sería eso?.... ¿Si al oído sonaba tan deliciosamente, llevado a la práctica, resultaría mejor?....

Repúsose, sin embargo, con algunos trabajos, y obsesionada otra vez por el convento, interrogó a Rafael:

—¿Y está usted seguro de que ya no me recibirán, aunque yo lo haya abandonado sin mi voluntad?

—Oh! enteramente seguro, no la creerían a usted.

Sor Noeline volvió a callar. Una porción de escrúpulos le acibaraban el júbilo desconocido que las frases de Rafael le proporcionaban. Lo mismísimo que en el sueño, la presencia de aquel hombre no la acobardaba, y así, medio hincado a sus pies, mucho menos. ¿Por qué en el sueño la había perseguido, y despierta la imploraba? Anhelaba conocer la historia de su salida del claustro; mas un pudor extraño, que nunca había experimentado, hacíala muy cauta en preguntas y respuestas, en esa especie de intimidad naciente que la ataba a Rafael. Aun no se daba exacta cuenta de los sucesos; a partir de su confesión con fray Paulino, embrollábasele todo, lo vivido y lo soñado, lo que de ella había sido y lo que sería más adelante. Si no podía tornar al colegio y al monasterio ¿a dónde iría?....

Sin tocarle ni la ropa, Rafael se levantó y fué a sentarse en el otro extremo del sofá, taciturno, callado; pero no obstante las tinieblas de la salita, sor Noeline sabía que no le apartaba la mirada, una mi-

rada suplicante, como la del sueño. De entre el sinnúmero de cosas raras, de fenómenos inexplicables que afligían a sor Noeline, era lo más raro e inexplicable que esa mirada continua, sobre ella posada, no la mortificase mayormente, sino que sólo la produjera una interna inquietud, un desasosiego íntimo que le traía hasta la garganta las palpitaciones del pecho, hasta los ojos lágrimas y hasta los labios sonrisas que, antes de delatarse o de nacer, morían inadvertidas en aquella obscuridad apacible de la discreta sala. Al mismo tiempo, un mundo de preguntas, a modo de prisioneros que se rebelan contra su encierro, pugnaban por salir en tumulto; y ella las contenía, hacíalas regresar a su calabozo. Sus grandes ojos celestemente azules, muy abiertos y muy intranquilos, erraban vagabundos por los muebles ignotos, por los colores mates de la alfombra que se distinguían apenas; por las celdas y dormitorios del Santo Espíritu, que de tiempo en tiempo se le aparecían en su retina, precisos y terribles, aunque ella se imaginase tenerlos al frente, como tenía un piano cerrado y unas fotografías que manchaban de claro las paredes que se arrebujaban de negro.

De improviso, Rafael rompió el silencio.

—¿Lo perdonaba? ¿le perdonaba ese su rapto tan artero, supuesto que ella ni noticia tuvo ni otorgó consentimiento?.... ¡Si supiera usted lo que la quiero!!.... —y en la fantástica obscuridad de la estancia, extendió su brazo describiendo amplísima curva, para dar una idea, con el ademán, de lo inmenso de su amor,—¡si lo supiera usted, me perdonaría!.... Le juro a usted que a pesar de este cariño que está matándome desde hace muchos días, le juro que al penetrar en el jardín no pensaba en

hacer lo que he hecho; se lo juro a usted.... ¿me cree usted?.... Créame usted, Noeline, sor Noeline, —se corrigió a sí mismo, al observar el estremecimiento que causó a la monja, ya en sus cinco sentidos, el oirse llamar con aquella familiaridad que nadie se había permitido en tantos años, —créame usted y perdóneme, no por mí, que nada soy ante usted, por usted misma, sor Noeline, que es tan buena.... Vea usted, si en mi mano estuviese, le juro también que por ahorrarle su disgusto, la volvería yo a su convento, aunque la perdiera a usted, aunque me quedara desgraciado para siempre.... Pero, por caridad, sor Noeline, perdóneme usted....

—Entonces ¿por qué entró usted?— aventuróse a inquirir sor Noeline, que en el fondo ansiaba conocer los motivos, la manera cómo salió ella, el por qué se hallaba fuera del convento, en esa casa sin gentes y sin luz, tan callada, tan misteriosa.

Había entrado por verla, sabiendo que estaba enferma y descansando en el jardín; pero sin el menor pensamiento torcido:

—A riesgo de que me descubrieran y de que hubiera habido un escándalo, perjudicial para mí únicamente, brinqué la zanja, es decir, la pasé en un puente de tablas.... Temblaba yo tanto, que necesité asirme de un árbol.... usted dormía en un sillón, sor Noeline, su cabeza reclinada encima del hombro izquierdo, muy pálida, muy pálida.... muchísimo más que ahora.... Desde lejos la vi a usted, y sin poder contenerme, fuí avanzando.... De repente, abrió usted los ojos y yo temí que al mirarme, gritara usted.... por fortuna mía, no gritó usted, se enderezó nada más, siempre mirándome.... luego, se dejó caer en el sillón, y temeroso

yo de que le acometiera un accidente, avancé hasta usted, y usted se enderezó de nuevo sin cesar de mirarme.... De pronto, un vértigo sin duda, la dobl egó a usted, iba usted a caer en el suelo, a hacerse daño quizá, y yo.... yo.... la cogí a usted con mis brazos.... sin intención de ofenderla.... ¡Dios me libre! ni entonces, ni ahora, ni nunca.... Y usted se desplomó en ellos. No tenía yo otro recurso que cargarla a usted, y correr, correr....

—No,—lo interrumpió sor Noeline,—no consintiéndolo yo, debió usted dejarme caer aunque me hiciese daño ¿qué mayor daño que el que usted me ha hecho, sacándome del colegio?....

La monja se daba ya exacta cuenta del suceso; reconocíase perdida y a la merced de aquel hombre. La reacción de la voluntad, vencía a las debilidades fisiológicas de su convalecencia y de su sexo; secretas energías endurecíanle la voz, arrugábanle el ceño, y secretos rubores de mujer y de doncella,—no conocidos antes por sor Noeline, que sólo conocía los excesivos y a las veces infantiles de las religiosas,—le comunicaban fuerza y alientos para protestar y para defenderse; para protestar contra el atropello, para defenderse del ataque que el propio Rafael, ahora rendido y humillado, intentaría en su contra, más tarde, en ese mismo momento, ¿qué sabía ella cuándo? Lo que sí sabía, era que el ataque vendría, como vino en su sueño; y lo que de antemano entristecíala, era comprenderse sin resistencias que oponerle; reconocerse débil, desamparada, sola; sentirse halagada, contenta, — muy poquito, nada casi!— al lado del hombre que la había sujetado a tantos sufrimientos. Preferíalo así, en carne y huesos, enemigo real y tangible, a traerlo cual lo trajo, grabado en la memoria, escondi

do en el pecho. Tal como estaban, la situación, aunque horriblemente indecisa, era sin embargo, más clara y definida; los dos frente a frente, o mejor dicho, ella mandando y él obedeciéndola, a sus pies; cabía la lucha, una lucha desigual, pero al descubierto. Y sus armas femeninas, las que toda mujer tiene en sus debilidades y atractivos, sor Noeline encontróselas dentro de sí misma, ligeramente enmohecidas, tal vez por la falta de ejercicio, pero muchas, y afiladas, y tremendas. Desconfiaba de su manejo, — apenas las había esgrimido de muchacha, — más desconfiaba de que a la hora precisa las hiciese un lado, y con ellas y con sus bagajes se rindiera ¿acaso no estaba rendida ya?.... Por lo pronto, la fuerza de la costumbre la obligó a apelar a otras, que en el claustro le presentaron como más eficaces, e instintivamente, sin responder a Rafael, buscó su rosario, su grueso rosario invencible, que debía colgarle de la cintura. No lo tenía consigo; buscóselo con disimulo, sin denunciarse, desolada de que su mano resbalara y resbalara de balde, por sobre la recia tela de sus hábitos ¿cómo vencer sin él? Con la evocación del claustro abandonado, no sufrió lo que hubiera creído sufrir; veíalo allá, a una gran distancia, puro y bueno, sin enojos por su ausencia; todo en su sitio, las madres, las hermanas, las educandas; donde todo era de rigor que estuviera, ellas dentro de la santa casa, y ella misma, sor Noeline, fuera de sus recintos, donde también era de rigor que se hallase. A pesar de lo reciente del abandono, de que conservaba aún el traje talar que la apartaba del mundo, cortos los cabellos y la inteligencia abrumada, por su enfermedad probablemente, no se apesadumbraba, nada de eso, ganábanla sólo oleadas de llanto, ganas de llorar la

separación, lo incierto de su porvenir, lo irremediable del suceso. Comparó su actual situación, a su partida de Francia, cuando en el regazo de su buena mamá, al despedirse entre la algazara del muelle, derramó abundantísimas lágrimas; comparábala a cuando después, a bordo ya del transatlántico que la arrebataba sin dolerse de su dolor, apoyada en la baranda de la cubierta, perdiéronse esas mismas lágrimas en las espumantes crestas de las olas que empujaban al vapor, encaminándolo rumbo al océano con un cortejo de ósculos apagados, de aromas acres y potentes que subían del agua, de brisas acariciadoras que se arrancaban de la costa, impregnadas de fragancias de hogar y de perfumes de patria; de lánguidos rayos de sol que derrochaban pedrería en las mansas ondas del puerto, cubriendo como de metálico polvo, régiamente, al barco majestuoso, de lento andar, con su desplegada bandera a popa enfurecida contra el viento y la expatriación, y que con su ronco silbato coronado de humo blanco, pitaba, pitaba diciendo adiós a los que se quedaron, un grupo enternecido y apretado que a los aires arrojaba besos y conjuros, y que agitaba sombreros y pañuelos. Sor Noeline dijo adiós a la línea de tierra, que fué esfumándose hasta por completo hundirse en el mismo mar que a ella se la llevaba así, como á otros muchos viajeros que suspiraban y enjugaban los ojos a hurtadillas, a tiempo que la noche borraba el cuadro, y en su crespón negro recogía las bendiciones de la playa y las lágrimas del buque.

Las religiosas con que viajaba sor Noeline, explicáronle, para calmarla, que la vida era así, un continuo dolor; que se conformase y cogiese la cruz que en suerte le tocaba; y que en la oración y la vir-

tud encontraría el premio.... ¿Por qué no lo había encontrado? ¿qué poder oculto la sacaba del convento, contra su voluntad, y la tiraba en la calle, la desvanecía entre los brazos de un hombre a quien estaba muy distante de odiar?.... Sus deseos de llanto aumentaban, después de comparadas las dos situaciones; lamentaba su huída del convento, mas su lamentación era tierna y recóndita. Supuesto que nada ejecutó de su parte por lograrla, sus remordimientos disminuían, conformábase de buen grado a vivir lejos de él, como vive todo el mundo. Luego, si lo hecho pudiese deshacerse, no se resistiría al regreso; que si el monasterio no la entusiasmaba, no le repugnaba tampoco. Pero aquel señor tenía razón, el regreso era impracticable; ¿qué dirían las madres y qué las alumnas? Al detenerse en esta consideración, conocía que se sonrojaba, sentía la sangre agolpada en las mejillas, y para mejor esconder sus sonrojos, echábase más atrás en el respaldo del sofá.

Rafael volvía a la carga, siempre con tono de súplica, aunque de cuando en cuando se alterasen las inflexiones de su voz. En lugar de exigir, rogaba; no era el dueño de la situación que impone sus caprichos, nó, era el enamorado que no se apropia nada por la fuerza, que todo lo suplica, hasta que lo perdonen porque ama.

—Usted, Noeline, será la que mande; ya sé que no me quiere usted, que hasta hoy no ha podido quererme; pero si usted consiente en que yo la vea, en que le hable y la sirva todos los días, quizá a la larga la interese, le inspire lástima y usted también me quiera.... pero muy a la larga, sor Noeline, no se enfade usted.... Lo hecho por mí en momentos de desvarío, carece de remedio; quiera usted o no quie-

ra, y en cierto modo nada más, nuestros destinos se encuentran unidos.... Yo, ante la ley, soy responsable de un delito, de allanamiento, escalamiento, o qué sé yo.... no me importa, créame usted, lo que me preocupa no es que la ley me absuelva, sino que me absuelva usted.... La idolatro a usted a un grado, que ya ve usted, ni la toco siquiera, ni me le acerco.... y le ofrezco a usted que así será siempre, siempre, hasta que usted no me autorice... si nunca me autoriza, nunca será; y cuando ya no haya riesgos para usted, se irá a donde guste, a su país, con su familia, se irá usted sola, digo, nó, que mi cariño se irá también con usted, aunque sea adherido a la orla de sus trajes, como el polvo que se nos adhiere y del que no podemos sacudirnos por mucho que nos desagrade.... Y Rafael, seguía entonando la balada del amor, por lo bajo, sin moverse de su asiento, y a sor Noeline se le iba la cabeza con ella, como a Rafael se le iba la suya con la proximidad, con un desvanecido olor a incienso que del cuerpo encantador de la cuitada monja se desprendía; olor a iglesia, muy marcado, sirviéndole de escudo, dadas las creencias de su raptor.

De pronto, alguien llamó discretamente en la vidriera del patio, y entrambos enmudecieron. Rafael, sin embargo, fué a abrir. Era la criada de Chinto, con una bandeja cubierta por una servilleta.

—Dice el señor que le dé yo a usted ésto—y se alejó en seguida, en cuanto Rafael cogió el envío. Lo destapó al ponerlo en la mesa del centro, y a la media luz que imperaba en la estancia, vió el contenido: una taza, una cucharilla, pan, café y leche; vió, asimismo, un papel que leyó en el balcón, levantando la cortina de punto para aprovechar los resplandores del foco eléctrico más próximo. En el papel

significábale Chinto "que le mandaba tan tarde aquel "piscolabis" porque había tenido que esperar que Adela se acostara.... corten el hilo, Rafaeluco, que va ser la una de la madrugada y los vecinos podrían maliciar el tapujo. ¿Por qué no han encendido luz? A la lámpara le sobra petróleo. No te olvides al irte de entrar en mi cuarto, lo dejo abierto"....

—¡El excelente Chinto! —pensó Rafael, guardándose el papelucho. Y se llegó a sor Noeline:

—¿Me permite usted que encienda la luz para que pueda usted tomar algo?

—No apetezco nada, gracias. No encienda usted, se lo ruego a usted—prorrumpió sor Noeline, que en la obscuridad hallaba como un refugio, dado lo anormal de su caso.

Rafael insistió; la hizo ver que aun no se restablecía de salud, que su último desmayo habíase prolongado más de tres horas, que era muy tarde e indispensable que se alimentase. Resultaba sincera su insistencia, llena de un amante interés que concluyó por remover en la pobre muchacha fibras de reprimida sensibilidad. Sin atinar a las derechas con los movimientos que ejecutaba, tendió sus dos manos a Rafael, con necesidad suprema de sentirse protegida en la agonía de su virtud, y así que el otro se las oprimió respetuosamente, sor Noeline dió suelta al llanto que la asfixiaba, que hacía largo rato esforzábase por brotar; y tornando a su lengua, al idioma natal en que invariablemente expresamos nuestras grandes dichas y nuestros grandes dolores, exclamó sollozando:

—*Ah! M. Bello, M. Bello, sauvez moi, je meurs!.....*

Rafael, comprendió que en aquel instante la religiosa cesaba de serlo, para convertirse en una mujer como todas, nerviosa, cobarde, inerme; que en

aquel instante le pertenecía por entero; ese grito era la entrega de quien se adivina al borde de un precipicio y cierra los ojos, se encomienda a Dios, y cae en la sima atrayente y pavorosa. Pero comprendiéndolo, no abusó; arrodillóse nuevamente a los pies de la virgen que adoraba, castamente le colocó la cabeza, sin tocas ya, encima de su hombro, y acariciándosela con delicadezas de que no se sospechaba poseedor, contestóle tan sólo:

—Te amo, Noeline, te amo!....

Y eso fué todo; a partir de entonces, una confianza mutua establecióse entre ellos. Sor Noeline, bebió la taza de leche que el mismo Rafael le sirvió, charlándole más reanimado. Así le dijo, que la casa en que estaban era decente e ignorada; que se conformara con una mala noche, única que pasaría sin cama ni comodidades.

—Va usted a reposar, Noeline, nadie la verá a usted; si algo le ocurre, con que hable usted alto o golpee esta puerta, me tendrá a sus órdenes inmediatamente. Le protesto a usted que queda más vigilada que en el colegio; voy a traerle una almohada, un abrigo, y mañana, con toda calma, hablaremos.... ¿está usted satisfecha?....

A tientas anduvo Rafael por patio y corredor, y a tientas penetró en la alcoba de Chinto, que se había dormido.

—¡Chinto, Chinto!—pronunció Rafael muy quedo, desde la puerta entreabierta, temeroso de avanzar en terreno que no conocía y derribar un mueble,—Chinto!.... soy yo....

—Rafael?..... Aguarda, aguarda,—y sonaron chasquidos de fósforos, y encendió Chinto su vela. ¿Ya te vas?....

—No, no me voy, al contrario, me quedo aquí, con-

tigo.... luego te explicaré.... dame una almohada y un cobertor.... sí, ése.... Espérame. Y sigilosamente, salió con entrambas cosas, mientras Chinto sentado en su cama, se desperezaba para espantar su sueño.

Volvió a poco Rafael, cerró sin ruido la vidriera, y andando de puntillas fué y se sentó en una butaca que, con la ropa de Chinto, estaba al lado de la cama. Olvidado Chinto de los respetos que había exigido para su casa, de las recomendaciones hechas a su amigo prohibiéndole que bajo el mismo techo que cobijaba a su hija cometiera él el menor desmán; como acababa de despertar y no sabía lo que había sucedido, formuló una pregunta brutal, lacónica, elocuente:

—¿Ya?....

Rafael, colérico, levantóse y se pegó a él:

—Chinto, no seas soez! ¡Qué ya ni qué nada! Esta mujer es un ángel!....

E impresionado todavía con la reciente y extraordinaria escena, encendió un cigarro, y siempre en voz muy queda la narró a su mentor, esbozó planes de conducta futura, de lenta conquista de la monja sin lastimarle su pudor ni inmolarla a su antojo.

—Para ello, me es indispensable que me prestes tu casa, pero que me la prestes tal cual se halla.... sí, tal cual se halla, ten calma.... Te ofrezco, en cambio, la hacienda, a la que te irás mañana mismo, por el tren de la tarde, llevándote a tu hija y a tu criada ¿te parece bien?.... Aparte de que el administrador ya te conoce, yo le dirigiré un telegrama; vas de dueño, con más facultades que si yo fuera en persona ¿eh? ¿verdad que no es una propuesta que te perjudique?....

—Hombre, te diré, que me perjudique precisa-

mente, claro que no; pero tú comprendes que no puedo cargar con mi gente de aquí para allí, mientras tú arreglas tu lío. ¿Qué pretexto quieres que le dé a Adela? ¿cómo así, tan de repente, he de llevármela a un páramo, en pleno invierno, sin preparativos, ni aviso, ni nada que se le parezca?....

—Vaya Chinto, no aparentes que te ahogas en un vaso de agua. Le dijiste que el amigo a quien cedían la sala estaba enfermo ¿verdad? pues añádele que está herido, que van a operarlo, que no quieres que presencie ni que oiga la operación, ni que la vean los médicos, los demás hombres que lo visitarán.... te sobra a tí manera de arreglarlo con talento.... ¿Sí?

Chinto consintió, llamándose a sacrificado pero en el interior contento; lograba sacar a su hija de la casa en que probablemente se realizaría un idilio, que, aunque etéreo en sus comienzos, había de tener un fin idéntico a todos los idilios; a él, con sus escepticismos experimentales, no le daban buena espina esos enamoramientos diz que platónicos, como el de Rafael y sor Noeline; de memoria sabía en lo que paran, en lo que había parado el suyo propio: en el hijo, en el abandono, en el remordimiento. Era tarde ya para que Rafael retrocediera, más tarde aún para que él lo procurara; lavábase las manos, y allá su amigo que se rascara con sus uñas. Hízoselo entender así, con la paternal entonación con que de costumbre lo aconsejaba; sin ofender a nadie, preveía el término de aquellos amores semimísticos: el día menos pensado ¡cataplum! les pasaba el chasco.

—Yo que tú, me marcharía con ella a Europa o a los Estados Unidos, a donde no me conocieran, pues lo que es en México, no te forjes ilusiones, Rafae-

luco, antes de un mes, y a pesar del escondite y de la reserva, van a saberlo hasta los papeleros de las calles.

Rafael, lo oía con muestras visibles de honda preocupación, hosca la mirada, sombrío el semblante; y siempre en voz baja, Chinto continuó reanimándolo y aleccionándolo, hasta que el pesado sueño de la madrugada los ganó a los dos, en su cama a Chinto, y a Rafael en la butaca, recargada la cabeza en los bordes del colchón de su amigo.

Fué sor Noeline la primera en despertar, creyéndose, al pronto, en su quieto dormitorio del colegio; una rápida ojeada le bastó para puntualizar los hechos y reconstruir la irreparable aventura; en un segundo, realizó su situación: sola, desgraciada!.... El miedo a lo que sería de ella, señoreóse de su ánimo, la hizo sentir hondísima nostalgia por el claustro abandonado; hízola echar de menos otras mañanas y otros despertares, allá, en su celda, o entre las alumnas; defendida por el retiro y satisfecha con la oración; sin peligros ni zozobras ni temores; ignorante del amor y del dolor; tranquila con su venda de fe, dichosa dentro del piadoso recinto, en el que cabían holgadamente sus esperanzas y sus anhelos; en donde el único problema era saber si ya habría alcanzado toda la gracia que necesitaba para renovar sus votos y ser una digna esposa del Señor; en donde sus ocupaciones eran inocentes y serenas: cantar al órgano, cuidar niñas, regar flores. El cuadro íntegro, mucho más bello ahora, por perdido, presentábasele con luminosidades de hechizo, con atractivos de quimera; ella había estado ahí, había formado parte de las religiosas, hasta se había distinguido y la habían congratulado por su conducta y por su recato. La víspera no más, a esa misma hora ¡qué

distinto despertar! ¡qué porvenir distinto! El claustro, antojábasele una nave colosal e inconmovible, que fuera segura y derechamente por sobre los revueltos mares de la vida, en rumbo fijo al puerto de salvación; y ese claustro se alejaba, no detenía su curso, trazado de antemano por una brújula divina, seguía navegando sin que ninguno de los tripulantes se curara de ella, de la caída en contra de su voluntad, en un vaivén inevitable para su debilidad de convaleciente y de joven. Serían de balde sus señas, sus gritos, sus ruegos, ¡por misericordia, que no la dejaran debatiéndose en ese mar proceloso y cuyas furias no conocía! ¡por piedad, que se detuvieran, que le arrojaran una cuerda, un silicio de penitencia con el que se flagelaría el cuerpo, su cuerpo enfermo y traicionado que no había sabido huir de la tentación!.... El claustro se alejaba, no quería detenerse, nadie a su bordo le devolvía las señas, ni le gritaba que esperara, que resistiera, que ya retrocedían para salvarla y recogerla!.... Sor Noeline había caído sin ser vista, como recordaba haber sabido, en su travesía de Europa a América, de la caída de un marinero, en plena noche y en pleno océano.... y ahora, recordaba también que el transatlántico continuó su viaje, sin volver atrás, ocultando el siniestro a los pasajeros el resto de los tripulantes, para que no reflexionen en lo fácil que es caerse del mejor de los buques, y en que una vez caído alguien, —como no han de detenerse los más por los menos,— es también infalible morir, ahogarse en el implacable desierto movedizo!.... El claustro se alejaba; nunca podría de nuevo ampararla en su seno; los que caen se manchan, y él no admite sino lo inmaculado; pero sor Noeline repugnaba su personal perdición, no quería, Dios Santo, no que-

ría perderse ni ahogarse.... Y desde el canapé de la sala de Chinto, veía la escena: las madres, o sea los tripulantes, ocultando la catástrofe; las niñas, o sea los pasajeros, ignorándola, y el convento avanzando en rumbo fijo al puerto de salvación! Por su ansia secreta de auxilio, y por la fuerza de la costumbre, sor Noeline se puso a orar sin que por eso se le borrara el cuadro; oró mucho, más tal vez que en sus otras mañanas del colegio, oró con gran fervor, y el alivio que había menester, tardábase.... El claustro se alejaba!.... En cambio, al volver el rostro, vió que se acercaba Rafael, adorándola con la mirada, adorándola con la actitud.... Y el claustro iba ya lejos, muy lejos; y Rafael hallábase ya cerca, muy cerca, arrodillado a sus pies, al igual de la víspera; suplicante y humilde, al igual de la ocasión primera en que se le apareció en sueños!

—¿Descansó usted anoche? ¿cómo se siente?

—Sí, descansé algo, me siento mejor, bastante mejor.

Hablaban a la manera de dos amigos, con voz reposada y suave, sin la menor alusión a lo que, sin embargo, preocupaba a entrambos única y principalmente. Diríase, al verlos, que nada extraordinario mediaba entre ellos, que eran hermanos muy cariñosos, con su conciencia en calma y sus movimientos y discursos, naturales e inofensivos. Sólo de tiempo en tiempo, los ojos de Rafael buscaban a los de sor Noeline, y aunque no siempre los hallase, por el buen cuidado que ella ponía en desviar los suyos, cuando por excepción se encontraban, Dios sabe lo que unos pedirían, lo que prometerían los otros, ello es que sor Noeline y Rafael suspendían su plática de amigos, su fraternal parloteo; que por un segundo, permanecían graves y como entriste-

cidos; que a sor Noeline se le empurpuraba el rostro y a Rafael le temblaba la barba. Dominábanse, empero, y era tan manifiesto su mutuo empeño por convencerse de que, de veras, necesitaban de esa tácita y corta tregua, que los dos aparentaban creerse y reanudaban su charla incolora e insípida. A propósito del desayuno, que Rafael recibió en la puerta, de manos de la criada, lo mismo que en la noche anterior, sí hubo que entrar en materia, que definir un poco las situaciones respectivas.

—Si usted no dispone cosa distinta, sor Noeline, procederemos hoy a la instalación de usted en esta casa; esta tarde quedará usted de dueña, le buscaré a usted sirvientas, una modista que tome sus medidas para....

Levantó sor Noeline una de sus manos, con lo que se entibiaron los entusiasmos de Rafael, que comprendió a maravilla lo que el mudo ademán significaba: una espera. Luego arreglarían aquellos pormenores, no tan pronto; por lo que él cambió en seguida de senda:

—¿Consiente usted en que me desayune yo aquí, a su lado, sin molestarla?—le preguntó rendidamente, al alargarle una taza de café.

Y la naturaleza, que se burla de rubores y remordimientos, de todos nuestros tiquis miquis sentimentales e imaginativos, los obligó a desayunar de bonísima gana, con el hermoso apetito de la juventud, por más que fingieran no precipitarse, ir poco a poco, cual si únicamente cumplieran con un deber de conservación. Al concluir, Rafael, con sus torpezas de novicio camarero, casi suelta las tazas y los platos, debido a lo que dibujó una mueca espontánea y cómica que hizo reir a sor Noeline, con fugitiva y harmoniosa risa, ante cuyo eco le volvió su

melancólica seriedad, arrepintiéndose de haber reído sin motivo justificado, y cuando, según sus ideas, sólo debía llorar, no tener más alegrías ni risas.

Rafael la oyó suspenso, dilatado el pecho por inmenso júbilo; era la primera vez que la escuchaba reir, y se detuvo a mirarla. Ya estaba seria y sin darle la cara. Aprovechó él el silencio, y recomenzó a delinear sus proyectos de existencia futura. Aquella casa pertenecía a un buen amigo suyo, padre de una preciosa señorita, y persona de juicio que, ignorando la verdadera causa, cedía a los ruegos de Rafael, y le prestaba su vivienda, con muebles y todo.

—Respetándola a usted, tanto como la respeto, después de lo de ayer, no sabía dónde llevarla, que fuese un lugar digno y adecuado. Por fortuna, pensé en este amigo y en esta casa, que es decente y es honorable, y a la que no vendrán a importunar a usted. Yo voy a salir al arreglo de diversos asuntos, que juzgo indispensables para usted; pero en cuanto los arregle, ya me tiene usted de vuelta, atendiéndola y sirviéndola. Mientras yo esté fuera, nadie entrará.

Salió en efecto, con Chinto, a terminar una porción de cosas esenciales, entre otras, ajuste de dos criadas, necesarísimas para el servicio, y que ignoraran lo que era sor Noeline y su procedencia. Desde luego, Chinto haría que a Adela se le extraviase una bata siquiera, a fin de que la monja se despojara de los hábitos, que delataban el pastel, y con su nueva vestimenta pudiese pasar por una señora como todas. Hallábase Rafael en una situación de ánimo completamente anormal; ora contento y locuaz, ora triste y pensativo, conforme sus escrúpulos de católico se adormecían, o a modo de rabioso avispe-

ro, le picoteaban la conciencia. Víctima de tales alternativas, despachó sus negocios urgentes; estuvo en su casa, a hablar con Manuela; telegrafió a su administrador, anunciándole el arribo inmediato de Chinto y familia; dió a éste dinero, y en una "Agencia de Colocaciones," consiguió cocinera y camarera para la propia tarde, con magníficas recomendaciones, que pagó con exceso. A Manuela le dijo, además, que no lo esperara, que se iba a la hacienda.

—Y mañana, que es domingo ¿quién va a ver a la Nona?—proguntó la vieja sirvienta.

—Pues es verdad,—repuso Rafael desmoralizado—usted vaya de todos modos, Manuela, vaya temprano y llévele los dulces que le gustan, los *tutti frutti*, de "El Globo," ya sabe usted. Si yo no me he marchado, iré también, por la tarde.

Regresaron a la casita de Bucareli, muy poco antes del medio día, con tiempo apenas de que Chinto y los suyos comieran. Despidiéronse en la puerta de la calle, con estrecho abrazo, como si no debieran verse más. Chinto se introdujo por el patio, previa oferta de enviarles con la maritornes de la noche anterior, algo de *bucólica*. Rafael, sin llamar en la vidriera, la abrió y se metió en la sala. Sor Noeline, otra vez con las tocas puestas, lo recibió con un destello de alegría en sus ojos enrojecidos; y Rafael, perdiendo parte de sus ímpetus, por hallársela de monja, se limitó a estrecharle una mano con las dos suyas:

—¿Por qué ha llorado usted, sor Noeline?—(*las endiantradas tocas lo forzaron a no decirle Noeline a secas*)—¿se siente usted peor?

Ella dijo que no. De salud, sentíase mejoradísima, pero, no sabía, la soledad sin duda, habíala sitiado

con muchas tristezas, y la había acobardado; el convento, el convento con sus espejismos de cosa perdida y muerta, la atormentaba:

—Tengo miedo al castigo, me considero muy culpable.... yo querría, yo querría algo así....—y logró mal explicar lo que quería, quizá que pudiesen conciliarse su abandono del monasterio y un divino perdón; quizá hablar una vez más con el encargado de concederle ese perdón, fray Paulino, el que había diagnosticado su dolencia por su verdadero nombre, y retirádole, implacable, el pan eucarístico que nos purifica y aproxima a nuestro Creador.... Concluyó, declarando con hechicero candor de sér humano que en muchos años no ha practicado la mentira:

—Junto a usted, aunque me da vergüenza, me siento con menos congojas, menos desamparada!...

Frente a declaración semejante, que en cualesquiera otras condiciones habría determinado en Rafael un fogoso transporte, no le proporcionó ahora más que consuelos facticios, que sonaban hueco:

—¿Por qué han de castigarnos?..... No lo crea usted, sor Noeline. Somos culpables (*no se resolvía a ser culpable solo*) no lo niego, mas lo somos hasta cierto punto.... convénzase usted de que la culpable es una serie de casualidades.... ¿acaso usted habría consentido en salirse del colegio?.... ¿acaso yo me habría atrevido a sacarla a usted, o a proponérselo, si no hubiese sucedido lo que sucedió?.... ¿no?..... pues entonces, ya ve usted que nuestra culpa, en el supuesto de existir, es pequeñita y perdonable.... No puede usted volver al convento, es cierto, pero aquí ¿en qué peca usted?

A no mediar la circunstancia de que sor Noeline no le quitaba la vista, en tanto que él iba ensartando

sus cobardías de espíritu ignorante que se considera reo de sacrilegio, Rafael continúa y termina por prometer la separación o la penitencia; pero de ver aquellos ojos, empapándose confiadamente en los suyos, el enamorado reapareció, y escrúpulos y remordimientos arrollados por formidable empuje del deseo, huyeron despavoridos, y Rafael se aproximó a sor Noeline, fascinado, dando de barato el incierto castigo, palpitante de pasión y de anhelos:

—Sobre todo ¿qué sabemos si Dios no nos perdonará, si no nos ha perdonado ya?.... ¿en qué lo ofendemos, es decir, en qué lo ofendo yo, idolatrándola a usted, si aun cuando yo me opusiera, mi corazón me manda idolatrarla?.... ¿qué puedo hacer?....

Para disimular sor Noeline el rubor que discursos tales le comunicaban, escondía el rostro, mas sin pedirle a Rafael que callase, escuchándolo con secreta complacencia que ni a sí propia se confesaba. Momento a momento, establecíase mayor confianza entre ellos; no alteraban su lenguaje púdico, no se permitía Rafael libertad ninguna, y no obstante, sentían los dos que la confianza venía y los enlazaba, allí, a solas, sin testigos,—como se calculaban que vivirían en lo de adelante. Por eso, al recibir la comida enviada por Chinto, ya no hubo solicitudes de permisos; comieron juntos, lado a lado, en la diminuta mesita de centro, después de que la descombraron de lámpara y chucherías; encontrando lógico, en el fondo, y por mucho que no se lo revelaran, aquella intimidad naciente y por naciente encogida, sin contactos todavía, sin tuteos, pero ya con sonrisas, con tímidos y fugaces diálogos de miradas que se entienden. De los interiores de la vivienda, llega-

ba hasta ellos confuso rumor de partida, carrerear de personas, crujir de muebles que se abren y cierran, rodar de baúles y jadear de mozos de cuerda que aprietan y levantan bultos. Luego, vieron al través de las cortinillas del balcón, el arribo de un coche que en el zaguán de la casa se detuvo; oyeron más ruido, un portazo, dos recomendaciones a la mujer del portero, a propósito de un canario. Instantes después, arrancó el coche y enmudeció la vivienda; Chinto cumplía su promesa, se iba.

En cuanto terminaron la comida, Rafael se levantó a probar si la puerta de comunicación estaba sin pestillo, cedió en el acto:

–Aquí le muestro a usted, sor Noeline, su nueva habitación, –exclamó señalando con el brazo extendido a la fila de cuartos que de la sala se columbraban, – vea usted si es de su agrado; tome posesión de ella; la guiaré a usted, aunque yo no la conozca tampoco.

Resultó un entretenimiento la toma de posesión de la vivienda, que recorrieron íntegra en cinco minutos, por lo reducida que era. Atrás de la sala, el dormitorio de Chinto; luego, el de Adela; en seguida el comedor, y a lo último, amontonado todo, cocina, cuarto de sirvientes y un patiecito, del tamaño de un pañuelo, con bomba y lavadero. Hacendosa como buena muchacha pobre debía de ser Adela, pues no obstante que con motivo del viaje inesperado notábase desorden en la casa, ésta relucía de limpia, cada cosa estaba donde estar debía, y en las habitaciones todas, respirábase simétrica paz. Por supuesto, que era lo más coqueto el dormitorio de la niña, y no porque sus muebles fuesen de lujo, ni los muros se hallasen tapizados de tela, ni la alfombra fuera belga o de alta lana, no señor, sino porque la angosta

cama de latón, con colchas, fundas y rodapiés que albeaban; su mosquitero de punto, recogido en la cabecera con nudos de raso, a manera de colgadura; su lámpara blanca pendiente del techo, y sin otro adorno que una muñequita de porcelana sentada en un columpio, suspendidos los cordones de la argolla posterior,—un obsequio gratis de la "Droguería de la Profesa;" su mesa de noche, con tohalla tejida de gancho; su Purísima en escultura, con microscópica pila para agua bendita, que colgaba en una pared, todo, todo, hasta una máquina de coser cerrada, de claro nogal y con su marca en fondo obscuro: "*New Home*," todo hacía pensar en una moradora juiciosa, de pocos años y probablemente bonita. El orgullo del dormitorio, lo representaban el tocador con sus mármoles y el ropero a la americana, chapeados, de biseladas lunas, publicando a gritos su origen, algún montepío de un compatriota del Cid. Las dos lunas, fueron causa de un movimiento de huída de la parte de sor Noeline, que no contaba con verse reproducida en su traje talar. Refugióse en la sala, mientras Rafael buscaba la bata de Adela, que al fin halló, muy doblada y limpia, encima de una silla baja, de costura, y que él puso de manifiesto sobre la cama, alcanzando luego a la religiosa.

—¿Le agrada a usted el palacio?—le dijo en broma. Y al notar su abatimiento, agregó:—¿Está usted enferma? ¿No cambia usted de ropas?

Lo que estaba era medio loca. El claustro, de que se hallaba saturada, la obsesionaba nuevamente; su burdo traje talar, reproducido en los espejos, habíale hablado del santo asilo que la repudiaba, al que no tornaría y que se vengaba arrojándole remordimientos, con la polvareda que levantaba en su precipitado correr de bruto de piedra, ansioso de poner

mucha tierra entre la fugitiva y él; ansioso de huir de ella que, ahora, por él suspiraba, a pesar de sus rigores y rigideces. De ahí, que la ocasión elegida por Rafael para formular su propuesta, no hubiese podido ser más inoportuna. ¡Jamás se despojaría de su hábito!... No y mil veces no; ya era bastante malo seguir viviendo, para añadir desacato tamaño.... Y acurrucada en un rincón del sofá, guardaba una actitud de defensa hacia las bastas telas, que tanto le significaban, ni más ni menos que si Rafael fuese capaz de desgarrárselas.

—Será lo que usted disponga, —murmuró Rafael, apenado, —yo lo decía porque no me parecía prudente que las criadas, que no han de tardar en presentársenos, la sorprendieran a usted vestida así... No se me figuraba censurable que se pusiera usted, por ejemplo, un traje de la hija de mi amigo, y que se quitara las tocas.... si no, habrá que guardarla a usted escondida de la misma camarera, y eso es imposible, compréndalo usted, sor Noeline.

La monja resistíase sin razonar, adivinando que sus vestiduras le simbolizaban el último reducto, por diferenciarla de las demás mujeres, y la mantenían sagrada e inviolable para aquel hombre adueñado de ella.

Nó, nó, sus hábitos nó; los conservaría mientras la cubrieran; no sería ella quien los desechase, como el convento la desechaba.... Y a renglón seguido, los remordimientos volvieron a acometerla:

—Estamos cometiendo un gran pecado, un pecado mortal, M. Bello. ¿Por qué agravarlo más nosotros mismos?....

Rafael desfalleció en el acto, en una de las tantas alternativas que venían envenenándole el ansiado fruto prohibido, desde antes de gustarlo. Por la

millonésima ocasión, sus supersticiones se le paraban por delante y le pedían cuenta de su delito. Renunció a la carga; sus bríos cayeron de un golpe, y los castigos eternos, los que desde niño lo aterraron, surgían de la tentadora belleza de la religiosa, del reprobado y diabólico apetito de condenarse con ella. En sincera crisis de miedo, escapósele de los labios una profesión de fe vulgar y tardía. Él también era católico, tanto como ella, tanto como el que más.... no practicaba lo que practicar debía, porque los hombres de su clase eran por el estilo, tibios en la práctica, olvidadizos, pero en el fondo, fervientes, muy fervientes.... Lamentaba lo ocurrido, porque también él estaba seguro de ser castigado, mas ¿cómo remediarlo?

—Si usted le halla salida, sor Noeline, démela usted y los dos saldremos por ella, y obtendremos nuestro perdón.... todavía es tiempo de que nos perdonen.... ¿qué hemos hecho?....

Buscaban la salida uno y otro, a distancia, cual repentinamente se distanciaban, por calcularse así menos en peligro. Buscándola se hallaban, cuando la salita, huérfana de sol y de crepúsculo, principió a obscurecerse.

En las piezas restantes de la vivienda, la fila de cuartos interiores, las sombras, que eran más, les aumentaban sus dimensiones, su lobreguez, y deformaban muebles y objetos. Rafael púsose a encender la lámpara de la sala, primero, la del comedor después, y en cada uno de los dormitorios, su bujía respectiva. Al propio tiempo, cerró las maderas del balcón y las de las vidrieras que al corredor caían. Regresó a la sala, y no obstante que las maderas cerradas los aislaba del resto de los vivientes; no obstante que la figura de sor Noeline lo enardecía;

no obstante que la monja no experimentaba repugnancias por Rafael, continuaban ambos en su embarazoso mutismo, no franqueaban el corto espacio que los separaba. La idea teológica, hondamente arraigada en sor Noeline, a causa de su profesión, atenaceaba a Rafael por las nociones de religiosidad nebulosa en que su espíritu se había nutrido desde pequeño, y los conservaba mutuamente alejados; él, temblando de miedos y deseos; ella, con incertidumbres y arrepentimientos. Cual si en realidad abriérase en medio de ellos la llameante boca del infierno, anunciado por los exaltados profetas vengadores, permanecían distantes el uno del otro, víctimas de insoportable malestar que físicamente los agobiaba, como si realizaran un gran esfuerzo muscular con sólo resistir a los pavores y tentaciones. A veces, el rubor coloreaba la cara de sor Noeline sin que Rafael le dirigiera la palabra, o bien a éste le palpitaba el corazón, se le secaba la garganta y se ponía de pie, daba unos cuantos pasos y retornaba al mismo sitio, el extremo opuesto del sofá que ocupaba sor Noeline. En los ratos de lucidez que de cuando en cuando le sobrevenían, se reñía mentalmente, su papel no era ése, siendo el hombre él debía de tomar la iniciativa, desterrar los pensamientos místicos que lo paralizaban, desvanecer la pusilanimidad de sor Noeline, con caricias y protestas de que el amor es santo; debía asediarla, ganársela ¿no palpaba que la pobrecita no podía ni sabía defenderse, y que quizá ni querría hacerlo? Con estas voces internas sentía latigazos de lujuria, necesidades de abrir los brazos y de ofrecer en ellos cálida prisión de idolatría a la desvalida religiosa. Y tosía, se arrimaba a ella, pero ella entonces, cual si la previniera del peligro algún fenómeno telepá-

tico, clavaba su límpido mirar en su seductor, y Rafael prescindía del ataque, quedábase pegado al respaldo del sofá, balanceando las piernas cruzadas, y charlando de vulgaridades indiferentes. Decididamente, el hábito monjil de sor Noeline era una coraza encantada.

Corrían las horas, y como las criadas no llegasen ocurrióle a Rafael, por hacer algo que los sacase de la falsa situación, mandar a la portera en busca de provisiones que no requirieran, para comerlas, de aderezo previo.

Apoyado en el barandal del corredor, aguardaba el regreso de la mujer, y, al propio tiempo, reflexionaba cabizbajo acerca de su caso. Continuar tal y cómo estaban sor Noeline y él, no podía ser; en hora buena que el recuerdo de su falta,—pues falta era y mayúscula la que tenía cometida, —los mortificara, pero ¡caramba! no tanto; para más que mortificarse estaban juntos, así *después*, el arrepentimiento rayara en delirio y los aniquilara lenta y cruelmente. Reconocía, sin embargo, que sor Noeline, inerme y débil, quedábale a millones de leguas, —como le quedaría la imagen de una santa que se desprendiera de su nicho en alguna iglesia, conformándose a vivir con él bajo condición de que no la había de tocar. Igual con sor Noeline; no la tocaba, por imposibilidad física que le ataba las manos y le calmaba ardores; por infantil respeto de no profanar una cosa sagrada; por supersticioso terror de poner las mismas manos encima de una persona, que casi no es de este mundo ni pertenece a los hombres. Sentíase al par, más y más cautivo de los hechizos de sor Noeline, avasallado por ella, con hambre infinita de probar sus besos y acariciar su carne y embriagarse con su aliento.... ¿cómo allanar obstáculos?

¿por qué recurso maravilloso no renunciar a ella ni tampoco con ella condenarse?....

Espontáneamente se le presentó el recurso, claro y sencillo. No tenía más que esperar a que concluyese su compromiso con el claustro, los meses o años que faltaran para la renovación de votos; los que no se renovarían, sino que se echarían a un lado para contraer unos nuevos, los votos del amor, que perduran más que los religiosos. Eso era; y en reconquistando su libertad, podrían quererse ante el mundo todo, sin rubores, sin amarguras, pública y honradamente. Lo duro sería la época de espera, que se les figuraría interminable, mas ¡qué importaba! sor Noeline era joven, él, Rafael, no era un viejo, y al cabo de los meses o años que se necesitaran, ellos resurgirían a la luz, hasta podrían casarse ¿por qué no? casarse, sí, —se argumentó en su soliloquio, como si lo del matrimonio se asemejara a una insanidad, —y probar en el Alto Tribunal en que nada nos es dado ocultar a los mortales, probar con la palpitante historia de su pasión refrenada, un triunfo extraordinario, el mejor de los arrepentimientos; ofrecer su mutuo sacrificio, en justo y voluntario castigo por la enorme falta cometida en momentos de flaqueza que no habían podido vencer.

Contentísimo con su hallazgo, permaneció Rafael en el corredor hasta que la portera no volvió con las provisiones; y cargado con éstas y con su remedio recién descubierto, se presentó en la salita. Preparó en persona la mesa, acercó las sillas e invitó a sor Noeline. También la frugal cena, la despacharon concienzudamente; la juventud de sor Noeline y la vigorosa corpulencia de Rafael, de fijo que no participaban, ni por asomos, de las exquisiteces de sensibilidad enfermiza y de la agonía moral de sus

dueños, —si ha de juzgarse por la gana con que engulleron bocado tras bocado, en perfecto funcionamiento de la materia. Y en las expansiones que consigo trae cualquier sobremesa, charlaron, para darse ánimo, de boberías, siendo tema principalísimo la no comparecencia de las sirvientas; y tema secundario, por lo ligeramente escabroso que les resultaba, la cuestión del descanso ¿dónde dormiría cada cual?....

—Pues, sor Noeline, — prorrumpió Rafael de súbito, con bastante aplomo y permitiéndose encender un cigarrillo, así que la religiosa le hubo concedido su venia con una inclinación de cabeza, — estamos salvados!

Ante la extrañeza de la monja, Rafael desenvolvió su plan, toda su imaginada y paciente espera queriéndose mucho, sin separarse y sin una sola mancha; un período de amor ideal, juntos siempre y siempre a distancia, preparándose un futuro de delicias con el sacrificio que, no ella, sino él, se imponía voluntariamente.

—De este modo, — continuó, —desaparecerán las inquietudes y congojas de usted; yo me tranquilizaré también, y ya que por desgracia nos hallamos en pecado por lo que hemos cometido contra la ley de la Iglesia, la propia espera servirá de depurativo, de desagravio, y mañana, dentro de un año, cuando seamos absueltos por un sacerdote, pero absueltos de verdad, con conocimiento pleno de nuestra causa, yo podré publicar que la quiero a usted, que la adoro; podré hacerla mi esposa (*esto lo dijo titubeante y agachando la cara*), y no separarnos más.... digo, si usted me acepta y consiente, si al fin se digna quererme un poquito, lo suficiente para que yo me muera de ventura....

Según lo que sor Noeline aprobaba el plan con sus gestos, de perlas debía parecerle; en efecto, esperando y esperando, sin extralimitarse, el problema se simplificaba, desaparecían los inconvenientes de trascendencia; entreveíase, allá, a distancia, un horizonte de paz, un ancho campo de felicidad y de ensueño.

—¿Le falta a usted mucho, sor Noeline?—inquirió Rafael.

—Me faltan diez meses y medio!—repuso ella.

—¿Y qué son diez meses y medio?—siguió Rafael, exaltado.—Mientras más prolongada sea la lucha, será más meritoria. Que yo logre conquistarla a usted durante ese tiempo, y lo demás importa poco. Quiérame usted, sor Noeline, decídase usted a quererme, y ya verá usted, seremos tan dichosos....

Creyendo Rafael arreglado su conflicto de conciencia, su complicación de creyente, adelantaba la felicidad, colocaba en el regazo de la religiosa mundos de bienaventuranza, capaces de destruirlos a él y a ella en deliquios de compartido afecto....

Debía ser muy tarde; la calle y la casa no daban señales de vida, descansaban sin duda. Fué preciso ocuparse en el descanso de ellos,—que bien lo necesitaban,— fué preciso determinar cómo dormirían.

—Usted en el cuarto de Adela; yo, en el de Chinto, para cuidar de usted, para velar por su reposo.... y si mañana lo encuentra usted cuerdo, se vestirá con los vestidos de ella, en tanto que a usted le hacen los suyos, los que ha de llevar el día en que se decida a dejar los hábitos.

Se levantaron, sor Noeline precediendo a Rafael, que conducía la lámpara. En la alcoba de Adela, él encendió la bujía, dió las buenas noches y cerró la

puerta intermedia, —como en prenda de sus respetos a la que no quería entregarse todavía.

Del dormitorio que sor Noeline habitaba por primera vez aquella noche, no salió el menor ruido, el más leve rumor, cual si sor Noeline no se hubiese desnudado ni movido, o cual si sus movimientos fuesen tan delicados, que no produjeran sonidos.

En cuanto Rafael se vió solo, riñóse por su flojedad. ¿Quién sabía si por sus pueriles temores había dejado escapar la dicha? A la colegial, pegó sus ojos a la diminuta cerradura, y temblando al mismo tiempo por hondas ansias de deseo y por cobardías de fanático, en lugar de atreverse a abrir la mampara y adueñarse de aquella mujer, quizá desnuda ya, quizá aguardándolo, osó rezar una oración sensual e impura:

—¡Dame fuerzas, Señor, dame fuerzas para esperar y para que sor Noeline sea mía!....

V

Después de un agitado sueño, sor Noeline despertó muy de mañana, cuando en las rendijas de la puerta al corredor apenas se dibujaban rayas de luz pálida. Y lo que siempre ocurre al despertar, que un entorpecimiento cerebral nos vele la realidad de los últimos sucesos y nos haga suponernos como antes, ocurrióle también a la monja. Pero en cuanto reconquistó el sentido de lo real, que fué pronto, vió las cosas cual debía verlas; el convento, entre brumas, fuera de su alcance, y ella, en rara situación, acostada a dos pasos de un hombre que no era nada suyo, que la escondía celosa y prudentemente, que le juraba mil promesas, que le ofrecía una existencia deliciosa en compensación, quizá, de la que le había arrebatado sin ella consentirlo. Aquel hombre, por el lugar inmenso que súbitamente venía a ocupar en su propia vida, por el modo sumiso y cariñoso con que la trataba, bien presentía sor Noeline que ya no había de olvidarlo, que por artes incomprensibles le pertenecía, a quien amaba, según el competente diagnóstico de fray Paulino; ella, una religiosa, lo amaba con terrenal y prohibido amor. Esta palabra "amor," que sor Noeline se repetía en la imaginación, no la asustaba ya, encon-

trábale dulces resonancias de orquesta lejana, y, a la vez que la estremecía con vibraciones extrañas que le recorrían su cuerpo todo, poniéndola grave frente al fenómeno misterioso, prometíale ignorados premios extrahumanos e intensísimos. Aguijoneábala, además, una muy femenina curiosidad que nunca se le había manifestado, por conocer ese mismo amor de que en el monasterio maldecían, y que llegaba a ella sin que lo solicitara, escalando las altas tapias del huerto, venciendo las vestiduras místicas, burlando la vigilancia monástica tan excesiva y perfecta, substrayéndose a la eficacia de las oraciones inventadas y rezadas en su contra, para instalarse por final en un corazón ignorante y puro, como el de sor Noeline, y en él instalado, borrar remordimientos y convertirse en huésped grato, que con su solo hospedaje nos colma de mercedes. Lógicamente, sor Noeline demarcaba responsabilidades y culpas; no era culpable, sino de no arrepentirse lo bastante por su fuga del claustro; pero culpable de amar ¿por qué?.... Para purificar ese fondo culpable, contaba en secreto con la misericordia divina, que de tanto oirla y de necesitarla tanto, de veras la creemos flotando con paciencia infinita a nuestro alrededor y a nuestra disposición, siempre que nos sabemos criminales y en pecado.

De tal suerte, que el remedio hallado la víspera por Rafael, aquella espera de diez meses y medio, sacrificándose ambos, ella y él, sin provocar castigos mayores ni aumentar la calidad del desliz consumado, también tranquilizaba a sor Noeline, también le permitía abandonarse al naciente y poderoso cariño que nutría por Rafael. Alejado el peligro, confesábase por vez primera, que en efecto lo amaba; y esta confesión, en lugar de acongojarla, hízola

sentirse demasiado bien quizá, con ráfagas muy internas y muy agradables, de júbilo, que se traducía en frío nervioso, en contracciones en la garganta, que originaban un sonido gutural y sofocado, y que tanto podía ser principio de llanto como final de risa; con calor en las mejillas, palpitaciones en el corazón y ganas de no moverse, de permanecer quietecita en algún sitio, —como cuando sabemos que en broma van a asustarnos en una obscura estancia, y retardamos el momento de nuestra entrada en ella, por prolongarnos ese estado en que ni nuestro mismo ánimo sabría a las claras si sufre o goza. Esperar, esperar diez meses; he ahí lo único que debían hacer, y después.... ¿después?.... La mujer que se hallaba dentro de la monja, adivinó para después la solución del gran problema, con dolores y placeres, sin determinar qué abundaría más en la nebulosa aquella a la que se dirigía ciegamente, de la mano de un hombre desconocido.

Aunque era bastante temprano todavía, principiaron a barrer el patio, alternando el estridente rasguñar de la escoba con las toses de la barrendera. Luego, se oyó abrir y cerrar de puertas en las demás viviendas, de las que sin duda saldrían las criadas a la compra, escuchábase cómo interrumpían su trote menudo, para saludar a la portera; percibíanse las voces, no las palabras, y en seguida se distinguía claramente el alejamiento, volvía la escoba a rasguñar el piso de las losas del patio. Sor Noeline se incorporó, mas fué tan brusco el movimiento al sentarse en el borde de la cama, que a pesar de la escasa claridad de la alcoba, vió reflejada una de sus piernas desnudas en la luna del ropero. Cubriósela en el acto, cerrando los ojos cual si se le apareciese el Malo; cubriósela con las ropas

mismas de la cama, y precaviéndose del espejo como de un rufián que la atisbara a mansalva, dió comienzo al lavado del rostro y manos,—el sólo permitido en el convento. Ya lavada, cogió las tocas con objeto de colocárselas en la cabeza, sin consultar espejos, que el claustro no los consiente,—y de pronto, dejólas caer, quedándose con los brazos inertes, como si no pudiese soportar su peso. Sin abrir las maderas, semi oculta en el rincón más sombrío, trocó sus hábitos por la bata de Adela, la que si no le quedó a la medida, tampoco le afeaba ni molestaba; ligeramente estrecha del seno, un poquito holgada de talle, y más bien zancona que larga; pero no le estaba mal, ni con mucho, podía conservarla y hasta creerse que para ella fué cortada hacía algún tiempo. Por unos instantes, no extrañó el nuevo traje, al contrario; caminó unos pasos con cierta desenvoltura, y sonriendo inconscientemente de la cara que pondría Rafael al verla. Sin percatarse de ello, ya lo asociaba a su vida!

Dios sabe cómo, al volverse a mirar las ondulaciones ruidosas de la almidonada cola de la bata, miró también, sobre la alfombra, el informe montón de sus hábitos miserables, que yacían trágicamente, extendidas las mangas, vueltos hacia fuera los zurcidos forros de la falda; a modo de persona muerta por repentino ataque que no le permite ni caer con alguna compostura; a modo de edificio ruinoso, que se viene abajo sin esperanza de levantarse.... y comprendió que esos trapos equivalían a su historia ignorada de monja virtuosa; que consigo se llevarían purezas y ensueños castos, sus anhelos de virgen; que equivalían a todo su pasado modesto de mujer olvidada de serlo, para no ocuparse sino en asear y levantar el espíritu, más alto, más

alto, hasta las regiones serenas en que la carne no cuenta, y desde las que hemos de contemplar nuestros instintos materiales, perversidades y torceduras innatas y sin alivio, con el mismo compasivo interés con que sor Noeline contemplaba en la habitación medio iluminada, aquel montón informe de sus hábitos miserables, que yacían sobre la alfombra, trágicamente! ....

No se bajó a ellos, tampoco se felicitó de no portarlos más; con infantil simplicidad, por lo sincera, e imponente por lo inevitable, siempre mirándolos separóse de ellos fatalmente, sin titubear, muy poco a poco. Comenzaba una prodigiosa y naturalísima metamorfosis, sin humano poder que la atajara; la inmóvil crisálida, tornábase en alada mariposa que volaría hasta quemarse, pero que mientras se quemaba, y sabiendo que se encaminaba al fuego, volaba gozosa junto a él y volando se abrasaría en las llamas, víctima de la ley superior que la impulsaba, y a la que no se substraía ni era posible que se substrajera. Seguramente que si su elección hubiese podido prevalecer, se habría quedado en el claustro, de monja crisálida sin riesgos ni peligros, pero como una potencia despótica trocábala de súbito en mujer mariposa, y le daba alas, aunque deleznables suficientes para cernerse en el ideal y suponer que la flama asesina, era la dicha que deslumbra y desvanece, a ella se iba, sin saber que el polvo finísimo de sus alas o ilusiones de doncella, Rafael,—únicamente por ser hombre, – lo estrujaría entre los dedos, y más tarde lo dispersaría con el helado soplo del olvido o del hastío. Nada de eso sabía,—¿qué mariposa sabe que perecerá en la flama que la atrae? – y no sabiéndolo, a Rafael se encaminaba revoloteando primero a su redor, suponiéndo-

se eternamente joven, eternamente bella y eternamente triunfadora, y atribuyendo a esa gloriosa trinidad de eternidades, las ansias de Rafael por alcanzarla, por aprisionarla entre sus dedos trémulos y destructores de amante, llamados a desmenuzar sus alas ténues de mujer de antemano vencida, que por instinto y conveniencia, finge escapar e improvisa resistencias imaginarias, estando aprisionada ya y agradecida de su prisión.

Por lo pronto, sor Noeline vestida con la bata de Adela, y en cordial duelo por los hábitos amontonados en la alcoba, inservibles para su nueva existencia de mujer como todas, sor Noeline, se marchó al comedor, a la cocina y al patiecito.

¡Ah! la emoción ternísima que tales lugares le provocaron. En el comedor particularmente, por humilde y limpio, diríase que resucitaba con pequeñas variantes *su comedor suyo*, el de la casa de sus padres, el comedor de Burdeos donde empezó su idilio, en el que lloró la desgracia que de improviso destruyó sus sueños juveniles y le arrebató la ventura a que tenía derecho por ser muchacha y muchacha honesta. En un segundo, reconstruyó la última cena del comedor aquél,—¡ella también, a la manera de los que sufren y en imitación a Él que por nosotros vino a sufrir y morir, había tenido su última cena!—y vaya si la recordó, aun en sus más nimios pormenores. Su pobre padre, mirándolas, atónito desde el fondo imbécil de sus pupilas de incurable, arrellanado en un sillón rodante, a un lado de la mesa; su madre, la anciana ejemplar, hablándole de los conventos cual de viejos amigos, abultándoles cualidades y apartándoles defectos, empleando un ritornelo a cada fin de frase:

—"Ya verás, ya verás cuánto te agrada y cómo no has de querer salir de él, ya verás...."

Y en efecto, sor Noeline había visto el convento, y ya ahora, —¡el Cielo se lo tuviese en cuenta! — casi ni lamentaba que la hubiesen sacado de él. Recordaba, igualmente, que su madre, en un rapto de dolor la abrazó con melancólica efusión y le susurró al oído muchas recomendaciones buenas; recordaba, que hubo un momento en que su madre y ella lloraban tanto, y tan próxima la una a la otra, que nadie habría distinguido cuáles lágrimas eran de la madre y cuáles de la hija; recordaba, que la desconsolada señora le había pedido perdón o cosa semejante, algo muy solemne:

—"No ha de irte mal jamás.... la dote que te llevas, la forman mis bendiciones!...."

Eso le garantizó, sí, sor Noeline estaba segura de ello, aunque no de que las palabras fuesen iguales....

Y recordó, asimismo, que a su padre, el anciano valetudinario, se le humedecieron los ojos a un grado; que la esposa se los enjugó, como de cuando en cuando se los enjugaba desde que él no se valía a sí propio, pero que entonces el inválido, intentó pararse, realizando un esfuerzo de titán, quién sabe si por su imbecilidad, que en ocasiones lo exasperaba, o por escapar a la desgarradora escena muda, que no podía remediar....

Por suerte, junto con estos tétricos recuerdos, vinieron a sor Noeline los risueños y alegres: las fiestas de familia, los días memorables de su infancia, sus juegos con Honorato, los ramos de flores de su primera comunión, los santos de sus padres, los precoces y disimulados escarceos amatorios con su primo.... un tesoro de pequeñeces encantado-

ras, que resucitaban en el comedor de la hija de Chinto.

En la cocina estuvo unos minutos, porque le cogió el corazón verla sin fuego, sucio el bracero, con pucheros y trastos en desorden, con los hornillos llenos de ceniza. Sus calidades femeninas, protestaban por dentro, de aquel desbarajuste; aunque poco entendía de dirigir una casa, sentíase compelida a hacerlo, por razón de sexo y de inclinaciones; sentíase capaz; llamada a esas faenas, como a las adecuadas a su condición de mujer. Cercioróse de que no la veían, y tímidamente, por vía de ensayo, procedió a arreglar la cocina; lióse con cacharros y con el agua fría; remangóse los brazos, que pusieron al descubierto su blancura, y armada de un lienzo, de jabón y de estropajo, principió su obra. Conforme en ella adelantaba, alegrábasele el humor y redoblaba bríos, recreándose en el relucir que adquirían las ollas y cazuelas, según las bañaba el agua y las cubría el jabón de una espuma de color dudoso.

En las otras viviendas,—la frontera y las superiores,—escuchábanse ruidos análogos, de hogares que inauguran su complicado trabajo diario; escuchábanse también, carreras y gritos de niños reclamando el desayuno; diálogos a voces, entre amas y sirvientas; batir de chocolates; caer de agua en los vertederos, y luego, la fuga de ésta, gruñente y apresurada por desagües y cañerías; el estruendo de alguna palangana de metal, y el que metía un chico, aullando al emberrincharse; percibíanse evaporados aromas de café y almuerzos, y dominándolo todo, uno como coro de escobas que barrían pisos invisibles, en distintos tonos.

Concluyó sor Noeline su tarea, y muy satisfecha,

con mayor libertad de la que era presumible, volvió a penetrar en la alcoba en que había dormido; llegóse a la puerta de comunicación, y pegando a ella el oído, se convenció de que Rafael dormía aún. Se instaló en el comedor, mirando distraídamente al patio y al zaguán. En estas, aparecieron las dos criadas solicitadas por Rafael en la agencia. En el cuarto del portero, informáronse de si ahí vivía la persona que necesitaba nuevo servicio, a lo que el sastre de viejo, contestó de mal talante:

—Vean en la vivienda del frente, en la que no comprendo lo que sucede....

El primer impulso de sor Noeline, fué ir a esconderse; se contuvo, sin embargo, y cuando las dos mujeres llamaron en el portón de reja, salió a abrirles y las recibió cual si de veras fuera el ama de la casa. Las dejó instalarse a sus anchas, escurriéndose ella a la salita, cuyas maderas abrió para admirar la calle. ¡Hacía tanto tiempo, pero tanto, que no veía una calle!.... ¡Qué diversa era de las de su país!.... No la interesaba, y para no aburrirse, dedicóse a sacudir los muebles, que no lo requerían. De buena gana habría abierto el piano y tocado la sola música que en el convento tocaba, música sagrada que la regocijaba o entristecía en las laboriosas mañanas del colegio, según que ella experimentara alegrías o murrias. Clavada junto al piano, la sorprendió Rafael, desde la puerta entreabierta, arrugando los ojos por el exceso de luz y sonriendo encantado de hallársela sin los hábitos y sin las tocas:

—¡Santísimo Dios! Noeline ¿es usted la misma?....

Y ni él ni ella pusieron reparos a que el tratamiento monástico de "sor," no fuese pronunciado; tal vez estaba allá, con los hábitos arrinconados en

el dormitorio. Noeline, hecha una grana, se volvió a Rafael, sin responder, y apoyó sus espaldas en el piano. Acercósele Rafael tendiéndole una mano, mientras con la otra conservaba recto el cuello de su *jaquette*. A Noeline, no le ofendió aquel trato irregular y confianzudo.

—¡Ay, Noeline! señorita Noeline, pero qué linda se ve usted con ese vestido—le espetó Rafael, sin contenerse, a tiempo que le tomaba la diestra y que Noeline, todavía más roja, la cabeza gacha, golpeaba con la punta de su pie el extremo de un matutino rayo de sol que hasta las patas del piano se estiraba. Como quien no quiere la cosa, retozándole el contento en la fisonomía, Rafael no soltó la mano de la religiosa, ni ésta atinaba a desprenderla, atrojada de que tan pronto la hubiesen visto así. Al cabo de un instante, sólo acertó a murmurar:

—Ahí están ya las criadas, esperándolo a usted en la cocina.

Largó Rafael sonora carcajada, de hombre complacido y dueño de una situación aparentemente difícil:

—¡Que me esperan a mí en la cocina, Noeline! ¿qué tengo yo que hacer en esos sitios?.... La esperan a usted, que aquí y en cualquiera parte nos manda a todos.... ¿no calcula usted que si yo me entendiera con ellas, echaríamos a perder nuestro asunto y nuestro escondite?.... Vaya usted y usted disponga, usted ordéneles lo que han de hacer y cómo han de atendernos....

Reflexionó que la monja no tendría dinero; corrió a su cuarto, sacó un billete de su cartera, que en persona fué a entregarle a las maritornes, encargándoles, por lo pronto, dos desayunos del café más cercano, y regresó a la sala:

—Ya puede usted mandarlas, señorita Noeline (*lo que es sin el hábito no volvía a llamarla "sor"*), en cuanto lleguen del primer mandado que ejecutan por nuestra cuenta.

Extraordinario hacíasele a Rafael el desparpajo con que había despertado; asimismo le asombraba que en unas cuantas horas, se desvanecieran los supersticiosos respetos que la monja le inspiró. Parte por la ausencia de hábito y parte por el solemne compromiso contraído de esperar entrambos juiciosamente, a que el término de los votos concluyese, ello fué que lejos de experimentar las zozobras de la víspera, la miraba ahora hasta con cierto descaro masculino, y bendecía a la bata, que, mucho más libertina que el tosco sayal, esbozaba con lascivias delicadísimas, curvas y contornos que prestaban a sor Noeline un aspecto completamente humano y hechicero.

Transcurrió la mañana sin más novedad; y cuando al medio día la camarera les anunció que la comida los esperaba, y ellos se lanzaron al comedor, muy juntitos, en actitud de matrimonio en paz y gracia de Dios, es lo cierto que iban un tanto turbados, cual temerosos de que el enredo se descubriese. Por bien parecer, simularon delante de la sirvienta que les servía la mesa, una familiaridad que estaban muy distantes de practicar; no se tutearon, eso nó, pero sí so pretexto de la conveniencia, se miraban a menudo y resistían sus mutuas miradas, riendo y atendiéndose. A veces, Rafael sentía vapores que le enturbiaban el cerebro, que lo empujaban sobre Noeline; y había menester de todos sus fanatismos de antaño contraídos, para que pudiera más la voluntad. Después del almuerzo, que a él por lo menos habíale sabido a gloria,

encendió su puro, casi descabeza una siesta; pues el hombre andaba en aquella casita y con aquella moradora, como el pez en el agua; contúvose por su fortuna, y se salió al corredor, diz que a examinar unos geranios.

—¿Por qué no va usted al colegio?—le preguntó sor Noeline sin darle la cara, que tenía muy interesada y fija en unos monogramas o jeroglíficos que con el tenedor labraba en los manteles,—también los domingos es permitido visitar a las alumnas.

Por mucho que Rafael se hallase al cabo de tal permiso, la verdad es que no se consideraba con la suficiente audacia de ir y encararse con la superiora, ocurriendo lo que ocurría.

—Usted pretende que nos delatemos, que yo mismo sea quien con mi turbación ponga a las madres en autos de....

—¿Por qué?....—insistió sor Noeline, con un candor en actitud y entonación, que Rafael, estupefacto, la contempló de hito en hito, con vaga aprensión de que se burlara de él.

—Pero ¿cómo por qué?—le repuso, deletreando las palabras a fin de que mejor las entendiera—¿cómo por qué, Noeline?....

Debido a su mansedumbre natural y a la costumbre adquirida en el claustro de no contrariar a nadie, abierta e insistentemente, sor Noeline rehuyó la respuesta; aunque a la legua veíase que era obra de compasiva urbanidad y no de convencimiento. Tan se veía así, que Rafael se quedó perplejo, reflexionando, como siempre que desconfiamos de haber dicho un disparate. ¿Qué lograba complaciendo a Noeline, y exceptuado por supuesto, el gusto que había de causarle visitar a la Nona? ¿qué se lograría?.... Humillábalo la idea de no acertar, de que

la mujer ante quien ambicionaba aparecer hombre excepcional, fuese a creerlo un cualquiera en inteligencia, un adocenado cuyo caletre requiere espuela y látigo para penetrarse de una indicación a medias. Durante unos minutos, llegó a suponer que Noeline apelaba a ese recurso indirecto, con objeto de provocar conversación a propósito del monasterio, que a lo lejos la influenciaba más que el mismo Rafael de cerca. Desechó el supuesto, por lo que ajaba sus vanidades de masculino habituado a triunfar en amorosas lides. Luego, el comportamiento de Noeline no presagiaba nada malo; uno más avisado que Rafael, habría visto que no se rehusaba, que lo único que hacía era defenderse y admitir una espera, al fin de la cual se entregaría... Rafael no aceptaba, y por no dar su brazo a torcer, dijo:

—Acláreme usted por qué me aconseja que vaya yo al colegio, y yo le diré, luego, si había adivinado...

—Pues por ahuyentar sospechas, se me figura a mí,—repuso Noeline sin disfrazar sus pensamientos ni lo más mínimo,—yendo usted de visita, y suponiendo que la madre o alguien malicie algo, todas las malicias se borrarían.

Y Noeline, después de este proyecto de refinado fingimiento para despistar a los que pudiesen ir tras la verdadera huella de los fugitivos, permaneció inocente y risueña, tranquila de conciencia, mirando plácidamente a su enamorado. Explicado el acertijo, y con esa franqueza y esa claridad y ese aquél, más que suficientes para preguntar si Noeline le tomaba el pelo o si su inocencia era de tal tamaño que le permitía la mayor enormidad con ese delicioso y casto desenfado, Rafael aprobó el proyecto, y en un segundo admiró las ventajas que consigo traía llevarlo a la práctica. Sin embargo, le repugnaba

dejar sola a Noeline, y al propio tiempo, le escocía manifestárselo a las derechas. Noeline declaró no ser cobarde, podía hasta velar a un muerto, de veras, ¿no la creía?

No es que Rafael no la creyese, era más grave la cosa. Creyéndola, experimentaba extraños miedos de perderla antes de que fuera suya; de que los de la autoridad entraran a sacarla por la fuerza, —sabedores sin duda de la fuga, —o los vecinos que de sólo verla un minuto se hubiesen prendado de ella, o cualquier otro, amigo o enemigo, conocido o desconocido, pariente o prójimo; temía cualquier cosa, una dolencia instantánea, un accidente que mata, la personalidad nefasta que parece continuamente apostada en los senderos de nuestra existencia, sin más misión que arrebatarnos la dicha cuando nosotros nos suponemos abrazados a ella, siquiera sea por un momento que nos recompense de lo que ya sufrimos y nos indemnice por lo que aun hemos de sufrir.

Pero frente a la serenidad de Noeline, Rafael se reanimó, prometió estar de vuelta lo antes posible, hizo un millar de recomendaciones y encargos, —el encierro absoluto muy especialmente,—y salió a la calle, que rebosaba de gente por ser domingo, y en consecuencia, día de toros y de pelotaris.

Coches, tranvías y grupos de transeuntes, venían de todas las direcciones de la ciudad, y encauzadas a partir de la plazoleta del "Caballito," llenaban la amplia calzada de Bucareli, a cuyo extremo y pared de por medio, se hallan la Plaza de Toros y el frontón "Jai Alai," dos diversiones a cual más favorecidas de propios y extraños. ¡Qué río pintoresco y exuberante el que formaba la inmensa cantidad de vehículos y de paseantes! En la límpida atmósfera de

aquel medio día de invierno, el primero en reir era el sol, y luego las personas, y luego las cosas. Por dondequiera escuchábanse carcajadas y conversaciones a voces, saludos a gritos, silbidos y fustazos de cocheros, cascabeleos de tranvías, llorar de chiquillos y relinchar de bestias. En dondequiera, se descubrían caras semi congestionadas por la especial comida del domingo, que, en la casa al par que en la fonda, todo el mundo aumenta con comestibles y bebidas, y todo el mundo le encuentra gusto mejor; se descubrían caras risueñas y complacientes; descubríanse, en los hombres, miradas sin recato que brutalmente posaban por igual en las señoras y en las mujeres, traicionando con ello los carnales apetitos que en el macho despierta la hembra; éstas, en tanto, excitadas por ese culto, por los mal comprimidos deseos que cual desesperado enjambre de moscas voraces las asediaban, pavoneábanse involuntariamente, lucían sus talles, recogíanse la falda para mostrar algo más que el pie, y para que el vestido, pegándose al cuerpo, delineara curvas y secretos; maniobra lo mismo ejecutada por las honestas que por las que no lo eran, lo mismo por las casadas que por las solteras; unas, por saber ya lo que el hombre pide cuando así las mira; las otras, porque vagamente se lo imaginan, y todas, por hábito de sexo, por fisiológica exigencia de provocar ese incendio, de azotar esa rabia, de sentirse en su papel de eternas triunfadoras.

Y el polvo que se entraba en la garganta; los acres olores de fritos y platos nacionales, que al aire libre preparaban soeces matronas, en anchas sartenes y bandejas negras, en cuyo fondo chillaba la manteca y la cebolla se torcía; los olores persistentes de las naranjas, que en altas pirámides a punto de de-

rrumbarse, simulaban de lejos una fortuna de lingotes de oro; el olor penetrante de los barriles del pulque con que se obsequiaban los obreros y sus familias, y que en hilos de lento caer le resbalaba al vendedor, de los dedos, al alargar los vasos colmados, y les resbalaba después a los compradores, de la boca húmeda y mal cerrada, que se enjugaban con el reverso de sus manos trigueñas y encallecidas; el conjunto íntegro, mareaba, predisponía al placer, al olvido de las amarguras de la semana muerta, y al de las incertidumbres de la semana que recién nacía.

En aquella borrachera de colores y sonidos, en aquellos encrespamientos de humanidad libre, parecía que las penas desparecían en los bajofondos de la tierra pisoteada y removida cien veces; parecía que nadie sufriera, que la vida fuese un festín, la naturaleza su aliada, y las gentes todas los absolutos dueños de entrambas.

Rafael, pegado al muro para resistir el oleaje, seguía con la vista el desenvolvimiento del cuadro magnífico; bullían dentro de él sus adormecidas costumbres de rico vicioso. Él también habría apetecido lanzarse a la fiesta, nunca dejar de ser un invitado, y un invitado de preferencia, que llega en carruaje y con los bolsillos bien repletos. De considerar que Noeline formaba parte de la fiesta; que era uno de los manjares más exquisitos, y no al alcance del primer advenedizo, lamentó no poder dominar sus escrúpulos de católico y no caer sobre ella a saciar el contrariado deseo que la monja le inspiraba. ¡Cómo envidió a la masa de felices que lo magullaba al pasar! ¡Cuánto habría dado por hacer él otro tanto con Noeline, sacarla del brazo a que el sol la acariciara, después de haber disfruta-

do en la alcoba misteriosa y apartada, de lo que probablemente habían disfrutado esos semejantes suyos que lo codeaban sin verlo, acompañados y absortos en la compañía misma de la mujer amada! Y él no se resolvía a intentar con Noeline el asalto final, el que arroja en nuestros brazos trémulos a la virgen herida, que, con juramentos y besos nos agradece haber dejado de serlo, y a cambio de esa virginidad que le arrancamos, nos promete la fidelidad inacabable, la que no existe; nos promete el hijo, que puede no nacer, y nos da lo que sí sentimos que es nuestro, mientras nuestros brazos permanecen cerrados, sus labios ardorosos y secos por el supremo espasmo!....

Él no se resolvía, y prefería esperar indefinidamente. De reconocerse impotente a pesar de su riqueza, continuó su camino, calle arriba, con mucho trabajo, sacudido por la corriente caudalosa del río de carne y hueso, en contra de cuyo curso iba él.

Pudo al fin arribar a los pies de la estatua ecuestre de Carlos IV, y ahí se detuvo a tomar aliento, a divisar melancólicamente cómo el humano río descendía a los toros y a los pelotaris, dos pretextos para distraer su empuje formidable, dos escalones en los que se detendría un rato, creyendo en la ventura, para luego salir y bregar, —pobre enfermo sin esperanza de alivio, —en las revueltas olas turbias de nuestro miserable y diario vivir.

Camino del convento, en más de una ocasión decidió volver grupas y no exponerse a la prueba porque iba a atravesar; hallábase deprimido a un grado, que de antemano declarábase sin fuerzas para arrostrar ni una mirada dubitativa de la superiora. Además, no estimaba respetuoso su proceder, esa especie de reto desvergonzado que lanzaba a la co-

munidad entera. No sólo la había dejado incompleta, hurtándole arteramente una de sus joyas más preciadas, sino que al delito reunía la burla, el sarcasmo, presentándoseles como un hombre recto y modelo de padres, por añadidura, que va en persona a enterarse de la salud de su vástago. ¿Para qué tal hipocresía? ¿No valdría más asumir la responsabilidad que por sus actos le correspondía, retirarse la careta y que saliera el sol por donde la gana le diese?.... Y en lugar de asirse a estos débiles restos de su honradez que sucumbía, sus miedos teológicos de condenarse y sus miedos carnales de no disfrutar de la monja, lo obligaron a seguir la ruta del convento, experimentando con la incesante lucha interna, un placer mayor, de lujurias mentales mezcladas a terrores de infierno.

Llamó con entereza a la puerta, fingiendo que se sonaba la nariz para medio taparse la cara con el pañuelo. Lo reconoció la hermana tornera; se hicieron su reverencia recíproca y muda, de ordenanza, y Rafael pasó a sentarse en el locutorio de la derecha. Escasos concurrentes, dos o tres grupos de niñas en el regazo materno, contando sus cuitas; del interior del colegio, ruidos más escasos todavía, desmayados, cual si hubiera poquísimas educandas en recreo, o éste se hubiese convertido en silencioso. De pronto, la pobre Nona, siempre mimosa y siempre tierna para con Rafael:

—¡Mi papacito lindo!.... Pero ¡qué milagro que vienes a visitarme en domingo!.... ¡qué gusto, te quedas hasta las siete!

Atrás de la Nona, la superiora, saludando con su acostumbrada corrección de modales y su impenetrabilidad de abadesa, que no puede comprometerse ni en el saludo. Ahora, sin embargo, llevó su defe-

rencia hasta platicar unos minutos con Rafael, una plática sin substancia ni miga, simplemente para patentizar al extraño, por si en sus oídos habían parado los rumores del extravío de una religiosa, que éstos eran calumniosos, y que en la santa casa,—a la que no conmueven ni pueden conmover los mundanos errores,—nada de anormal sucedía, ni la perturbaba nada en su alta misión de enseñar virtudes, despertar inteligencias y formar corazones virginales. A medida que Rafael, por particularísimos motivos, más se cercioraba de la comedia representada por la superiora, más se le aquietaban sus temores de un principio; y así fué que esmeró sus atenciones hacia ella, creciéndose en audacia y en aplomo, según la buena señora prolongaba el palique. Al fin lo cortó, y muy complacida de sus diplomáticos manejos, se despidió de Rafael, y entróse en el claustro con sus pasos menudos, sin ruido. No había acabado de perderse su silueta, cuando ya la Nona hallábase encaramada sobre las rodillas de Rafael, mirándolo hondamente, con su afecto reconcentrado de huérfana:

—¿Por qué has venido hoy? ¿vas a irte a la hacienda?

—Ya sabes que nunca puedo decir a punto fijo los días en que me voy.... Vine acá, porque deseaba verte y estar contigo ¿no me lo agradeces?

La respuesta de Nona, redújose a una monería, a acurrucársele a su padre encima del pecho, y esconder allí la cabeza. Luego, desde ese sitio, le confió su tristeza; el colegio, para ella, carecía de atractivos a contar de la historia de sor Noeline.

—Pues ¿en qué ha parado eso? ¿no se alivia todavía?—le preguntó Rafael, simulando la más completa de las ignorancias.

—Si me prometes no contárselo a nadie, te diré lo que he oído ¿me lo prometes en serio, como si ya también yo fuera grande?....

Antes de obtener la promesa que Rafael, por lo atrojado que se puso, no pudo otorgarle en el acto, narró la Nona con sus puntos y comas, la interpretación que las alumnas, precoz y atinadamente, daban al asunto. Corría muy válido el rumor de que sor Noeline no vivía ya en el colegio, sino con un hombre muy malo, que se la había sacado, y que a esas horas estaría excomulgado y maldecido por su pecado tan espantoso:

—¿Tú lo crees, papacito? ¿verdad que no? ¿que son mentiras?....

—No, no lo creo,—murmuró Rafael en el colmo del tormento, logrando hablar apenas,—son mentiras y mentiras que tú ni debes oir.... esas cosas, las niñas no las piensan ni las dicen, porque no suceden nunca....—Y le ganó un mutismo que no consiguió dominar; un arrepentimiento como no lo había experimentado ni al siguiente día del rapto. Aquellas frases en boca de su propia hija, hacíanle el efecto de las trompetas apocalípticas del Juicio Final, les encontraba fúnebre resonancia, de un solo golpe le segaban ansias y deseos. Piedras y paredes, ventanas y rejas, pisos y techos lo veían, o él creía que lo veían, cual iracundos seres que aunque no hablasen, sentían y pensaban; lo perseguían sin tregua, tenaces e implacables, hasta no alcanzar su objeto. Maquinalmente, le contestaba a la Nona, cuyas alegrías del comienzo de la inesperada visita, decaían a causa de la preocupación visible de su padre:

—¿Te has enfadado conmigo? ¿te he hecho algo?

—Sí que me has hecho, y mucho, muchísimo, lo

que me haces siempre que te tengo cerca de mí, curarme y volverme bueno.... ¿cómo he de enfadarme, boba? Al revés, dime qué quieres que te traiga el jueves, algo que sea caro y que no te haya yo comprado, algo que no tengas y que anheles tener.

—Ay, papacito, entonces traeme un polichinela, ¿ya sabes cómo son los polichinelas?—interrogó la Nona, sin recordar su angustia de un momento antes, pasando al mayor regocijo con la brusca transición de los niños,—pues mira, son unos muñecos jorobados de la espalda y de la barriga también, con sombrero montado, muy narigones, con cascabeles y vestidos de rayas amarillas y azules.... ¿a que no los conocías, eh?.... Y oye, el que yo quiero, ha de valer lo menos veinte pesos, no te creas.... figúrate, me dará aquí, en la oreja.... bueno, no tanto (*añadió reflexionando*) pero sí por mi hombro, y figúrate, tiene un violín, y lo toca.... ¿qué tal? ¿no valdrá los veinte pesos?.... Está en la dulcería de Deverdun, en el tercer aparador, yendo de aquí para allá, recargado en un rincón, detrás de unos tambores.

Si Rafael no la carga para despedirse, comiéndosela a besos, lo que es ella continúa suministrando datos relativos al polichinela. Salió Rafael del colegio, resuelto a cortar su mal de raíz; aun a separarse de sor Noeline, si fuese preciso, para que él y ella cesaran de padecer el martirio que padecían con sólo el principio de su falta. En el trayecto, fué preparando un discurso de circunstancias; le diría a la monja, le diría....

Nada le dijo al llegar a la casa de Chinto, cuando ella salió a abrirle la vidriera de la salita, y antes con cariño que con gasmoñerías, le tendió la mano; pues así como al despertar de horrenda pesadilla, nos convencemos de que lo soñado no era cierto, de

que seguimos siendo los mismos material y moralmente, así Rafael olvidó sus ideas negras, se felicitó de que sor Noeline estuviera siempre en su poder, apartada de todos y de todo, y le cogió su mano, sin soltársela mientras caminaron unos pasos dentro de la habitación; la llevó al sofá, la hizo sentarse, y él se sentó a su lado, muy próximos, aspirando su perfume de mujer, y excitándose con su dulce pasividad de enamorada, ésa su riente actitud de verlo, y dejarle su mano en la suya, y sentarse junto a él.

—Decididamente Noeline, mi vida es usted—le susurró Rafael al oído, cual si alguien los escuchara.

A la noche, cuando sor Noeline y Rafael se retiraron a sus respectivos dormitorios, hubo una mútua ojeada de inquietud, de significado sólo inteligible para ellos dos; una mirada de esas con que decimos lo que jamás pronunciarán los labios, en la que palpitaban preguntas y respuestas, súplicas y aquiescencias. Se separaron sombríos, y se acostaron sin las precauciones de la noche anterior, la puerta intermedia sin el pestillo y las voluntades titubeantes. ¿Sería esa noche la que esperaban como infalible? ¿vendría mañana, después?..... ¿cuándo sería?.... Y este único pensamiento, anidado en el cerebro de cada cual, iba y venía de una habitación a otra, expulsado de aquí y expulsado de allá, en siniestra ronda invisible de murciélago, que en las tinieblas vuela a sus anchas.... Sor Noeline, al sentirlo aletear, subíase el embozo de las sábanas, apretaba los ojos y tartamudeaba plegarias truncas.... Al sentirlo, Rafael, arrojaba las ropas de su cama, agitaba en la obscuridad los brazos; en una ocasión, a tientas, sirvióse agua y apuró unos

sorbos, con el fin de refrescarse la boca.... Así durmieron entrambos, sobresaltados, con miedo a ellos mismos y a sus errabundas tentaciones.

Al día siguiente, una de las modistas más afamadas tomó las medidas de sor Noeline, previo encargo de apresurarse en la entrega del vestido, un vestido al capricho de la artífice y sujeto a los últimos figurines de la moda. Lo entregó a los tres días, sin contar el del ensayo parcial, que pasó inadvertido para Rafael, quien nunca sospechó la soberana transfiguración que había de operarse en sor Noeline, con su nuevo ropaje. Perdido el uso de la palabra y exhausto de alientos, se dejó caer Rafael en un sillón, al aparecimiento de aquella mujer tentadora y arrogante. Adelantó sus manos en el vacío, como para atajar esa visión que se encaminaba pausadamente a él, de antemano aniquilado junto a tanta belleza, junto a su busto opulento que parecía pugnar por salir del corsé, junto a la curva de sus caderas y la estrechez de su cintura, junto a su conjunto de escultura moderna, creada para perder a los hombres. Sor Noeline, irresistible, seguia avanzando:

—¿Está bien?....

—Noeline, por caridad!—imploró Rafael,—dígame usted que sí me quiere, que a nadie más que a mí ha de querer!....

Sor Noeline, a un paso de Rafael, reía con victoriosa expresión y con inconfesados ofrecimientos en sus ojos azules.

—Camine usted un poco, Noeline, para que yo me convenza de que usted es usted, de que consiente en que yo la adore.... —le dijo Rafael, como rezando.

Y ella echó a andar, por complacerlo, por acabar

de embriagarlo, por prolongar esa idolatría del elegido, del hombre que todas las mujeres esperan en secreto, al que pertenecen desde que con él sueñan, y al que se entregan sin vacilación ni pudores, en ciego acatamiento de misteriosa ley supraterrena.

Pero a partir de entonces, la situación se complicó para los amantes que aun no pecaban y que se prometían no pecar. Noche a noche, despedíanse entristecidos de no haber realizado lo que ambicionaban, de no confundirse en un abrazo idolátrico que al fin los premiara. Y día a día, al saludarse con la resistencia que creían haber acumulado durante su sueño intermitente, pretendían mistificarse el uno al otro; ni más ni menos que los asilados en un mismo lazareto, enfermos de un mismo mal sin remedio, que sabiéndose heridos de muerte, se engañan al borde del sepulcro, y en el compañero de peste observan los síntomas propios, las propias palideces cadavéricas, los propios dolores ocultos.... ¿quién morirá primero? ¿morirán los dos a la vez?

¡Morir!.... ¿Y por qué no? ¿no la muerte se apresura a destruir el edificio endeble de nuestra dicha, que hemos construído a fuerza de sacrificios, afanes e ilusiones? ¿No se instala en la puerta, y cuando vamos a penetrar en el palacio que creemos nuestro, por el que suspiramos desde niños, se nos interpone ella, amenazante y airada aunque nunca la hayamos ofendido, y en lugar de permitir nuestra modesta instalación, nos separa de las gentes que amamos y que nos acompañaron en la época de lucha y de esperanza, que ahora nos acompañan también a la morada quimérica? ¿Por qué nos lleva entonces, ella, la implacable que jamás ha llorado

por no tener ojos, la que ríe sin parar con su indolente boca de hueso, de las repugnancias y terrores que nos inspira su funesto acercamiento?

Cuántos insomnios ocasionaron a Rafael estas ideas! ¿Si muriera sin que Noeline lo amase?

En esos términos no podían seguir, que no podían, por mucho que con la intimidad creciente se aumentara el sinnúmero de pequeñas familiaridades que trae consigo un techo común; por mucho que se miraran sin rubores; que sus manos se buscaran de cuando en cuando; que los músculos de él protestaran con rabia en el silencio de la alcoba solitaria, rebeldes a la espera, y que los brazos de ella, mórbidos y castos, se abrieran instintivamente en la tibieza de su lecho de doncella, para dar al enamorado la triunfal bienvenida.

Sin pertenecerse todavía, sufrían ya; su carne no satisfecha, los atenaceaba por dentro y, en ocasiones, se contemplaban silenciosos, con algo de odio en la pupila, el odio eterno que reposa en las eses del amor.

Como salvadora medida, discurrió Rafael apelar a un viaje largo; quizá las distracciones que les procurase éste, los aliviarían a ellos.

Chinto había tenido razón, con el viaje conseguiríanse varias cosas; sobre todo volver a vivir, acabar con ese encierro que los hacía agonizar y desearse más de lo que separadamente se deseaban.

—¿Aprueba usted que nos marchemos, Noeline, que nos vayamos muy lejos, pero mucho, a algún sitio en que nadie nos conozca, donde la pasaremos menos mal mientras se ajustan los diez meses?

Noeline aprobaba cuanto él dispusiese; y melancólicamente, formularon los preparativos de la ex-

cursión incierta, una caminata sin descanso, de animales perseguidos que huyen.

—¿Y la Nona?....

Para subsanar el inconveniente de su hija, Rafael contaba con unos parientes, una prima casada y con hijos, que se encargaría de su custodia, a la que escribiría una carta inventando premura por ausentarse de México para atender a una seria e imprevista complicación en sus negocios.

Les escribió, y los otros tardaron en responderle un par de días, presentáronle objeciones, susceptibilidades de parientes pobres, que estiman humillante el que de súbito los recuerden, y eso, para encomendarles algo doméstico.

El contratiempo sirvió para que Rafael, encolerizado, tuviese que visitarlos y que convencerlos, con lo que su preocupación principal vino a menos. A lo último accedieron, claro, aunque con reticencias y ribetes.

—"Que sea por poco tiempo, te lo suplicamos, pues a nosotros nos sobra y basta con nuestros muchachos, y a Leonorcita, no nos sería posible darle todo a lo que tú la has acostumbrado."

Rafael no quiso que la Nona se enterara; fué a verla otra vez al colegio, cargado con el famoso polichinela, y sólo le dijo que se iba a la hacienda una semana. Sí pudo observar la Nona, a pesar del júbilo que le proporcionó la posesión de su juguete, que Rafael la besó diversas veces, y todavía de la calle regresó al zaguán del Santo Espíritu, donde la Nona lo saludaba y levantaba al polichinela el brazo en que tenía su violín, movíaselo a compás, y le repetía:

—Diga usted adiós a papacito, así, eso es, desde arriba hasta abajo, adiós.... adiós....

Para efectuar la compra de baúles y ropa que sor

Noeline necesitaba, había que aguardar a que transcurriese el día siguiente, segundo domingo que pasarían en el domicilio prestado por Chinto. Mas ¿qué importaban veinticuatro horas, si al cabo de ellas emprenderían la marcha? Tan les importaba poco, que en su cena de aquella noche se manifestaron ambos muy mejorados de humor. Hasta rieron por dos o tres tonterías. Rafael, con verbosidad falsa, habló de Europa, enumerando a sor Noeline todas las grandes ciudades que había recorrido en sus anteriores viajes, y que diz que conocía a maravilla. Sobre el mantel dibujaba cartas geográficas, que nadie ni él mismo, habría entendido si llegara a verlas litografiadas. Sor Noeline, seguía con la vista atenta los movimientos de Rafael; ahora, iban en un tren.... aquél, era el lago de Como.... éste, era Fontainebleau.... la servilleta arrugada, era el San Gotardo.... Cuestión de aturdirse únicamente; pues en el fondo, demasiado que preveían la inutilidad de la peregrinación. ¿Qué ciudad en el mundo ni qué clima operarían el prodigio, si su mal lo llevaban adherido a las entrañas; si lo que apetecían, —quererse y ser el uno del otro, —en el más humilde rincón del universo érales dable realizarlo? A sabiendas de que cometía una engañifa, Rafael persistió en desenvolver su panorama inverosímil, según el cual, a determinada hora y en lugar fijo —Bruselas o El Pireo —concluirían los diez meses de espera, y ellos inaugurarían su período de felicidad, a propósito del que saboreaban de antemano sus deleites inefables....

Nada, que no había forma de que Rafael se interrumpiera. Parecido a esos borrachos que, con tal de que los oigan, no se cuidan de lo que gastan en embriagar a sus oyentes, a fin de que éstos asien-

tan y les aplaudan sus desvaríos, Rafael escanciaba y escanciaba a la absorta religiosa un continuo chorrear de planes y programas. Le cansó la atención, cansándose la suya de paso, que no era muy sólida; y lo que había comenzado por pura fantasía, acabó por certidumbre arraigada. Tanto los deslumbró la magia de la fábula con que a sí mismos se sugestionaron, que de pronto, advirtieron que estaban de la mano, la que sin duda se habían tomado al desembarcar de uno de los vapores imaginarios en que llevaban navegados, sin salir de la mesa del comedor, los principales mares del globo. Apenados con su descubrimiento, se soltaron, y al igual de chicos sorprendidos en flagrante delito de desobediencia, se dieron las buenas noches, a distancia, cual dos indiferentes.

De buen talante amaneció el domingo; muy frío, con vapor de agua en las vidrieras y huellas de helada, pero con un sol, que convidaba a adoptarlo por único abrigo y a andar por esas calles de Dios, bajo sus amorosos rayos. Partió Rafael temprano, al baño, a la peluquería, y al arreglo de asuntillos de poca monta, precursores de otros más enrevesados, que de arreglar tenía antes de expatriarse. Armado de un ramillete de mustias y friolentas violetas, regresó al ajeno hogar. Todavía obsequió con ellas a sor Noeline, sin alusión de palabra, alargándolo desgarbadamente, y ella, por su parte, también lo recibió callada; mas, con innata coquetería femenina, fué y las esparció en el mantel.

De tiempo en tiempo, como si efluvios ignorados los paralizasen, deteníanse en una puerta, junto a una silla, a la mitad del cuarto, y se veían extrañamente, de lleno, con positiva angustia.

—Bah!—pensaban—será la espera que nos atormenta....

Y comieron, comieron con su apetito habitual de personas sanas, y en medio de un júbilo inmotivado y morboso.

—Será la proximidad del viaje—volvieron a pensar.

Después de la comida, los llevó al saloncito el murmullo de la calle, que como el domingo anterior, y con motivo de la novillada semanaria y del juego de pelota, rebosaba de gente y movimiento; de irracional alegría de vivir.

Con objeto de no exhibirse, no abrieron los cristales del balcón,—que aunque sor Noeline estaba incognoscible con su vestido a la moda, con sus cabellos rubios que se rizaban y rizaban primorosamente en poderosa obstinación de renacimiento, y con su aspecto todo, bastante cambiado en lo general,—no era cuerdo provocar indiscretas curiosidades; si a ella no la reconocían, lo que es a Rafael lo reconocerían cuantos discurrían por la calle a pie o en coche. Además, para divertirse con el desfile, no era preciso abrir; ni los cristales ni las cortinas estorbaban, antes diafanizaban el espectáculo, haciéndolo moverse y marchar como más allá de un transparente telón de fondo de algún apoteosis final en obra de aparato.

Repentinamente, invadió a sor Noeline una languidez incomprensible, mezclada de bochornos, encendidas las mejillas, sudorosa la frente y brillante la mirada.

—¿Se siente usted mal, Noeline?—le preguntó Rafael, inclinándose sobre el sofá en que fué a sentarse la religiosa.

—No, al contrario,—repuso ésta,—nunca me he sentido mejor.

Mas al alzar los ojos y encontrarse con los de Rafael, que la devoraban, adivinó que el momento supremo, el temido y el anhelado, acercábase tremendo y arrollador, cual se acerca lo inevitable, lo que se efectúa cuando debe efectuarse. De tal suerte, que al sentarse Rafael junto a ella y pasarle el brazo por la cintura, loco de deseos, no se opuso, ni gritó, ni la amenazaron desmayos. Contagiada por aquel aliento de fuego, por aquel hombre que temblaba a su lado, con su contacto, siendo el que debía mandar por ser el fuerte; con decisión poética y grande de hembra formada y sana, de fruto maduro que en el instante necesario se desprende de la rama para que lo muerdan y despedacen—pues para eso nació,—así la monja que agonizaba, se dejó abrazar, convertida ya en mujer y en mujer enamorada.

—Noeline!.... Noeline!—le suspiraba Rafael, besándole la nuca.

En grandioso arranque, Noeline se desasió de los brazos que la enardecían.

—¡Ven!!—ordenó levantándose, caminando firme y resuelta en dirección de la alcoba, sin volver el rostro para cerciorarse de que Rafael iba tras ella, segura de ser obedecida, por su sexo, su juventud y su belleza.

Lo que acontece siempre en las batallas del amor; trocados los papeles, Noeline mandaba y Rafael, subyugado, obedecía.

En la alcoba ya, Rafael no daba crédito a su vista. Noeline, con lento y enérgico ademán rasgó sus ropas, una a una, desde el vestido a la moda recién estrenado, hasta la camisa que defendía sus hechi-

zos más ocultos y sus atractivos más secretos; inconscientemente orgullosa de encarnar la Forma, la belleza eterna de la carne.

En su desnudez absoluta, se irguió triunfante, con soberano impudor de diosa antigua!....

La monja, metamorfoseada en Mujer, cumplía su misión: quemaba sus alas de virgen, vibrando de anticipada gratitud al Hombre.

Rafael, arrodillado a los pies de esa aparición por tanto tiempo anhelada, se abrazó a las sonrosadas rodillas de Noeline, y hundió sus labios en sus muslos, duros como el mármol y ardientes como lava....

Al experimentar Noeline esa caricia inmensa, múltiple, infinita, no quiso pagarla ni tampoco interrumpirla.

—¡Amame!—dijo suplicante a Rafael, dilatada la nariz, entreabiertos sus ojos celestemente azules, y arqueando su lindísimo cuerpo desnudo.—¡ámame más!.... ¡ámame mucho!!...

Y en la calle, persistía el movimiento, el murmullo de la gente en irracional alegría de vivir.

México: 23 de junio de 1896. – Guatemala: 2 de junio de 1899.

Este libro se acabó de imprimir
el día 2 de febrero de 1921, en
los talleres tipográficos de
"La Editorial Hispano-
Mexicana." Calle de
Aranda núm. 65.
Ciudad de
México.

EDICIONES DE LA MISMA LIBRERIA:

Lascas, por Salvador Díaz Mirón........... 1 vol.

Pasquinadas y Desenfados Políticos, por Jesús Urueta .... 1 ,,

Algunos Problemas Nacionales, por E. Maqueo Castellanos .... 1 ,,

Amalia, por R. Guadalajara................ 1 ,,

Limantour, por C. Díaz Dufóo.............. 1 ,,

Ramón Corral, por M. R. Uruchurtu........ 1 ,,

Cuentos Vividos y Crónicas Soñadas, por Luis G. Urbina............................ 1 ,,

La Ultima Vanidad, por Amado Nervo....... 1 ,,

El Verdadero Díaz y la Revolución, por Francisco Bulnes.......................... 1 ,,

Pajarito, por Cayetano Rodríguez Beltrán... 1 ,,

Cuentos Costeños, por el mismo............. 1 ,,

Al Pie de la Giralda, por A. Cavestany....... 1 ,,

El Antiguo Régimen y la Revolución, por Antonio Manero.......................... 1 ,,




EDITOR
MEXICO